RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

EL CID CAMPEADOR



Esta obra es el resultado de los largos estudios que realizó el autor sobre el Cid y su tiempo, que inició en 1893, cuando la Real Academia premió su trabajo sobre el Poema. En esta obra, después de señalar como confluyen en el épico río cidiano la Historia y la Poesía, sostiene que, por el contrario de lo que acaece en otras figuras míticas, el carácter real de Rodrigo Díaz de Vivar resulta de mayor interés poético que el de la leyenda e impugna afirmaciones de la *cidofobia*, que tuvo su origen en fuentes árabes, trazando la más completa y viviente biografía del Cid, al que sigue paso a paso, iluminando sus actos y revelando con nuevas luces el carácter de héroe representativo español que asume el Cid Campeador.



Ramón Menéndez Pidal

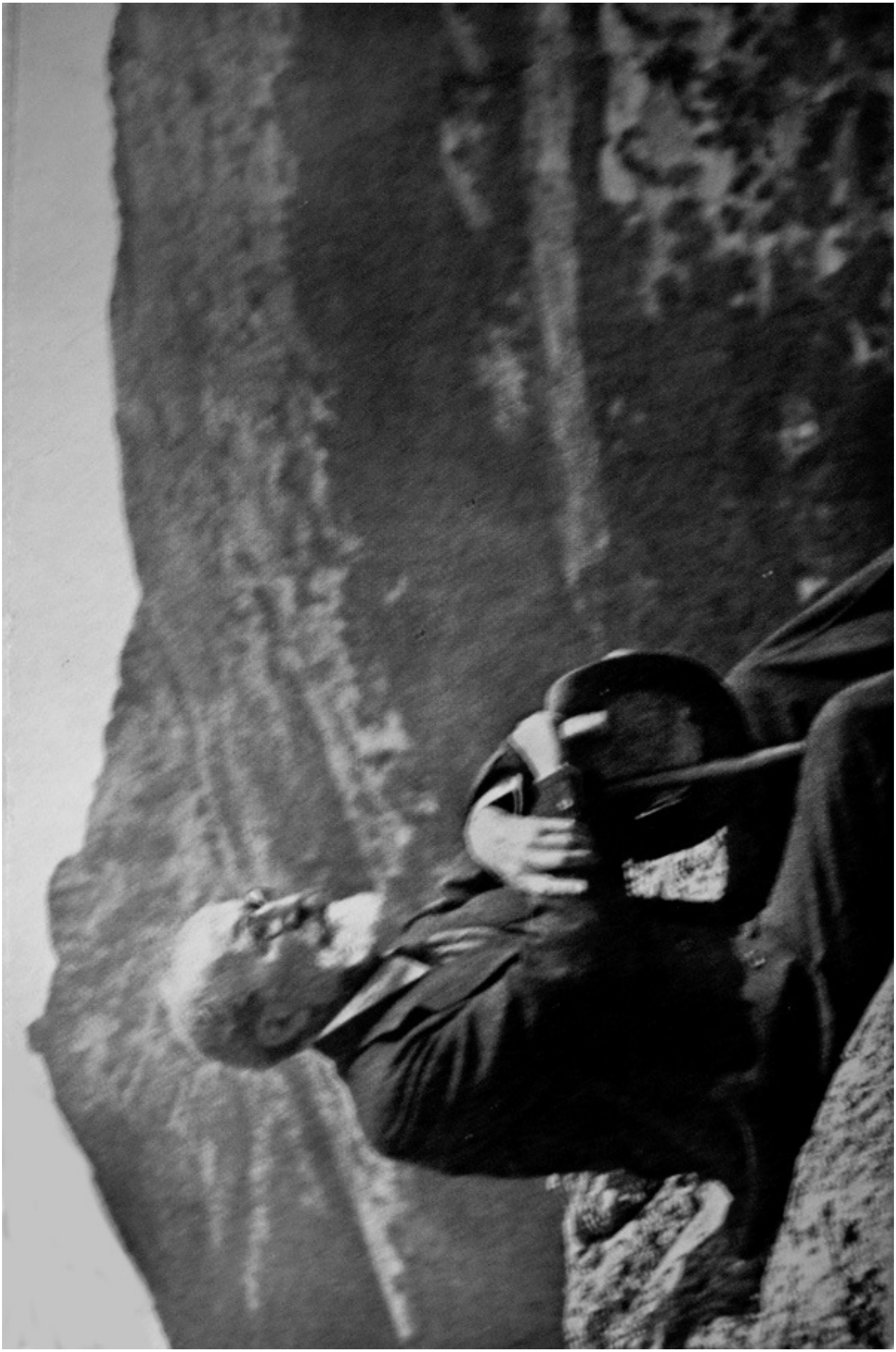
El Cid Campeador

ePub r1.1
lgonzalezp 03.11.17

Título original: *EL CID CAMPEADOR*
Ramón Menéndez Pidal, 1950
Retoque de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: lgonzalezp
ePub base r1.2





PRÓLOGO

Tienen los españoles la fortuna de contar en sus creaciones poéticas más de un personaje que pueda por excelencia representar condiciones egregias del carácter colectivo, y por otra parte, poseen abundancia mayor de personajes de la vida real a quienes poder atribuir tal representación. Entre todos, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, merece con seguridad el primer puesto, pues aparece único en ser objeto preferente de una perdurable creación poética y en asumir a la vez una elevada significación histórica. Fue celebrado desde los primeros albores de la literatura hispánica en los cantos épicos tradicionales, y después en el romancero, en el teatro, en la novela y en la lírica de todos los siglos, siendo acogido por las literaturas extranjeras como tipo de alto valor humano; fue al mismo tiempo destacado en su fuerte valor real por la historiografía, siendo objeto de la primera biografía escrita en la literatura hispanolatina, siendo mencionado por crónicas coetáneas francesas y hebreas, y siendo sobre todo tratado extensamente por escritores árabes. Así el Cid vive en plena edad heroico-épica, como los más cantados héroes de la epopeya universal, pero a la vez recibe de lleno la luz de la historia, que no alumbra a ninguna de las grandes figuras épicas de otros pueblos.

El presente libro cree preciso atender al aspecto histórico, para salvar modernos descarríos. Fue un perfecto absurdo crítico el que algunos biógrafos han hecho al presentar al Cid iluminado solo por la luz rojiza y de intensas sombras que sobre él proyectaron los musulmanes enemigos. Es preciso ciertamente tener muy en cuenta la historiografía árabe, entonces mucho más desarrollada y experta que la latina, y no desatender ninguno de sus aspectos por desfavorables que sean; pero también es de urgencia, y de sentido común, que además de aquella luz siniestra de los textos musulmanes, recojamos los rayos de luz pálida y serena con que puedan alumbrarnos los más escasos documentos cristianos, y también los sobrios destellos veristas de la poesía primitiva, auténtica impresión que del héroe recibieron los coetáneos, los que convivían con él, «los que disfrutaban los beneficios de las hazañas de él», según dice el autor del *Carmen Campidoctoris*.

Y la figura del Cid de la realidad, a la doble luz con que la vieron los dos pueblos en guerra, permanece firme y segura como héroe que encarna las más altas cualidades humanas, aunque vivió envuelto en el turbión bélico de una de las épocas más

calamitosas. Permanece como héroe representativo de uno de los momentos más críticos de la magna lucha entre los dos orbes históricos, cristiandad e islam; representativos, en particular, de España que, rechazando entonces una arrolladora invasión musulmana, corrió riesgo angustioso en un esfuerzo para afianzar el curso de la propia vida dentro de la vida del Occidente europeo. Héroe español en el sentido más pleno, porque para sus empresas se asocian los castellanos de Alvar Salvadórez y Alvar Háñez; los asturianos de Muño Gustioz y los hermanos de doña Jimena, condes de Oviedo; los gallego-portugueses del conde de Coimbra Martín Muñoz; los aragoneses de los reyes Sancho Ramírez y Pedro I; los catalanes de Ramón Berenguer el Grande, que hace condesa de Barcelona a la hija del Campeador. Así el Cid es el héroe epónimo *de cuan grande es España*; él da nombre al pueblo español, y a las tierras españolas todas, que unidas en la obra cidiana se volverán a unir bajo los Reyes Católicos para lanzarse a la empresa del imperio hispánico-indiano.

R. M. P.

PREMISA

Historia y poesía

El Cid es un héroe épico de naturaleza singular. Muy poco o nada sabe la Historia acerca de los protagonistas de la epopeya griega, germánica o francesa. Doctas excavaciones nos convencen de que la guerra troyana fue un suceso acaecido realmente sobre las ruinas que nuestros ojos pueden ver, y nos aseguran la veracidad de la poesía homérica mediante los objetos excavados que la confirman e ilustran; pero de Aquiles nunca sabremos nada. Nada tampoco de Sigfrido; solo cabe sospechar que fue personaje histórico, como seguramente lo fue el rey borgoñón Gunther, en cuya corte nos dice la Poesía que el esposo de Krimhilda padeció amor y muerte. Las historias de Carlomagno nos aseguran que existió Roldán, conde de Bretaña; pero, fuera de su existencia, nada sabemos de él más que su desastroso fin. Estas heroicas vidas quedarán para siempre en la región pura de la Poesía, intangibles para el curioso análisis histórico. Mas he aquí que el Cid es héroe de temple muy diverso: desde su mundo superior ideal desciende para entrar con paso firme en el campo de la Historia, y afronta serenamente este riesgo, mayor que todos los peligros de la vida: el dejarse historiar por el pueblo a quien tanto combatió, y dejarse manosear por algunos eruditos modernos, más incomprensivos que los enemigos a quienes humilló. Es que el Cid no pertenece, como los otros héroes, a esas épocas primitivas en que la Historia aún no se ha desenvuelto al par de la Poesía. La ancha corriente de la creación artística relativa a Aquiles, Sigfrido o Roldán se nos muestra como un misterioso Nilo de ignotas e inexplorables fuentes, mientras el río épico cidiano se deja reconocer hasta en sus más altos orígenes, en las mismas cumbres donde brotan apartadas la Poesía y la Historia, que después mezclan sus aguas; la crítica filológica nos permite reconocer la historia primitiva, e igualmente nos deja llegar hasta la poesía coetánea de1 héroe, la inspirada en la vida misma de él o en su recuerdo fresco. Y esta poesía coetánea, conservada para el héroe español y no para los otros, nos puede ayudar, como complemento de la Historia, en el conocimiento del carácter heroico, así como nos auxiliará para conocer pormenores de hecho en que los textos poéticos están satisfactoriamente conformes con los históricos.

La Historia y la Poesía —se entiende, la historia lealmente documentada y la poesía primitiva— muestran una rara conformidad caracterizadora, y eso que no hay héroe épico más iluminado por la Historia que el Cid. Es más: frecuentemente sucede que el carácter real del Cid es de mayor interés poético que el de la leyenda. Esta realizó mucha poesía, pero dejó sin beneficiar muchos otros filones poéticos, que la vida real nos ofrece en la forma nativa e impura con que las bellezas naturales se dan.

La poesía más antigua, la que hablaba a los coetáneos bien sabedores de los

sucesos y de las personas, tenía que ser verista, tenía que fundarse en los hechos reales por todos conocidos; por eso la utilizamos en nuestra biografía como fuente supletoria, siempre que nos merezca especial confianza, para completar a la Historia.

Negación de la poesía

Sin conocer la antigüedad de esa poesía, sin sospechar la razón de su verismo, la crítica del siglo pasado presentó al Cid de la realidad como opuesto al Cid de la poesía, y se produjo una impetuosa corriente de total desprestigio sobre la antes venerada figura histórica.

Esta cidofobia nació natural y casi necesariamente cuando nuestro arabista José Antonio Conde, en 1820, fundó la biografía cidiana en fuentes árabes, pues ellas dan, mucho más que las fuentes latinas, abundantísimos informes, y en ellas siempre aparece «el Campeador que Alah confunda», «el infiel perro gallego», «el caudillo maldito». Más tarde, el arabista holandés R. Dozy perfeccionó esa biografía islamizada, regodeándose en el estridente contraste de describir al héroe titular del pueblo español como un forajido sin patria, sin fe, sin honor; para lo cual no hace el menor caso de los raros elogios que el Cid arranca a Ben Alcama y a Ben Bassam, y en cambio acoge todas las acusaciones que halla en esos y otros autores árabes, repitiéndolas, no solo sin prudente reserva, sino abultándolas y hasta inventándolas donde no las hay.

Actualmente, la utilización de muchas más fuentes árabes y la más completa exploración de las fuentes latinas han venido a invalidar la biografía de Dozy. No obstante, la cidofobia, una vez lanzada, queda como rutinaria tentación, no ciertamente para nuevo estudio sobre las fuentes, como eruditamente hizo Dozy, porque eso cuesta mucho trabajo, pero sí para el ensayismo irresponsable, para la fácil novedad erostratista de incendiar un templo por el que nadie va exigir el tanto de culpa. No se repetirá ya lo del Cid mercenario, perjuro, etc., pero la cidofobia revestirá otras formas más o menos larvadas, y tal rebrotar del desconocimiento y de la negación será precisamente lo que acabe de confirmar al Cid como héroe representativo español.

Dos características cidianas

La coincidencia, que hemos dicho, de la historia auténtica y de la poesía más antigua no es solo en pormenores sorprendentes, sino en el sentido general que una y otra descubren y realzan en la hazaña vital del Cid, como victoria en dos campos diversos, sobre el enemigo interior y sobre el extraño, victorias ambas extremadamente difíciles. La *Historia Roderici* de una parte, y de otra parte el *Carmen Campidoctoris*, el poema del *Mio Cid* y el poema de la *Conquista de*

Almería, dan ese doble fundamento al interés histórico o poético del protagonista. Victoria sobre el temible poder de los «mestureros» o cizañeros, los «condes invidentes»; victoria sobre los moros; sobre la formidable superioridad de los «moabitas»; los «moros d'allend mar», los almorávides.

La invidencia, vicio eminentemente hispano, entorpeció tenaz la obra del Cid, sin tener cuenta al daño colectivo que en la guerra antiislámica se seguía al destierro del guerrero superior; defecto típicamente español, acusado bajo forma idéntica en el siglo XV por el autor de la *Crónica de don Alvaro de Luna* y por don Pedro Vélez de Guevara, que ven cómo la guerra de Granada se entorpece y paraliza por la «invidia» que enemista a los unos con los otros que debieran llevar la Reconquista adelante.

Los reyes de Aragón y los condes de Barcelona fueron por mucho tiempo encarnizados rivales del Campeador; Castilla, la Castilla oficial, ciega para las dotes prodigiosas de su héroe, le desterró, le estorbó cuanto pudo, le quiso anular toda su obra bélica y políticа: «Esta es Castilla que face los omes e los gasta». Pero el Cid, incansable en reconstruir sus planes combativos, vence a todos sus invidentes y logra hacerlos sus auxiliares; se impone con sus victorias a los nobles de linaje superior que le despreciaban.

Y esa invidencia, que tanto pesó sobre el Cid en vida, le atacó también en la fama póstuma, sin tener cuenta al daño que la sana crítica histórica padecía en ello; rasgo típicamente hispano. Ningún pueblo corroe la gloria de su héroe como España hizo por obra de Conde y secuaces posteriores, llegando a admirables mentecateces, sobre todas ellas la de Masdeu cuando negó la existencia misma del Campeador. Pero tales negaciones son esenciales; el Cid, si se le suprimen los invidentes en vida y en muerte, deja de ser él, deja de ser el más genuino héroe español.

Por otra parte, el Cid es a la vez héroe representativo por sus victorias maravillosas, únicas, sobre los invictos ejércitos de Yúsuf, en un momento de máximo peligro. En medio del infortunio general de la España europea, al ser invadida la España musulmana por los africanos, él solo pudo resistir, vencer y conquistar, oponiéndose irreconciliablemente a los almorávides que traían a la Península una fanatización barbárica del islam, implantadores de la intolerancia religiosa con deportaciones de mozárabes en masa al otro lado del Estrecho, destructores de la brillante cultura de las cortes de taifas andaluzas. El Campeador, no consintiendo en tratar paz con los moros valencianos si antes no rompían toda relación con los almorávides, asienta victoriosamente que la antigua y fecunda convivencia de las dos civilizaciones hispanas rechazaba como ilícita toda mixtión de los moros andaluces con los africanos.

Aquí también la Historia y la Poesía concuerdan en el carácter específico, definitorio, de las victorias bélicas cidianas, como victorias de los pocos sobre los muchísimos, victorias siempre infalibles. Eso también es confirmado en forma sorprendente por la historiografía árabe: Ben Bassam lo dice: «Rodrlgo —maldígalo Dios— vio sus banderas favorecidas por la victoria, y con un pequeño número de

guerreros aniquiló ejércitos numerosos». El genio militar del Cid queda así categóricamente diferenciado del de un simple general victorioso.

Esta doble victoria sobre la invidencia y sobre los almorávides informa de la vida toda del Campeador, quien, en momentos históricos de profunda evolución, inicia la hegemonía castellana sobre los otros reinos hispánicos, y afirma la prevalencia de la cristiandad sobre el islam.

CAPÍTULO I

EL CID EN LA CORTE CASTELLANA

1. PRIMEROS AÑOS DEL HÉROE

Crianza de Rodrigo. Batalla de Graus

Rodrigo Díaz hubo de nacer hacia el año 1043. Tenía, por parte de madre, nobleza muy alta y muy valida en la corte; por parte de padre era de nobleza famosísima, pero no principal, que hacía vida bastante retirada en su casa solariega de Vivar, pueblecito al norte de Burgos.

Reinaba Fernando I en León y en Castilla; era rey-emperador, esto es, rey superior jerárquico de los reyes de Aragón y de Navarra.

El hijo primogénito del rey Fernando, el infante Sancho, crio en su corte al muchacho Rodrigo de Vivar, le armó caballero y le llevó consigo a la primera expedición militar que hizo.

Zaragoza era, entre los reinos moros de taifas, el que menos podía vivir tranquilo sin pagar parias a algún príncipe cristiano que lo protegiera muy eficazmente. La razón es que Zaragoza era el único reino musulmán que tenía por fronteras a todos los Estados cristianos, y así, los reyes de Castilla, de Navarra, de Aragón y varios condes de la Marca de Cataluña codiciaban las tierras o las parias de la ciudad del Ebro.

El tío del infante Sancho, Ramiro I de Aragón, tenía de antiguo gran empeño en apoderarse de Graus, y en la primavera de 1063 combatía esta plaza, que formaba un entrante amenazador del reino zaragozano en el territorio aragonés de Ribagorza.

Para socorrer a los sitiados, Moctádir salió de Zaragoza, al frente de un gran ejército musulmán, en dirección al norte de su frontera. Le acompañaba el infante Sancho, con una hueste de caballeros de Castilla, y entre estos se hallaba Rodrigo de Vivar, que entonces tendría veinte años; el infante iba a combatir a su tío, porque este atacaba a Zaragoza, que era tributaria de Castilla. Llegados frente a Graus, donde acampaban los aragoneses, se trabó una batalla en la cual fue muerto el rey Ramiro (jueves 8 mayo 1063).

Esta primera empresa a que asiste el joven caballero de Vivar le mostraba en toda su complicación la política de los príncipes cristianos, disputándose encarnizadamente la presa de las parias sarracenas. Esa opresión económica de los reinos de taifas era la norma que regía entonces la Reconquista en los territorios que no podían ser ocupados por falta de población cristiana que a ellos emigrase.

Fernando I reparte sus reinos

Zaragoza, asegurada por la campaña de Graus, siguió tributaria del rey Fernando. Este, como emperador de España, aspiraba a la sumisión de todos los reinos de taifas; y, en efecto, tenía como vasallos a los principales, y de ellos dispuso cuando dos años antes de morir, en diciembre de 1063, repartió todos sus dominios entre sus tres hijos.

A Alfonso, que era su hijo segundo, pero su hijo predilecto, dio, con los Campos Góticos hasta el Pisuerga, el reino imperial de León. Le dio, además, como zona de reconquista o esfera de influencia, el reino moro de Toledo, donde el rey Mamún pagaba tributo anual.

Sancho, el hijo primogénito, recibió el reino de Castilla con su antigua zona de influencia, el reino musulmán de Zaragoza, donde Moctádir debía pagar parias.

García, el hijo tercero, recibió Galicia y el pequeño territorio de Portugal con los dos reinos de Sevilla y Badajoz, cuyos reyes eran tributarios.

A las dos hijas, Urraca y Elvira, no dio el emperador ninguna tierra, sino el señorío de cuantos monasterios había en los tres nuevos reinos, y al dárselo les impuso In condición de que no se casaran.

Según las gestas poéticas de los juglares refundidas en el siglo XIII, Don Sancho había llevado muy a mal esta partición y había dicho a su padre que no la podía hacer, «porque los godos habían establecido que nunca fuese partido el imperio de España, sino que fuese todo de un señor». Contaban también los juglares poetas que el rey había encomendado sus hijos al Cid para que los aconsejase, y les había hecho jurar que respetarían su partición de los reinos; juramento que todos hicieron menos Don Sancho, el cual no quiso otorgar nada de lo hecho por su padre.

En este relato no es creíble la parte que se atribuye al Cid. Era este demasiado joven para que el emperador lo constituyese consejero de los tres reyes; pero, al menos, debía de compartir todos los pensamientos de Don Sancho, ya que fue alférez de este dos años después, tomando parte muy principal en las guerras promovidas contra el reparto de los reinos. Y los pensamientos y palabras de Don Sancho en estas cortes de León fueron, sin duda, los que dice el relato juglaresco: oposición a aquel reparto contrario a las costumbres políticas de los godos.

La desmembración de un reino era costumbre muy antigua, hija a la vez del concepto franco de la realeza como patrimonio personal y de la debilidad del Estado en cuanto organismo político. Los monarcas godos, demasiado romanizados, no dividieron el reino nunca, según ya notaban los juglares; la novedad de la división fue obra de los reyes merovingios. Estos, en 511, 561, 628, etc., y varios reyes carolingios en 806, 817, 855, reparten su reino, en vida o a la muerte, entre dos o cuatro hijos; y esa costumbre es la que ahora había introducido en España el padre de Fernando I, el rey de Navarra Sancho el Mayor, muy imitada después por otros príncipes de la Península, tanto cristianos como musulmanes.

Hay algún carácter común en estas divisiones familiares de reinos. Carlomagno

deja en celibato a sus hijas, como Fernando I las prohíbe casarse, sin duda para no suscitar competidores a los hijos. Nueva fuente de inmoralidad: las hijas de Carlomagno produjeron graves desórdenes en la corte de su hermano Luis; las hijas de Fernando parece no llevaron con paciencia su celibato. Elvira sabemos que atropelló con vida mundana algunos monasterios de que era señora. Cierto que la otra hermana, Urraca, es alabada por la *Historia Silense* (historia palaciega al fin) como mujer de verdadero espíritu monacal; pero los libérrimos cronistas del pueblo, los juglares, atribuyen a Urraca palabras muy deshonestas; y hasta un rumor, acogido por fray Gil de Zamora en el siglo XIII y confirmado por un historiador árabe, decía que Urraca amó incestuosamente a su hermano Alfonso y, cuando este volvió del destierro toledano, le forzó a que se maridara con ella para entregarle Zamora. Otras crónicas y documentos coetáneos nos descubren que el amor entrañable que Urraca sentía por Alfonso la llevó a tender crueles asechanzas a los otros hermanos y a maquinar un fratricidio.

Otro resultado fatal de la división de los Estados era el ir seguidas de traiciones, asesinatos y guerras fratricidas, para volver a unir el reino desmembrado. Tras el reparto hecho por Fernando I, hubo de todo eso. El rey murió en 1065, y sus hijos respetaron la voluntad paterna mientras vivió la reina madre Doña Sancha. Pero al morir esta en 1067 sucedieron cinco años de guerras civiles.

2. EL CID INICIA LA HEGEMONÍA CASTELLANA

Rodrigo, alférez de Castilla

Al morir el emperador Fernando, Castilla empezó enseguida a dar señales de sus mayores aspiraciones, y Rodrigo de Vivar tuvo en ella un papel relevante que hasta ahora no había tenido.

Sancho II, el nuevo rey de Castilla, distinguió a Rodrigo y le hizo «príncipe» de toda la hueste real, dándole el cargo de portaestandarte, que en latín se decía *armiger*, y en romance se designaba con el vocablo árabe *alférez*.

Era el alférez el primero de todos los oficiales de la corte. El llevar la enseña del rey le hacía «cabdiello mavor sobre las gentes del rey en las batallas»; lo mismo que en los otros países de Europa, donde el armígero real era a la vez capitán supremo del ejército. El alférez llevaba igualmente la espada del rey delante de este, como encargado, en veces del rey, de defender y amparar el reino todo, así como de proteger el derecho de las viudas y los huérfanos hijosdalgo, y de hacer ajusticiar a los nobles delincuentes.

En Castilla, cosa curiosa, el alférez, a pesar de la preeminencia de su oficio, solía escogerse entre los jóvenes caballeros, y era cargo bastante mudable. Sin embargo, Rodrigo Díaz lo conservó durante toda la vida de Sancho, y así es él quien dirigirá las múltiples guerras a que se va a lanzar Castilla, ansiosa de expansión y de poder.

Rodrigo «el Campeador»

Por ese cargo de alférez, Rodrigo Díaz tuvo que tomar parte en un combate singular. Fue un duelo a modo de juicio de Dios, para resolver cierto pleito con Navarra sobre posesión de algunos castillos fronterizos, el principal de los cuales era el de Pazuengos, en el limite entre Castilla y la Rioja, región meridional del antiguo reino navarro.

Por parte de Navarra peleó Jimeno Garcés, uno de los mejores caballeros de Pamplona, que figura mucho en los documentos del rey navarro Sancho García el de Peñalén, como señor y gobernador de importantes fortalezas. Frente a este personaje peleó el joven alférez de Castilla, Rodrigo de Vivar, que solo contaba veintitrés años, y cuyo nombre apenas ahora empieza a aparecer en los diplomas. Pero el reto judicial era, según el derecho castellano, tal como se expresa en las *Partidas*, función propia del alférez, quien, como encargado de amparar los derechos del reino, «cuando alguno feciese perder heredamiento al rey, o villa o castiello, sobre que debiese venir repto, él lo debe facer, e seer abogado para demandarlo». Rodrigo, pues, no hacía sino cumplir con su alto oficio en el reino al combatir con Jimeno Garcés.

El joven Rodrigo venció al caballero navarro, y su victoria fue celebradísima. El *Carmen Campidoctoris* se hace eco de la emoción producida por esta primera lid singular, que reveló a todos la genial destreza del héroe: «Entonces —dice— fue Rodrigo, por boca de los hombres principales, llamado *Campidoctor*; ya anunciaba allí las hazañas que después había de llevar a cabo: cómo vencería las lides de los condes, cómo hollaría con su pie el poder de los reyes y lo domeñaría con la espada».

Zaragoza, sometida por el Cid

Poco después de ese primer éxito alcanzó Rodrigo otro más importante. Sancho II tenía, según la partición paterna de los reinos, las parias de Zaragoza; pero estas eran muy inseguras; la última campaña de Fernando I fue motivada precisamente porque el rey Moctádir no pagaba el debido tributo. Sancho, en el segundo año de su reinado (1067), tuvo también que guerrear a Moctádir, y se presentó delante de su capital en son de guerra.

Sancho rodeó las fortísimas murallas de la ciudad con máquinas de guerra y combatientes; siendo el Cid capitán supremo de la hueste sitiadora.

Muy pronto Moctádir, a pesar de las excelentes fortificaciones, se halló falto de medios para la resistencia, y después de celebrar un consejo con los principales de la ciudad, envió trujimanes al campo de Don Sancho, ofreciendo un enorme rescate por que cesara la guerra. Pero Sancho respondió que, además, Moctádir y los prohombres de la ciudad debían reconocerle vasallaje y dar seguridades de pechar cada año las parias; si esto no hacían, arrasaría la villa por el suelo y cautivaría a todos; pensasen bien que si no le pagaban a él tributo, lo tendrían que pagar a otro príncipe cristiano o moro que los amparase.

Los trujimanes refirieron a los de dentro la dureza del rey, así como el gran poder de la hueste sitiadora, y Moctádir entregó el rescate de oro, plata, piedras preciosas, perlas y paños preciados; firmó pleito de pechero y dio rehenes de seguridad a cambio de que el rey castellano, le amparase contra cristianos y moros en toda ocasión.

En estos combates contra la ciudad sobresalió tanto el joven Rodrigo de Vivar que a él atribuye todo el prez de aquella empresa la crónica hebrea de José ben Zaddic de Arévalo: «fue ganada Zaragoza por Cidi Ru Díaz, en el uño 4827 de la Creación, que corresponde al 1067 de los cristianos». En hebreo «Cidi» equivale al afectuoso título «mio Cid», esto es, «mi Señor», expresión medio castellana medio mora con que el héroe fue designado familiarmente por sus vasallos en las fronteras.

Carecemos de indicaciones precisas acerca de la actuación del Cid en la política y en las guerras de los primeros años del rey Sancho, pero esta breve frase de la crónica hebrea nos revela bastante, al olvidar el nombre del rey y mentar solo el del alférez. El joven Campeador, cuando no contaba más que veinticuatro años, es señalado, no entre los cristianos, sino entre hombres de otra religión, como protagonista en la

guerra antiislámíca.

Se ha distinguido ya, desde el primer momento, por su valor personal en el duelo y por su acierto como capitán, dos cualidades que le hacen superior a cuantos hombres de armas le rodean y sobre las cuales se fundará su heroísmo en la Poesía y en la Historia.

A los pocos meses del éxito obtenido por el Campeador con la sujeción de Zaragoza, murió la reina madre, Doña Sancha (noviembre de 1067), y sus hijos comenzaron muy pronto a impugnar con las armas el reparto paterno.

Vemos todavía en buena concordia a Sancho II de Castilla y a Alfonso VI de León, reunidos en Burgos, cuando Sancho restauró el obispado de Oca. En el diploma de esta restauración, del 18 de marzo de 1068, figuran, entre los nobles del rey castellano, Rodrigo Díaz en la primera columna de confirmantes y García Ordóñez en la cuarta: los dos futuros rivales tienen en la corte una importancia relativa, justamente opuesta a la que después tendrán.

Pero el acuerdo de los dos hermanos no podía durar.

Causas de la guerra entre Castilla y León

El primogénito de Fernando, al recibir Castilla en herencia, recibía también la ambición castellana. Recordemos que Castilla, desde los viejos tiempos de Ordoño II en el siglo x, muy lejos de estar conforme con la idea leonesa imperial, era una región díscola que, aunque sometida al imperio, obraba impulsada por el defecto ibérico de la disociación y por la tendencia disgregadora feudal. Pero después, el fundador de la dinastía navarro-castellana, Sancho *el Mayor* de Pamplona, transformó esa política antileonesa, la hizo más constructiva y audaz, arrebatando el imperio a la dinastía asturiana; aunque el rey navarro murió muy pronto, él inició la dislocación del centro político de España desde el Occidente hacia el Centro, y este propósito suyo fue recogido enseguida por Castilla para no abandonarlo jamás.

Sancho *el Fuerte* de Castilla recibía, pues, como fatal herencia familiar, la guerra con León: el abuelo, Sancho *el Mayor*, y el mismo padre, Fernando I, habían sido ambos sucesivamente conquistadores de León, la Ciudad Regia. Él, primogénito de Fernando, no podía sufrir que el reino leonés, reino imperial, fuese del hijo segundo; la idea unitaria visigótica, conculcada por Fernando en el reparto de reinos, debía ser restablecida, pero teniendo por centro a Castilla. El espíritu batallero de Sancho *el Fuerte* y el alto prestigio de su alférez el Campeador reanimaban como nunca los antiguos anhelos castellanos; así que la guerra con León estalló, sin que conozcamos como.

Batalla de Llantada

La guerra estalló tres meses después de aquella reunión amistosa de los dos reyes hermanos en Burgos, presenciada por el Cid. Sancho y Alfonso convinieron día y lugar para la batalla de sus huestes: el encuentro sería el 19 de julio de 1068, en el límite de los dos reinos de Castilla y de León, a orillas del Pisuerga, en los campos de Llantada.

Allí se peleó, en efecto, y el resultado fue que Sancho y su alférez el Campeador hicieron huir a los leoneses. Era convenio establecido previamente antes de la batalla que el rey vencedor recibiría el reino de su hermano sin más lucha; pero Alfonso huyó a León y no pensó en cumplir la condición preestablecida. Resultaba quizá un tanto arcaico ese convenio dando a la batalla, según costumbres germánicas, el valor de un juicio de Dios que decidiese de qué parte estaba la razón, y la realidad de las cosas era que la batalla de Llantada no había sido acción decisiva. Alfonso no quedó en ella nada quebrantado.

En este mismo año 1068 Alfonso hostilizó a su hermano García, el rey de Galicia, guerreando al rey moro de Badajoz, que era tributario del reino gallego según el reparto de Fernando. Tres años después, Sancho y Alfonso, depuesta su enemistad, se convienen y, destronando a García, se reparten entre los dos el reino de Galicia (1071).

Golpejera. Los Beni-Gómez

Esta egoísta avenencia entre Sancho y Alfonso duró muy poco. Según cierta apostilla historial puesta en un códice de Silos, el carácter envidioso de Alfonso (que tantas veces hemos de ver comprobado en relación con el Cid) fue la causa de nueva ruptura. La antigua discordia indecisa en Llantada resurgió, y ambos hermanos aplazaron segunda vez una batalla en los campos de Golpejera para los primeros días de enero de 1072.

Esos campos de Golpejera, donde iba a decidirse la suerte de los dos hermanos rivales, se extienden junto a las dilatadas vegas del río Carrión; tres leguas más arriba se alzaba la ciudad amurallada de Santa María de Carrión, capital del condado regido por la importantísima familia de los Beni-Gómez.

Los musulmanes llamaban Beni-Gómez, esto es, hijos de Gómez, a los descendientes y allegados de un famoso Gómez Díaz, conde de Saldaña, yerno del célebre conde castellano Fernán González y alférez de este por los años 932. Estos Beni-Gómez después eran condes, o sea gobernadores, no solo en los territorios de Saldaña, Liébana y Carrión, sino también en otros territorios; en todo tiempo habían producido condes de gran prestigio. Conocida entre los cristianos esta familia con el mismo nombre árabe, el juglar del Mio Cid la menciona como ilustre cuando dice a los «infantes de Carrión», a los que, andando el tiempo, afrentaron cobardemente a las hijas del Cid:

de natura sodes de los de Vanigómez
onde salien condes de prez e de valor.

(Verso 3443).

Tío de estos «infantes», o jóvenes nobles, es Pedro Ansúrez, que fue ayo de Alfonso VI. Desde 1068 le hallamos como principal de los Beni-Gómez, conde, lo mismo que sus parientes antepasados, en Carrión, Saldaña y Liébana, así como en Zamora. Era rico hombre muy principal en la corte leonesa, y continuará cincuenta años tomando parte muy saliente en los sucesos de Alfonso VI y en los de su hija y sucesora. El ayo de Alfonso era tan íntimo familiar del monarca leonés como el Cid lo era del castellano.

Los Beni-Gómez iban, pues, a pelear, dentro de su propio condado, por la suerte del reino leonés. Se atraviesan ahora por vez primera en el curso de la vida del Campeador.

Frente a ellos, como alférez de Sancho, está el Cid, que en los campos de Golpejera se distinguió sobre todos los demás caballeros, al decir de la *Historia Roderici*. Sobre la parte que tomó el alférez en esta batalla tenemos dos referencias; la más antigua es la que creemos tendrá más fondo fidedigno.

La batalla de Golpejera. Versión de origen castellano

El primer relato algo circunstanciado que tenemos de la batalla es el de la *Crónica Najerense*, unos noventa años posterior al suceso. Es tono poético y refiere que, acampadas las huestes en Golpejera la noche antes del encuentro, el rey Sancho, con sus vasallos principales, conversaban acerca de lo mucho más numeroso que era el ejército leonés. «Si ellos son más —dice Sancho bromeando con jactancia juvenil —, nosotros somos mejores y más fuertes; mi lanza valdrá por mil caballeros; la de Rodrigo Campeador, por ciento». Pero Rodrigo ataja tanta fanfarronada: «Yo por mí, solo afirmo que combatiré bien con un caballero, y Dios dirá después». En vano el rey, una y otra vez, insiste en encender la arrogancia del Campeador, pidiéndole convenga en que muy bien peleará con 50, con 40, con 30…, por lo menos con 10; nunca puede arrancar de los labios de Rodrigo sino aquel «Lucharé con uno, y Dios dirá». Cuando amaneció, las haces se mezclaron, la mortandad fue grande, y sucedió que Alfonso cayó prisionero de los castellanos, mientras Sancho era preso por los leoneses. Rodrigo tenía rotas sus armas, cuando vio a un grupo de 14 caballeros leoneses que llevaban preso a Don Sancho, y les gritó: «¿Adónde lleváis a nuestro señor, si el vuestro también está prisionero? Devolvámonos libres uno y otro rey». Pero ellos, que ignoraban la prisión de Don Alfonso, despreciaron Al Campeador. «¿Por qué sigues, necio, a tu rey cautivo? ¿Piensas tú solo librarlo de nuestras manos?». Rodrigo picó el orgullo de los leoneses pidiéndoles una lanza, y ellos, por desprecio, hincaron un asta en el campo, y prosiguieron. Pero Rodrigo se apoderó del

arma, aguijó el caballo hasta alcanzar a los leoneses, derribó a uno en la primera carrera, y volviendo rienda, derrocó a otro, hirió a otros, libertó a Sancho, le dio armas del despojo, y ambos, ya juntos, desbarataron a los restantes, con lo cual la batalla toda no tardó en decidirse en favor de los castellanos.

Esta narración tiene indudable origen juglaresco, según lo indica desde luego el uso del diálogo, forma extraña a las crónicas de la época, y según se manifiesta en la artificiosa disposición de los dos únicos episodios de la batalla que se refieren, uno reverso del otro, dispuestos para hacer resaltar la modestia y eficacia del héroe en contraste con el orgullo y desventura de su rey. Es, sin duda, un episodio del *Cantar de Zamora*, y todo él se propone ensalzar el valor del Cid y de los castellanos sobre el de los leoneses, superiores en número.

Versión tardía de origen leonés

Una réplica a este relato, grata para los leoneses, se halla en la crónica del leonés Lucas de Túy, más de siglo y medio posterior a la batalla. El Tudense no dice que los leoneses fuesen más en número, sino solo que la batalla se mantuvo fortísima, con tal matanza por una y otra parte, que no se puede recordar sin dolor; al fin, el rey Sancho y los castellanos volvieron las espaldas y abandonaron su campamento; pero el rey Alfonso mandó a los suyos que no persiguiesen a los fugitivos. Entonces, Rodrigo Díaz reanima a su rey: «He aquí los gallegos —le dijo— con tu hermano el rey Alfonso, que después de la victoria duermen tranquilos en nuestras mismas tiendas; caigamos sobre ellos al amanecer, y los venceremos». Sancho asintió, y rehaciendo como pudo su disperso ejército, a los primeros albores cayó de rebato sobre los descuidados leoneses, y como estos se hallaban desarmados, fueron vencidos, y su rey Alfonso fue hecho prisionero en la iglesia de Santa María de Carrión.

Ninguno de los dos relatos atribuye al Cid una intervención censurable en esta batalla; y, sin embargo, la cidofobia, incansable en no leer los testimonios históricos, dijo y repitió que el Cid procuró al rey Sancho de Castilla la posesión del reino de León mediante una traición infame.

Sancho, coronado en León. Alfonso y los Beni-Gómez, desterrados

El Campeador, según cualquiera de los dos relatos, fue el causante de la gran derrota presenciada por la ciudad de los Beni-Gómez; fue la causa de la caída de Alfonso.

Sancho condujo encadenado a su hermano por varias ciudades y castillos leoneses para lograr la sumisión del reino vencido, y él, siguiendo el uso neogótico leonés, se ungió y coronó en León el 12 de enero de 1072. Por tercera vez un señor de Castilla conquistaba la ciudad regia e imperial: Sancho *el Mayor*, Fernando *Magno* y Sancho

el Fuerte, afirmaban sucesivamente la ruina de la hegemonía leonesa y el comienzo victorioso de la castellana.

Alfonso, el ex rey de León, fue llevado por su hermano ni castillo de Burgos, donde no hacía todavía un año había estado prisionero el otro hermano, García. Pero la Infanta Urraca, al ver en peligro a su predilecto, a quien amaba entrañablemente, corrió a Burgos para interceder por él, que Sancho le soltase, dejándole expatriarse a tierra de moros.

Así fue hecho. Sancho tomó a Alfonso juramento de fidelidad, y honrándolo con comitiva regia, lo envió desterrado a Toledo, a la corte de Mamún, rey muy amigo y tributario de Alfonso.

Urraca, con anuencia de Sancho, dispuso que acompañaran a Alfonso en el destierro el ayo Pedro Ansúrez, con sus hermanos Gonzalo y Fernando Ansúrez. La desgracia de los Beni-Gómez, acarreada por el Campeador, era así tan grande como la del rey. Es de suponer que el condado de Carrión fuese dado por Sancho a algún noble castellano.

Alfonso en Toledo

Mamún recibió honoríficamente al rey vencido, mediante juramentos previos de seguridad, y le dio casa en el mismo alcázar real, elevado sobre las fortificaciones de la ciudad, frente al puente de Alcántara.

El destierro de Alfonso en esta insigne corte fue providencial, según el monje autor de la *Silense*. El ex rey de León se familiarizó con la gente mora, paseó a sus anchas la bien defendida ciudad y meditó cómo podía expugnarla.

Allí, al servicio de Mamún, pasó Alfonso nueve meses desterrado (enero-octubre 1072). Entonces se aconsejaba en todo del rival del Cid, el conde Pedro Ansúrez, a quien escuchaba como discípulo a maestro.

Y llegó tiempo en que Pedro Ansúrez se mostró preocupado y cauteloso; salía todos los días a cabalgar por las afueras de Toledo, tres o cuatro millas a lo largo de los caminos que llevaban al Norte, y como hablaba bien el árabe, procuraba sorprender nuevas de tierra cristiana, tomando lenguas de los caminantes que llegaban desde las fronteras.

¿Qué ocurría por León, que tan inquieto andaba Pedro Ansúrez? Este, desde Toledo, maquinaba muy graves cosas.

La rebelión leonesa. Zamora por doña Urraca

Sancho se titulaba rey de León desde enero; sin embargo, varios nobles leoneses se negaron a reconocerle; algunos diplomas públicos leoneses seguían fechándose: «regnante rege Adefonso in Legione», como si el destierro de Toledo no hubiera

ocurrido. Era demasiado amargo para quienes se enorgullecían con la grandeza imperial de León verse sometidos a un rey tan castellanísimo como Sancho. Si otro rey de Castilla, Fernando I, se había apoderado también de León, hacía treinta y cinco años, lo había hecho a título de herencia de su mujer, lo cual fue suficiente garantía para los leoneses, ya que tuvo ascendiente para leonesizar a su marido. Pero ahora la sumisión a Castilla era completa. Para los nobilísimos Beni-Gómez, en especial, era humillación extrema ver su gloria oscurecida por la del Campeador, cuando este ni siquiera pertenecía a la primera nobleza castellana, pues era simple «infanzón», nobleza de segunda categoría, mientras ellos eran «ricos hombres».

El conde Pedro Ansúrez no se resignaba a su desgracia: sea desde la corte de Mamún, sea escapándose por unos días a Zamora, se puso de acuerdo con la infanta Urraca, mujer de gran consejo, y ambos organizaron la resistencia, escogiendo a Zamora como base militar. Esta ciudad, aunque en territorio del condado de Pedro Ansúrez, había sido concedida por Alfonso a su hermana, a quien él quería y obedecía como a madre; así que Urraca, era llamada por sus familiares «reina de Zamora». En torno a doña Urraca se acogieron, pues, en Zamora los caballeros de Pedro Ansúrez y otros nobles de Alfonso, y alzaron voz por la infanta y por el rey destronado. Hasta se corría por Castilla que el mismo Alfonso había abandonado a Toledo, faltando a la fe jurada, y se había presentado audazmente dentro de Zamora a alentar la rebelión.

Cerco de Zamora

Los poetas juglarescos en los siglos XII y XIII contaban que Sancho quiso despojar de Zamora a Urraca, la cual, asistida de su ayo Arias Gonzalo, poseía la ciudad. Cuando Sancho acampó ante esta, la admiró erguida sobre peña tajada, ceñida de muros fuertes con espesas torres, y defendida en gran parte por el río Duero, que le corre al pie; al ver tal fortaleza, Sancho juzga que si no se apodera de ella no se puede llamar señor de España, y envía al Cid para que proponga a Urraca la cesión de Zamora a cambio de otras villas. Decían también los juglares que la infanta recibió al Cid, le sentó a su lado, escuchó angustiada el mensaje que traía, y le apiadó recordándole los tiempos de la niñez en que él había sido criado allí, en Zamora, con ella, en casa de Arias Gonzalo, por mandato del rey Fernando. Añadían los relatos juglarescos que Urraca, después de reunirse a consejo en la iglesia de San Salvador con Arias Gonzalo y demás caballeros y vecinos, decidió dar una respuesta negativa al Cid; que Sancho se enojó con este, creyéndolo demasiado amigo de la infanta, y que al fin puso cerco a la ciudad.

Esto no puede ser todo exacto. Sancho fue con su hueste sobre Zamora no de espontánea iniciativa, sino para sofocar la resistencia amparada en la gran fortaleza de aquellos muros.

Durante el cerco, las fuentes históricas nos lo dicen, se distinguió el Campeador,

sobre todo en una aventura extraordinaria que acrecentó la ya grande fama de su valor personal, ganada en algunos combates singulares, como el que tuvo con el caballero navarro. Un día, hallándose solo, se vio inesperadamente acometido por quince caballeros zamoranos, de los cuales siete vestían lorigas; el de Vivar mató a uno de ellos, hirió y derrocó a otros dos y puso en fuga a los demás. Es de creer que estos zamoranos habían tramado una sorpresa contra el principal caballero castellano, el alférez del rey, el alma de la hueste sitiadora.

Muerte de Sancho

Estrechados los leoneses, afligidos ya del hambre, pues no habían podido deshacerse del Cid, maquinaron un desesperado golpe de mayor alcance contra el mismo Don Sancho. Enviaron un caballero de extraordinaria osadía, llamado Vellido Adolfo, el cual se entró desconocido en el campo de los sitiadores, sorprendió al rey descuidado y le atravesó el pecho con la lanza. Esto fue el domingo 7 de octubre de 1072.

Vellido, echando al galope su rapidísimo caballo, a rienda suelta pudo salir del campamento y ganar las murallas, donde, según estaba concertado, las puertas se le abrieron y entró salvo en la ciudad.

La historia romana hubiera honrado a Vellido como un Mucio Scévola que no yerra el golpe. La historia medieval, aun la más partidaria de Alfonso, empapada en las ideas de caballeresca lealtad, calificó unánime la muerte de Sancho como dolo, traición o fraude; así hacen la *Historia Silense*, Pelayo de Oviedo y el *Cronicón Compostelano*.

Los relatos juglarescos, que corrían unos noventa años después del regicidio, contaban que Vellido Adolfo había obrado por loco amor hacia la infanta Urraca, conmovido ante los congojosos lamentos de la dama contra su hermano; contaban además que, después que Vellido había matado al rey, al atravesar el campo de los sitiadores frente a la tienda de Rodrigo Díaz, cayó este en sospecha; pero habiendo saltado el Cid precipitadamente, sin silla ni espuelas, sobre su caballo, que a la sazón le limpiaban los escuderos, malogró la persecución, y solo alcanzó a herir con su lanza al caballo del traidor por entre las puertas de Zamora, que ya se cerraban después de acoger al fugitivo. No olvida la Crónica Najerense de representarnos al Cid que vuelve por entre las tiendas del campo sitiador, dando las estruendosas muestras de duelo que solían brotar del alma desbordada de aquellos hombres antiguos, mesándose los cabellos, hiriéndose el rostro con los puños, mezclando a los sollozos los más clamorosos lamentos por la muerte de su señor.

Al esparcirse la noticia del regicidio, según la *Silense*, se levantó por todo el campo un vocerío horrible de desesperación y desaliento ante lo irremediable. Nada quedaba ya que hacer: el rey hermano sobreviviente volvería a reinar, y el rencor del nuevo monarca sería temible para todos. Aquel tan poderoso ejército sitiador, hacía

un instante lleno de alegría y noble orgullo, empezó a dispersarse a la desbandada: muchos, olvidados de todo deber militar, emprendieron en desordenados pelotones la fuga a sus casas, sin darse reposo ni de día ni de noche; pero algunas mesnadas de los más fuertes caballeros de Castilla tomaron el cuerpo de su rey, y bien armados, resistiendo en buena guardia a través del país enemigo, llevaron el cadáver con cuanta honra pudieron a Castilla, fieles a los deberes del vasallaje, y lo enterraron en el atrio del monasterio de Oña, para cumplir la voluntad del difunto. El Cid había confirmado los dos diplomas de 1066 y 1070 en que Sancho entregaba su cuerpo y su alma al monasterio de Oña; sin duda acaudilló la hueste que condujo el cadáver a la sepultura escogida por la devoción del malogrado monarca.

Sancho moría en el momento de llegar al mediodía de su gloria. Moría en la flor de la edad, cuando andaba por los treinta y cuatro años. Hasta su extraña hermosura corporal añadía emoción al dolor que Castilla sintió en aquella trágica muerte. Castilla, sublimada un momento con tan rápidos éxitos por cima de León y de los demás Estados peninsulares, veía convertirse en humo todo el predominio político alcanzado.

Examinemos alguna manifestación de esos sentimientos castellanos que ha llegado hasta nosotros.

La infanta de alma cruel

Un monje de Oña redactó el epitafio para conmemorar aquel caso, que estremecía en duelo nacional a Castilla entera. Se sintió atraído por su afición a las leyendas de Troya, entonces muy de moda en las escuelas; asemejó la hermosura de Sancho a la de Paris y su valentía a la de Héctor, y escribió este par de versos leoninos:

Sanctius, forma Paris et ferox Hector in armis,
Glauditur hac tumba jam factus pulvis, et umbra.

Después, no temió turbar la calma supraterrena del sepulcro escribiendo encima de él una estridente acusación a la hermana del muerto, a la infanta Urraca: esta había arrancado la vida a Sancho; ella, mujer de alma cruel que no lloró al hermano difunto:

Femina mente dira, soror, hunc vita expoliavit
Iure quidem dempto, non flevit, fratre perempto.

Y para más claridad, nuestro monje añadió todavía unas líneas en prosa en que recriminaba el traidor consejo de Urraca:

Rex iste occisus est proditore consilio sororis suae Urracae.

Por la pluma de este monje de Oña fluía el encono de toda Castilla. Los autores de cronicones inculparon también a Doña Urraca, y los juglares en sus cantos lanzaron la acusación a los cuatro vientos de la publicidad, refiriendo que cuando el Cid estaba dentro de Zamora para comunicar el mensaje de Don Sancho, la infanta había dejado escapar estas palabras contra su hermano: «Yo muger soy et bien sabe él que yo no lidiaré con él, mas yo le haré matar en secreto o a la luz del sol». Lo más grave es que hasta un diploma público, como es el fuero de Castrojeriz, que había de ser leído ante don Alfonso, el hermano predilecto de Urraca, cuando ya hacia unos treinta años que este había vuelto de Toledo, no se recataba de incluir entre las notas historiales de los varíe reyes que menciona, una del rey Sancho *el Fuerte*, que decía: «iste fuit occisus per consilium domna Urraca germana sua, in civitate quae dicitur Zamora»; y tan cruda afirmación de los varones de la villa no quitaba que Alfonso confirmase el fuero: «et ego Alphonsus imperator audio istos foros et confirmo».

Ciertamente hay que descontar mucho de las fervorosas alabanzas que el palaciego autor de la *Historia Silense* tributa a Urraca: «la cual, aunque por de fuera llevaba galas mundanas, observaba interiormente el monacato, unida a Cristo como su único esposo». No cabe dudar que la infanta fue piadosa en adornar los altares y las vestiduras sagradas con joyas riquísimas, como dice esa crónica, ni que fue tiernísíma con su hermano Alfonso, a quien, como una madre, alimentó y vistió en la niñez. Pero si amaba al predilecto con todo el amor de sus entrañas («medullitus», dice la *Silense*), no tuvo para los otros hermanos sino entrañas de fiera. Ya vemos lo que ahora esta mujer, talentosa y enérgica, pero de ánimo feroz («femina mente dira»), pudo hacer con Don Sancho; un año después ella dio el alevoso consejo para que Alfonso encarcelase al hermano menor, García, y lo tuviese preso hasta la muerte en el castillo de Luna.

Generosidad de Mamún

Mientras el Cid con los castellanos andaban las cinco o seis jornadas para llevar el cadáver de Sancho a Oña, desde Zamora se cambiaba totalmente la suerte de España.

En cuanto Vellido Adolfo cometió el regicidio, la infanta Urraca despachó mensajeros a Toledo para avisar a Alfonso; llevaban el encargo de proceder con el mayor secreto, ocultando la noticia a los moros.

Pero vivían por las fronteras una casta de espías, llamados en latín *initiatos* y en romance *enaciados*, «falsos cristianos» según el Tudense, sin duda moros conversos, los cuales se lucraban llevando noticias a uno y otro campo. Alguno de estos madrugó más que los mensajeros de doña Urraca en correr a Toledo con la conmovedora nueva.

Por fortuna, el conde Pedro Ansúrez, en su inquietud, vigilaba más que de costumbre por las carreteras del note de Toledo, y un día, al caer la tarde, descubrió

dos de estos enaciados, a quienes sonsacó que iban a dar a Marmún la noticia de la muerte del rey Sancho. Pero Ansúrez, con achaque de comunicarles advertencias reservadas, los apartó fuera del camino y los degolló; y volviendo a su cabalgar, halló a los mensajeros de Urraca, por los cuales supo todo lo ocurrido, y con ellos dio vuelta a la ciudad para informar a Alfonso. Al siguiente día llegó secretamente a Toledo otro mensaje de algunos castellanos que aceptaban desde luego a Alfonso como rey.

Los desterrados dudaban mucho cómo despedirse de Mamún, pues, si le descubrían la noticia, temían que prendiese a Alfonso para exigirle algún pacto grave de cumplir. Pero invocando Alfonso la inolvidable hospitalidad recibida en Toledo, no quiso obrar con ninguna doblez, y aunque el vehemente deseo de reinar le llenaba de temor hacia Mamún, se dirigió al moro para notificarle la gran ventura que de Dios acababa de recibir.

Mamún sonrió, exclamando: «¡Gracias doy a Dios, que a mí libró de infamia y a ti apartó de peligro! Pues por si a escondidas de mí hubieses querido huir, yo, que ya sabía todo, tenía tomados los pasos para que no escapases de preso o de muerto. Ahora vete con buena fortuna y recibe tu reino, que yo te daré armas y oro cuanto quieras para que puedas allanar los corazones de los tuyos». Y así departiendo ambos en amistad, se renovaron la jura de alianza mutua que se habían hecho, y la extendieron al hijo primogénito de Mamún.

Enseguida Alfonso, con los Beni-Gómez, cabalgó en dirección a Zamora. Así, a sus treinta y dos años, veía coronarse la honda sima de sus ambiciones. Los azares de fortuna le encumbraban, sin esfuerzo alguno propio, al reino en cuya unificación el hermano Don Sancho había gastado toda su actividad y había hallado la muerte.

Apenas Alfonso llegó a Zamora, celebró un consejo secreto con Urraca y otros principales nobles sobre cómo tomar segura posesión del reino.

Todos los magnates y obispos leoneses, asturianos, gallegos y portugueses acudieron enseguida a la ciudad del Duero para recibir a su antiguo rey. Algunos castellanos vinieron allí también y le reconocieron por señor inmediatamente; eran los que habían enviado mensaje a Alfonso a Toledo, y el principal de este partido oportunista era Gonzalo Salvadórez, conde de Lara, quien, olvidado pronto de su difunto rey Don Sancho, acompañaba a Alfonso y a Pedro Ansúrez cuando se trasladaron todos de Zamora a la ciudad regia de León.

Alfonso comenzó a gobernar, concediendo a Urraca consideraciones y nombre de reina, según era costumbre, con las hermanas mayores. En el mes siguiente al asesinato de Zamora, Alfonso otorga un diploma (17 de noviembre de 1072), en la ciudad de León, con el consentimiento de Urraca, y en él, acatando su destierro como una venganza de Dios, da gracias al Cielo porque le restituyó el reino, cuando menos podía esperarse, «sin contradicción de ninguno, sin devastación de la tierra, sin sangre de enemigos…», ¡sine sanguine hostitum! ¡Y ni siquiera la mención de un sufragio, que era costumbre, por el alma del hermano cuya sangre había empapado la

tierra de Zamora hacia cinco semanas!

Sin pérdida de tiempo, Alfonso y Urraca, con los principales ricos hombres y obispos leoneses, y con Gonzalo Salvadórez y demás castellanos oportunistas, se dirigieron a Burgos para recibir el reino de Castilla.

3. EL REY LEONÉS EN CASTILLA

El Cid en el partido hostil a Alfonso

Frente al conde de Lara, Gonzalo Salvadórez, el madrugador vasallo del nuevo monarca, frente a los demás castellanos oportunistas que se apresuraron a ir a Zamora, había en Castilla otro partido que miraba con profundo recelo a Alfonso; los juglares nos dicen que a la cabeza de este partido se hallaba el Cid alférez del rey asesinado.

El disgusto en Castilla era muy general. La mayoría de los castellanos se atrevían solo a achacar abiertamente, la muerte de Sancho a Urraca, la consejera oficial de Alfonso, y desahogaban contra ella en epitafios, cronicones y diplomas; pero otros menos tímidos acusaban al mismo Alfonso. La ya citada apostilla historial de un monje de Silos nos revela cómo a raíz del regicidio se creía en Castilla (ya lo hemos dicho) que Alfonso había estado dentro de Zamora, y se añadía que el destronado rey se había puesto de acuerdo con los zamoranos para urdir la muerte de Sancho.

Es natural que el partido hostil, de los que pensaban como este monje de Silos, habría de exigir que el nuevo rey se exculpase con juramento, «se salvara», según entonces se decía. Las costumbres y las leyes de todos los tiempos se previnieron contra el que pretendía entronizarse con violencia. El Fuero Juzgo, en su titulo inicial, después de excomulgar reiteradas veces a quien atentase, contra la vida del rey o aconsejase el atentado, incita al que sube al trono para que vengue la muerte de su antecesor, si él mismo quiere purgarse de tamaño crimen. Y el purgarse mediante juramento, costumbre tan general en la Edad Media, tenía hasta su modelo en la historia romana, bien conocido de la *Crónica General de España*: después que Numeriano fue muerto violentamente, Diocleciano, elegido emperador, juró ante la corte militar no tener parte alguna en el asesinato.

El siglo XI, que fue el siglo de las desmembraciones fraternales de reinos y el siglo de los fratricidios, nos ofrece ejemplos inmediatos de cómo los vasallos se negaban a reconocer por rey al hermano acusado o sospechado de regicidio. Cuatro años después de asesinado Sancho en Zamora, el primo de este, Sancho de Navarra, fue también asesinado en conjura dirigida por su hermano Ramón, el cual se proclamó rey; pero los navarros, no queriendo obedecer a un alevoso, eligieron en vez del usurpador al rey de Aragón, Otro ejemplo: después del asesinato del conde de Barcelona Ramón Cabeza de Estopa, en 1082, cuando el hijo de la victima fue mayor de edad, Berenguer, que entonces, en nombre propio y a la vez como tutor del huérfano, era conde de Barcelona, fue acusado de fratricidio por algunos nobles catalanes ante la corte de Alfonso VI, y, probada su culpabilidad, fue desposeído del condado en 1096, y marchó a Jerusalén, donde acabó sus días.

Alfonso, este otro hermano de un rey asesinado, no pudo ciertamente entrar a reinar en Castilla sin antes acallar la repugnancia de los vasallos fieles del rey difunto. Las costumbres jurídicas de la época no lo permitían.

Además, los más intransigentes (el Cid al frente de ellos, joven de unos veintinueve años) no debían de obrar movidos tan solo por la fidelidad vasallal, sino acaso por el deseo de poder continuar los planes hegemónicos de Castilla. Era posible que un remordimiento de conciencia impidiese a Alfonso jurar; era posible que, ganando tiempo, la culpabilidad apareciese manifiesta. Entonces los castellanos no se someterían al de León y buscarían otro rey que les llevase de nuevo a la lucha, como buscaron los navarros en el caso análogo ya dicho. Los castellanos podían pensar en el tercer hermano, García, el ex rey de Galicia, o en los reyes de Navarra o de Aragón, primos del asesinado.

La jura en Santa Gadea

El Tudense dice que los castellanos, no hallando persona de estirpe real más indicada para ocupar el trono vacante, convinieron en recibir por señor a Alfonso, si bien a condición que antes jurase no haber participado en la muerte de Don Sancho; después, como ninguno se atreviese a pedir tal juramento al nuevo rey, Rodrigo Díaz le tomó la jura, por lo cual nunca fue grato a Alfonso en adelante.

Esta noticia es ciertamente tardía (el Tudense escribe hacia 1236), y además me parece provenir de fuente juglaresca, pero la creo de origen antiguo y, por lo tanto fidedigna, ya que los primitivos juglares castellanos eran más cronistas y menos poetas que sus colegas los franceses.

Nuestros juglares del siglo XIII referían por tradición que el Cid había acudido también ante Alfonso con los otros castellanos, pero se había negado a besar la mano al nuevo rey, y preguntado por este, le contestó: «Señor, cuantos hombres aquí vedes, aunque ninguno vos lo dice, todos han sospecha que por vuestro consejo fue muerto el rey Don Sancho, vuestro hermano; e por ende vos digo que, si vos non ficiéredes salva de ello, así como es derecho, yo nunca vos besaré la mano nin vos recibiré por señor».

Esta sospecha que declara el Cid a los juglares sabemos que es plenamente histórica, y era tan general en Castilla que hasta clamaba violenta en la misma paz de los claustros; en Oña se acusaba a la consejera de Alfonso; en Silos, estando regido el convento por el anciano Santo Domingo, se acusaba al mismo Alfonso. La exculpación de este era, pues, necesaria, según el derecho de la época, y podemos, por lo tanto, tomar como verdad aproximada el relato juglaresco. La inexactitud de poetización que los juglares pudieron cometer consistirá únicamente en dejar al Cid solo frente a frente de Alfonso. El Cid de la realidad, como alférez y amigo intimo del rey difunto, sería cabeza del partido de los castellanos legales, pero no sería el único castellano legalista.

El rey, según los juglares, promete hacer la salva en la forma que quisiesen los altos hombres castellanos, y estos deciden que jure el rey con doce de sus vasallos; son estos los *conjuradores* o *compurgadores*, institución desconocida del Fuero Juzgo, pero, como tantas otras de origen germánico, difundida después, cuando las costumbres se sobrepusieron al tan romanizado código visigótico. El número de compurgadores variaba ordinariamente de dos a doce, según la gravedad del juramento; doce era el número más frecuente.

Los castellanos, según el relato juglaresco, piden también que Alfonso jure en Burgos, en la iglesia de Santa Gadea. Es que había iglesias especialmente destinadas al juramento de tales o cuales personas.

> en Santa Gadea de Burgos, *do juran los hijos de algo*,
> allí toma juramento el Cid al rey castellano.

Esta Santa Gadea no es ninguna iglesia principal de Burgos, sino una parroquia pequeña en barrio muy retirado; y ocurre pensar si santa Gadea (Agadea, Águeda = Agatha) seria santa a quien se confiasen especialmente los juramentos, pues vemos que los potestades de Nave de Albura, en 1012, juran el fuero de esa villa no en una iglesia del lugar, sino en la iglesia de Santa Gadea de Término, que es otro pueblo situado a 10 kilómetros al noroeste de Nave.

Alfonso jura en Santa Gadea, según el sencillo relato juglaresco: los evangelios puestos sobre el altar y las manos del rey sobre los evangelios; pues, para ser válida la jura, el que la prestaba debía tocar algún objeto sagrado. El Cid pide al rey que jure no haber participado en la muerte del rey Don Sancho, y Alfonso con los doce compurgadores responden el «Si juramos» sacramental. Entonces el Cid lanza lo que en términos jurídicos se llamaba la *confusión*: «Pues si vos mentira yurades, plega a Dios que vos mate un traidor que sea vuestro vasallo, así como lo era Vellid Adolfo del rey Don Sancho». Alfonso y sus doce caballeros tienen que aceptar la maldición respondiendo «Amén»; pero al pronunciar esta palabra solemne el rey perdió el color.

Por tres veces el Cid exige la misma jura, según era derecho, y recibido el triple juramento, quiso besar la mano del rey, pero este se la negó.

Tal enojo de Alfonso pertenece a la ficción poética, lo mismo que la palidez emocional que acompaña al «Amén». Alfonso no tenía por qué enojarse públicamente con quien cumplía con él una función que, aunque de desconfianza, era al cabo una función jurídica ritual, muy propia de quien había sido alférez del difunto. Es de suponer que no mirase con mucho agrado al Cid, al vencedor de Golpejera, pero no le negó su mano a besar, sino que, según la Historia, le recibió desde luego por vasallo y le honró con distinciones especiales, captándose con esto el partido de los intransigentes.

El Cid, vasallo de Alfonso

No obstante, la posición del Cid en el reino había cambiado completamente. Antes, como alférez de Sancho, era el primer personaje de Castilla y había aniquilado el poder de los Beni-Gómez. Ahora, los Beni-Gómez estaban restituidos a sus dignidades; Pedro Ansúrez, repuesto en sus condados de Carrión y Zamora, venía a Burgos como principal magnate en el séquito del nuevo rey; Alfonso no mostraba necesitar para nada las dotes especiales del Campeador, la gloria del cual se cifraba en el molestísimo recuerdo de Golpejera. Rodrigo Díaz, de ser un vasallo preferido, pasaba a ser un vasallo de tantos, y más bien un vasallo tolerado, aunque tenido en honor por su alto valor.

El 8 de diciembre de 1072, Alfonso, recibido ya rey de Castilla, otorga una concesión al monasterio de Cerdeña, con el consabido consentimiento de su hermana Urraca. Firman el acta los obispos leoneses y gallegos con el alférez y los condes leoneses, que habían venido a la solemne toma de posesión de Castilla; entre los personajes castellanos están el acomodadizo Gonzalo Salvadórez, que firma el primero de todos los castellanos; después el joven García Ordóñez, que pronto recibirá de Alfonso las distinciones más singulares, y, en fin, entre los últimos confirma Rodrigo Díaz. La situación de este en la corte había decaído con el nuevo rey.

García Ordóñez, alférez de Castilla

En el año 1074 había enemistad entre los dos primos, el rey de Castilla y el de Navarra. La causa era quizá el tributo de Zaragoza.

Alfonso de Castilla invadía la Rioja en el mes de junio, llevando como alférez al conde García Ordóñez, que entonces empezaba a medrar en la corte. Este joven desempeñaba ahora junto a Alfonso el distinguido puesto que el Cid había tenido al lado de Sancho; se inicia, pues, ya como rival castellano del Campeador.

En la hueste que entra por Rioja encontramos también al conde Gonzalo Salvadórez y a Rodrigo Díaz, reducido a uno de tantos.

Pero esta ocupación de la Rioja no fue duradera; García Ordóñez no tuvo la suerte de ser un éxito en la expedición de que era alférez. El ejército castellano evacuó pronto el país y en diciembre se hallaba el rey de Navarra en el mismo monasterio de San Millán.

García Ordóñez, que siempre se manifestó tan ambicioso como ineficaz, inmediatamente después de la fracasada entrada en Rioja, dejaba el cargo de alférez para recibir en premio un condado.

Doña Jimena, la asturiana. Reconciliación del Cid con los leoneses

Alfonso, cumpliendo el deber de señor para con vasallo, buscó al Cid un

matrimonio honrosísimo. Le casó con doña Jimena Díaz, mujer de alcurnia regia; era sobrina del mismo Alfonso VI, bisnieta del rey Alfonso V de León.

Conservamos la carta de las arras que el Campeador dio a Jimena el 19 de julio de 1074, fecha sin duda de la celebración del matrimonio. El Cid tenía entonces unos treinta y un años.

Eran las arras una donación que el esposo hacía a la esposa. Alguna vez eran como compra del cuerpo de la novia, «comparatio corporis». Por lo común se daban expresando alguna consideración afectuosa: en honra a la pureza de la mujer, «propter honorem virginitatis tue», por amor a su belleza o a su dulzura, «propter honorem et amorem pulchritudinis tue», «dulcedinis tue». La carta del Cid a Jimena reúne dos expresiones: «por decoro de su hermosura y por el virginal connubio».

El Campeador castellano recibe en su familia a una hijadalgo leonesa; así otorga a doña Jimena las arras «por fuero de León». En León el marido solía dar en arras la mitad de sus bienes y de los gananciales, mientras en Castilla daba solo el tercio de la heredad.

La estirpe regia de doña Jimena indica bien cómo, a pesar de Llantada y Golpejera, Alfonso tenía en alta estima al ex alférez de Sancho. La desposada tenía por padres al antiguo conde de Oviedo Diego Rodríguez y a la nieta del citado rey de León Alfonso V, llamada Cristina. Tenía por hermanos a los que también fueron sucesivamente condes de Oviedo, Rodrigo Díaz y Fernando Díaz. Pertenecía, pues, la novia a la más linajuda nobleza asturiana, y su casamiento con el Cid obedecía a una acertada política de Alfonso, tendiente a unificar los intereses y sentimientos de sus vasallos. El matrimonio del Cid y de Jimena era como una alianza reconciliadora entre castellanos y leoneses; restaba castellanidad al héroe burgalés, que ya otorgaba las arras «por fuero de León».

La carta de arras manifiesta también por otro modo el carácter de política amistad que el rey daba a aquel matrimonio, ya que los dos fiadores de la donación nupcial son, precisamente, los dos condes, Pedro Ansúrez y García Ordóñez: el uno, antagonista del Cid en León, y el otro, rival en Castilla. Estos dos condes robaron con su mano la carta, cuyo solemne otorgamiento se hace en presencia de toda la corte: confirman el rey Alfonso, la impetuosa infanta Urraca (a quien los romances atribuyen amor por el Cid y despechados celos por Jimena), la siempre insignificante infanta Elvira, el acomodadizo y a todos afable Gonzalo Salvadórez, conde de Lara, y otros condes y caballeros, entre los cuales solo retendremos dos que el poema del *Mio Cid* nombra en la mesnada del Campeador; a saber, Alvar Salvadórez, hermano del conde de Lara, y Alvar Háñez, a quien el Cid en el texto de la misma carta de arras llama sobrino suyo, y que pronto va a figurar como el más valioso capitán de la Reconquista, después del Cid, su tío.

El Cid en Oviedo

La compenetración entre castellanos y leoneses tenía que preocupar a Alfonso; sus dos reinos no estaban, en realidad, muy unidos. Así, la reconciliación que él inició mediante el matrimonio de doña Jimena trató de afianzarla llevándose al Cid consigo en un viaje a Asturias. Alfonso VI iba en peregrinación a Oviedo, para adorar las famosas reliquias que se veneraban en la catedral, encerradas en un arca que ahora iba a ser abierta y examinada en presencia del rey durante la Cuaresma del año 1075.

De altos personajes castellanos solo fueron con Alfonso: el obispo de Oca o Burgos y Rodrigo el Campeador, el cual por esta concesión, seis meses después de su matrimonio, iba a visitar la tierra de doña Jimena, acaso en unión de esta. A Oviedo concurrieron también las infantas Urraca y Elvira, el conde mozárabe Sisnando, aluazir o visir de Coimbra, y muchos otros prelados y magnates.

En los últimos días de la Cuaresma el rey despachó algunos pleitos interesantes, uno de los cuales nos interesa especialmente.

El día 26 de marzo la corte se reunió en sesión judicial en el convento de San Pelayo. El rey designó por jueces para este acto a don Sisnando, aluazir de Coimbra, y a Rodrigo Díaz «el castellano». Ambos se muestran muy duchos en su función judicial. En presencia de la corte examinan las escrituras aducidas y juzgan no ser auténticas las que exhibía una de las partes. Después manejan el *Fuero Juzgo* para citar por extenso varias de sus leyes.

Debe notarse que los jueces que el rey solía nombrar para entender en los pleitos presentados ante la curia regia eran muchas veces condes, pues estos, por su cargo, eran los jueces superiores en el territorio que gobernaban, o bien solían ser merinos u otros funcionarios; no obstante, el Cid es designado juez, en compañía de un conde, sin tener cargo oficial y sin poseer la gran autoridad de los años, pues solo contaba treinta y dos. Esto nos indica que se distinguía como sabidor en derecho. Y no parece un sabidor meramente práctico en los usos jurídicos de su tierra; él, caballero de Castilla, juzga un pleito asturiano, ateniéndose a las leyes del *Fuero Juzgo*, cuando precisamente los castellanos se distinguían de los leoneses en no regirse por el código visigótico, sino más bien por el derecho consuetudinario germánico e hispano-romano.

Alfonso distingue en Castilla al Cid

Terminada la Cuaresma (5 de abril de 1075, domingo de Pascua), la corte se volvió de Oviedo a Castilla. El 1 de mayo Alfonso estaba en Burgos.

Por entonces debió de nacer el primer hijo del Cid, Diego, y probablemente conmemorará la fiesta del primogénito el privilegio que en 28 de Julio de 1075 da, Alfonso VI al Cid, «fidelissimo Roderico Didaz», haciendo ingenuas o libres todas las heredades del Campeador de modo que no entre en Vivar, ni en otra alguna, el sayón o el merino a cobrar ninguna de las prestaciones y multas debidas al rey, como son el fonsado, el hurto, la fuerza hecha a mujer, la castillería, la anúteba; todas sus

heredades íntegras, sin ningún tributo, las poseerá Rodrigo Díaz, así como sus hijos y sus nietos.

En varios documentos del año 1076 vemos figurar en el séquito de Alfonso VI al Cid y a su sobrino Alvar Háñez, sin que junto a ellos aparezcan personajes del partido hostil. Parece como si Jimena dispusiera con su tío Alfonso un buen lugar en la corte para el ex alférez del rey Sancho.

Pero entonces mismo García Ordóñez medraba de un modo amenazador para el prestigio de Jimena y de su marido ante el rey.

Anexión de la Rioja

El 4 de junio de 1076 era muerto traidoramente en Peñalén el rey Sancho de Navarra, víctima de una conjura de su hermano menor, Ramón, y de su hermana, con varios nobles de la corte. Otro fratricidio que venía a favorecer a Alfonso, el gran favorito de la Fortuna.

Los navarros negaron la corona al fratricida, y no pensaron ni en un hijo pequeño del difunto ni en el otro hermano, el infante Ramiro; optaron por no crear un rey nuevo, sino unir su reino a otro existente. Pamplona con la parte Norte reconoció por rey a Sancho Ramírez de Aragón. La parte Sur, la Rioja, reconoció a Alfonso VI.

García Ordóñez, conde de Nájera

Con motivo de la anexión de la Rioja vemos confirmada la predilección que por García Ordóñez sentía Alfonso.

Ya hemos visto que en su mocedad García Ordóñez había tenido en la corte castellana de Sancho el Fuerte un lugar menos brillante que el Cid. Debía de ser poco más o menos de igual edad que este, pero por su nobilísima familia estaba llamado a ocupar mayores puestos. Empezó su carrera gobernando, desde 1067 a 1070, la fortaleza de Pancorvo, frontera de Navarra; después, alférez de Alfonso cuando la otra expedición a la Rioja en 1074; su actividad miraba, pues, hacia esta región del Ebro, y ahora Alfonso, que ya le había hecho conde dos años antes, le distinguió dándole el gobierno de Nájera. Le honró más aún buscándole el matrimonio más ilustre que podía ser, casándolo con una infanta, con la hermana del asesinado rey navarro, llamada doña Urraca, la cual era señora de Alberite y de otros pueblos en la misma Rioja; nuevo matrimonio político, como el del Cid, que tendía a castellanizar la región recién anexionada.

Los dos esposos —el conde castellano y la infanta navarra— gustaban ser tratados con desusada pompa en los actos de la Rioja: «el ínclito, el honorificado por Dios y por los hombres, bajo la gracia de Dios y del rey Alfonso, señor Conde García, y la nobilísima de más noble progenie doña Urraca la condesa, dominantes en

Nájera».

Así llegó García Ordóñez no solo a sobrepujar, con mucho, en brillo oficial al Cid, sino a ocupar el primer puesto en la corte, entre todos los ricos hombres castellanos. Y, sin embargo, el gloriosísimo conde no tenía en su abono para obtener la predilección de Alfonso ningún hecho notable parecido a los del Campeador, y no contará en el resto de su larga vida más que fracasos.

4. ESPAÑA, PATRIMONIO DE SAN PEDRO

Roma y la Iglesia española

En el siglo XI el pontificado romano, floreciente entonces en papas de alto valor moral e intelectual, trabajaba por hacer más efectiva su autoridad por todo el orbe católico, que vivía bastante disgregado. España, por ejemplo, había llegado a formar en tiempo de los doctos padres de la Iglesia visigoda una liturgia que no coincidía con la de las otras Iglesias de Occidente, y las relaciones de sus prelados y reyes con Roma eran muy escasas. Pero la tendencia centralizadora de los pontífices no se limitaba a las cuestiones de orden puramente espiritual.

Pretensiones teocráticas e imperiales sobre España

Tanto el Papa Alejandro II como la figura más saliente de la Iglesia entonces, el monje de Cluny, Hildebrando, se preocupaban por afirmar la supremacía efectiva y soberana de la Sede Apostólica sobre todos los poderes de la tierra, lo mismo eclesiásticos que laicos. Desde 1059 Hildebrando proyectaba una colección de textos canónicos en apoyo de esa tesis. Se acoplaban también argumentos históricos y, revolviendo los archivos de la Iglesia romana en busca de títulos de soberanía, se descubrían razones diversas para que cada país, desde España hasta Polonia o Rusia, todos hubiesen de obedecer o tributar a la Sede Apostólica, la cual, llegado el caso, podría imponerse a los príncipes, no solo con la excomunión o el interdicto, sino también con la deposición y hasta con expediciones militares.

La general exaltación religiosa que caracteriza esta época trae consigo en el pontificado tan singular mezcla de la renunciación ascética con la extrema ambición de poder humano; el mismo siglo XI, que se inicia con un notable florecimiento del espíritu ascético en los reyes, debía desarrollar el anhelo dominador de los papas. El pensamiento religioso, absorbente, deducía sin vacilar las últimas consecuencias. La «potestad directa» conferida por Dios a San Pedro y sus sucesores era superior al poder pasajero de los reyes; el poder sacerdotal es de origen divino, mientras el poder real es una invención de los hombres instituida ya en el mundo pagano; todas las naciones cristianas debían, pues, unirse bajo la guía suprema del pontífice; grandiosa ambición de unificar políticamente la Europa sobre la base de su unificación espiritual.

Y estas ideas de monarquía universal no se alimentaban solo a nombre del Papado, sino también a nombre del Imperio romano-germánico, aliado del pontífice. Hacia 1065, cuando el rey de Alemania, Enrique IV, llegaba a su mayor edad, un anónimo italiano, queriendo entusiasmar por la causa del joven príncipe a toda Italia

del Norte, romanos y normandos del Sur, escribía una *Exhortatio ad proceres regni*, en la cual predice que, mediante la firme unión de los magnates, sería un hecho próximo el Imperio universal, serian sometidas en breve Galia, Bretaña y también España:

Subdita erit vobis reverenter Hiberia fortis,
romanas leges Cantaber excipiet…

Renacería el Imperio de César y de Carlomagno; todo el orbe sería regido en justiciera equidad bajo las llaves de San Pedro.

Alejandro II y Gregorio VII; expedición de Ebles de Roucy

Estas aspiraciones centralizadoras empezaron a operar sobre España casi a la vez en el terreno puramente religioso y en el político.

El rey de Aragón, Sancho Ramírez, cedió antes que nadie a los deseos del Papa Alejandro para desechar la liturgia visigótica. El segundo martes de Cuaresma, 22 de marzo de 1071, en el monasterio de San Juan de la Peña, las horas prima y tercia se rezaron toledanas por última vez, y a la hora sexta empezó el oficio romano; este solemne renunciamiento de la tradición era presenciado por el rey, y además, por el legado del Papa, el cardenal Hugo Cándido, instigador de la reforma.

Pero al regresar a Roma Hugo Cándido, este triunfo de su legacía debía parecerle poca cosa. La cuestión litúrgica era ya secundaria en la corte pontificia. Entre los argumentos históricos acogidos en el Palacio de Letrán, empezó por entonces a figurar la noticia de que España había pertenecido antiguamente al patrimonio de San Pedro, indudablemente fundándose en la fabulosa donación del emperador Constantino al Papa San Silvestre.

Así que a poco de volver Rugo a Roma, Alejandro II organizó una expedición militar sobre España, y confió el mando a un famoso capitán de entonces, Ebles de Roucy, hermano de la reina de Aragón, Felicia, la hija de Hilduino, conde de Montdidier y de Roucy, en la Champaña.

Mientras el fastuoso barón champañés reunía el gran ejército que pensaba conducir contra el reino moro de Zaragoza, murió el Papa. El pueblo de Roma y los cardenales proclamaron al hermano Hildebrando (22 de abril de 1073), y el nuevo pontífice, bajo el nombre de Gregorio VII, a los ocho días de su elección se dirigía «a todos los príncipes que quisieran partir a las tierras de España» para advertirles que no se les debía ocultar cómo «el reino de España antiguamente perteneció por derecho propio a San Pedro, y que todavía, aunque ocupado por los paganos, a ningún mortal sino solo a la Sede Apostólica le pertenece»; lo que el conde Ebles de Roucy o cualesquiera otros ganasen de paganos lo poseerían a nombre de San Pedro y bajo ciertos pactos; el cardenal Hugo Cándido representaría la voluntad del Papa

ante todos los que fuesen en aquella expedición. Las conquistas tendrían, pues, por soberano al pontífice.

Es de suponer que la nueva teoría histórica acerca de España que ahora se traía el legado Hugo Cándido fuese par acá bastante menos grata que las opiniones acerca de la liturgia expuestas en sus anteriores viajes. El rey aragonés Sancho Ramírez, aunque siempre hijo sumiso de la Santa Sede, no podía tomar a bien que su cuñado Ebles de Roucy conquistase en Aragón tierras que habían de depender solo de San Pedro. Lo cierto es que al guerrear Sancho Ramírez, en el mes de mayo, las fronteras del rey de Zaragoza, careció de ayuda extranjera, y que la gran expedición de Ebles, publicada tan ruidosamente en Francia, no hizo nada en España. Aragón reconocía desde antes cierta sujeción a la Santa Sede; Sancho Ramírez pagaba al Papa un censo anual de 500 escudos de oro, y este era el único y mejor acatamiento a la supremacía temporal apostólica que el reino aragonés podía ofrecer.

Nuevas pretensiones de Gregorio VII

Vengamos a cuatro años después de la fracasada expedición de Ebles y Hugo Cándido. La querella suscitada por el reciente decreto contra la investidura laica de los obispos acababa de pasar uno de sus momentos más fuertes, y el emperador de Germanía había caído pasajeramente humillado en la sonada entrevista de Canosa. Gregorio VII vuelve entonces a la cuestión española, cuando ya Hugo Cándido le había abandonado para sumarse a los rebeldes de la Asamblea de Worms. El Papa, en 28 de junio de 1077, se dirige a los reyes, condes y demás príncipes de España, para notificarles directamente lo que cuatro años antes había proclamado en Francia: «Quiero haceros saber —les dice— que el reino de España, según antiguas constituciones (no expresa la falsa donación de Constantino) fue entregado a San Pedro y a la Santa Romana Iglesia en derecho y propiedad. El servicio que por esto se solía hacer a San Pedro, así como la memoria de estos derechos, se perdió a causa tanto de la invasión sarracena como de la negligencia de mis predecesores. Os lo hago saber, ahora que habéis recobrado vuestro suelo de los infieles; no suceda que por mi silencio o por vuestra ignorancia la Iglesia pierda su derecho. Qué es lo que a vosotros toque hacer, vosotros mismos lo mirad, atendiendo a vuestra salvación y a vuestra fe cristiana».

Alfonso, emperador de España toda

Alfonso VI, claro es, no podía aceptar que España fuese patrimonio de San Pedro; por de pronto no se sometió al censo que pagaba el rey de Aragón, el conde de Besalú y otros príncipes de Europa, pagado todavía por Aragón y Portugal en el siglo XIII. Lejos de eso, empezó entonces a proclamar la antigua dignidad imperial que por rey

de León le correspondía; pero no se contentó como hasta entonces con ser llamado emperador, igual que su padre Fernando I, sino que él mismo usó el título y lo empezó a generalizar en sus diplomas ese año 1077 en que Gregorio VII comunicaba a España las pretensiones anunciadas fuera de ella cuatro años antes; además, el titulo escogido por Alfonso era más explícito que el de sus antecesores, como si con él quisiera atajar las pretensiones de Roma: *Ego Adefonsus imperator totius Hispaniae*. La idea imperial manifiesta claramente, por primera vez ahora, conciencia plena de toda su importancia, de toda su extensión sobre la España libre y sobre la irredenta. Por su parte, los otros reinos de la Península hubieron de reconocer, como de antiguo lo hacían, esta supremacía jerárquica del rey de León; así varios diplomas aragoneses ponen en su data: «regnante pio rege domino Sancio in Aragone et in Pampilonia, imperatore domino Adefonso in Legione»; y a su vez los historiadores árabes hacen constar esta preeminencia cuando explican que Alfonso VI «usaba el titulo de *imperator*, que quiere decir rey de los reyes». Insistió sobre este concepto Alfonso, algunos años después, cuando amplificaba su título y se proclamaba «constitutus imperator super omnnes Hispanie nationes».

El Cid y la protesta nacional

Las pretensiones de Gregorio VII tuvieron que suscitar también otras protestas en el sentimiento español, además del nuevo titulo imperial de Alfonso. Otras repulsas más directas recordaban los juglares, los informadores del pueblo, y nos las transmitieron, aunque alteradas por el rodar de la tradición. Ya ciento treinta años después de muerto el Cid, nos testimonia el Tudense lo muy divulgado que estaba un canto juglaresco tradicional, que luego reaparece en la Crónica de 1344 y en el poema de las *Mocedades de Rodrigo*. Según este relato juglaresco, el Papa, el emperador de Alemania y el rey de Francia exigen un tributo al rey de España, amenazándole con enviar cruzada contra él (recuerdos de Ebles de Roucy); Rodrigo Díaz es el que aconseja la desobediencia al Papa, el que hace responder que la Reconquista es obra de los españoles y no de los extranjeros; es, en fin, el que dirige la resistencia y el ataque a Francia. En el poema de las *Mocedades*, Ruy Díaz desafía al Papa y al emperador alemán:

Dévos Dios malas gracias, ay papa romano,
enviásteme a pedir tributo cada año,
traévoslo ha el buen rey Don Fernando:
eras vos lo entregará en buena lid en el campo.

Esta es la contestación que los poetas vulgares de España daban al «Subdita erit vobis reverenter Hiberia» del poeta latino-italiano.

Y este es el solo eco llegado a nosotros, confuso pero evidente, de las reacciones

que en España suscitaron, tanto la expedición francesa de 1073, movida por las pretensiones pontificias de reconquista en España, como la epístola de 1077, en que Gregorio VII declaraba sus derechos supremos sobre los reinos peninsulares. Las crónicas oficiales de aquel tiempo no dicen ni una palabra de la expedición de Ebles ni de las aspiraciones pontificias; solo los juglares se preocupaban de las cuestiones políticas de entonces.

En esas crónicas latinas o clericales ha dejado, en cambio, memoria la protesta del nacionalismo contra la otra pretensión del Papa, la del oficio romano, menos conmovedora para el pueblo, pero más interesante para el clero nacional, que era quien escribía las crónicas. Por las memorias cronístico-clericales sabemos que, tras gran resistencia en los años 1077 y 1078, el rito romano fue adoptado en los reinos de León y de Castilla. Son los mismos años en que Alfonso VI adopta su título imperial.

CAPÍTULO II

EL CID EXCLUIDO DE CASTILLA

1. DESTIERRO DEL CID

A la vez que Alfonso se titulaba «emperador de toda España» quería hacer más eficaz su dominio sobre los reyes moros de taifas.

El padre de Motámid de Sevilla pagaba parias a Fernando I. Motámid las pagaba ahora a Alfonso, y este enviaba todos los años una embajada a Sevilla para cobrar el tributo. Con tal objeto envió, hacia fines de 1079, a Rodrigo Díaz. El emperador entonces empezaba también una serie de campañas contra el rey de Badajoz y de Toledo, pero en ellas no daba cabida, que sepamos, al genio militar del Cid. No le gustaba aprovechar a su gran vasallo sino como juez o como embajador.

Rodrigo de Vivar llegaba a Sevilla en mala oportunidad. Motámid se hallaba amenazado por su enemigo Abdállah Modáffar, rey de Granada.

La enemistad de Motámid y Abdállah venía de sus antecesores, tenía un fundamento racial. Los Beni Abbded de Sevilla eran árabes yemeníes, venidos a España en 741 y enteramente hispanizados, mientras los ziríes de Granada pertenecían a gentes berberiscas recién venidas bajo el hijo de Almanzor, y entre los abbedíes y los berberiscos hubo siempre gran enemistad. El odio de raza se aumentaba con la desigualdad de cultura. Los ziríes, teniendo por lengua materna el beréber, comprendían mal el árabe literario y quedaban bastante ajenos a la civilización islámica; los sabios, los literatos y los cantores no hallaban acogida en el palacio de Granada. Muy al contrario, Motámid de Sevilla era un excelente poeta, y su corte literaria brillaba entre todas, pues él era pródigo en recompensas. Poeta era el primer ministro de Sevilla; poetisa notable era la mujer favorita de Motámid, la sultana Romaiquía, famosa por sus improvisaciones métricas en los recreos a orillas del Guadalquivir, con las cuales se ganó el corazón del príncipe, y más famosa por sus vehementes y descabellados antojos, que ponían a dura prueba la obsequiosa ternura y la ingeniosa esplendidez del enamorado esposo, según nos refiere nuestro don Juan Manuel.

Los abbedíes y los ziríes habían comenzado su rivalidad poseyendo reinos iguales en extensión, pero cada vez la inferioridad de los ziríes se hacía más patente. Ahora, cuando Abdállah empezó a reinar en Granada (1073), no conservaba ya sino el solo territorio de la capital. Por el contrario, Motámid, habiéndose apoderado también de Córdoba (1070) y de Murcia (1078), se llegó a hacer con el reino moro más rico de España, y aseguraba la superioridad de la antigua nobleza andaluza sobre los incultos

beréberes advenedizos.

El joven zirí Abdállah, persuadido por el difunto rey de Toledo, Mamún, fautor de la política imperial de Alfonso, se había sometido a pagar tributo al emperador. Sin duda para cobrar esas parias se hallaban en Granada cuatro grandes vasallos de Alfonso, el principal de los cuales era el conde García Ordóñez de Nájera.

Estos, pensando servir a la política imperial de enzarzar unos con otros a los reyes andaluces, preparaban una incursión en territorio sevillano. Quizá disgustaba al emperador el excesivo engrandecimiento de Motámid. Pero García Ordóñez tuvo la gran inoportunidad de hostilizar a Motámid en el momento en que este, yendo a pagar sus parias, podía exigir el auxilio del Campeador.

El Cid, encargado de cobrar el tributo sevillano, creyó su deber proteger al tributario, y así escribió al rey de Granada y a los ricos hombres castellanos, rogándoles que, en consideración al emperador Alfonso, desistiesen de atacar al rey de Sevilla. Mas ellos, confiados en la multitud de su ejército, no solo desatendieron el ruego del Cid, sino que lo echaron en irrisión, y entraron por la tierra de Motámid, robándola toda hacia el castillo fronterizo de Cabra.

Encuentro del Cid y García Ordóñez

Rodrigo, a quien hacía siete años que Alfonso tenía ocioso de hazañas, vio que su hora había llegado. Púsose al frente de la pequeña hueste que por escolta había traído, corrió al encuentro de los invasores y trabó con ellos una dura y larga batalla.

Los del rey de Granada sufrieron las mayores pérdidas, tanto moros como cristianos, y al fin, deshechos, huyeron, quedando presos el mismo García Ordóñez con otros muchos caballeros.

El viejo poema del Cid acaso recarga las tintas de este suceso, cuando nos dice que entonces el Campeador afrentó al conde de Nájera, cogiéndole por la barba y mesándole en ella una gran pulgarada, injuria gravísima que los fueros declaraban causa de enemistad perpetua. Aunque las cosas no hubiesen llegado a tanto, bastó la prisión pura que el conde de Nájera se sintiese hondamente herido en su orgullo. La historia nos dice solo que el Cid retuvo a los presos tres días para probar que su victoria no era un éxito inseguro, y luego los dejó libres, quedándose empero con las tiendas y con el despojo de los vencidos.

Esta victoria del Cid, obtenida con pocos caballeros sobre numeroso ejército enemigo, tuvo resonancia duradera. Los historiadores árabes la anotaron como extraordinaria, y el pueblo cristiano, los juglares y los cronistas, en memoria de ella, designaron al conde de Nájera con sobrenombre humillante: Don García «de Cabra», para recuerdo perdurable del lugar de su famosa derrota. Era Don García hombre que, a pesar de su alta nobleza familiar y de su más alto casamiento, carecía de nobleza personal y excitaba el apodo despectivo; los cristianos le llamaron también «el Crespo de Grañón», y los moros le conocían por «el Boquituerto».

El Campeador regresó victorioso a Sevilla; recibió de Motámid el tributo con muchos regalos destinados al rey Alfonso, y emprendió muy honrado su vuelta a Castilla, a su rey. En mayo de 1080 estaba en Burgos, donde también se hallaba García Ordóñez; ambos asisten a un Concilio en que se ratificó la adopción del rezo romano, y con los dos rivales asisten también los condes leoneses Pedro Ansúrez de Carrión y Rodrigo Díaz de Oviedo, hermano de Jimena.

Pero en Burgos, si la humillación de García Ordóñez podía ser grata al pueblo, fue muy desagradable al rey, que tanta predilección sentía por el conde de Nájera. La victoria de Rodrigo de Vivar, además, despertó envidia en muchos, no solo entre los extraños y en el bando de los Ordóñez, sino entre los parientes mismos del Cid, y muchos acusaron a este ante el rey de cosas falsas que la *Historia Roderici* no se detiene a referir. Por el viejo poema sabemos que las acusaciones consistían en decir que el Cid había sido fiel mensajero, reteniendo para sí lo mejor de las parias del rey moro (y de paso repárese cómo esta noticia de los juglares encaja con evidente exactitud en un vacío que la Historia deja). Probablemente hubo alguna fatal circunstancia que diese color de verdad a tales acusaciones. Motámid, agradecido pudo obsequiar con envidiables dones a su ayudador, o bien, menos creíble, pudo hacer al Cid víctima de algún engaño, como el que intentó en 1082, tratando de pagar el tributo en moneda de baja ley. Lo cierto es que en el ánimo de Alfonso comenzó a crecer el sentimiento de recelo, de aversión hacia el Cid, y esta antipatía, excitada por una nueva iniciativa del héroe, estalló violentamente.

Comienza la guerra de Toledo

Mamún, el generoso rey de Toledo y de Valencia que hospedó a Alfonso destronado, había muerto envenenado en 1075. Le sucedió su nieto Alcádír, muchacho apocado y corto de alcances, que, criado entre las damas del harén, entre eunucos y esclavos, estuvo siempre muy dominado por ellas y por ellos.

Bajo su débil mando los partidos exacerbaron sus luchas. Eran dos principales: el *mudéjar* o tributario, que buscaba en la protección de los cristianos una garantía de paz y orden, y el *intransigente*, que abominaba de todo vinculo con gentes de otra religión. Alcádir, viéndose incapaz de dominar rebeliones y guerras, buscó la protección de Alfonso, en lo que no hacía sino seguir la política de su abuelo Mamún. Fue la política de toda su vida; luego vivió bajo la protección del Cid.

Alfonso, sin duda para ayudar a Alcádir contra el partido intransigente, emprendió en 1079 una campaña en tierra toledana, primera de una serie ininterrumpida durante seis años, que los historiadores árabes y cristianos cuentan como cerco de Toledo previo a su reconquista.

Triunfo de los enemigos del Cid

Hallándose el emperador en una de estas campañas, acaso en la de abril-mayo 1081, el Cid había quedado enfermo en Castilla. Entonces los moros acometieron el castillo de Gormaz, la más importante fortaleza castellana sobre la línea del Duero, y robaron en sus algaras abundante presa.

Al oír estas noticias, el Cid, indignado, reunió a todos los caballeros, los proveyó de armas, entró con ellos en cabalgada por el reino de Toledo, devastó en castigo la tierra y se volvió con hasta siete mil cautivos, entre hombres y mujeres, y con gran presa de ganados, ropas y otras riquezas, todo lo cual llevó a su casa.

Este segundo éxito del Campeador cayó también mal entre los magnates de la corte. Los envidiosos decían a Alfonso que Rodrigo no había hecho aquella cabalgada sino para que el rey y todos ellos, que andaban por tierras de moros combatiendo, muriesen a manos de los sarracenos.

Así se expresa la *Historia Roderici*, y para entenderla es de recordar que, si bien Alfonso estaba en guerra con Toledo, era solo contra los enemigos de Alcádir, y siempre había en aquel reino musulmán una parte amiga, la del Nordeste, en la cual se hallaban Santaver, el solar de la familia de Mamún, el valle del Tajuña, donde Mamún y Alcádir habían dado los pueblos de Brihuega, Olmos y Canales a Alfonso, lugares en que este hospitalizaba sus bajas durante las expediciones militares por la tierra toledana. Esta tierra cae justamente hacia la de Gormaz, que el Cid defendió. Acaso el Campeador, en su cabalgada, atacó indistintamente tierras rebeldes y tierras fieles a Alcádir, con riesgo de exasperar a los moros amigos, de ahí las acusaciones de los cortesanos.

Pero los acusadores del Cid no necesitaban tener mucha razón. La *Historia Roderici* no da para el destierro más que una causa: la envidia, y nos dice que Rodrigo tenía envidiosos hasta entre sus propios parientes. Estos enemigos encubiertos daban fuerza a los enemigos declarados, que eran tantos ricos hombres principales como el Cid había humillado en Cabra. El más ofendido de todos, García Ordóñez, era el más enconado «enemigo de mio Cid, que mal siempre le buscó», según dice el *Poema*, y al lado del conde de Nájera había poderosos parientes: un hermano, Rodrigo Ordóñez, era entonces alférez del rey; un cuñado, Alvar Díaz, señalado por el *Poema* como enemigo significado, era señor de Oca. Añádanse los adversarios más antiguos del Cid: los leoneses Pedro Ansúrez y todos los Beni-Gómez. En suma, la corte era hostil a Rodrigo, y los envidiosos triunfaron.

La maledicencia envidiosa tenía en la vida pública de entonces un extraordinario poder. Los acusadores al oído del rey alcanzaban durante ciertos momentos de los siglos XI y XII una increíble preponderancia; esos llamados *mestureros* o *mezcladores* (esto es, cizañeros) constituía una verdadera plaga que perturbaba hondamente el gobierno del Estado, en cuanto el rey flaqueaba por carácter débil o receloso. Sabemos de reyes de esa época que escuchaban toda clase de delaciones, lo mismo que en los malos tiempos de Tiberio o de Domiciano, y por ellas perseguían o despojaban a los principales magnates. Los delatores medraban particularmente en la

corte de León, y acaso Alfonso, como rey leonés de origen, los alentó en Castilla; por lo menos el Cid fue ahora, y después lo fue, víctima insigne de los «malos mestureros», como dice el *Poema*.

Ahora el monarca escuchó las envidiosas sugestiones de los cortesanos porque él mismo estaba tocado de esa pasión; «tactus zelo cordis», como dice el *Carmen Campidoctoris*. Alfonso no empleaba al Cid en empresas guerreras; no quería que la victoria fuese atribuida a Ruy Díaz como en tiempos del rey Sancho se la atribuían los cronistas hebreos y latinos; no podía sufrir las iniciativas de su vasallo contra los moros de Granada o de Toledo, y airado injustamente, según asegura la *Historia Roderici*, le desterró.

La mesnada del desterrado

Según el Derecho germánico, el vínculo del vasallaje se podía romper por voluntad de una de las dos partes: el vasallo podía desnaturarse, o sea despedirse de su señor, dejando su servicio; el rey, por su parte, podía retirar su amor o su gracia al vasallo, echarle de su reino, con pérdida de los cargos y bienes recibidos del rey.

El destierro era una pena propia de los infanzones y ricos hombres; generalmente no iba acompañado de la confiscación; de modo que el desterrado, con sus heredades, seguía siendo un súbdito, como todos los demás, del rey que le desterró; solo había roto con este los lazos especiales del vasa11aje. Pero el hecho del destierro traía consigo otras complicaciones graves, ya que el desterrado, a su vez, tenía vasallos propios, a quienes tenía que sostener y para quienes los lazos personales del vasallaje eran más fuertes que los que les unían al rey como simples súbditos. Estos vasallos, pues, debían expatriarse con su señor, sirviéndole en el destierro, como decía el *Fuero Viejo de Castilla*, hasta «ganarle pan» o «ganarle señor que le haga bien», y debían ayudar en todo al señor desterrado, hasta que el rey le recibiese de nuevo en su corte.

El Cid ya hemos visto que disponía de vasallos bastantes para hacer la gran cabalgada que le costó la ira del rey; eran su *mesnada*, esto es, la gente de su casa.

La mesnada se componía, en primer lugar, de los «criados» o personas a quienes el señor criaba, armaba caballeros, casaba y heredaba, los cuales tenían obligaciones de fidelidad más estrechas que ningún otro vasallo. Así, en la mesnada de Vivar vemos a Muñoz Gustioz criado en la corte del Cid y casado con una hermana de doña Jimena, e igual que él hallamos también «otros muchos que crio el Campeador», al decir del poema antiguo.

Después constituían la mesnada los parientes, que desde tiempos germánicos eran base principal en la formación de la compañía militar. En la mesnada del Cid conocemos cuatro sobrinos de este; dos aparecen mencionados por la carta de arras de Jimena, a saber: Álvar Álvarez y el célebre Álvar Háñez, quien, cuando el Cid sale desterrado, ya gozaba de gran consideración en la corte del rey y estaba próximo a emprender una carrera gloriosa por propia cuenta; el poema viejo, además de esos

mismos, nombra como sobrinos a Félez Muñoz y al tartajoso Pedro Vermúdez, alférez o portaenseña del héroe en las campañas del destierro.

La mesnada, así constituida, formaba el consejo privado del señor para tratar los graves negocios de la familia y de la guerra. Según el *Poema*, el Cid siempre somete a la aprobación de sus gentes los planes de incursiones y batallas: «Oid mesnadas…». «Decidme, caballeros, cómo vos place de far».

Además de la mesnada, también servían a un señor amigos y caballeros extraños que le besaban la mano buscando en él amparo y soldada. Al Cid se allegaron muchos de estos, ahora para seguirle en el destierro y después para acompañarle en sus empresas.

Cuando el Cid, desterrado, tiene que abandonar su casa y «ganar el pan» en tierras ajenas (según la frase del *Fuero Viejo*, usada también por el juglar primitivo del héroe), sus mesnadas, sus vasallos, se expatrían todos con él para ayudarle a vivir fuera de Castilla; todos cumplen con el deber del vasallaje.

Adiós juglaresco a Castilla

El viejo poeta del Cid, atento a las situaciones de vida del héroe más que el autor de la *Historia Roderici*, nos describe la desgracia familiar que el destierro traía sobre el Campeador.

Sale de Vivar el Cid con su gente, dejando sus palacios yermos y desmantelados: las puertas quedan abiertas, sin cierres; las perchas, sin ropas y sin halcones. Al llegar a Burgos ve nuevas señales de la ira del rey: había prohibido Don Alfonso que diesen posada o vendiesen vianda al Cid desterrado, rigor extremo que en siglos posteriores se mitigó, considerándolo como un abuso del monarca; la pena con que las cartas reales amenazaba al que acogiese o socorriese al de Vivar era la confiscación y la ceguera; esto es, la pena de los que desacatan las órdenes del rey.

Don Rodrigo, al ver que nadie osa abrirle su puerta, tiene que acampar en la glera del río Arlanzón, como si fuese en despoblado. Solo el buen caballero burgalés Martín Antolínez, «una ardida lanza», provee de pan y de vino al Cid y a sus caballeros; bien sabe que caerá en la ira del rey, pero gustoso abandona su casa y heredades de Burgos para seguir en su destierro al Campeador, y aun obtiene de unos judíos de la ciudad el préstamo de algún dinero para el desterrado, pues este, muy lejos de haberse lucrado con las parias del rey de Sevilla, como decían los «mestureros» acusadores, se hallaba pobre, sin recursos para sostener su mesnada.

Dispuesto a partir, el Cid recogió su tienda. Desde la orilla del Arlanzón mira allá arriba extenderse la ciudad, coronada por el castillo; mira la romántica catedral de Santa María, que entre el caserío se adelanta y descuella como en adiós solemne. Volvió el Campeador las riendas de su caballo hacia el lejano templo; alzó su mano diestra, se santiguó la cara: «Voy a dejar Castilla, pues tengo airado al rey; no sé si tornaré a ella jamás. Si vos, Virgen gloriosa, me socorréis en mi destierro, ofrezco a

vuestro altar ricas donas y haré en él cantar mis misas».

El Cid y sus caballeros aguijaron de noche en dirección a San Pedro de Cardeña, donde se había refugiado doña Jimena con sus hijos para pasar allí la soledad en que el destierro la dejaba. Cuando los caminantes llegaron al portón del monasterio, ya quebraban los albores y los gallos se respondían aprisa unos a otros en su canto; dentro de la iglesia, a la luz palpitante de los cirios, los monjes rezaban los maitines, y doña Jimena, con cinco dueñas de su compañía, oraba por la ventura del Campeador. El abad y los monjes salieron con candelas a la puerta; también salió Jimena con los niños Diego, Cristina y María, llevados por las dueñas que los criaban; el mayor de los hijos tenía seis años y la menor estaba todavía en brazos. Doña Jimena cayó de rodillas ante el Cid y le besó las manos: «Merced, Campeador; en buena hora naciste; por malos mentirosos sales echado del reino. Bien veo que llegó ya la hora y que en vida nos habremos de separar el uno del otro como por muerto». Mio Cid la abraza; toma después a sus hijos y los estrecha contra el corazón; el caballero reducido a la pobreza por la ira del rey expresa un supremo deseo: «Plega a Dios que aun con mis manos pueda casar estas mis hijas, y a todos vosotros vengan días de ventura».

Las campanas de Cardeña tocan a clamor, y los pregoneros anuncian por Castilla que el Campeador se va de la tierra, que necesita gentes, y que los que quieran acudir se reúnan en el puente del Arlanzón. Unos dejan los honores y las tierras que recibieron del rey, otros dejan su propia casa y heredades expuestas a la confiscación, y acuden al puente señalado, donde se juntan hasta 115 caballeros; todos se dirigieron a Cardeña y besaron la mano del Cid, haciéndose sus vasallos.

Ya expiraba el plazo de nueve días que el rey daba al Cid para salir del reino. El Campeador se despide de su mujer y de sus hijos, se separa de ellos con el dolor de la uña que se desgarra de la carne. El desterrado y sus vasallos cabalgan; él va el último, volviendo atrás su mirada a cada instante, Álvar Háñez le anima: «Cid, ¿do son vuestros esfuerzos?; ¡en buen hora naciste de madre! Andemos nuestro camino, que aun todos estos duelos en gozo se tornarán. Dios, que nos dio las almas, nos ha de dar amparo».

En el camino se le unen más hombres. El Cid, según el *Poema,* sale de Castilla por la misma tierra de Gormaz mencionada en la *Historia Roderici*; traspone la sierra de Miedes, y al pie de ella, a la vista del moruno castillo de Atienza, hizo alarde de sus caballeros y contó trescientas lanzas, todas con pendón.

El Cid renuncia a su derecho de guerra contra Alfonso

Según el antiguo poeta, el Cid, con esas pocas gente, hace una cabalgada por la tierra de Toledo frontera de Gormaz, por el valle del Henares, hasta Guadalajara y Alcalá. Pero se retira de allí enseguida, porque aquellos son moros de paz con Castilla, y él no quiere guerra con su rey:

con Alfonso, mio Señor, non querría lidiar.

Este verso tiene un pleno valor histórico. El tradicional fuero de los hijosdalgo (consignado en el *Fuero Viejo de Castilla* y en las *Partidas*) daba, al que había sido echado de tierra sin delito, el derecho de combatir al rey, de correrle su tierra, o la de sus súbditos, y, además, disponía que los vasallos criados y armados por el desterrado debían ayudar a este en la guerra contra el rey. Esta era debida compensación al poder arbitrario que el rey tenía de desterrar sin enjuiciamiento alguno a todo el que incurría en su ira. Pero el Cid de la Historia; durante todo su largo destierro, nunca quiso combatir a Alfonso, conforme dice el citado verso del *Poema*.

El viejo poeta refiere que el Cid, al retirarse de entre los moros amigos de Castilla, entró por el reino moro de Zaragoza. Y de estos primeros penosos días del destierro cuenta fray Gil de Zamora que hacía el Campeador sus jornadas rodeado de pueblos hostiles de los tres reinos, de Zaragoza, Aragón y Castilla. Una mañana, después de mandar recoger las tiendas para mover el campo, y mientras le obedecían, oyendo él acaso conversar a algunos que la mujer de su cocinero había dado a luz aquella noche, preguntó a los que hablaban: «Las señoras castellanas, ¿cuántos días suelen convalecer en el lecho después del parto?». Y cuando le respondieron, añadió: «Pues otros tantos días permanecerán aquí nuestras tiendas plantadas». Y como señor cortés y animoso, ordenó volver a armar las tiendas ya recogidas, sin reparar en el peligro de los enemigos, hasta que la buena mujer restableció cómodamente sus fuerzas según las costumbres señoriles. Así, aquel pobre niño, nacido en tierra hostil, fue agasajado por el héroe.

Del rey Jaime *el Conquistador* se refiere que mandó no recoger su tienda hasta que las golondrinas que habían anidado en ella echasen a volar sus polluelos. Al delicado sentimentalismo del rey venturoso corresponde la temeraria afirmación de solidaridad con el humilde hecha por el caballero desterrado. Cierto que esta anécdota cidiana es tardía —solo la conocemos recogida en el siglo XIII—, pero es de notar que responde bien al hábito, atestiguado por la *Historia Roderici*, de mantener el Cid su campamento en los sitios más comprometidos; puede, pues, tener algo de auténtico y mostramos la especial ideología del héroe, que le captaba la fervorosa devoción de los que habían decidido seguirle en el destierro.

2. EL CID CON LOS BENI HUD DE ZARAGOZA

«El Campeador» en Barcelona

El medio ordinario que para «ganar el pan» tenía todo caballero español expatriado era establecerse en tierra de moros. No obstante, el Cid se dirigió a Barcelona, donde gobernaban los dos condes hermanos, Ramón II, llamado *Cabeza de Estopa*, por su espesa y amarilla cabellera, y Berenguer II, llamado *el Fratricida*, por el asesinato que en su hermano cometió poco más de un año después que el Cid estuvo en aquella corte. No nos dice la Historia qué hizo el Campeador en la corte de ambos hermanos, pero es fácil presumirlo.

Las guerras en que el Cid se había entrenado —Graus, la toma de Zaragoza y acaso la expedición de Fernando I a Valencia— le habían acostumbrado a fijarse en las antiguas aspiraciones que Castilla tenía respecto al protectorado de la región oriental musulmana; y ocurría que Castilla tenía esas empresas abandonadas. Alfonso, dirigiendo su actividad en otra dirección, se preocupaba activamente de cobrar parias en Sevilla, de guerrear a Badajoz y a Toledo, de intervenir en Granada; por eso el Cid no quiso dirigirse a ninguna de estas regiones, pues renunciaba al derecho de guerrear al rey que le desterraba, y miró el Levante como único refugio posible, concibiendo el ambicioso plan de continuar él por su cuenta la política castellana relativa a Zaragoza. Sobre Zaragoza se cernían también las ambiciones del reino navarro-aragonés y de los condes de la Marca de Cataluña; pensaría entonces el Cid que, como desde principios del siglo, los barceloneses y los castellanos eran los más activos explotadores de los taifas, podía él, como castellano, asociarse con los barceloneses para explotar el reino de Moctádir ben Hud.

Pero el Campeador iba a Barcelona con un exceso de confianza y acaso de vanidad. Sus hazañas (el combate con el caballero navarro, los sitios de Zaragoza y Zamora, las batallas de Llantada y Golpejera, la de Cabra) no le hacían resaltar aún bastante, fuera de Castilla. Los magnates barceloneses debieron de juzgar al desterrado castellano por hombre iluso y presuntuoso.

De los dos condes de Barcelona, Berenguer era el más interesado en las empresas de la frontera. Había obtenido de su hermano Ramón, en 1078, la cesión del tributo que el rey de Lérida pagaba al padre de ambos; ahora Lérida estaba incorporada al reino de Zaragoza. ¿Qué necesidad tenía Berenguer de un desterrado castellano para desarrollar sus planes sobre esas tierras?

El Cid, lejos de hallar en Berenguer la acogida que esperaba, halló desprecio inaguantable. La *Historia Roderici* no da pormenor alguno del curso de las negociaciones que en la corte barcelonesa entabló el desterrado, pero el juglar primitivo, con motivo muy diverso, deja escapar de labios del conde de Barcelona

esta alusión incidental:

grandes tuertos me tiene mio Cid el de Vivar;
dentro en mi cort tuerto me tovo grand,
firiom'el sobrino, nom'lo enmendó más.

De aquí que se desprende que un sobrino de Berenguer, con cualquier insolencia muchachil, desató la cólera del Campeador, y que este se apartó enemistado de la corte condal. El juglar se muestra muy bien enterado no solo al conocer la breve visita del Cid a Barcelona, sino al añadir la notable y singularísima circunstancia histórica de figurar al lado del conde un sobrino, y no un hijo como la libre invención poética hubiera preferido. Ese sobrino, bastante sabedor de las cosas de los moros para terciar impertinentemente en los tratados del Cid, nos es conocido por los diplomas, y sobre todo por los historiadores árabes, los cuales mencionan un sobrino de Berenguer que estuvo en rehenes, el año 1078, en poder de Motámid de Sevilla, como garantía del convenio de este con el barcelonés, relativo a la conquista de Murcia. Buena confirmación, para añadir a las otras que vamos hallando, de la veracidad de los juglares más antiguos.

Una vez que el Cid no podía contar con otros príncipes cristianos, tenía que entenderse él por sí solo con los moros, e inició tratos con el rey de Zaragoza. No sabía Berenguer, en su orgullo de marqués-conde, que al no acoger la actividad del desterrado, la tendría en contra, con muy malas consecuencias.

En la corte de los Beni Hud

Vivir entre moros era el destino de todo desterrado; los mismos reyes destronados, García de Galicia y Alfonso de León, tuvieron que servir a los reyes de taifas de Sevilla o de Toledo. Ignorando esto, la cidofobia comete la gran necedad de censurar al Cid como enemigo de su patria porque sirvió a reyes moros al verse rechazado de Barcelona.

El Campeador, con sus caballeros, se dirigió a la corte de los Beni Hud, a Zaragoza, la ciudad de las fuertes murallas, que él había combatido hacia catorce años.

Reinaba en ella, desde 1046, Moctádir Ben Hud, rey magnificente, de cuyo prenombre Abú *Jafar* llamamos aún hoy la Al-*Jafería* al hermoso palacio que construyó por las afueras de Zaragoza; allí vivía rodeado de sabios musulmanes y judíos, siendo él mismo docto escritor de Filosofía, Astronomía y Matemáticas.

Moctádír, como la mayoría de los reyes de taifas, no sabía vivir sino apoyado en soldados cristianos o sometidos a algún príncipe cristiano. Antes había pagado parias a Fernando I y a Sancho *el Fuerte*; después, hacia 1069, se había puesto bajo la protección del rey de Navarra, hasta que, asesinado este en Peñalén (1076), acogió en

Zaragoza al asesino, el infante Ramón, y se declaró libre de todo tributo. Pero bien veía que las ambiciones cristianas se volverían a arremolinar sobre aquel reino del Ebro: los condes de la Marca tenían pretensiones antiguas; también las tenía Sancho Ramírez de Aragón y Navarra, como heredero del asesinado en Peñalén; Alfonso de León, tarde o temprano, se acordaría del tributo pagado a su padre y a su hermano. Moctádir tenía, pues, que tomar precauciones de seguridad, y mejor que el apoyo de ninguno de estos soberanos vecinos prefirió, por más eficaz, la ayuda que el desterrado burgalés le venía a ofrecer; así que le recibió de bonísima gana: conocía demasiado al Cid desde que le había visto combatir en Zaragoza, como alférez de Sancho I *el Fuerte*, y someterla a tributo.

Pero a poco de recibir al Campeador en su corte, Moctádir murió (octubre 1081), dividiendo entre sus dos hijos el reino que pérfidamente había unificado; al hijo mayor, Mutamin, dejó el reino de Zaragoza, y al hijo menor, Alhajib Mondsir, dio Lérida, Tortosa y Denia.

Pero el semillero de discordias fratricidas que el abuelo había dejado tras sí con un reparto semejante retoñó ahora entre los dos nietos, quienes muy pronto se pusieron en guerra, ayudados por los cristianos, interesados en atizar la discordia.

Por qué el Cid fue glorificado en Zaragoza

Mutamin ensalzó a Rodrigo extraordinariamente, lo colocó al frente de todas las cosas del gobierno y se aconsejaba de él para todo, pues el castellano, al decir de la *Historia* latina, «protegía» al reino de Zaragoza («cuatodiebat ac protegebat regnum suum»). Mutamin, filósofo como su padre, tenía muy relajadas las ideas de ortodoxia musulmana y no sentía el menor escrúpulo en entregar su reino al Campeador.

Como eco de las ideas políticas dominantes en esta corte mora, debemos recordar la teoría del Tortosí escritor que vivía en Zaragoza por el tiempo en que allí se encumbraba Rodrigo. En su *Siraj al-Moluc* (que es un tratado «de regimine Principum») sienta este autor que en todos tiempos la fuerza de un Estado consiste únicamente en los cuerpos de tropas que reciben soldada mensual. Un pensador como Ben Jaldún tiene que rechazar semejante teoría, solo aplicable a dinastías en decadencia, y explica el modo de pensar del Tortosí por la estancia de este en Zaragoza cuando los Beni Hud no podían apoyarse en ninguna fuerza verdaderamente social, toda vez que el espíritu nacional de la raza árabe estaba perdido hacía mucho tiempo. Solo este espíritu nacional da la grandeza a los reinos, solo él da la victoria a los ejércitos, según Ben Jaldún. Pero los Beni Hud y el Tortosí creían, por el contrario, que la victoria se debía únicamente a los pocos caballeros famosos por su bravura, a los seis u ocho hazañosos por todos conocidos; uno solo que hubiese de más en un ejército daría a este el éxito índefectiblemente.

He aquí por qué Mutamin glorificaba al Campeador. Por lo demás, no hacía sino seguir la costumbre de sus antepasados. A los soldados de Navarra o de Castilla, que

su padre utilizó, sustituía él unos cuantos desterrados; pero estos desterrados tenían a su cabeza un hombre excepcional, de los que a juicio de los Beni Hud deciden la suerte de un Estado.

Coalición contra el Cid

Evidentemente, Zaragoza, dirigida por el Cid, era una amenaza, y para hacerle frente, Alhajib de Tortosa y Lérida se procura el apoyo de los dos tradicionales protectores de aquellas tierras, el conde de Barcelona y el rey de Navarra y Aragón Sancho Ramírez. Ambos cristianos envidiaban la situación del Campeador y buscaban modo de hundirle.

Y sucedió que el rey Sancho Ramírez, oyendo la noticia de que Rodrigo quería salir de Zaragoza para Monzón, amenazó y juró que jamás el desterrado se atrevería a entrar de ese modo por las fronteras de Lérida. Pero como el Cid supo el juramento del rey aragonés, se afirmó en su decisión. Salió de Zaragoza con toda su hueste e hincó sus tiendas en Peralta de Alcofea (a una jornada corta de Monzón), a la vista de todo el ejército de Alhajib y de Sancho Ramírez. Al otro día se dirigió a Monzón y, por concierto con los del castillo, entró en él, sin que el rey Sancho, que lo presenciaba todo, se atreviese a dar un paso para impedirlo.

El Cid, confiado en sí, avanzó aún más al Este, ocupando a Tamarite, donde tuvo ocasión de dar otra prueba de esa genial destreza, tan decisiva en la arriesgada vida de entonces. Saliendo cierto día de Tamarite con solo un docena de caballeros, fue sorprendido por 150 del rey de Aragón, pero a todos los hizo huir, tomando prisioneros a siete de ellos con sus caballos. Y no solo deslumbró a sus enemigos por el arrojo, sino por la generosidad: los prisioneros le rogaron clemencia, y él no solo los soltó sin rescate, sino que les dio además los caballos.

Internándose más en la allanada frontera, Mutamin y Rodrigo reedificaron y bastecieron el antiguo castillo de Almenar, que se halla no más que a 20 kilómetros de Lérida. Al verse tan en peligro, Alhajib se preparó cuanto pudo para la guerra, formando una gran coalición. Se convino no solo con Berenguer de Barcelona, sino con Guillermo, conde de Cerdaña, con el hermano del conde de Urgel, con potestades o magnates de Besalú, del Rosellón, del Ampurdán y hasta de Carcasona, que entonces pertenecía a los condes barceloneses. Es decir, de todos los condados catalanes, salvo del de Pallárs, acudieron condes o potestades en ayuda de Alhajib, y además vinieron de Francia. El rey de Lérida con sus confederados sitiaron el castillo de Almenar y le pusieron cerco tan riguroso que a los de dentro llegó a faltarles el agua.

El Cid, continuando sus conquistas sobre Lérida, moraba entonces en Escarp, pueblo y castillo que él había ganado, en la confluencia del Segre y el Cinca. Al saber allí cómo la guarnición de Almenar había agotado sus recursos, despachó mensajes reiterados a Zaragoza pidiendo socorro, y el rey Mutamin acudió a Tamarite, donde

se unió con el Campeador.

Prisión del conde Berenguer de Barcelona

En el castillo de Tamarite celebraron su consejo. Mutumin apremiaba a Rodrigo para que atacase a los sitiadores; pero el Cid miraba con más moderación las cosas: «Mejor es que pagues a tu hermano un censo y deje de combatir el castillo, que no darle batalla, pues trae consigo enormes huestes de combatientes». Y asintiendo Mutamin, como siempre, al consejo, Rodrigo envió su mensaje a los condes y a Alhajib para que este aceptase un censo por el castillo. Pero los aliados despreciaron la proposición, seguros de recobrar a Almenar.

En cuanto el Campeador recibió el mensaje negativo de los aliados, mandó a todos sus caballeros que tomasen las armas. El *Carmen Campidoctoris,* compuesto muy poco después, describe el armamento del Cid: él, primero de todos, viste su inmejorable loriga; ciñe sobre ella la espada, damasquinada en oro, de mano maestra; toma la lanza de fresno con fuerte hierro; ajusta sobre su cabeza el yelmo fulgente, chapeado de plata y ornado en derredor con una roja diadema de electro; toma en el brazo izquierdo el escudo; todo estaba labrado con oro, y tenía en medio pintado un dragón en fiera actitud; después monta sobre su caballo, que un sarraceno había traído del África; no lo daría por mil sueldos, pues corre más que el viento y salta mejor que un venado. Con tales armas y caballo, ni Paris ni Héctor parecieron mejor en la guerra troyana:

talibus armis ornatus et equo,
Paris vel Hector meliores illo
numquam fuerunt in Troiano bello,
sunt neque modo.

El Cid con los suyos salió de Tamarite y anduvo hasta dar vista a la hueste sitiadora. Todos dispusieron sus haces y con estruendoso vocerío mezclaron las heridas. Pero el Campeador, lo mismo que en las lides singulares, pareció invencible en la lid campal, y pronto Alhajib y los condes catalanes se dieron a huir, abandonando toda la riqueza de su campamento, quedando en el alcance muertos la mayor parte de los fugitivos. El mismo Berenguer cayó preso con muchos de los suyos.

A todos los llevó el Campeador al castillo de Tamaríte, entregándolos a Mutamin, pero al cabo de cinco días los dejó volver libres a su tierra.

Exaltación del Cid en Zaragoza

Rodrigo regresó a Zaragoza con Mutamin, y su solemne entrada en la ciudad fue

un vistoso testimonio de veneración popular hacia el vencedor.

Por su parte, Mutamin adelantó a Rodrigo sobre todos los notables musulmanes de su tierra y sobre el mismo príncipe heredero; así que el desterrado parecía como un conquistador del reino aquel. Mutamin le enriqueció, además, fastuosamente con valiosas donaciones e innumerables regalos de orfebrería y platería; se sentía muy seguro al amparo de las fuertes lorigas y de los grandes escudos de los mesnaderos del Cid; la increíble victoria de este sobre las afamadas huestes barcelonesas le señalaba como capitán de tal modo excepcional que justificaba todos los extremos que Mutamin con él hacía.

El desterrado castellano con su mesnada ejercía sobre el reino de los Beni Hud un verdadero «protectorado», al cual aspiraban de antiguo los reyes de Navarra y de Castilla y los condes de Barcelona. Y hasta qué punto no era un servicio mercenario el del Cid (como algún moderno dijo), sino una intervención de carácter castellano, lo indica la aventura del emperador Alfonso en el castillo de Rueda, la cual muestra cómo los intereses del emperador estaban siempre atendidos por parte del desterrado.

3. RECONCILIACIÓN FALLIDA

La traición de Rueda

Era Rueda una huerta o posesión de los reyes de Zaragoza, a 35 kilómetros de la capital, en una vega fertilizada por el río Jalón. Sobre un empinado cerro se alzan allí todavía las ruinas de un castillo protegido por hondos acantilados y por dobladas murallas que bajan hasta la vega. La fortaleza del lugar hizo de esa posesión el refugio que los Beni Hund buscaron más de una vez cuando no se sentían seguros en la ciudad. En ese castillo hacía años que estaba prisionero el ex rey de Lérida, Modáffar, tío de Mutamin, víctima, según ya hemos dicho, de las mismas ambiciones fraternas que tenían encadenado en Luna al ex rey de Galicia.

A poco de la muerte de Moctádir, el alcaide de Rueda, Abulfalac, de acuerdo con su regio prisionero, se rebeló contra el sobrino de este, el rey Mutamin, y rogó insistentemente al emperador Alfonso que ayudase la rebelión. El emperador vio ocasión de reanudar la intervención castellana en Zaragoza, que él tenía abandonada y que el Cid realizaba por propia cuenta; así que se apresuró a disponer para Rueda numerosa hueste de muchos potestades de su reino, mandada por dos capitanes de la región del Ebro castellano, vecinos del reino de Zaragoza; el primero era el infante Ramiro de Navarra, primo de Alfonso y señor de Calahorra desde los días de su hermano el de Peñalén; el otro capitán era Gonzalo Salvadórez, nuestro conocido, conde de Bureba y de Castilla Vieja, a quién apodaban *Cuatro Manos* por su famosa valentía.

La expedición estuvo lista al acabar el estío de 1082. El 5 de septiembre de ese año, el conde Gonzalo Salvadórez estaba en el claustro de Oña para despedirse del convento, cuyo devoto era, y otorgaba su testamento *in procinctu,* según costumbre del tiempo: «Previendo la muerte, yo, conde Gonzalo, dispuesto con mi señor para ir a la guerra contra los moros, doy a Dios y al monasterio de Oña, donde descansan mis antepasados, para que mi memoria quede aquí por los siglos, las villas de Andino, Villadeveo, Palazuelos… y cuanto poseo en Hermosilla y Busto… Todo lo doy, ora vuelva vivo de la guerra, ora no. Si acaso muriese entre los moros, mi alma vaya con Cristo y mi cuerpo sea traído a Oña y sepultado con mis padres, dando al altar 600 meticales y tres de mis mejores caballos con dos mulas, y mi vestuario con dos briales de ciclatón, tres mantos de púrpura y dos vasos de plata. Y si allá muero y mis vasallos no me trajeran aquí, caiga cada uno de ellos en tacha de menos valer, como traidor que a su señor mata, pues yo los hice ricos y magnates».

Los guerreros castellanos bajaron por el valle del Ebro; y cuando llegaron a Rueda convinieron con Modáffar que enviasen a rogar al mismo emperador que fuese allá; el cual, accediendo, se presentó en el castillo con su hueste, aunque estuvo en él

pocos días.

Así se mantenía la rebelión contra Mutamin, cuando el exrey Modáffar murió de improviso. Entonces el alcaide Abulfalac, al faltarle el individuo de la familia real que daba títulos a su rebeldía, sintió esta fracasada, y sin duda no pensó ya sino en cómo volver a la gracia de Mutamin. Para ello maquinó un golpe que había de ser sonado en el mundo. Manifestó al infante Ramiro que, una vez muerto Modáffar, quería entregar el castillo de Rueda al emperador, y él en persona se encaminó a visitar al Monarca para suplicarle fuese a tomar posesión de la plaza. Alfonso se dejó persuadir y se presentó con su hueste ante Rueda. Pero no entró él de los primeros al castillo, sino que fueron delante varios de sus ricos hombres, los cuales en cuanto pasaron los umbrales de la fortificación se vieron atacados por los moros de dentro y cayeron bajo una furiosa lluvia de piedras (6 de enero de 1083). Allí sucumbieron el infante Ramiro, el conde Gonzalo Salvadórez y otros muchos magnates. Pero la traición del alcaide Abulfalac quedaba fallida en su objeto principal, ya que el emperador no había sido cogido en ella.

El Cid al lado de Alfonso

Lleno de dolor, Alfonso se volvió a su campamento poder tomar venganza.

En esto, Rodrigo, que se hallaba en Tudela, al recibir noticia de aquel suceso tan lamentable, corrió con sus caballeros a presentarse ante el emperador. Era la ocasión propicia para que su destierro cesase, pues cuando un desterrado acudía a ayudar en hueste a su rey, si este le admitía al servicio, debía alzarle el destierro y devolverle su gracia. En efecto: Alfonso, respondiendo a la esperanza del Campeador, le recibió muy honoríficamente y le mandó volver con él a Castilla.

El Cid emprendió al lado de su rey el ansiado regreso a la patria, renunciando a la envidiable posición de que disfrutaba en la corte de Mutamin. Mas el emperador una vez pasados los efectos emocionales que el desastre y la llegada del desterrado le habían producido, volvió a caer en las antiguas maquinaciones de envidia, y ya pensaba cómo podría desentenderse otra vez del Campeador. Este, conociendo harto claramente su falsa situación, tuvo que desistir de la vuelta a Castilla y apartarse del monarca.

Allá dejó alejarse la hueste imperial, que más parecía comitiva fúnebre. Los castellanos habían rescatado de los moros los cuerpos de los caballeros traicionados. Ya sabemos por el testamento de Gonzalo Salvadórez que era sagrada obligación del vasallo repatriar los restos su señor; y los fieles de cada uno de los magnates muertos en Rueda llevaban el cadáver del señor en su ataúd cargado sobre una acémila, para enterrarlos en los monasterios que en vida habían favorecido: el conde Gonzalo Salvadórez fue llevado a Oña, según su última voluntad, y con él se enterraron otros parientes y amigos caídos en aquella infeliz jornada. Ramiro, el infante, fue sepultado en la iglesia de Santa María de Nájera, que su padre el rey García de Navarra había

edificado; dejaba un hijo niño, que andando los años casaría con una hija del Campeador.

4. EL CID VUELVE A ZARAGOZA

Ataque a Morella

El Cid se volvió a Zaragoza, y Mutamin se apresuró a recibirle de nuevo. Recordemos de pasada que Jimena no acompañaba a su marido, pues se hallaba en Oviedo el 13 de agosto de 1083, y, juntamente con su hermano el conde de Asturias, perdía un pleito que ambos tenían con el obispo ovetense, pleito fallado en presencia del rey Alfonso.

He aquí ahora cómo el Campeador iba definiendo su acción en el Levante. Primeramente salió de Zaragoza con Mutamin, y ambos emprendieron una cabalgada en la tierra del rey aragonés, donde robaron, saquearon y cautivaron durante cinco días, al cabo de los cuales se volvieron al castillo de Monzón, sin que el rey Sancho Ramírez se atreviese a resistir. Pero, en general, el Cid no intervenía en la frontera norte de Zaragoza; así que el rey de Aragón pudo reconquistar a Agüero y Graus en febrero y abril de 1083, y a Arguedas y Secastilla en abril y mayo de 1084. El campo natural de acción que el protectorado señalaba al Campeador era la tierra de Lérida, donde reinaba Alhajib, hermano y enemigo de Mutamin.

Rodrigo hizo muchas correrías y despojos en el reino de Alhajib, ensañándose muy particularmente en la región que podía creerse más segura, las montañas de Morella, tierra alta y fragosa como pocas, de caminos ásperos que se abren difícil paso por peñascales y barrancos, entre espesos pinares, carrascas y matorrales de enebro. No quedó allí casa que el Cid no destruyese, ni ganados y riqueza que no apresase.

La misma fortaleza de Morella fue combatida. El autor de la *Historia Roderici* advierte secamente que el Cid_subió hasta la puerta del castillo e hizo en él gran daño. Sin duda lo anota como atrevido alarde de agresividad. A pocos lugares mejor que a Morella cuadra el nombre de defensa natural, pues parece que allí la Naturaleza quiso proveer a la inexpugnabilidad con el exceso enorme que pone en sus propósitos vitales. Lo inexpugnable del terreno oprime y veja al habitante: el labrador de los alrededores de Morella se ve obligado a cultivar trabajosamente cada heredad, escalonándola en bancales sostenidos por paredones o *marges*; más arriba, el vecino de la ciudad tiene que remontar largas calles en escaleras; y en medio de ese empinado caserío se yergue todavía, dominando el poblado y la campiña, una descomunal roca, tajada en escarpas, donde la ambición militar de romanos y de árabes amontonó tres castillos o recintos, cada uno dentro y encima del otro, como triple corona mural que sube hasta las nubes. Esta es la fortaleza que el Cid combatió tan arriesgadamente; recordemos cuánto esfuerzo costó dominarla, a pesar de la artillería moderna, en la primera guerra carlista.

Mutamin, preocupado en arreciar la guerra contra su hermano, envió a rogar al Cid, por medio de mensajeros y cartas, que reedificase, contra Morella, el castillo de Olocau, el cual yacía derribado unas tres leguas al oeste de la fortaleza enemiga. El Cid enseguida lo labró de nuevo y lo basteció de hombres, armas y provisiones.

Apurado por esta nueva amenaza, Alhajib visitó a Sancho Ramírez para exponerle el peligro en que el Cid tenía, y ambos reyes renovaron su antigua amistad, haciendo otra vez alianza para defenderse de Rodrigo, para escarmentarle y ahuyentarle dándole una batalla campal decisiva.

Ambos reyes juntaron su ejército y plantaron sus tiendas a las orillas del Ebro, no lejos del Campeador. Es de suponer que acamparon hacia Tortosa, hallándose el Cid invasor en tierras de Morella, apartado unos 50 o 60 kilómetros de ellos.

Derrota del rey de Aragón

Sancho Ramírez envió mandaderos al Campeador para intimarle que saliese sin demora de la tierra de Alhajib. Rodrigo dio a los enviados una negativa en redondo y añadió con burlón rendimiento: «Si mi señor el rey de Aragón quiere pasar en paz por esta tierra donde ando, yo le serviré con buen corazón, y además, si lo desea, le daré ciento de mis caballeros que le acompañen en su camino».

Muy indignado con tal respuesta, Sancho Ramírez a toda prisa se encaminó con Alhajib hasta llegar casi al campamento de Rodrigo. Este juró no mover de allí sus tiendas por ellos, resuelto a una batalla; y no tuvo que esperar mucho, pues al día siguiente los dos reyes ordenaron sus haces y le acometieron (14 de agosto de 1084). La lid se prolongó bastantes horas, pero al fin Sancho y Alhajib se dieron a la fuga y el Cid les fue en alcance durante varias millas, capturando más de dos mil prisioneros, entre los que se hallaban los principales señores de la corte.

El Campeador se apoderó de las tiendas y de todas las riquezas de los enemigos; sin embargo, dejó ir libres a los prisioneros, excepto los dieciséis más ilustres, con los cuales se dirigió en triunfo a Zaragoza, no creyendo ya necesario permanecer más en tierras de Morella.

Entre estos dieciséis prisioneros notables que el Cid llevaba se hallaban el obispo de Roda, Raimundo Dalmacio, íntimo de Sancho Ramírez, afortunado en las intrigas cortesanas, aun contra el mismo obispo de Jaca, hermano del rey; Íñigo Sánchez, señor de Monclús, de los más importantes de Aragón; Blasco Garcés, mayordomo del monarca; y cuatro caballeros expatriados del reino de Alfonso VI, como el Cid, a saber: el conde Nuño de Portugal, Anaya Suárez de Galicia, Nuño Suárez de León y García Díaz de Castilla.

A la noticia de que el Cid venía con tales cautivos y con tantas riquezas, Mutamin, sus hijos y los notables de la corte musulmana, acompañados de muchedumbre de vecinos de Zaragoza, hombres y mujeres, salieron al encuentro del vencedor hasta la villa de Fuentes, a cuatro leguas de la ciudad, y le festejaron con

grandes regocijos. Tan extraordinaria solemnidad tenía un sentido político, que ya nos deja revelado el Tortosí; con ella Mutamin ensalzaba al guerrero que por sí solo bastaba a proteger con la victoria al Estado; con ella también justificaba el enorme dispendio que hacía en sostener una hueste cristiana. Pero no solo en la corte de los Beni Hud tuvo resonancia el éxito cidiano: Ben Bassam recuerda la victoria del Campeador sobre el rey aragonés como una de las más importantes en que el desterrado, con sus pocos caballeros, había deshecho grandes ejércitos enemigos.

Ignoramos cómo los dieciséis prisioneros aragoneses recobraron la libertad. La *Historia Roderici* corta aquí bruscamente su primera parte y nada sabe de cuatro años siguientes (entre 1084-89), sino solo que moró el Cid en Zaragoza hasta la muerte de Mutamin (1085); y que bajo el hijo y sucesor de este, Mostain II, continuó allí algún tiempo más, asistido de aquel «extraordinario honor y veneración» en que era tenido. Tampoco otras fuentes nos dicen nada del desterrado en los años 1085-86. La causa de tanta inactividad del Cid fue justamente la gran actividad del emperador.

5. EL CID, OSCURECIDO POR EL EMPERADOR

Sevilla humillada

La intervención de Alfonso en los varios reinos musulmanes era cada vez más fuerte y más extensa. En 1082, la embajada que anualmente enviaba el emperador a cobrar el tributo de Motámid de Sevilla acabó en una gravísima ruptura de relaciones. El judío Ben Xálib, que iba encargado de recibir el dinero de las parias, halló el oro falto de ley y se insolentó, amenazando con exigir ciudades en garantía del buen pago; Motámid, enfurecido, aprisioné a los caballeros de Alfonso e hizo empalar al judío insolente; se sentía demasiado poderoso para ser tributario.

El emperador tuvo que rescatar a sus mensajeros mediante la devolución del importante castillo de Almodóvar a Motámid. Pero enseguida, para vengarse, allegó gran hueste de gallegos, castellanos y vascos, enviando unos a devastar las tierras de Beja y de Niebla, mientras él talaba el Aljarafe de Sevilla, y todos se juntaron después para combatir la capital durante tres días. Se cuenta que Alfonso acampaba en Triana, en la orilla del Guadalquivir opuesta a la dominada por el palacio de Motámid, y desde allí dirigió una carta injuriosa al sultán pidiendo le cediese aquel palacio para librarse del calor y de las moscas, que eran insoportables en el campamento; Motámid contestó al dorso de la carta que no se descuidaría en buscar un lugar bien umbrío, protegido con cueros de hipopótamo, bajo el cual pudiera sestear el rey castellano. Aludiendo así al cuero en que estaban forrados los escudos de los almorávides, mostraba Motámid cómo su pensamiento estaba ya fijo en llamar a los africanos en su ayuda.

El emperador, continuando la devastación más hacia el Sur, saqueó todos los términos de Sidonia y llegó hasta la punta de Tarifa, donde hizo entrar su caballo por las olas del mar: «He aquí —dijo— el último confín del Andalucía, y ya lo he puesto bajo mis pies». Las vastas ambiciones imperiales de Alfonso empezaban a estar satisfechas; no se paró a pensar que al otro lado del estrecho, en Tánger, acechaba ya otro poderoso emperador.

Zaragoza combatida

Alfonso no se contentaba con su triunfo sobre Sevilla; combatía anualmente a Toledo y obtenía en ella los éxitos que luego diremos. Pensó también en Zaragoza. Como emperador de toda España quiso cercenar esta conquista a la expansión del reino navarro-aragonés, y el Cid, bien se sabía, nunca habría de pelear contra su antiguo soberano.

Hacia los comienzos de 1085 llevó su hueste el emperador contra Zaragoza y

acampó sobre ella, jurando que no levantaría de allí sus tiendas sino después de haber tomado la ciudad; la muerte solo podría estorbarle la empresa. El rey aragonés, Sancho Ramírez, cooperaba con la hueste del emperador.

Inacción del Cid

La acción de Alfonso sobre Zaragoza creaba una situación muy crítica para el desterrado de Vivar. Si acaso el Cid ofreció entonces sus servicios al emperador, como se los ofreció en Rueda, debió de sufrir una repulsa: no le fue levantado su destierro. Y como no quería pelea contra su rey («con Alfonso mio señor non querría lidiar», según el poeta), estaría inactivo, acaso en Tudela, donde le vimos residir cuando la otra injerencia de Alfonso en Rueda. La mesnada que le acompañaba en el destierro estaría muy mermada por la inacción; muchos caballeros se habrían ido con Alfonso; de los que la poesía heroica menciona como vasallos del Cid, sus sobrinos, Alvar Háñez y Pero Vermúdez, estaban en la corte del rey castellano a comienzos del año 1085.

Queremos suponer, siguiendo al antiguo poeta, cuyo relato encaja tan exactamente en la Historia, que el Campeador, después de algunas de sus victorias por tierra de Lérida (en esas muchas guerras que el historiador latino se excusa de no haber escrito), apartó cien caballos, «gruesos y corredores», de los que en su quinta parte del botín le habían tocado, y, siguiendo la costumbre de los desterrados, expuesta en el *Fuero Viejo de Castilla*, los envió al rey Alfonso, todos con buenas sillas y frenos, todos con una espada colgada del arzón. Alvar Háñez, con una compañía de caballeros, fue, según el poeta, encargado del mensaje. Además, el Cid envía oro y plata para la catedral de Burgos y para doña Jimena. Llegado a Castilla, Alvar Háñez refiere al rey los sucesos del desterrado de Vivar y pide merced para él; pide en vano, pues don Alfonso dice que aún es pronto para una reconciliación, si bien depone su enojo: «Pero ya que es de moros, tomo este presente de mio Cid, y aun me place de que haga tales ganancias. Además, a vos, Alvar Háñez, os perdono desde ahora y os devuelvo los honores y las tierras que de mi teníais antes: andad por Castilla libremente o id a buscar al Cid:

id e venit, d'aqui vos do mi gracia;
mas del Cid Campeador yo non vos digo nada».

Alvar Háñez, después de llevar al Cid noticias de esta entrevista, retornaría a Castilla, aunque el poeta supone que siguió siempre al lado del Campeador, siendo su brazo derecho. El Alvar Háñez histórico sirvió mucho al rey Alfonso en este año 1085, yendo primero como embajador a Sevilla, y cumpliendo después otra más importante misión en Valencia, según enseguida vamos a ver.

Contrastaba con el aislamiento y la ociosidad del Cid la época de mayor brillo en

la actividad de Alfonso. Al mismo tiempo que este mantenía el sitio de Zaragoza, invadiendo el único campo de acción del Cid y paralizándole toda iniciativa, obtenía sobre Toledo uno de los éxitos más decisivos de la Reconquista.

Toledo conquistada

Después de seis años de combates, Toledo se entregaba a Alfonso el 25 de mayo de 1085. Los cristianos dominaban, al fin, la línea del Tajo, dejando definitivamente atrás la multisecular frontera del Duero. En lo político la ciudad regia de los godos evocaba el recuerdo de la España unida bajo un cetro; y con la posesión de la vieja corte confirmó Alfonso el carácter imperial que León le confería. El solo titulo de rey de Toledo eclipsaba a los antiguos de rey de León, de Castilla y de Nájera; ese bastaba; «regnante rege Adefonso in Toleto»; el título preferido fue «imperator toletanus».

La consternación que la toma de la gran ciudad produjo entre los musulmanes fue enorme. El Andalus parecía perdido definitivamente para el islam; ¿quién podría ya resistir al emperador?; la emigración era el único recurso, y el poeta Ben Al-Gassel cantaba: «Poneos en camino, ¡oh andaluces!, pues quedarse aquí seria una locura». Los cristianos, de otra parte, fueron también vivamente impresionados por el éxito imperial. Sancho Ramírez de Aragón, que en sus diplomas anteriores no solía nombrar a Alfonso, empezó ahora a mencionarlo más a menudo, y antes que a sí mismo, como superior jerárquico: «regnante Adefonso imperatore in Toleto et in Leone; rege Sancio Rademiri gratia Dei regnante Pampilonia et in Aragone».

Alvar Háñez, amo de Valencia

Alfonso se había comprometido con Alcádir a ponerle en posesión de Valencia, a cambio de Toledo, y para que los valencianos le recibiesen, envió escoltándole a Alvar Háñez, el ya famoso capitán sobrino del Cid. Alcádir, para sostener la hueste castellana, tuvo que imponer nuevos tributos que le hacían impopular; y no sintiéndose seguro, queriendo retener a Alvar Háñez consigo, le avecindó en su reino, regalándole extensas heredades.

Así Alvar Háñes y el rey de Castilla fueron los verdaderos amos de la ciudad, los únicos que en ella podían garantizar la seguridad personal, aunque difícilmente, a causa de las arbitrariedades de Alcádir.

Valencia y el imperialismo castellano

Alfonso llevaba camino de quedar dueño único en Valencia por los mismos pasos que en Toledo.

Históricamente considerada, Valencia era, respecto de Toledo, como un anejo; ambas ciudades iban incluidas en la provincia Cartaginense desde los tiempos de Constantino hasta los del Califato, y la capital de esa provincia, desde la época visigoda, era Toledo. En consecuencia, como en los primeros siglos de la Reconquista las aspiraciones territoriales de la política cristiana se regulaban a menudo conforme a las divisiones administrativas de la época romano-gótica, era natural que, aspirando Castilla al dominio de la Cartaginense, una vez atributado o conquistado Toledo, ora Fernando I, ora Alfonso VI, se abalanzasen sobre la ciudad levantina. Las condiciones históricas de la época visigoda nos explican así el dominio castellano en Valencia, por mano de Alvar Háñez ahora, y después por mano del Cid. Pero claro es que, aun en el siglo XI, la razón de los limites romano-góticos, como toda razón histórica, no se tenía presente mis que cuando tenía otros apoyos actuales. Castilla, que entonces reivindicaba la totalidad de la Cartaginense, era, por otra parte y desde los tiempos de Fernán González, invasora de los limites tarraconenses que, histórica y naturalmente, correspondían a los reyes de Navarra y Aragón. Alfonso VI se hallaba ahora más empeñado que nunca en el cerco de Zaragoza, contrariando a titulo de emperador de toda España las aspiraciones del rey aragonés, fundadas en los títulos visigóticos a la vez que en las exigencias naturales de sus fronteras.

Zaragoza a punto de rendirse

El emperador asediaba la ciudad del Ebro, tanto en oposición al reino navarro-aragonés como al Campeador. El rey Mostain llegó a ofrecer a Alfonso grandes sumas para que abandonase el cerco, pero el sitiador rehusó, respondiendo seguro: «El oro que me ofreces y la ciudad, todo es mío».

Muy lejos de, desistir, Alfonso arreció los rigores del cerco, y para allanar el camino de la rendición mandó a sus caballeros que no hiciesen mal ninguno a los moros de las aldeas, a quienes aseguraba que respetaría siempre las leyes y usos musulmanes y no haría jamás como los reyes de taifas, que cobraban de sus súbditos más impuestos que lo que permiten el Corán y la Zuna; él percibiría solo la tributación lícita; con lo cual los moros zaragozanos estaban ya muy de su parte.

Actividad imperial de Alfonso

En la primavera de 1085, los castellanos guerreaban al reino de Granada y reñían un combate en Nivar, a una legua de la capital. Otra hueste de Alfonso, mandada por García Jiménez, se había establecido en el castillo de Aledo, sobre Lorca, desde el cual hacía continuas algaras contra la comarca de Murcia (perteneciente a Motámíd de Sevilla) y contra el reino de Almería. El terror que inspiraban los algareadores de Aledo era increíble: contra 80 de ellos que habían tenido la audacia de llegar a la

vista de Almería, destacó el rey de esta ciudad 400 jinetes de los mejores, pero estos almerienses selectos, en cuanto llegaron ante los cristianos, echaron a correr sin hacer frente.

Efecto de esa difusa actividad guerrera y de la toma de Toledo, la sumisión llegó a ser general. Los príncipes y arraeces de todo el Andalus enviaron sus embajadas al emperador, comprometiéndose a pagarle parias y admitiendo a su lado un gobernador o lugarteniente, impuesto por Alfonso para asegurar la sumisión y el tributo.

Esta humillante intervención también fue exigida a Motámid en el estío o en el otoño de 1085. Con tal objeto Alfonso escogió al que pronto iba a colocar en Valencia también con el carácter de lugarteniente, Alvar Háñez, y le despachó para Sevilla, provisto de una elegante carta credencial: «Del emperador de las dos religiones, el rey excelente Alfonso Ben Sancho, a Motámid Bilah». En esa carta, después de aconsejar al rey sevillano que escarmentase en la desgraciada suerte de Toledo y temiese la guerra, le decía: «Te enviamos como embajador al conde Alvar Háñez; él tiene dotes de tino para el gobierno de tus tierras, y él puede ser a tu lado mi lugarteniente, el más apropiado que las circunstancias reclaman». Motámid era el mayor rey del Andalus, y siempre vacilaba entre rebelde y tributario. Se sintió ahora rebelde, una vez más, y en una carta poética y prosística, escrita de su puño y letra, rechazó las pretensiones del tirano Alfonso Ben Sancho; trató de jactancioso el título de soberano «de las dos religiones», que mejor seria merecido por un príncipe del vasto mundo musulmán, y echó en cara al cristiano haber roto, mediante la injusta exigencia del lugarteniente, la antigua alianza que a entrambos unía.

Alfonso insistía en nuevas exigencias, amenazándole con apoderarse de Córdoba. La capital del hundido califato era la nueva ambición de Alfonso; como por entonces un musulmán adulase al emperador ensalzando sus conquistas, el cristiano le decía: «No puedo sentirme satisfecho hasta que no tome vuestra gran Córdoba y rescate las campanas de la catedral de Santiago que allí están sirviendo de lámparas en la mezquita».

No había duda que Córdoba caería bajo las armas del emperador mucho más fácilmente que Toledo. Zaragoza estaba a punto de caer; Valencia estaba ya bajo la lugartenencia de Alvar Háñez, y todos los demás príncipes del Andalus, menos el de Sevilla, se veían sometidos a otros lugartenientes de Alfonso. También el brillo imperial de León irradiaba sobre los príncipes cristianos: el rey de Aragón y los condes de la Marca sufrían en los asuntos interiores de sus Estados la intromisión del emperador y acataban el cercenamiento de sus apropiadas zonas de reconquista en el Levante. Alfonso bien podía llamarse en sus cartas árabes «emperador de las dos religiones», y en sus cartas latinas, «Imperator totius Hispaniae».

Así, no quedaba entre moros ni entre cristianos tierra alguna donde el Cid pudiese campear con su mesnada. Parece evidente que el desterrado burgalés, de seguir todo como estaba, hubiera sucumbido ante la gloria de su implacable soberano, toda vez que «con Alfonso, su señor, no quería guerrear», y, resignado a la oscuridad en que

ahora vivía, hubiera consumido sus días en cualquier rincón de España que le quisiese albergar. Pero se acercaba un cambio profundo de cosas en el Andalus: el poderío de Alfonso iba a estrellarse contra una fuerza imprevista, y el Cid entonces mostrará su valor de excepción, deteniendo el empuje que derribaba la magnífica construcción imperial levantada por el rey leonés.

CAPÍTULO III

LA INVASIÓN ALMORÁVIDE

1. RESURGIMIENTO DEL ISLAM

Los seljuicíes en Oriente

Surgen ahora, en el siglo XI, dos dilatados imperios musulmanes, uno en el Oriente asiático y otro en el Occidente africano, rápidamente constituido por los nómadas turcos de la estepa Kirguis y por los nómadas beréberes del Sahara.

Los turcos seljucíes, invadiendo los territorios musulmanes urbanizados, fundan un imperio que restaura la ortodoxia islámica sobre el xiísmo latente en Persia, y propaga la religión con nuevas conquistas a expensas del Imperio bizantino. Armenia es invadida; el emperador griego Román Diógenes sufre allí, en Manzikert, una decisiva derrota, cayendo prisionero de los turcos (1071), y no solo la Armenia, sino gran parte del Asia Menor quedan perdidas para la cristiandad.

Al mismo tiempo que se formaba el Imperio seljucí, crecía el Imperio almorávide, otra reacción en la parte opuesta del mundo musulmán. Quince años no más después que el gran emperador de Bizancio, el pequeño emperador de León padecía también su magna derrota. El islam recobraba así toda la superioridad agresiva de sus mejores tiempos.

Los almorávides en Occidente

En 1039, el faquí Abdállah Ben Yássin, de la tribu de Jazula, en el Mogreb, empezó a reislamizar las ignorantes tribus nómadas del Sahara, predicándoles el Corán, el temor del infierno, las abluciones, la limosna, el diezmo, y demás deberes religiosos. Sus primeros devotos se llamaron *almorávides (almorabetin)*, porque estaban ligados con voto especial para hacer la guerra santa en la *rábida* (*rábita* o castillo fronterizo) que el faquí había fundado en una isla del río Níger contra los idólatras del Sudán.

Abdállah lanzó sus discípulos a la guerra santa contra los que no escuchaban la predicación, y en 1042 quedó sometida a la pureza del islam toda la inmensidad del Sahara, que dominaba la gran familia Sanhaja, en una extensión de seis meses de camino a lo largo y cuatro meses a lo ancho, según los viajes de entonces, como mide el *Cartás*. Entre las 70 cabilas hermanas de la gran tribu de Sanhaja que pastoreaban

sus camellos a través del desierto, la de los Lamtunas se distinguió por el celo religioso, así que el faquí la prefirió, y escogió dentro de ella los dos primeros emires, los que completaron la conquista del Sahara y ganaron buena parte del Sudán en una extensión de tres meses de camino. El emir lamtuní guiaba a los almorávides en la guerra, pero el faquí Abdállah era el verdadero soberano, pues era quien gobernaba al emir, sobre cuyas costillas desnudas descargaba el azote de la penitencia cuando tenía que reprenderle alguna falta.

Aquellos almorávides primeros estaban muy lejos aún de tomar la religión principalmente por los lucros y ventajas que ella puede garantizar; la aceptaban con todas las renunciaciones que exige. En los países conquistados perseguían toda impiedad, imponían las leyes del matrimonio con solo cuatro mujeres libres; quemaban las tiendas de vino, destruían los instrumentos músicos como corruptores de las costumbres, y, sobre todo, ponían empeñado rigor en abolir todos los impuestos no autorizados por el Corán y la Zuna, permitiendo solo cobrar el diezmo y la limosna de los muslimes, el tributo especial de los súbditos no creyentes y el quinto del botín ganado en la guerra santa.

Estos nómadas del Sahara se lanzaron en 1055 a la conquista de las ciudades del Mogreb, llamados por los piadosos faquíes para que restaurasen allí la religión. Poco después, en 1061, el emir almorávide, añorando la vida del desierto, hastiado del lujo urbano que le ofrecía el Mogreb, se volvió al Sahara, para allí acabar sus días en la guerra santa del Sudán. Antes de partir, nombró como gobernador del nuevo territorio a su primo el ilustre caudillo lamtuní Yúsuf ben Texufín; y desde entonces Yúsuf fue el que guio a los almorávides en su paso a la vida sedentaria y en sus hazañosas empresas, empezando por la fundación de la ciudad de Marruecos y la conquista de Fez.

Yúsuf, llamado a España

Los almorávides se iban acercando a España precedidos de un glorioso renombre militar, y Motámid de Sevilla, que tan impacientemente soportaba las ambiciones de Alfonso, buscó en ellos su salvación.

Ya en 1075 dirigió a Yúsuf un mensaje rogándole viniese a hacer la guerra santa en Andalucía; pero Yúsuf, hombre que sabía administrar parsimoniosamente su actividad, le respondió: «No podré ir hasta que no posea Tánger y Ceuta». Yúsuf conquistó a Tánger (1077), dominó el Rif hasta Melilla, se apoderó de Orán y de Túnez (1081-1082), y Motámid, en aquel año 1082 en que se vio sitiado por Alfonso, como hemos dicho, volvió a escribir a Yúsuf para que viniese a salvar la miserable situación de los moros españoles; pero Yúsuf respondió inconmovible: «Iré, si Dios me da Ceuta». Al fin Ceuta cayó en su poder (agosto de 1084).

Y Motámid, que el año siguiente, después de la toma de Toledo, veía cómo Alfonso le amenazaba otra vez con la conquista de Córdoba, cómo cercaba las

ciudades andaluzas y cómo estaba resuelto a entrar en Zaragoza, se acordó de las palabras de Yúsuf y volvió a su antigua idea de llamarle. También Motawákkil de Badajoz, al ver la pérdida de Toledo, escribía una retórica epístola al emir almorávide pidiéndole auxilio, ya que un apocado cobarde (Alcádir) había dejado caer la más soberbia fortaleza de España en manos del tirano idólatra.

Pero la resolución de traer a Yúsuf era, en verdad, muy grave para los reyes de taifas. Para un beréber almorávide, en los palacios andaluces se vivía en un descarado menosprecio del rigorismo religioso; allí la música, el vino y todos los placeres de los festines envilecían el espíritu: la docta erudición lo extraviaba en las academias por peligrosas sendas de sabiduría; los enormes gastos de las oficinas reales traían los tributos ilícitos, que desmoralizaban al pueblo. Por el contrario, un andaluz veía en los beréberes unos odiosos bárbaros, y más que con ellos, sentía afinidad espiritual con los cristianos del Norte. Además, el conquistador de África, puesto ante la debilidad militar de los andaluces, necesariamente pasaría de auxiliar a amo. Por todo esto el primogénito de Motámid prefería la solución española y aconsejaba a su padre que se aviniese con Alfonso. Pero Motámid, en la trágica lucha de su hispanidad con su islamiento, le respondió: «No quiero que se me acuse de haber entregado el Andalus a los cristianos, convirtiéndolo en casa de infieles; no quiero que la maldición se levante contra mí en los almimbares de todas las mezquitas del islam; y puesto en el trance de escoger, menos duro me será pastorear los camellos de los almorávides que no guardar puercos entre los cristianos». Motámid, hombre de actitudes magnánimas, al pensar de este modo, no lo hacía espontáneamente, sino arrastrado por la opinión clerical: muchos faquíes se habían reunido en Córdoba, la ciudad más amenazada por Alfonso, y allí habían decidido llamar a los almorávides como única salvación. Se iba a repetir, pues, lo acaecido en el Mogreb hacía treinta años: allí también se habían reunido los faquíes, los hombres piadosos y letrados de Sejelmessa y de Draa, y habían escrito al príncipe almorávide solicitando su intervención militar contra el emir zeneta que allí reinaba, y así habían provocado la conquista almorávide del país. Para evitar esto, creyó más acertado Motámid anticiparse a la gestión de los faquíes, y después de comunicar tal propósito a sus dos principales vecinos, Motawákkil de Badajoz y Abdállah de Granada, los tres despacharon sus embajadores a Yúsuf para invitarle a pasar el estrecho, previa jura de no despojar de sus Estados a los príncipes andaluces.

Yúsuf, cumpliendo su antigua promesa, envió un inmenso ejército a Algeciras, después de apropiarse de este puerto. Detrás se embarcó él mismo con muchos alcaides almorávides, con muchos faquíes y santones, que eran el alma de aquella guerra santa, como principales y más venerados consejeros de Yúsuf. Al subir a bordo de la nave, el emir rogaba al Altísimo: «Si esta travesía, ¡oh Dios!, va a ser útil al islam, házmela fácil; si no, dadme adversa fortuna de mar que me obligue a volver». El viento sopló favorable, y Yúsuf pisó la tierra de España en Algeciras.

El que así venía como salvador del islamismo andaluz era un viejo de setenta

años, enjuto, cejijunto, muy moreno, barbirralo y de voz atiplada; nacido en el Sahara bastante antes de la conversión de su tribu lamtuní, su alma ardía siempre en el antiguo fervor neófito; desdeñoso de los placeres del mundo, austero, humilde, santo. Solo se nutría con pan de cebada y con leche y carne de camello; solo vestía de lana, y el velo con que cubría su rostro, al uso de las tribus del desierto, era para la imaginación de los faquíes el símbolo de la modestia, protectora de tanta nobleza y tanta virtud.

Alfonso se retira de Zaragoza

Las noticias del desembarco de los almorávides fueron a escape llevadas desde la frontera de Toledo al rey Alfonso, que entonces estaba en el cerco de Zaragoza. Creyendo el emperador que dentro de la ciudad sitiada ignoraban los sucesos, envió a decir a Mostain que aceptaba el pago de la cantidad que pudiera, según antes había ofrecido, y retiraría su hueste de allí; pero Mostain, que también estaba ya al cabo de la emocionante noticia, le contestó que no daría ni un miserable dirhem. Alfonso tuvo que levantar de mala manera aquel asedio, con tanta pertinacia sostenido, y para hacer frente al ejército invasor llamó en su ayuda a Sancho Ramírez de Aragón, que entonces andaba por la comarca de Tortosa; pidió también auxilio a los príncipes de Ultramontes y despachó orden a Alvar Háñez para que abandonase a Valencia y se viniese. Pero en tan serio apuro no quiso valerse del Campeador.

Sagrajas

Yúsuf se dirigió hacia Sevilla, saliéndole al encuentro Motámid y los dos reyes hermanos de Granada y Málaga; el de Almería envió a su hijo con un escuadrón de jinetes, excusándose de no acudir en persona, a causa de la amenaza constante en que sus tierras estaban por parte de los cristianos del castillo de Aledo. Todos después se encaminaron a Badajoz para unirse con Motawákkil.

Por su parte, Alfonso concentró una gran hueste: Sancho Ramírez de Aragón le envió refuerzos; se le unieron también caballeros de Italia y Francia, y enseguida, queriendo llevar la guerra a país enemigo, salió al encuentro de los musulmanes, a quienes halló acampados hacia Sagrajas, a menos de tres leguas de Badajoz.

Motámid y los andaluces estaban en vanguardia, separados por un cerro del ejército de Yúsuf, que formaba la zaga. Los cristianos pusieron sus tiendas a unas tres millas de allí, dejando entre ellos y el enemigo un afluente del Guadiana, que hoy se llama el Guerrero. Unos y otros bebían las aguas del mismo río, y tres días estuvieron así, durante los cuales los mensajeros iban y venían entre los dos campos, para fijar de común acuerdo la fecha del combate. Motámid consultaba el astrolabio; la suerte de su campamento era nefasta, y la del campo de Yúsuf, felicísima.

El encuentro ocurrió antes de lo convenido; sobrevino el viernes 23 de octubre, el día festivo de los musulmanes.

Apenas clareaba el día y Motámid hacia la última reverencia de su oración matinal, cuando llegaron a galope los atalayas, para avisarle que los cristianos se venían encima «como nube de langosta». Era la vanguardia de Alfonso, mandada por Alvar Háñez, en la cual estaban las huestes auxiliares aragonesas. Como siempre, los moros andaluces no pudieron resistir, y pronto se desconcertaron. Solo los sevillanos permanecieron en su puesto, Motámid, con entusiasta bravura, peleó todo aquel día aunque seis veces herido; los demás príncipes de taifa huían ya hacia Badajoz, encarnizadamente perseguidos por los caballeros de Alvar Háñez, sin que recibiesen socorro. Cuando Yúsuf supo noticias de la derrota de los andaluces, dijo fríamente: «Dejadlos que los destruyan un poco más; ellos y los cristianos todos son enemigos»; y esperó tranquilo a que los cristianos perseguidores estuvieran más alejados de su campamento.

Una táctica militar nueva

Mientras así combatían las delanteras de los dos ejércitos, el grueso de los cristianos, mandado por Alfonso, atacó a los almorávides y también deshizo el frente de los africanos. Entonces Yúsuf despachó en socorro de estos y de los andaluces de Motámid a su gran caudillo, el lamtuní Cir Ben Abú Béker, al frente de las cabilas del Mogreb. Yúsuf, con los lamtuníes y las otras cabilas beréberes del Sahara, atacó por detrás a los cristianos, cayendo sobre el campamento de Alfonso, donde esparció la mortandad y el incendio. Entretanto, Alfonso llegaba a su vez vencedor hasta las tiendas de Yúsuf y forzaba ya la gran trinchera que las circundaba; pero al recibir allí nuevas de que su propio campamento estaba invadido, tomó consejo de sus capitanes (entre ellos estarían el alférez Rodrigo Ordóñez con su hermano el conde de Nájera) y decidió dejar el ataque para ver de salvar su atrincheramiento de retaguardia. Volviendo grupas, se encontró con descaudilladas turbas de cristianos, fugitivas delante de Yúsuf, el cual, con la zaga de los almorávides, avanzaba a tambor batiente y banderas desplegadas. El encuentro de los dos reyes fue terrible, y Alfonso, con enormes pérdidas, pudo llegar a su propio campamento para reanimar en él la resistencia. El atronador redoble de los grandes tambores almorávides, instrumento jamás oído antes en las milicias de España, hacia temblar la tierra y retumbaba en los montes; Yúsuf, montado en una yegua, recorría las haces de los moros, animándoles en los fuertes sufrimientos que la guerra santa exige, enardeciéndoles con la evocación del paraíso para los moribundos, y con la codicia del botín para los que sobreviviesen.

Ese estruendoso tañido de los tambores, que por primera vez sorprendía a los cristianos, creo nos revela por si solo una nueva táctica de masas compactas, disciplinadas en la acción concorde, regulada y persistente, bajo las precisas señales

de mando; lo mismo revela la organización con banderas, adoptada a la vez que los tambores por el ejército almorávide, y el empleo de cuerpos de saeteros turcos que combatían en ordenadas líneas paralelas. Los caballeros cristianos, habituados principalmente al encuentro singular, en que la valentía individual lo hace todo, se desconcertaron; a pesar de su mejor armamento y superior destreza, se vieron inferiores ante un guerrear de masas compactas, cuya cohesión y superioridad numérica no podían resistir.

Al saber este mal sesgo del combate, ni la misma vanguardia cristiana se pudo sostener. Alvar Háñez empezó a replegar sus caballeros, y Motámid, que estaba ya desesperanzado de salvación, se sintió muy sorprendido, creyendo que era él quien los hacía retroceder. En esto llegó el socorro enviado por Yúsuf, Cir Abú Béker, al frente de zenetes, gomeres, mesmudas y demás cabilas del Mogreb, con lo cual la derrota de Alvar Háñez fue tan manifiesta, que hasta los huidos moros andaluces cobraron ánimos y volvieron desde Badajoz a la batalla.

Todos los musulmanes reunidos arreciaron en la pelea y cuando ya caía la tarde, Alfonso mantenía penosamente la defensiva. La guardia negra de Yúsuf, compuesta de 4000 soldados, armados con delgadas espadas de la India y con escudos de piel de hipopótamo, fue lanzada de refresco al combate y se abrió paso hasta el mismo rey leonés. Alfonso acometió, espada en mano, a un negro, el cual, esquivando el golpe y agachándose ante el caballo que se le echaba encima, lo sujetó por la rienda, y de una vigorosa puñalada atravesó la loriga del rey, cosiéndole el muslo a la silla de montar. Los cristianos no pudieron resistir; fueron arrojados de su campamento al anochecer, y el rey con sus principales nobles se refugió en un cerro inmediato, desde donde veía las llamas que abrasaban sus tiendas y el saqueo de caudales, provisiones y armas que allí hacían los vencedores.

Protegido por las tinieblas, el emperador pudo evadirse de aquel cerro; nada más que 500 caballeros escaparon con él, y casi todos heridos como él. Atormentado por la sed que le causaba el irrestañable desangrar de su herida, Alfonso no pudo beber sino vino, pues los fugitivos no hallaban agua con que socorrerse, y por ello sufrió un peligroso desmayo. Muchos caballeros fueron alcanzados y muertos por los almorávides en esta huida, y solo después de veinte leguas de camino Alfonso halló refugio en la primera fortaleza cristiana, Coria, reconquistada por él hacía nueve años.

Consecuencias de la batalla

En los campos de Sagrajas, la noche de la victoria, Yúsuf mandó degollar los cadáveres cristianos, y sobre los enormes montones de cabezas truncas, convertidos en repugnantes púlpitos, subieron los almuédanos para anunciar la oración de la mañana a los soldados vencedores, fanatizándose todos con aquel bestial pisotear los despojos humanos, «en el nombre de Alah, el clemente, el misericordioso». Después,

muchos carros, cargados con millares de esas cabezas polvorientas, partieron para Zaragoza, Valencia, Sevilla, Córdoba, Murcia, a anunciar que ya podían todos respirar libres del temor de Alfonso y de Álvar Háñez; naves cargadas también con cabezas hicieron rumbo al África para repartirlas por las ciudades del Mogreb, en anuncio de la gran victoria. Hacía casi un siglo, desde los primeros días de Almanzor, que los musulmanes españoles no veían estos púlpitos de cabezas cristianas ni esta rodar por los caminos las carretas cargadas con sangrientos trofeos. El poder militar de los nuevos invasores de Europa restablecía la guerra santa con el éxito y el encarnizamiento de los más esplendorosos días del Califato omeya.

Esta victoria de Sagrajas cimentaba, además, la rota unión del Islamismo aquende y allende el estrecho. Sobre el campo de batalla, cuando Motámid, lleno de heridas y con un brazo roto, se presentaba ante Yúsuf para felicitarle por la gran victoria, él y los otros reyes y emires andaluces que lucharon aquel día, en número de trece, saludaron al africano, llamándole *Emir al-muslimín* o Príncipe de los muslimes, y Yúsuf adoptó este solemne título para los documentos de su cancillería. Los piadosos musulmanes en España y en África dieron limosnas y manumitieron esclavos en acción de gracias a Alah por la señalada prueba de amor que había dado a su pueblo. El islamismo español, tan culto, pero tan falto de una fuerza, cohesiva, hallaba esta al fin en el fervor religioso que los africanos venían a restaurar sobre el suelo andaluz.

Yúsuf, empero, vio amargado su triunfo en el mismo campo de batalla, recibiendo allí la noticia de la muerte de su hijo, el príncipe heredero, que había quedado enfermo en Ceuta. Tal desgracia le hizo volver inmediatamente a Marruecos. Esta es la única causa del regreso que apuntan los autores árabes; pero, sin duda, el ejército vencedor hubo de quedar muy quebrantado cuando no pudo intentar alguna derivación natural de la extraordinaria victoria, como hubiera sido la toma, o al menos el cerco, de Toledo.

Sin embargo, bastante fue lo conseguido. Al retirarse, Yúsuf dejó una división de 3000 jinetes almorávides a las órdenes de Motámid, y tanto este como los demás príncipes andaluces cesaron de temer a Alfonso y de pagar tributo. Hasta el mismo Alcádir de Valencia pactó alianza con el Emir al-muslimín, según diremos.

2. EL CID RECONCILIADO CON ALFONSO

Alfonso reclama el auxilio de la Cristiandad

Alfonso pudo reconocer el gravísimo error de su política. Había exasperado en extremo a los reyes de taifas, sin haber tomado la precaución de apoderarse del estrecho para incomunicarlos. Una vez Yúsuf dueño de Algeciras, el Calais español, fue el estrecho, en adelante, puerta abierta que permitió unidad de acción del África con Andalucía. Un «Emir de los muslimes» se alzaba poderoso frente al «Emperador de las dos religiones».

Alfonso temió muy graves efectos de la derrota de Sagrajas. Antes, la guerra mercenaria en que se apoyaban los reyes andaluces era incapaz de resistir a la guerra nacional que hacían los españoles del Norte; ahora estos quedaban en situación de inferioridad ante la guerra santa que los almorávides restauraban. Y frente a la unión islámica africano-andaluza, Alfonso pensó en la unión cristiana. Envió varios mensajes por allende el Pirineo pidiendo auxilio; amenazaba que, de no recibir socorro, tendría que pactar con los sarracenos, dejándoles paso libre para Francia. Tan apremiante llamamiento halló acogida; muchos señores franceses empezaron a organizar una gran expedición; los burgueses y los aldeanos ofrecían su concurso; pero los preparativos se prolongaron durante varios meses, y cuando en la primavera de 1087 un ejército francés entró en España, no hizo sino cercar a Tudela y, probando la inutilidad de su esfuerzo, se dispersó, repasando el Pirineo.

Vuelta del Cid a Castilla

También Alfonso pensó al fin en el desterrado de Zaragoza. El Campeador, resignadamente oscurecido ante los éxitos de su rey, había dado demasiadas pruebas de acierto extraordinario en las situaciones más peligrosas, para que no se pensase que si él hubiese dirigido el encuentro de Sagrajas, Yúsuf no se hubiera constituido en restaurador del islam del Andalus. Alfonso tenía que sentirse injusto con el mejor caballero de la tierra, y sea que le llamase (como antes de aquella batalla reclamó Alvar Háñez), o sea que recibiese una petición del desterrado, lo cierto es que el ánimo del rey, ablandado por la enorme desgracia, hubo de inclinarse al perdón con bastante más sinceridad que cuando el otro desastre menor de Rueda.

La reconciliación se efectuó probablemente en la primavera de 1087. Ocurrió en Toledo, según nos dicen concordes la historia y la poesía más antiguas.

Y como el *Poema* es verídico en fijar el lugar, puede serlo también en otros pormenores con que nos describe las vistas de la reconciliación. Los del Cid y los del rey, según el poeta, se disponen para las vistas concertadas entre ambos; preparan

muchas gruesas mulas, muchos andadores palafrenes para hacer el camino; ponen los mejores pendones en las astas de sus lanzas; toman los escudos guarnecidos con plata y oro, las pellizas más finas, los mantos más lujosos, las más llamativas sedas del Oriente; grandes y chicos se visten de colores y se ponen en camino. El rey envía abundantes provisiones a las cercanías de Toledo, orillas del Tajo. Cuando el Cid llegaba a aquel lugar y divisó al rey, que ya se encontraba allí y salia a recibirle, mandó a los suyos estar quedos, y con solo quince de sus principales caballeros echó pie a tierra para acercarse a Don Alfonso. Al llegar ante este, hincó en tierra las rodillas, inclinándose en profunda humillación ante el emperador que le fue injusto. El Campeador toma entre sus dientes la hierba del campo, según un viejísimo rito de sumisión; sobre la mente del héroe pesaban entonces confusas ideas milenarias: entre los pueblos primitivos indoeuropeos, el vencido se declaraba tal poniendo hierba entre sus labios, como sierva res; en los pueblos medievales, el que caía herido de muerte tomaba en la boca briznas de hierba, humillándose ante el divino poder y uniéndose en mística comunión con la tierra madre. Profundo es el acatamiento en que se sume el Campeador al volver a pisar la tierra de su rey.

Los hinojos e las manos en tierra los fincó,
las yerbas del campo a dientes las tomó,
llorando de los ojos, tanto hable el gozo mayor;
assi sabe dar homildanza a Alfonso so señor.

(POEMA DE MIO CID, versos 2021 y sigs.)

No quiere levantarse en pie, aunque el rey se lo manda; quiere, estando de hinojos, que todos oigan las palabras de merced, y el rey al fin las pronuncia: «Aquí os perdono, os doy mi amor, y desde hoy os acojo en todo mi reino». «Yo —dijo el Cid— lo agradezco, a Dios del Cielo, y después a vos, señor, y a todas estas mesnadas que en derredor están». Luego, reconociéndose de nuevo vasallo del rey, le besó las manos y, alzándose de pie, le besó en la boca. Todos los que esto veían recibían por ello gran placer, mas mucho pesaba a García Ordóñez, a su cuñado Alvar Díaz y a los otros enemigos del leal vasallo.

Alfonso honra al Campeador

Volviendo a los testimonios históricos, sabemos que el emperador recibió en su reino al Cid con grandes honores. Le dio el castillo de Dueñas, con los habitantes de su término; le dio el enorme castillo de Gormaz, que los califas de Córdoba habían construido dominando el Duero, y, también sobre este río, le donó el pueblo de Langa con sus alfoces; cerca de Burgos le añadió Ibeas de Juarros y Briviesca, y hacia la Montaña de Santander le dio los valles de Campo y Eguña.

No conocemos la fecha de esta espléndida concesión real; solo sabemos que en 21

de julio de 1087 el Cid seguía ya la corte del rey cuando este se hallaba en Burgos acompañado del arzobispo toledano y de varios obispos castellanos, sin duda de vuelta de una expedición militar. En marzo de 1088 el Cid asiste también a una corte extraordinaria que Alfonso reúne en Toledo, con asistencia del cardenal Ricardo, enviado del Papa.

3. EL CID RECOBRA EL LEVANTE PARA ALFONSO

Rodrigo vuelve a Zaragoza. Situación del Levante

El Cid pasó más de un año oscurecido al lado de Alfonso, trabado por la subordinación oficial a que la gracia del monarca le sometía. Solo en la segunda mitad del año 1088 volvemos a tener noticias de su actividad. Le hallamos otra vez en Zaragoza; sin duda aprovechando su antigua experiencia en los asuntos de allá, el emperador le enviaba a explorar el Levante.

De la mitad occidental de la España musulmana más valía que Alfonso y el Cid no volviesen a ocuparse por el momento. Sevilla y Badajoz eran los Estados moros más extensos y prósperos, y ahora contaban con el esfuerzo de las tropas almorávides, que había dejado Yúsuf a disposición de Motámid. Por el contrario, el Oriente de la Península se hallaba dividido en señoríos diminutos: Lérida, Albarracín, Alpuente, Valencia, Denia, Murcia y Almería, y no había por allí almorávides; así que en cuanto Yúsuf embarcó para África, los cristianos pudieron hacer incursiones en estos países. Muchas regiones del Levante, castigadas por tanta guerra, parecían un desierto. García Jiménez, establecido en el castillo de Aledo, era el azote con que Alfonso castigaba al reino de Almería, y a Murcia y Lorca, extremo casi desgajado del reino de Motámid. Respecto de Valencia, el Cid iba a obrar ahora desde Zaragoza.

Valencia, sitiada por Alhajib de Lérida

Cuando Alfonso, por los apuros que para él siguieron después de la derrota de Sagrajas, tuvo que desentenderse de los asuntos de Valencia, Alcádir, libre de la dura protección de Alvar Háñez, se sintió obligado, igual que todos los demás príncipes andaluces, a suscribir una alianza con el Emir al-muslimín. Pero la amistad de Yúsuf, si bien no era gravosa como la de Alvar Háñez, no tuvo, en cambio, la eficacia deseable, y muy pronto los alcaides de los castillos, precisamente aquellos en quien Alcádir más fiaba, se le sublevaron y dejaron de pagarle sus rentas. Valencia, abandonada a sí propia, se volvió a ver envuelta en un hervidero de codicias.

Alhajib, el rey de Lérida, Tortosa y Denia, fue el primer codicioso; tenía su reino partido en dos mitades por los Estados de Alcádir, y era natural que insistiese en apropiárselos. Juntó sus gentes en 1088, tomó a sueldo auxiliares catalanes, como había hecho dos años antes, y puso cerco a Valencia, contando con muchos partidarios que tenía dentro de la ciudad, los cuales querían entregársela.

Alcádir, rodeado de peligros, envió enseguida un mensaje de reconciliación al emperador Alfonso, manifestándole la cuita en que estaba y pidiéndole socorro. A la

vez, despachó otro mensaje al rey Mostain de Zaragoza, reclamando también ayuda.

La más pronta acogida la encontró en Zaragoza, pero muy desleal, pues aspiraba también a hacerse dueño de Valencia.

El Cid ahuyenta al rey de Lérida

Mostain estimó esta ocasión inmejorable. Precisamente el Cid, que se hallaba en Zaragoza, publicaba pregones convocando hueste para entrar en campaña con los moros, y muy gran gentío se le allegaba al sabor de hacer la guerra con él. Entonces Mostain convenció al Campeador que le acompañase para socorrer a Valencia, llevando aquellas gentes que había reunido; no le declaró el propósito de apropiarse la ciudad, y para decidirle a la empresa, le dio cuantas sumas pidió el castellano. No reparaba en nada Mostain, ni siquiera en que sus tropas eran ocho veces menos en número que las del Cid. Lleno de prisa por llegar a la grande y codiciada Valencia, se puso en camino al mayor andar que pudo.

El tío de Mostain, Alhajib de Lérida, al saber que venía su sobrino acompañado del Cid, no quiso esperarlos y se retiró con sus catalanes.

El Cid y Mostain llegan a Valencia

Enseguida Alcádir despachó mensajeros al Cid, allá al camino por donde venía, para que entablasen con él amistad en gran secreto, sin que lo supiese el rey de Zaragoza, de cuya lealtad ya sospechaba; y además, ¿qué podía esperarse de quien venía al socorro de Valencia con solo cuatrocientos jinetes, mientras el Campeador traía tres mil caballeros? Las lanzas castellanas, cuya eficacia él ya sabía, eran las únicas que podían defenderle. Los enviados de Alcádir, al avistarse con el Campeador, le ofrendaron los ricos presentes y sumas de dinero que eran de etiqueta en los mensajes, y le enteraron de que antes que al rey de Zaragoza había pedido Alcádir auxilio al emperador Alfonso. Así, en el camino de Valencia se echaron en secreto las bases de un pacto entre el rey más débil y el guerrero más fuerte que han existido, comenzando entre ambos una amistad que ha de ser larga y fecunda en incidentes.

Al llegar a Valencia, Mostain descubrió todas sus verdaderas intenciones al Cid, pidiéndole consejo y ayuda para ganar la villa. El Cid le respondió francamente: ¿cómo podría darle auxilio un vasallo del rey Alfonso, si Valencia era del rey Alfonso, entregada por este a Alcádir?; Mostain no podía pensar en Valencia sin que antes se la concediese el emperador; debía procurar ganar de Don Alfonso esta concesión, y después él, el Cid, le pondría en posesión de la ciudad muy pronto; pero de otra manera, muy mal estaría a un vasallo hacer nada que contrariase a su señor natural el rey de Castilla; no podría el Cid obrar con el rey de Zaragoza ahora lo

mismo que antes cuando era un desterrado.

Mostain, desengañado al ver que no podía esperar del Cid una ayuda inmediata para sus ambiciones, se volvió a Zaragoza.

Pactos del Cid con el emperador

Después el Campeador envió a decir a Alfonso cómo estaban las cosas de Valencia en gran confusión; le reiteraba que, como buen vasallo, cuanto hiciese y ganase habría de ser para su rey y señor; que aquellos caballeros que tenía en Valencia los mantenía sobre el país ajeno, sin costa ninguna del rey; a la disposición del rey estaban, sin gasto alguno, cada vez que los necesitase, y con ellos enflaquecerían los moros y podría ganarse la tierra de Levante. Alfonso, complacido, aprobó el mensaje y dejó andar con el Cid a aquellos caballeros. Debe notarse aquí que este permiso del rey del que nos habla el historiador árabe es análogo al que el juglar cristiano, siempre tan verídico en reflejar la vida coetánea, pone en boca de Don Alfonso respecto a los caballeros castellanos, asegurando que no les quitará las heredades ni los honores:

Los que quisieren ir servir al Campeador
de mí sean quitos e vayan a la gracia del Criador.

(*Poema*, verso 1369.)

El Cid, contando ya con el asentimiento de su rey, empezó a explorar y a explotar aquella tierra para él desconocida. Enviaba sus caballeros en algaras a una y otra parte, y cuando acudían a él los moros, diciéndole que por qué obraba así, respondíales que para mantener su gente. Esta respuesta, que nos transmite Ben Alcama, tiene también su equivalente en las palabras del viejo poema (verso 672).

De Castiella la gentil exidos somos acá;
si con moros non lidiaremos, no nos darán del pan.

En tales correrías estudió el Cid la situación de aquella tierra y se fue luego a ver al rey Alfonso para afirmar con él el convenio, ya entablado, acerca de la sujeción del Levante.

El convenio consistió en un privilegio otorgado por Alfonso confirmado con el sello real, por el que todas las tierras y castillos de los sarracenos que el Cid pudiese ganar habrían de ser suyos y, por derecho hereditario, de sus hijos, de sus hijas y de toda su generación.

Como se ve, este privilegio es semejante a aquellas concesiones feudales de que cuentan las *chansons de geste*, donde Carlomagno contenta a un noble otorgándole una tierra de sarracenos para que la conquiste, si puede (*chateaux en Espagne*). Así el privilegio de Alfonso constituye el cimiento jurídico del dominio cidiano en el

Levante. Mediante esa concesión real, el Cid quedaba vasallo del imperio leonés, pero introducía en él un señorío hereditario de tipo feudal. Alfonso se sintió generososo; los almorávides no tardarían en actuar por el Levante, y si el Cid lograba allí algún éxito contra ellos, gran cosa sería.

Mostain, amigo de Berenguer

Pero mientras el Cid estuvo en Castilla negociando este privilegio, las cosas de Valencia se complicaron más aún. El rey de Zaragoza, en vista de que el Campeador no le ayudaba decididamente, sino que miraba ante todo los intereses del rey Alfonso, rompió con su antiguo amigo y al saber la ruptura, Berenguer, el conde de Barcelona, siempre enemigo del Cid, se dispuso a ocupar el lugar que el castellano había dejado vacío en Zaragoza, para lo cual se dirigió allá con gran hueste. Mostain le recibió gustoso, pactó con él amistad, le dio una fuerte suma de dinero y le envió a cercar a Valencia, aprovechando la ausencia del Cid. Para ayudar a Berenguer en el cerco de la ciudad, Mostain estableció contra ella dos bastidas o fortalezas, una en Liria y otra en el Puig o poyo de Juballa; pero Alcádir resistía el cerco, esperando siempre el socorro de Rodrigo.

El poyo de Mio Cid. Albarracín, tributario

El Campeador, en tanto, después de convenido con Alfonso, moró algo en Castilla reuniendo gentes y salió de allí con 7000 hombres de todas las armas. Al pie de la gran fortaleza de Gormaz (que desde 1087 tenía él de mano del rey) atravesó el Duero por el vado de Navapalos y, cruzando todo el sur del reino de Zaragoza, fue a plantar sus tiendas en territorios de Albarracín, en Calamocha, donde celebró la Pascua de Pentecostés (20 de mayo de 1089).

Allí recibió mensajeros del rey de Albarracín (Abú Meruán Ben Razín) pidiéndole una entrevista. En ella el Cid se comprometió a dejar en paz al de Albarracín, y este se hizo de nuevo tributario del rey Alfonso, según lo había sido antes de la derrota de Sagrajas; pagaría diez mil dinares al Cid, representante del emperador y concesionario de las conquistas que hiciese.

Nueva sumisión de Valencia

Seguro ya por esta parte, el Cid, deseando socorrer a Valencia, abandonó a Calamocha y bajó hacia el mar, para sentar sus tiendas en la aldea de Torres, vecina a Murviedro.

Berenguer, que acampaba sobre Valencia, en el Cuarte, al sentir a su enemigo tan próximo, se llenó de sobresalto; no participaba él poco ni mucho del buen humor de

sus caballeros, los cuales, muy alegres, baladroneaban injurias y jactanciosas burlas contra el Cid, amenazándole de muerte o de prisión. Rodrigo tuvo noticia de estas fanfarronadas, pero no quería pelear con el conde, porque este era primo del rey Alfonso; y fueron y vinieron los mensajeros entre los dos campos durante unos días, hasta que al fin el conde comprendió que tenía que avenirse a levantar el cerco de Valencia, y convino en retirarse por Requena para volverse a Barcelona.

Una vez libre de su competidor, Rodrigo, desde Torres, sometió fácilmente a los pocos enemigos que halló, y luego se fue a acampar junto a Valencia. Alcádir le envió enseguida innumerables presentes y se hizo su tributario, sellando así la amistad iniciada el año anterior: pagaría al Cid 1000 dinares a la semana; el Cid, en cambio, apremiaría a los alcaides de los castillos para que llegasen sus rentas, como las pagaban en tiempos anteriores, protegería a Alcádir contra todos sus enemigos y moraría en Valencia, en el arrabal del Alcudia, donde traería a vender la presa que hiciese en otros lugares y donde tendría los alfolís del trigo y de las demás cosas que almacenase.

Enseguida los alcaides de los castillos fueron advertidos por el Campeador de que debían entregar sus rentas al rey de Valencia, como hacían en tiempos antiguos, y ninguno se atrevió a desobedecer, pues todos deseaban ganarse la benevolencia del castellano. Ben Lupón de Murviedro también se sometió a pagar a Rodrigo 8000 dinares anuales. Por último, el Cid subió a las montañas de Alpuente, donde reinaba Abdállah Ben Casim; quebrantó y robó su tierra, le venció, le sometió al tributo de 10 000 dinares, y después de morar allí algún tiempo bajó a plantar su campo en Requena.

El Cid había restablecido así las cosas del Levante mucho mejor de lo que estaban para Castilla antes de la batalla de Sagrajas: la sumisión de Albarracín, Valencia y Alpuente quedaba conseguida en modo más completo y organizado que antes. Pero he aquí que la magnitud misma del éxito iba a disgustar a Alfonso.

4. ALEDO Y EL SEGUNDO DESTIERRO DEL CID

García Jiménez

Los resultados de la victoria de Yúsuf quedaban anulados en lo que tocaba a la parte oriental de la Península. A los extraordinarios éxitos del Cid en Valencia se unían, aunque menores, los de otro caudillo castellano, García Jiménez, en Aledo, dos puestos avanzados que los cristianos mantenían en el interior del país musulmán. Alfonso, después de la derrota de Sagrajas, había fortalecido más el castillo de Aledo, dando a García Jiménez la orden de devastar preferentemente la región de Lorca, extremo oriental del reino de Sevilla, para castigar así la defección de Motámid, principal causante de la venida de los almorávides. La gran fortaleza de Aledo ensanchó su recinto amurallado hasta albergar dentro de él una guarnición de 12 000 hombres, sin contar las mujeres y los niños.

La guarnición de García Jiménez, cumpliendo la orden del emperador, se dedicaba diariamente a hacer incursiones, y no se limitaban estas a la región murciana, sino que se extendían también por el reino vecino de Almería; desolaban la tierra, cautivaban o mataban a cuantos sorprendían, así que toda seguridad había desaparecido de aquella comarca bajo la funesta sombra del castillo de Aledo.

Motámid sentía vivamente la injuria de tales incursiones. Lorca, que le pertenecía, estaba siempre amenazada, y Murcia, que le era rebelde en poder de Ben Raxic, favorecía en secreto las correrías de García Jiménez. En vano Motámid, uniendo sus tropas a las almorávides de que disponía, marchó a someter a Ben Raxic y a contener las cabalgadas cristianas; junto a Lorca, tres mil jinetes sevillanos huyeron ante trescientos caballeros de Aledo, y por su parte, Ben Raxic supo ganarse la benevolencia de los almorávides que venían con Motámid.

Yúsuf, llamado contra el Campeador y contra Aledo

Convencido una vez más de su impotencia, Motámid no pensó sino en llamar de nuevo a Yúsuf; pero, como la otra vez, le precedieron en este pensamiento los faquíes. Varios de estos, con algunos notables de Valencia, Murcia, Lorca y Baza, habían ido ya en embajada a Marruecos para exponer al Emir al-muslimín la insufrible situación en que se hallaba el Levante del Andalus; se quejaban principalmente del Campeador, que hacía siete años que andaban allí guerreando por tierras de Lérida, y ahora algareaba a sus anchas por las de Valencia; también se lamentaban a Yúsuf de cómo los cristianos encastillados en Aledo hacían cabalgadas continuas, que no dejaban vivir los distritos desde Lorca hasta Baza. Y los embajadores tanto hablaron contra el Cid y contra García Jiménez, que obtuvieron de

Yúsuf la oferta de pasar otra vez a España en cuanto pudiera.

En esto, Motámid, viendo arreciar las correrías de Aledo, se decidió a embarcarse en Sevilla, y pasando el mar, arribó a la desembocadura del río Sebú, a la Mamora, donde se hallaba Yúsuf, y le suplicó, en nombre de la religión, acudiese a expulsar a los cristianos de aquel castillo situado en el mismo corazón de Andalucía. Yúsuf le prometió pasar el mar enseguida, tan pronto como terminase sus preparativos.

Segunda venida de Yúsuf. Sitio de Aledo

El Emir al-muslimín activó el armamento de sus gentes, y con ellas desembarcó en Algeciras por junio de 1089. De los dos objetivos que traía, Aledo y el Campeador, el primero era el urgente para los reyes aliados, pues contra ellos iban las incursiones de García Jiménez. Unido el ejército almorávide con los contingentes de Motámid de Sevilla, Abdállah de Granada, Temín de Málaga, Motacim de Almería y Ben Raxic de Murcia, pusieron sitio a Aledo. Primero intentaron combatirlo con ingenios y máquinas construidas por obreros murcianos; pero la fortaleza permanecía inexpugnable, y decidieron asediarla por hambre.

Entonces la larga convivencia en los campamentos contribuyó a agriar de muy mala manera las rencillas de los príncipes andaluces: el de Almería lograba minar el ánimo de Yúsuf en contra de Motámid; Motámid, por su parte, acusaba de usurpación al de Murcia y le hacia sospechoso, como amigo que había sido de Alfonso y de los mismos sitiados de Aledo. Yúsuf entonces encargó a los faquíes el examen de los derechos de Motámid sobre Murcia, y habiendo sido reconocidos, hizo prender a Ben Raxic y lo entregó en manos del rey de Sevilla. Pero en mal hora fue hecha tal justicia; indignada la hueste murciana, se negó a proporcionar más víveres ni más obreros para las máquinas de combate; y luego se dispersó por el campo e interceptó las recuas de las provisiones. Así, después de cuatro meses de sitio, los moros sitiadores se hallaban debilitados por el hambre y la desunión, con el otoño muy avanzado, cuando supieron que el rey Alfonso venía contra ellos. Verdad es que los sitiados, a su vez, estaban en mucho más grave apuro: el agua les faltaba ya en extremo.

El Cid no logra unirse al emperador

Mientras el Campeador, terminada la sumisión de Valencia y de Alpuente, descansaba en Requena, recibió carta del rey Alfonso llamándole para que fuese con él a socorrer urgentemente el castillo de Aledo y a pelear con Yúsuf. El Cid, por los mismos mensajeros del rey, envió a este su respuesta escrita, diciéndole que estaba dispuesto para obedecer el mandato del rey su señor, y rogándole que le avisase su venida.

Enseguida levantó Rodrigo su campo en Requena, y, para acercarse al lugar de la próxima campaña, se dirigió a Játiva, donde le alcanzó un portero del rey, con nueva carta en la cual Alfonso mandaba a Rodrigo que le esperase en Villena, pues por allí pasaría seguramente. El portero le avisó que ya el rey tenía en Toledo reunido un ejército muy numeroso. Por Ben Alabbar sabemos que ese ejército era de 18 000 hombres.

El Cid, temiendo que su hueste pasase hambre, la acampó en Onteniente, que es en toda aquella región interior el valle más fresco de aguas, el más fértil en trigo, cebada, avena, algarrobas, y aceite, el más poblado de ganados; en fin, casi tan abundante como la ribera valenciana. Para saber la llegada del ejército cristiano, puso el Cid atalayas avanzadas, no solo en Villena, donde debía unirse al rey, sino mucho más allá, en Chinchilla, que le avisasen con tiempo suficiente para llegar él desde Onteniente a Villena. Pero sucedió que el rey, en vez de ir a Víllena como había asegurado, se fue más derecho, bajando por Hellín y por el valJe del Segura hasta Molina, a dos leguas de Murcia. El Cid, al tener noticia de que el rey había pasado ya, tomó con su hueste la dirección de Hellín, y dejando atrás a todos en marcha, él, muy apurado, con unos pocos, se adelantó a escape hasta Molina.

Pero llegó tarde por más que hizo, pues la campaña apenas iniciada, abortó en éxito feliz. Yúsuf, al saber que Alfonso venía, se preparó para aceptar un encuentro, si bien después no tuvo confianza en las tropas andaluzas, y, temeroso de que huyesen como habían hecho en Sagrajas, decidió retroceder hasta Lorca; García Jiménez, con la guarnición de Aledo, aunque tan castigada, pudo salir cautelosamente y llegar a agredir la retaguardia del gran ejército en retirada.

Yúsuf no pensó en más campaña, y lleno de enojo contra los reyes andaluces, que tan inútiles se le habían mostrado, se alejó de Lorca, en dirección a Almería.

Por su parte, Alfonso, en cuanto hubo socorrido y previsto el castillo de Aledo, emprendió enseguida la vuelta con su hueste; así que cuando el Cid llegó a Molina, ya no pudo alcanzar a los expedicionarios. Muy apesadumbrado por su retraso —aunque innocuo y disculpable el cambio de itinerario del rey—, el Campeador se retiró a su campo, que estaba en Elche, y allí dejó que tornasen a sus casas varios de los caballeros que había traído de Castilla, sin duda los que temían el posible enojo del emperador.

La fecha del regreso de Alfonso hacia Toledo nos es conocida: el 25 de noviembre de 1089 estaba la hueste del emperador en Chinchilla; lo sabemos por un Diego de Oriólez, monje de San Millán, que, según él nos dice, con grandes fatigas, como hombre no hecho a aquellos trotes, conducía los dos mulos que el convento tenía que aprontar para el fardaje de las huestes; el monje acemilero, aprovechando el buen ánimo de todos por el fácil éxito de la campaña, llegó hasta el emperador y obtuvo de él que eximiese de aquella obligación al convento. De tal modo los monasterios procuraban no solo liberar sus heredades de todo tributo, sino desentenderse de toda participación en cualquier otra carga pública. Don Alfonso

otorga el privilegio a San Millán, recordando su llegada a Aledo y la fuga de Yúsuf; confirman los altos hombres civiles y eclesiásticos del ejército más relacionados con el convento emilianense: el infante García, hijo del rey de Navarra asesinado en Peñalén; los obispos de Nájera, Burgos y Palencia, y varios señores, entre los que reparamos los más enemigos del Cid, el conde García Ordoñéz de Nájera y su cuñado Álvar Díaz de Oca.

Estos y los otros castellanos envidiosos del Cid atizaban las malas pasiones del monarca: Rodrigo, decían, no era fiel vasallo, sino muy traidor; aquella carta en que el Cid pedía al rey aviso de su paso no había sido sino una artimaña para motivar su falta a la expedición y ver si lograba que el rey y los suyos muriesen a manos de los moros.

La ira del rey. Prisión de doña Jimena

Los acusadores encontraban muy fácil acogida en el ánimo del rey. Alfonso, en cuanto escuchó las falsas imputaciones de los *mestureros* o *mezcladores*, ciego de ira contra el Campeador, mandó quitarle los castillos, las villas y toda la honor que le había dado dos años antes; más aún: mandó entrarle sus propias heredades, allanar sus casas, confiscarle cuanto oro, plata y demás riquezas pudieran hallar; y hasta hizo que doña Jimena fuese amarrada humillantemente y echada en prisión con sus tres hijos, niños aún. El materialismo del derecho germánico, en vano contrariado por el romanizado código visigótico, establecía la solidaridad de la familia en materia penal (hasta un vecindario entero venía a ser responsable del delito cometido por un vecino); a la mujer, por lo tanto, podía exigírsele responsabilidad por los delitos de su marido; verdad es que la responsabilidad solía ser pecuniaria solamente, y, aun así, el adelanto de las ideas tendía ya a desterrar tal injusticia; pero en los delitos de traición el rigor era extremo: la ley condenaba a muerte al traidor y a toda su familia. Y el Cid estaba muy cerca de este peor caso, pues se le acusaba de haber conspirado contra la vida del rey; además, ahora la ira del rey Alfonso no tenía freno ninguno, toda vez que el Cid se hallaba sin apoyo entre la nobleza castellana.

El Campeador, al conocer las falsas acusaciones que se le hacían y el atropello con que se le trataba, envió uno de sus más leales caballeros al rey, para rogarle que consintiese al acusado excusarse de las imputaciones de sus enemigos por medio de un combate judicial ante la corte, lidiando él mismo a un caballero de los suyos. Pero el rey ni escuchar quiso siquiera las palabras de excusación del caballero, aunque justísimas; sin embargo, renunciando al mayor rigor, libertó a doña Jimena y a sus hijos, permitiéndoles irse con el Cid.

El Cid intenta en vano un procedimiento jurídico

Rodrigo, que seguía en su campo de Elche, al saber que no había hallado acogida su proposición de excusa, quiso juzgar y jurar por sí mismo su exculpación, redactándola por escrito para enviarla al rey. Como sabidor en derecho que era, escribió hasta cuatro formas diversas de juramento (que se nos conservan), muy estudiadas en sus partes esenciales; una explicación de la falta involuntaria, una protesta de lealtad hacia el rey y una fórmula de *confusión* o maldición jurídica, apelando a la justicia de Dios. Las pequeñas variantes de tres de estos juramentos revelan bien la preocupación de ánimo del Campeador al par que la escrupulosa sutileza de su pensamiento jurídico. Las tres redacciones principales vienen a decir esto: «Yo, Rodrigo, juro a ti el caballero que me retas sobre la ida del rey a pelear con los sarracenos en Aledo, que por ninguna otra causa dejé de asistir sino porque no supe la llegada del rey, ni la pude saber en ningún modo. Le esperé en Villena e hice todo según lo que el rey me mandó por sus cartas. Ni en pensamiento, ni en palabras, ni en hecho, cometí traición alguna por la que mi persona pueda incurrir en tacha de menos valer, ni recibir tan gran deshonor como el rey me hizo. Si juro mentira, Dios haga entrega de mí o del caballero que por mí lidie, en manos de ti, mi retador, para que de mí hagas lo que quisieres; pero si digo la verdad, Dios, que es juez justo, me libre de tan falso reto». Un cuarto juramento daba carácter más general a la excusa, por si las desconocidas acusaciones se referían a hechos anteriores a los de Aledo: «Yo te juro, caballero del rey que quieres lidiar conmigo, que desde el día que en Toledo recibí por señor al rey hasta el día en que tan sin razón y sin culpa ninguna el rey cautivó crudelísimamente a mi mujer y me quitó los honores y tierras que yo tenía en su reino, nada malo dije de él, nada malo pensé, nada hice porque mi persona menos valga, ni porque el rey cautivase a mi mujer y me deshonrase en modo tan grave».

Los fueros de aquellos tiempos disponían que cuando se daba pregón y apellido para la guerra, el que no llegaba a reunirse a la enseña a pesar de cabalgar para alcanzarla, se excusaba o *salvaba* con solo jurar. Mas, sin embargo, Alfonso no se dignó recibir el juramento y el combate del Cid; en vano este pidió ser sometido a un juicio regular ante la corte, en vano quiso que sus acusadores diesen la cara y le permitiesen defenderse de sus acusaciones. En el siglo XI el poder del rey era absolutamente arbitrario, y Alfonso, viendo al Cid desprovisto de apoyo en la corte, le hizo sentir todo el peso de la arbitrariedad. Habrán de pasar aún cien años para que el rey de León, Alfonso IX, tenga que jurar ante una corte de 1188, no airarse contra nadie por *mezcla* o delación, sin oír antes al acusado, sin descubrirle el nombre del delator y obligar a este a que probase su acusación, castigándole si no la probaba.

Es muy significativo el rigor obcecado con que el rey Alfonso trata al Campeador, precisamente en momentos de satisfacción por el fácil resultado de una expedición militar temible, y cuando el Cid acababa de lograr rápida y admirablemente la sumisión de Albarracín, Valencia y Alpuente a nombre de su señor el rey. No parece sino que el rey, con su ira implacable, pretendía deshacer la obra del Cid en Levante,

y esto nos vienen a indicar los sucesos posteriores, en especial los del año 1092.

5. EL CID DUEÑO DE LEVANTE

Situación del Cid después del segundo destierro

Yúsuf babia pasado esta segunda vez a España para librar al Andalus de las dos intromisiones cristianas de Aledo y del Campeador, las únicas que aún subsistían después de la victoria de Sagrajas. Había que afirmar de cualquier modo con esta segunda expedición los efectos de la primera, así que, a pesar del mal resultado de la campaña de Aledo, al retirarse Yúsuf de ese castillo hacia Almería, dejó todo un poderoso ejército, mandado por el príncipe Mohámmad Ben Texufín, para que fuese a socorrer la región de Valencia contra Rodrigo. Hecho lo cual se embarcó en Algeciras y regresó al Mogreb.

Los moros levantinos, a la noticia de tan gran socorro como Yúsuf les dejaba y al saber que el emperador había airado al Cid, pudieron creerse libres de este. Desde luego, Alcádir de Valencia no se preocupó de pagar el tributo convenido.

El Campeador se halló completamente solo, como en el primer destierro; pero, además, se veía rodeado de enemigos que antes no tenía. Por fidelidad a su rey se había enemistado con el de Zaragoza, su antiguo aliado; y ahora, abandonado por Alfonso, abandonado de varios caballeros castellanos que se le habían despedido, tenía hostiles a los soberanos de Aragón, de Barcelona, de Zaragoza, de Lérida, de Valencia… Vio que la complicada obra de dominación lograda sobre los reyezuelos de Levante se había desmoronado en un momento, y supo, además, que un príncipe almorávide se disponía a operar contra él. Pero sin la menor vacilación decidió volver sobre las ricas tierras levantinas y entrar otra vez en aquel avispero de ambiciones, para reconstruir la sumisión recién conseguida y asegurársela ahora por su propia cuenta, sin apoyo de nadie, pero sin compromisos de vasallo con nadie.

Guerra con Alhajib. Sumisión de Valencia

Después de celebrar la Navidad de 1089 en Elche, empezó el Cid a guerrear a su antiguo enemigo Alhajib de Lérida, en cuya tierra de Denia se hallaba. Desde Orihuela hasta Játiva todo fue estragado y destruido: que allí, «no quedó piedra inhiesta ni señal de pueblo ninguno», según la expresión de Ben Alcama.

En Ondara, donde ayunó Rodrigo la Cuaresma (marzo 1090) y celebró la Pascua de Resurrección (21 abril), recibió mensajeros que desde la comarca de Lérida y Tortosa le enviaba Alhajib para pedirle paz. Esta fue enseguida concertada, por lo cual Rodrigo dejó de hacer daño en el territorio de Denia y salió de él para entrar en la región valenciana.

Pero en cuanto el rey de la gran ciudad, Alcádir, supo que Alhajib había hecho

paces con Rodrigo, temió ser destronado por este en beneficio del de Denia, e inmediatamente, después de escuchar a sus consejeros, envió al Cid considerables regalos pecuniarios para renovar con él la amistad y sumisión en mal hora olvidadas. De igual modo, todos los alcaides de los castillos, que otra vez se habían mostrado rebeldes al rey de Valencia por verle desentendido del Cid, acudieron a este enseguida con sus tributos y sus dones. Todo allí, pues, se restablecía para Rodrigo al estado en que se hallaba antes de la injusta ira del emperador.

Berenguer organiza una coalición contra el Cid

A su vez, Alhajib, al saber que Valencia, por él codiciada, había vuelto a someterse al Campeador, empezó a urdir una gran conjura contra el castellano a fin de echarle de aquellas tierras, en la cual quería que tomasen parte el rey Sancho Ramírez de Aragón, el conde Berenguer de Barcelona y el conde Ermengol de Urgel. Pero Sancho y Ermengol conocían bien la superioridad de Rodrigo, y no dieron oídos a Alhajib. Este solo halló apoyo en Berenguer, hombre duro al escarmiento y muy entirriado contra el Cid, quien le había prendido en Almenar el año 1082 y acababa de ahuyentarle de Valencia en 1089, haciéndole renunciar a las rentas que codiciaba de la tierra.

Rodrigo, cuando supo de cierto los manejos que Alhajib tramaba, se adentró por el territorio del voluble rey de Lérida, subiendo a las difíciles montañas de Morella, donde podía hallar víveres abundantes y ganado sin cuento, y allí estragó por todas partes los poblados, cortando las huertas, las viñas y los panes.

Al ver Alhajib cómo toda su tierra estaba destruida en rebaños y cultivos, que ni siquiera la podían sembrar, envió mandado a Berenguer, quien, habiendo recibido del moro grandes sumas, sacó su hueste de Barcelona y se fue a visitar en Daroca al rey de Zaragoza, quien también le dio dinero; así, el temor a Rodrigo unía ahora bajo la protección de Berenguer a los dos rivales de siempre, Mostain y su tío Alhajib. Pero Berenguer no se sentía aún satisfecho; quería que el emperador entrase en la coalición contra el Cid.

Berenguer y Mostain se fueron a entrevistar con Alfonso en Orón (a media legua de Miranda de Ebro, en el condado de García Ordóñez) y le rogaron por muchas razones que les ayudase con sus caballeros contra Rodrigo. Berenguer se alababa ante Don Alfonso y ante Mostain que de todos modos echaría al Cid de las tierras de Tortosa; si no le había arrojado ya de allí fue en consideración a que el Cid era antes vasallo del emperador, pero ahora el desterrado no se atrevería siquiera a esperarle. Estas palabras eran apoyadas por los caballeros del conde (el más burlón, Ramón de Barbará), muy avivados en mofarse del Cid y en solicitar la risa de los muchos castellanos que, como García Ordóñez, eran en la corte enemigos del héroe. Pero el emperador desconfió de las baladronadas del conde barcelonés y no accedió a sus ruegos; de modo que Berenguer y Mostain se volvieron desairados.

Mas, aun así, el barcelonés, juntamente con los dos reyes Beni Hud, reunieron en Calamocha tantísimos combatientes moros y cristianos contra el Cid, que bien creyeron que este huiría a la sola fama de la muchedumbre de ellos, pues además los moros levantinos tenían a los caballeros catalanes como los más fuertes del mundo, los mejor guarnidos y los más avezados a lides.

Encuentro en el pinar de Tévar

El Cid, al saber la gran hueste de enemigos que se le venía encima, dudó si podría con ellos todos juntos. Para obligarles a separarse buscó las ventajas del terreno, metiéndose en el pinar de Tévar, en un valle de entrada angosta, la cual fortificó con barreras muy bien guardadas.

Allí le envió un mensajero al rey Mostain, quien, desengañado por el desaire del emperador, y conociendo muy de cerca al Cid, buscaba manera de mostrar a este que solo de mala gana andaba en los manejos de Berenguer, al cual no quería ya acompañar en la guerra. En su mensaje, Mostain avisaba a Rodrigo que se apercibiese, pues el conde de Barcelona disponía ya el encuentro. Rióse el Campeador de tal oficiosidad, y envió con el mensajero mismo la epístola de respuesta; daba «a su fiel amigo el rey de Zaragoza» cordiales gracias por el aviso; añadía, empero, frases de gran desprecio para el conde y para toda la multitud de sus guerreros; declaraba que los esperaría allí, con la ayuda de Dios, y les daría combate si venían; por último, rogaba a Mostain que mostrase aquella insolente respuesta a Berenguer.

El conde de Barcelona, con su numerosa hueste, avanzó, entrando por las montañas hasta clavar sus tiendas cerca de las de Rodrigo; tanto, que de lejos se divisaban los unos a los otros; y una noche envió barruntes que reconociesen de cerca la albergada del Cid desde lo alto del enorme monte en cuya falda estaba el campo del castellano. Al otro día los de Berenguer provocaban a los del Cid, diciéndoles que saliesen a campo libre para pelear; mas el Cid les hacia responder que no era su ánimo buscar contienda alguna, sino que le placía andar por aquellos lugares con su gente. Entonces ellos, en son de blefa, se acercaban a la albergada del castellano, le gritaban que saliese, afrentándole con que no osaba apartarse del monte ni se atrevía a ellos; pero el Campeador no hacía el menor caso de tales bravatas; se repetía la anécdota de Mario con los teutones: «¿Por qué no sales?». «¿Por qué no me hacéis salir?».

Las cartas de desafío

Berenguer creyó que el Cid acabaría por abandonar las ventajas del terreno si se veía desafiado solemnemente por medio de una carta, y se la envió quejándose de las

burlas contenidas en la carta a Mostain y anunciando el ataque: «Mañana, al amanecer, con la merced de Dios, nos verás muy de cerca; si te apartas de tu monte y sales a nosotros al llano, serás Rodrigo, el que llaman *Campeador*; pero si no, serás lo que en su lengua romance llaman los castellanos *alevoso* y los francos *bauzador*. Y no te aprovechará todo el valor de que te alabas; no nos partiremos de ti hasta cogerte muerto o encadenado».

Cuando el Cid escuchó la lectura de esta carta dictó enseguida la respuesta. En ello le importa ante todo justificarse, afirmando que no fue él, sino Berenguer, el primero en las burlas desconsideradas; por su parte le recuerda cómo hace años le aprisionó y alude al notorio fratricidio cometido por el conde: «Me injurias diciendo que hice *alevosía* a fuero de Castilla, *bauzía* a fuero de Francia, pero mientes por tu boca: el que hizo tales cosas, el que ya tiene probadas tales traiciones es quien tú bien conoces y a quien conocen moros y cristianos. En fin, ahorremos palabras y hayámoslo entre nosotros dos como buenos caballeros. Ven, y no tardes, que recibirás de mí la soldada que te suelo dar».

El Cid logra dividir a sus enemigos

Mientras estas cartas se cruzaban, el Cid, a fin de dividir a sus enemigos, les dio señales de quererse evadir, y los catalanes, entonces, según lo que el Cid se proponía, repartieron sus huestes enviando divisiones a tomar los tres puertos de aquel valle por donde podían huir los castellanos. Por otra parte, Berenguer, mientras él se quedaba amenazando la entrada del valle que el Cid tenía fortificada, envió otra división de sus caballeros por la noche a ocupar la altura del gran monte a cuya falda se hallaba el campo del castellano, y esta operación fue realizada sin que Rodrigo se enterase.

Los sucesos en la noche se desarrollaron con sorpresa de ambos enemigos. Los catalanes encargados de tomar los puertos, según iban subiendo pocos a pocos por aquellas ásperas alturas, cayeron en las celadas que los del Cid tenían prevenidas, y las tres divisiones fueron deshechas, quedando cautivos los principales caballeros.

En esto, los otros catalanes que ocupaban el monte sobre la albergada del Cid, empezaron a descender hacia las tiendas calladamente, para atacarlas de improviso desde lo alto y precipitar la anunciada fuga del Campeador por los puertos que creían tomados. Cuando llegaron cerca, antes que el primer albor rasgase la oscuridad del horizonte, los del conde barcelonés, levantando un estruendoso vocerío, se precipitaron por la cuesta abajo. Los de la albergada, que tenían su vigilancia puesta en el ataque esperado por la entrada del valle, despertaron con gran sobresalto, viéndose en peligro por el valle y por el monte. El Campeador, presa de máxima emoción, «crujiendo los dientes», mandó a sus caballeros vestir a escape las lorigas, apretar las cinchas a los adormilados caballos, ordenar sus haces y lanzarse contra los enemigos. Enseguida el conde mismo atacaba también por la entrada del valle. El Campeador, puesta en orden ya la defensa de la albergada, buscó la haz donde venía

el condes y se arrojó sobre ella con tan irresistible empuje, que a los primeros encuentros de las lanzas la desbarató; mas en medio de la difícil pelea el Cid cayó del caballo, quedando de resultas magullado y herido. No obstante, su gente siguió peleando hasta completar la victoria iniciada, hasta acorralar y prender a Berenguer con casi 5000 de los suyos.

El Cid mandó amarrar y custodiar muy bien al conde, con los otros prisioneros más nobles; y los caballeros castellanos, apoderados del campamento de Berenguer, despojaron las tiendas de vasos de oro y plata, vestidos preciados, mulos y palafrenes, lorigas, escudos, lanzas, y todo lo entregaron al Cid para hacer el justo reparto.

Berenguer, prisionero; el banquete del Campeador

Entretanto, Berenguer, para intentar algún arreglo, se hizo llevar ante el Cid, que, doliente de la caída del caballo, se hallaba sentado en su tienda. Con humildes ruegos el conde le pidió merced, pero Rodrigo no le quiso recibir benignamente ni le ofreció asiento a su lado, sino que mandó a sus caballeros que le sacasen de la tienda y le custodiasen bien. Mas en cuanto hubo así desahogado, abatiendo al jactancioso orgullo del conde, el Cid volvió sobre sí: dispuso con solicito cuidado que sirviesen al prisionero muy abundantes viandas y le prometió dejarle tornar libre a su tierra.

A la par que el historiador latino del Cid, el poeta viejo (historiador también, para los legos que solo hablaban romance) tenía igualmente por su parte noticia de esta extraña ocurrencia del Campeador: en vano la cocina del Cid se esmeraba en presentar delante de Berenguer las viandas; el conde, alterado por el coraje y el disgusto, nada quería probar; practicaba lo que hoy se llama la huelga del hambre: «No comeré ni un bocado por cuanto hay en toda España; quiero dejarme morir, pues que tan aviltadamente me hallo vencido en batalla». Mio Cid le anima con una promesa: «Comed, conde, de este pan y bebed de mi vino; si hacéis lo que os mando, saldréis de la prisión; si no, en toda vuestra vida no volveréis a ver la tierra de los cristianos». Pero el conde terqueaba desconfiado: «Comed vos, don Rodrigo, y buscad la alegría, que yo no quiero ya sino morir». Y así llegaron al día tercero. Los castellanos se ocupaban en repartir sus ganancias grandes de la batalla; el conde no entraba en razón, no le podían hacer probar ni un triste pedazo de pan. El Cid renueva su promesa: «Comed, conde, que si lo hacéis a mi satisfacción, os soltaré a vos y a dos hidalgos de los vuestros». Y, por fin, el obstinado prisionero se da a partido: «Si hicieseis, Campeador, lo que acabáis de decir, maravillado seré de ello mientras viva». «Pues comed, conde, y cuando hayáis comido, os dejaré partir; pero no os daré un mal dinero de cuanto os he ganado; pues bien lo he menester para mi gente, que anda desterrada bajo la ira del rey». El conde se sintió alegre, pidió agua a las manos, y con los dos caballeros que el Cid le había dicho se puso a comer. ¡Dios, y con qué buenas ganas! ¡Con qué presteza movía sus manos Berenguer, dejando muy satisfecho al Campeador! «Si os plugiese, Mio Cid, ya podemos irnos; mandadnos

dar las bestias, que desde el día que fui conde no yanté tan de buen grado el placer de esta comida no lo olvidaré nunca». Diéronle tres palafrenes muy bien ensillados y buenas vestiduras de mantos y pellizones. El conde cabalgó entre sus dos hidalgos y el Cid le despidió alegre y bromeando basta la salida de la albergada; el conde aguijó a toda prisa; volvía a veces la cabeza para mirar atrás: tenía miedo que el Cid se arrepintiese, lo cual no haría el cumplido castellano por cuanto hay en el mundo: una deslealtad que no la hizo jamás nunca.

Al intento poético del juglar importa exagerar la pobreza con que el Cid pasaba su destierro; no le conviene realzar la largueza del vencedor, que, según la *Historia Roderici*, se extendió a todos los vencidos. Cuenta la *Historia* que el Cid, prometida la libertad al conde después del banquete, al cabo de pocos días, cuando ya estaba sano de su caída, pleiteó con Berenguer y con Giraldo Alemán el rescate de ambos, mediante 80 000 marcos de oro de Valencia, y los demás cautivos, a voluntad del castellano, fueron obligándose a pagarle diversas sumas, sobre las cuales habían de darle también las espadas valiosas que eran de tiempos antiguos; y aquí, otra vez más, el *Poema* apoya a la *Historia* en sus pormenores, contándonos que entonces ganó el Cid la espada de Berenguer: «Colada la preciada, que más vale de mil marcos», espada que siempre usó después el Cid, e hizo famosa. Idos los catalanes en libertad a sus casas, volvieron fieles a su promesa, trayendo a Rodrigo las grandes riquezas concertadas para redimirse; y muchos, por lo que no podían pagar, traían hijos y parientes en rehenes. Pero, el Campeador se conmovió ante aquel espectáculo, y después de consultar con su mesnada, perdonó a todos el rescate, dejándoles libres; a lo que ellos, despidiéndose, respondieron con enternecidas muestras de gratitud y protestas de querer servir siempre a su bienhechor en cuanto pudiesen.

Téngase presente que en la guerra medieval se buscaba ante todo la ganancia inmediata de riquezas, siendo el rescate una de las principales, por lo cual más se procuraba aprisionar que matar al enemigo; bien se comprende cuánto debió parecer admirable la generosidad del desterrado con sus prisioneros.

Consecuencias de la victoria. Berenguer renuncia a su protectorado de moros

Todas estas escenas de triunfo bélico y moral que se desarrollaron en el pinar de Tévar tuvieron enorme resonancia. Alhajib, el eterno enemigo del Campeador, al saber la derrota de Berenguer, perdió toda esperanza de apoyo para sus planes, y una crisis de desaliento cayó sobre él tan pesadamente que a poco murió. Entre los moros de Levante, el Cid, vencedor segunda vez del marqués-conde de Barcelona, alcanzó extraordinaria fama, y esta se difundió hasta el otro confín de la Península, donde el portugués Ben Bassam ensalzaba el genio militar de Rodrigo, que con pequeño número de guerreros había dispersado los superiores ejércitos del Conde García, del príncipe de los catalanes y del rey de Aragón. Entre los cristianos, la derrota de estos

poderosos condes hostiles constituyó para el desterrado un gran timbre de gloria, al par que le aseguró el dominio ganado sobre los sarracenos: «qui domuit mauros, comites domuit quoque nostros», dirá un poeta latino.

El Cid, claro es, no pensó en abandonar aquellas tierras de donde los aliados vencidos pretendían arrojarle. Se trasladó al reino zaragozano de Mostain, y en Daroca, donde padeció una gran enfermedad, recibió la visita de Berenguer que le pedía ser su amigo y ayudador en todo: el conde renunciaba formalmente a las tierras del difunto Alhajib, que de antiguo le pagaban tributo, las que con tanto esfuerzo había querido defender el Campeador, y las colocaba ahora bajo la protección de este. El poderoso conde, convencido al fin en el pinar de Tévar, reconocía el superior valer del desterrado que tan en poco había tenido cuando no le quiso escuchar en Barcelona a raíz del primer destierro.

Firmada la amistad, los nuevos aliados bajaron juntos a la costa. Rodrigo asentó su campamento en Burriana, y Berenguer, despidiéndose de él, regresó a su condado.

El Cid, dueño del Levante

Las cosas de Rodrigo después de la batalla de Tévar iban, pues, a no poder mejor.

AJ morir Alhajib había dejado un hijo pequeño, Suleiman Ben Hud, cuyos tutores ofrecieron pagar al Campeador 50 000 dinares cada año por las tierras de Denia, de Tortosa y de Lérida. Entonces debió ser cuando el vencedor se estableció en Lucena, en Iglesuela y en Villafranca, pueblos que hoy llevan el nombre «del Cid» y que dominan la tierra desde Burriana a Morella.

Aquella región levantina quedaba completamente bajo el poder de Rodrigo. Además de Denia y Tortosa, el señor de Santa María, Ben Razin, pechaba al Cid 10 000 dinares desde 1089; Ben Casim, señor de Alpuente, otros 10 000; Ben Lupón de Murviedro, 8000; el castillo de Segorbe, 6000; el de Jérica, 3000; el de Almenar, 3000; Liria, 2000; el tributo más cuantioso era el de Valencia, cuyo rey Alcádir pagaba 52 000 dinares, y un 10 por 100 más, o sea 5200, para el obispo mozárabe, que los musulmanes llamaban en su árabigo *said Almatrán*, esto es, «señor metropolitano», el cual había sido puesto allí por el rey Alfonso.

Y lo que el Cid mandada o vedaba, eso se hacia o se dejaba de hacer en Valencia; y esto fue así más con motivo de una larga enfermedad que padeció Alcádir, durante la cual nadie veía al rey moro; tanto que en la ciudad pensaban que había muerto. Entonces toda Valencia quedó en manos de Ben Alfarax, el visir nombrado por el Cid; y el Cid puso fieles en Valencia que interviniesen las rentas de la tierra y del mar, y puso en cada aldea un caballero castellano que guardase a los moro así que no osaba ninguno agraviar a otro. Y si bien cada caballero de estos percibía seis dinares diarios y los pueblos se quejaban de esta carga, siempre los valencianos agradecían el vivir dentro de justicia y en gran bienestar, pues tenían sobrado pan y ganados que traían los cristianos de sus correrías, y tenían muchos moros y moras cautivos que

producían fácil riqueza con su trabajo o con el dinero que aprontaban cuando se redimían.

Este es el momento en que el Cid aparece más claramente como hombre extraordinario en armas y en política. Por sí solo, sin el apoyo de ninguna organización estatal, al revés, perseguido y estorbado por la ira de su rey, vence a Berenguer, dueño de un gran condado, señor de los afamados caballeros barceloneses, y con prontitud increíble somete los reinados y señoríos moros del Levante. Pero faltábale aún probarse contra el nuevo poder africano.

6. EL PELIGRO ALMORÁVIDE CRECE

Planes del Cid y del emperador. Reacción andaluza almorávide

Después de Sagrajas, desde 1088, Rodrigo trabajaba por formar en el Levante un extenso protectorado. Lo había conseguido ya, pero resultaba muy difícil sostenerlo en pie. La presencia de los almorávides en el Sur reanimaba en el Andalus entero el espíritu muslímico y esperanzaba a todos los descontentos del dominio cristiano.

El Cid trabajó intensamente para afianzar su situación en Valencia, para desde allí obrar contra los invasores. Se esforzó por evitar el disgusto de sus súbditos moros, para alejar de ellos la simpatía hacia Yúsuf; los mantenía dentro de un beneficioso orden de justicia, como Ben Alcama mismo reconoce; quería de ellos la obediencia y el razonable tributo, pero no los despojaba ni vejaba nunca, como, por ejemplo, había hecho Alvar Háñez en Valencia en nombre del emperador.

Alfonso, por su parte, comprendió también que la antigua política altanera y violenta que empleaba con la moros tenía que ser sustituida por otra análoga a la de Rodrigo; estaba pesaroso de haber querido someter tan deprisa a los reyes andaluces; había sido muy duro con ellos, exigiéndoles no solo enormes tributos, sino, lo que les dolía más, tierras y castillos. Ahora, por el contrario, procuraba halagar a los arraeces y príncipes moros, asegurándoles que ni los esquilmaría ni les pediría villas ni fortalezas, pero ellos que tratasen de echar a los almorávides del Andalucía. Esta política de atracción, sin embargo, no halló acogida en un principio; estaban recientes las pasadas insolencias del emperador cristiano, estaba reciente el gran triunfo del emperador almorávide en Sagrajas. Además, los almorávides habían obtenido otra señalada victoria contra los más altos ricos hombres de Castilla y de León, contra Alvar Háñez y los Beni-Gómez de Carrión juntos; así que todas las promesas de Alfonso a los moros caían en el vacío.

Mas poco a poco los soldados de Yúsuf en el Andalus iban dejando de aparecer como salvadores, para manifestarse como huéspedes ambiciosos. Los disgustos entre andaluces y almorávides, surgidos en el sitio de Aledo, llegaron a hacerse muy profundos, hasta que por fin el rey de Granada y otros varios, entre ellos el mismo Motámid de Sevilla, comenzaron tratos secretos con Alfonso; todos, contando con este, se comprometieron a no ayudar con tropas ni dineros a los almorávides, y algunos ofrecieron entregar sus reinos al cristiano con tal de quedar como gobernadores en sus antiguos dominios. Comprendían que en el gran duelo pendiente entre Alfonso y Yúsuf, la ambición del almorávide les era más peligrosa que la del cristiano.

Tercera campaña de Yúsuf en la Península

Y así sucedió que cuando, hacia junio de 1090, el emperador africano desembarcó por tercera vez en Algeciras, los emires de la Andalucía no le prestaron ayuda ninguna y le pusieron muchos obstáculos para hacer la guerra santa.

Yúsuf traía el ambicioso plan de recobrar a Toledo, para satisfacer una gran aspiración popular: «¡Quiera Dios —decían los buenos muslimes cuando nombraban la capital visigoda—, quiera Dios volver a inscribir su nombre en el registro de las ciudades musulmanas!». Los almorávides solos, sin la menor ayuda, combatieron las murallas, las abatieron en parte, talaron los árboles, destruyeron la vega y demás contornos de la fuerte ciudad del Tajo; pero esta fue bien defendida por Alfonso y por el rey aragonés Sancho Ramírez, que acudió allí a ayudarle (agosto-septiembre?). Yúsuf tuvo que retirarse al fin sin conseguir nada, y añadiendo el rencor de este fracaso al de Aledo, dejó crecer irreprimible su enojo contra los príncipes andaluces.

Este enojo dio muchos vuelos al partido clerical o intransigente de los musulmanes españoles, el cual, dirigido por los faquíes, se acogía al celo religioso de los almorávides en oposición a los reyes de taifas y a todo el elemento burocrático de aquellas fastuosas cortes. En los reinos andaluces la cultura florecía espléndida, la vida había alcanzado un tipo de refinamiento superior; pero a la vez en ellos los tributos eran muy gravosos y la seguridad personal estaba siempre sobresaltada por el desgobierno interior y por la amenaza de los cristianos; así que el clericalismo, muy apoyado por la incultura almorávide, hallaba en el pueblo más partidarios de la reacción islámica que del nacionalismo español de los reyes andaluces, cuando estos se mostraron arrepentidos del mal paso que habían dado al pedir auxilio a los extranjeros.

Varios cadíes y faquíes andaluces publicaron dos fatuas o dictámenes juridicos; una de esas fatuas declaraba que los dos reyes hermanos de Granada y de Málaga habían perdido sus derechos al trono por muchos desafueros cometidos, y la otra indicaba a Yúsuf, como emir de los muslimes que era, la obligación en que estaba de hacer a todos los reyes andaluces un llamamiento a la legalidad, intimándoles no exigiesen de sus súbditos más contribuciones que las que el Corán y la Zuna habían establecido. Ahora bien: querer aplicar al Andalus esta popular y piadosa restricción tributaria que los almorávides habían implantado en África, era lo mismo que manifestarse abiertamente enemigo de los reyezuelos de taifas, habituados a percibir mayores impuestos, que en gran parte servían para el fausto de sus cortes y para comprar el apoyo de príncipes extraños, sin el cual no sabían vivir. Pero Yúsuf, siempre obediente a los faquíes, ordenó a los emires andaluces que aboliesen los impuestos ilegales, y, al retirarse de sobre Toledo, se dirigió con su ejército hacia Granada, aunque sin declarar sus intenciones hostiles.

El rey granadino, aquel Abdállah berberisco, amigo de García Ordóñez, derrotado por el Cid diez años antes, de había ahora acogido otra vez al amparo de Alfonso, dándole una suma de dinero. Pero en vano despachó correo tras correo al emperador cristiano; este no pudo sucorrerle, y cuando Yúsuf llegó ante Granada (8 septiembre

1090), Abdállah tuvo que salir reverentemente al encuentro del almorávide y humillársele pidiendo perdón si en algo le había desagradado. Todo fue inútil: Yúsuf, no pudiéndole perdonar sus tratos con Alfonso, le hizo echar cadenas, y destronando también al hermano de Abdállah, Temín, rey de Málaga, los envió a ambos con sus harenes y familia para África, donde les señaló una pensión vitalicia.

Yúsuf contra Motámid

Motámid de Sevilla tuvo ante estos sucesos un momento de codiciosa vacilación; llegó a figurarse que Yúsuf, en compensación de Algeciras, que le había quitado, llegaría a cederle Granada; y se resignó al desairado papel de ir, con Motawákkil de Badajoz, a felicitar a Yúsuf por su actitud respecto a Abdállah. Pero Yúsuf no tuvo para ellos sino desaires, y ambos se volvieron a sus tierras llenos de temor. «Por Alá —decía Motámid al de Badajoz—, el almorávide nos ha de hacer tragar el brebaje del mismo cáliz que ha hecho beber a Abdállah»; y en cuanto llegó a Sevilla se puso a reparar las fortificaciones de la ciudad. Su primogénito le recordaba conversaciones pasadas: «¿No te advertía yo, padrecito —decía con su gusto sevillano por el diminutivo—, que este hombre del Sahara nos había de perder, si nos lo traías acá?». Motámid respondió tristemente: «¿Qué puede la previsión humana contra el decreto divino?».

Y el decreto divino, o sea de los faquíes, le era adverso Yúsuf, antes de reembarcarse, a fines de noviembre, para África, consultaba de nuevo a los faquíes de España y del Mogreb pidiéndoles un dictamen acerca de la conducta de los príncipes del Andalus, sobre todo con relación a la guerra santa. Los faquíes redactaron la fetua más explícita que podía imaginarse, declarando que aquellos reyezuelos se habían hecho indignos de reinar sobre los musulmanes y debían ser depuestos, pues obraban como impíos. A los escrúpulos de Yúsuf por el juramento que, antes de venir la primera vez a España, había hecho de mantener a los reyes de taifas en sus reinos, los faquíes contestaban: «Los príncipes no han cumplido sus promesas; lejos de eso, han hecho alianza con Alfonso contra ti, para hacerte caer en manos del cristiano. Depónlos, que nosotros responderemos ante Dios por ti, y si pecamos, nuestro será el castigo eterno; pero si tú los dejas en paz, ellos entregarán la tierra del islam a los cristianos y tú serás el culpable». Los faquíes sevillanos, por su parte, flechaban particularmente a la sultana Romaiquía, la bella poetisa de los vehementes y primorosos antojos; ella había envuelto a Motámid en un torbellino de placeres abominables; ella le había arrastrado a un abismo de libertinaje público, hasta el punto de que el rey no asistía a la mezquita para cumplir con el precepto de la oración del viernes.

Tales dictámenes fueron enviados por Yúsuf a los doctores más ilustres del Iraq, y todos, entre ellos el célebre filósofo Algacel y nuestro conocido el Tortosí, que allá se había expatriado, aprobaron la opinión de sus colegas de acá y por su parte

autorizaron a Yúsuf para ejecutar sobre los reyes andaluces la sentencia de Alah.

Y la sentencia fue puesta en ejecución mediante las armas. El experto general almorávide Cir Ben Abú Béker, primo carnal de Yúsuf, a quien este había dejado en España, fue encargado de ello, y ya en diciembre había iniciado la guerra contra Motámid y había tomado Tarifa.

Motámid, tarde arrepentido de haber pospuesto su hispanidad a su islamismo, pidió socorro al emperador, este tuvo que decidirse a intervenir en apoyo de Motámid. Al mismo tiempo, el Cid procuraba asegurar contra los africanos el Levante.

El Cid guerrea al rey de Zaragoza

Un peligro para la conservación del dominio cidiano era la enemistad de Mostain de Zaragoza. Cierto que Mostain temía a Yúsuf como el que más, y que, poco celoso musulmán, muy dado, como todos los Beni Hud, a alianzas con cristianos, era aborrecido y despreciado por los almoravidistas; pero Mostain era ante todo un ambicioso y para conservar su trono de Zaragoza o para ensanchar sus dominios, estaba igualmente dispuesto a captarse la benevolencia de los almorávides.

Desde 1089, cuando el conde Berenguer cercó a Valencia, mantenía Mostain las dos bastidas que había establecido contra la ciudad: una, en el poyo de Juballa, y otra, en Liria. Rodrigo, queriendo acabar de una vez con estas pretensiones, asentó su campo frente a Juballa y, después de celebrar allí la Navidad de 1090, envió una conminación a Mostain para que abandonase las dos bastidas. Pero el de Zaragoza se negó, alegando que, antes de abandonarlas, debía Alcádir pagarle los gastos de aquella desagradable expedición que en compañía del mismo Cid había hecho el año 1088 en socorro de Valencia, cuando la tenía cercada el difunto rey de Denia y Tortosa.

El Cid entonces sitió a Liria, que en el año recién acabado de 1090 no había satisfecho el tributo de los 2000 dinares que le correspondía pagar. En este cerco los caballeros cristianos tuvieron ganancias a manos llenas, pues desde allí partían en algaras y correduras a estragar la tierra del rey de Zaragoza, y con las grandes presas que hacían también se beneficiaba la ciudad de Valencia, donde todo se traía a vender en abundancia y con baratura. Los de Liria, trabajados por los combates, por el hambre y por la sed, estaban ya en situación desesperada cuando el Cid recibió noticias que tendían a alejarle de allí para asociarle a los planes del rey Alfonso.

Alfonso dispone un ataque a Granada

El emperador, no queriendo enfrentarse con Cir, que sitiaba a Sevilla, pensó distraerle fuerzas, y para ello resolvió atacar a Granada, apoyándose, sin duda, en los

partidarios del destronado Abdállah.

Acababa el mes de marzo de 1091, y Alfonso se procuraba en su reino un tributo extraordinario, logrando el consentimiento de los infanzones, clase exenta, para que ellos lo pagasen igual que los villanos, por una sola vez, con destino a la guerra contra los almorávides. Había ya el rey publicado guerra sobre Granada a fin de obligarla a pagar parias, y ordenaba a todos los condes y potestades de sus reinos que dispusiesen armas y víveres.

La carta de la reina al Campeador

Estando así la campaña inminente, sucedió que la reina Constanza decidió facilitar al rey una reconciliación, haciendo que el Cid tomase parte en la guerra: era preciso aunar los planes del rey y del Cid contra los almorávides. Con este fin, ella, mujer de gran consejo y sabiduría, al decir de su familiar Alon Gramático, escribió directamente al Campeador e hizo que a la vez le escribieran también otros amigos castellanos. Todos anunciaban al proscrito la salida inmediata del rey Alfonso contra Granada para ver de arrancar esta ciudad del poder almorávide, y todos le rogaban y aconsejaban que por ninguna causa ni demora dejase de partir a escape con toda su hueste a incorporarse al ejército del rey, asegurándole que así ganaría la gracia y el amor de Don Alfonso.

El Cid recibió estas cartas en el cerco de Liria, cuando ya esta población estaba a punto de rendirse. Pero él, ante el deseo de la reina, ante la oportunidad de amistarse con el rey, no vaciló en abandonar enseguida el asedio, y a largas jornadas caminó en busca del ejército cristiano, hasta que lo encontró en Martos.

Cuando supo noticias de la llegada del Cid, Alfonso cabalgó saliéndole al encuentro en el camino, y le recibió muy honrosamente. Ambos, desde Martos, caminaron hasta Pinos Puente, dando vista a la vega de Granada.

Frente a Granada. Nuevo enojo del rey contra el Cid

El rey mandó hincar las tiendas de su ejército al pie de los negruzcos y pelados riscos de Sierra Elvira, hacia los baños termales y los restos de la población romana a ellos aneja, población que los árabes llamaron «hádira Elvira» e hicieron capital de aquel distrito, si bien ahora estaba en ruinas por haber emigrado sus vecinos a la nueva capital, la primitiva Ilíberia o Granada.

En contraste con aquellos yermos y estériles pedregales de la sierra que pisaban, los cristianos miraban codiciosos la opulenta vega y el maravilloso panorama de la ciudad renaciente. No hacía aún ochenta años que la taifa berberisca de los ziríes había establecido en Granada la capital de su reino, pero ya, en la antigua acrópolis, una roja Alhambra, precursora de la de hoy, descollaba por cima del caserío, por entre

el verdor de la colina, afirmando su perfil sobre la lejana blancura de la Sierra Nevada; ya los palacios de aquel enorme castillo, alhajados con increíbles riquezas, habían excitado el ansia de tesoros en un hombre tan austero como Yúsuf, cuando al prender a Abdállah había hecho cavar los suelos, los caños, hasta los albañales de la mansión regia, para descubrir el oro y las perlas del rey destronado.

El Cid llegó a las ruinas de Elvira el último de todos, y dejando atrás, en la sierra, el real de Alfonso, se adelantó hacia la ciudad de la Alhambra, entrando por la vega, en cuya llanura asentó su campo, a fin de velar mejor por la seguridad del monarca y sostener el primer choque en el futuro combate. Los *mezcladores* en 1081 y en 1089 le habían acusado de haber puesto la persona del rey en peligro con los moros; por eso ahora quería evitar una nueva acusación de ese género. Pero tampoco logró acertar. El monarca recibió mal la obsequiosa actitud de su vasallo; sin duda había hecho su reconciliación con el Cid más que nada obligado por la oficiosidad de la reina, y ahora, movido de envidioso disgusto, dijo a sus cortesanos, ahorrándoles esta vez el trabajo de adelantarse en la maledicencia: «Mirad la injuria, la afrenta que nos viene a hacer Rodrigo: llega hoy, después que nosotros, cansado de un largo caminar, y se nos adelanta para hincar sus tiendas delante de las nuestras». Todos apoyaron las palabras del rey, tachando al Cid de arrogante y jactancioso; y en estas mezquindades se empezó a disolver el espíritu de aquella hueste cristiana, y se paralizaba su acción.

Seis días permaneció Alfonso delante de Granada; pero ni él atacó la ciudad (acaso le falló dentro de ella el partido del beréber destronado), ni los almorávides salieron a batalla. Viendo lo cual, el rey ordenó la vuelta a Toledo por camino diverso del de venida, y cuando acampó en el castillo de Úbeda, encumbrado sobre una loma en el valle del Guadalquivir, Rodrigo, ignorante del enfado del rey, hizo poner su campo en lo llano, junto al mismo río. Al ver de nuevo este ademán de osada confianza, el rey fue incapaz de contener su enojo, y cuando el Cid subió a saludarle, le recibió ásperamente; echándole en rostro muchas faltas imaginarias, le injurió con voces descompuestas, y cuantas más excusas exponía el Campeador, más se agriaba en su ira Alfonso, hasta el punto de ni ocurrírsele otra cosa mejor que disponer la prisión de aquel que se acababa de hacer su vasallo a costa de abandonar la sumisión de Liria.

El Cid, que observó señales evidentes de este mal propósito, aguantó con paciencia la cólera imperial; pero en cuanto cayó la noche, se retiró, no sin peligro, dejando el campo del monarca para buscar seguridad en su propio campamento. Allí mismo halló que no todo era adhesión y tranquilidad: la noticia de la ira del rey había levantado bastante revuelo entre los caballeros del Cid; así que muchos de ellos se despidieron de su caudillo, y subiendo a las tiendas de Alfonso, entraron en el servicio de este para volverse a Castilla. Todo se repetía: hasta las mismas deserciones que cuando el otro enojo del rey al regreso de Aledo.

Al amanecer, tras aquella vergonzosa noche de Úbeda, Don Alfonso, rebosando encono, se dirigió con su hueste a los desfiladeros de Despeñaperros, en la Sierra

Morena, para regresar a Toledo, mientras el Cid, hundido en la mayor tristeza, tomó el penoso camino de las sierras de Segura hacia las tierras valencianas, que en mal hora había abandonado por su tenaz deseo de reconciliación con el rey.

Causas de la nueva ira del rey

Cuesta trabajo comprender la acusación de envidia que el historiador latino lanza sobre el rey, y la invencible repulsión que este sentía por el Cid, muy en daño propio, Alfonso, en realidad, tenía altas cualidades personales, bastantes para poder vivir muy envidiado y nada envidioso; pero, como a tantos insignes, le faltaba la serena confianza en sí mismo y la noble resignación, necesarias para no dejarse poseer de ese odio defensivo contra cualquier superioridad ajena. Cuanto mayor era la fama del Cid, menos lo podía soportar a su lado. El «percusit Saul mille et David decem millia» trajo siempre torvas pasiones al ánimo de los poderosos, condenados por la excelsitud de su cargo a una continua apariencia de superioridad que la realidad no justifica en todo momento. Y tantas veces como Saúl, poseído de su demoníaca melancolía, atentó contra David, tantas persiguió Alfonso al Campeador. No fue esta la última.

Porque la envidia de este Saúl leonés, dada como causa única por el historiador latino, se complicaría ahora con ideas estatales. Alfonso había concedido al Cid las conquistas que hiciese, pensando que serían pocas; y el Cid, inesperadamente, había sometido del primer empuje a Albarracín, Alpuente y Valencia, añadiendo luego Denia v Tortosa. Cierto que, por la capitulación de 1089; aquellos territorios serían vasallos del emperador; pero ese señorío que el Cid empezaba a formar incluía una de las principales ciudades de la Península, y era tan extenso, que solo se le podían comparar los grandes condados de Galicia y de Portugal, que Alfonso había concedido a sus dos yernos. Alfonso necesitaba invalidar la concesión, que había resultado superior a sus cálculos. Con orgullo de «victoriosissimus rex», como él se titulaba en sus diplomas, no apreciaba el mérito de la obra político-militar llevada a cabo por el Cid, y creía que por sí mismo podía dominar, como antes, aquellos territorios, según intentó ni año siguiente en un ataque a Valencia.

La mora Zaida y el partido mudéjar en odio a los almorávides

Alfonso se veía muy contrariado por los sucesos de la frontera sur de su reino. Cir, el general almorávide encargado por Yúsuf de la guerra contra Motámid, puso cerco a Sevilla, mientras sus lugartenientes atacaban a Jaén, Córdoba y Ronda.

El gobernador de Córdoba era el hijo de Motámid, Fat Al-Mamún, el cual, viéndose apurado en la defensa de la ciudad, envió su familia con sus tesoros al castillo de Almodóvar del Río, por bajo de Córdoba, castillo que poco untes había

fortificado. Muy pronto Córdoba fue tomada por los almorávides y Fat Al-Mamún fue muerto (26 de marzo de 1091). Su cabeza, clavada en una lanza, fue llevada en triunfo por todo el campamento almorávide.

Entonces, la viuda del desdichado príncipe, llamada Zaida, huyó de Almodóvar con sus hijos, buscando el amparo del rey Alfonso. Sin duda hacía esto con anuencia de Motámid, de quien sabemos que pedía reiteradamente socorro al emperador y le ofrecía el reino sevillano con tal que expulsase de allí a los almorávides. Cumpliendo esta oferta, sin duda fue ahora, quizá por medio de la misma Zaida, cuando Motámid cedió a Alfonso las fortalezas de Cuenca, Uclés y Consuegra, con todo el territorio del reino sevillano que se extendía al norte de la perdida ciudad de Córdoba y que aún no había sido invadido por los soldados de Cir; los juglares castellanos pretendían saber que ese territorio era la dote de Zaida, y que esta se lo envió a ofrecer a Alfonso si se casaba con ella, porque estaba enamorada del cristiano «de oídas que no de vista», por las grandes bondades que de él escuchaba decir; y añadían que Alfonso la recibió por mujer, previo consejo de los condes y ricos hombres, para redondear el reino de Toledo con la importante dote de la mora. Lo único seguro en este relato poético es que el sensual Alfonso, muy contrario a las costumbres castas y fuertes de Fernando su padre, recibió a la nuera de Motámid, no por mujer, sino por concubina, y que esta mora, bautizada con el nombre de Isabel, dio al emperador el único hijo varón, el infante Sancho.

De fuente árabe sabemos que la princesa mora se convirtió al cristianismo y con ella sus hijos, los nietos del rey de Sevilla, y es de suponer que también su séquito. En esto se comprobó, una vez más, lo que el filósofo cordobés Ben Házam había dicho unos cincuenta años antes, criticando lo indiferentes que eran los príncipes de taifas respecto a los preceptos islámicos: «Cuando ven que la cruz les ofrece ventajas, se acogen a ella enseguida; permiten a los cristianos apoderarse de mujeres y niños muslimes; les entregan ciudades y castillos, y por gran culpa suya los musulmanes abandonan muchas regiones donde ahora se elevan los campanarios». Nada nos revela tanta claridad la afinidad espiritual que unía a los moros andaluces con los cristianos del Norte como estas palabras de Ben Házam, y nunca el ideario del partido mudéjar encontró expresión más elocuente que esta conversión cristiana de la princesa Zaida y de los nietos de Motámid en odio a los berberiscos almorávides.

Mas la alianza y el lazo familiar entre Motámid y Alfonso llegaba tarde. Los almorávides conquistaron con rapidez la cuenca del Guadalquivir, desde Segura y Úbeda hasta Almodóvar, y antes de acabarse el abril de 1091 Motámid había perdido su reino, salvo Carmona y Sevilla.

Alfonso, excluido del Andalus por los almorávides

Mientras el Cid se muestra en el Levante vencedor de la Fortuna adversa, Alfonso, aunque recibía de la Fortuna, su siempre amiga, el refuerzo militar que

supone la entrega de las ciudades atribuidas a Zaida (ciudades que pronto le arrebataron los almorávides), nada consiguió hacer con las armas para socorrer a su aliado Motámid.

Cir Ben Abú Béker torné pronto a Carmona (10 de mayo) y apretó el cerco de Sevilla. Motámid pidió de nuevo socorro a Alfonso, y este, al fin, le envió un importante ejército mandado por Alvar Háñez, el más valioso capitán cristiano después del Cid. Pero tal socorro fue detenido al pie del castillo de Almodóvar del Rio, donde se trabó una batalla en la cual, después de morir muchos almorávides, fueron al fin deshechos los cristianos; el mismo Alvar Háñez quedó herido de una espadada en el rostro (julio? 1091), y se retiró dejando en poder enemigo muchos caballeros que por tiempo largo padecieron cautividad en las mazmorras del castillo de Almodóvar. Sevilla, abandonada a sus propias fuerzas, se vio poco después asaltada y saqueada bárbaramente por los africanos (7 de septiembre). Motámid fue reducido a prisión y destinado para Agmat, cerca de la ciudad de Marruecos, donde habría de arrastrar una penosa cautividad, acompañado de Romaiquía. Al ser embarcado con su harén y sus hijas en el Guadalquivir para navegar al destierro, el pueblo sevillano se agolpaba triste en las dos orillas del río; las mujeres, destocadas como en duelo, arañaban su rostro y, al zarpar la nave, todos lamentaban en el fin de aquella magnificente corte la ruina de la Andalucía entera bajo la barbarie africana. Pero el partido clerical se sobreponía a todos estos sentimientos. Los faquíes, verdaderos autores y fautores de la invasión almorávide, disfrutaban del éxito de las armas, logrando que la ortodoxia malequí triunfase por fin del indiferentismo en las cortes andaluzas y de las sectas heterodoxas que a la sombra de ese indiferentismo pululaban por los reinos de taifas; ellos, los doctores malequíes, obtenían importantes cargos públicos, y por medio de sus fetuas, tan respetadas de Yúsuf, dirigían los más altos negocios de Estado, hacían caer de su trono a los reyes, promovían persecuciones de mozárabes; ellos, sabios y ascetas, acudían fervorosos a las filas del ejército, restituyendo a la lucha con el Norte el carácter de guerra santa que desde la muerte de Almanzor no tenía.

Así, la reacción religioso-militar arrollaba por todas partes al elemento nacionalista andaluz. Inmediatamente después del de Sevilla, el reino de Almería cayó también en manos de los almorávides. Y la influencia de Alfonso, antes incontrastable, sufría otros dos golpes decisivos: el hijo de Yúsuf, llamado Ben Ayixa, tomaba a Murcia, sin que los moros de esta ciudad pudiesen tampoco ser socorridos por Alvar Háñez, como esperaban (noviembre-diciembre 1091), y enseguida rendía por hambre al terrible y tan disputado castillo de Aledo. Desaparecido este último punto de apoyo cristiano, ya no quedaba el menor rastro del dominio imperial que antes ejercía Alfonso sobre los musulmanes.

En poco más de un año los almorávides se habían apropiado en Andalucía cuatro reinos principales.

En 1089 las dos agresiones que preocupaban a Yúsuf eran Aledo y el Campeador;

ahora ya no quedaba otro poder cristiano internado en la tierra de moros sino los dominios del Cid.

7. EL EMPERADOR OSCURECIDO POR EL CID

El Cid fortifica Peña Cadiella contra los almorávides

El Campeador, al separarse tan desastrosamente del ejército imperial en Úbeda, se veía en situación más comprometida que nunca, pero no pensó sino en afianzar su posesión del Levante.

Previendo el avance almorávide que enseguida iba a ocurrir, no juzgó fácil asegurar a Denia, y decidió establecer sus líneas defensivas un poco más al Norte, para proteger la comarca valenciana.

Se estableció en el elevado valle de Albaida, en la parte recostada bajo la sierra de Benicadell, muy importante militarmente.

Ese nombre de Benicadell es una deformación que quiere dar aire árabe al nombre que la sierra tenía entre los mozárabes de aquella tierra coetáneos del Cid, los cuales la llamaban Peña Cadiella, esto es, «peña cachorra», nombre que expresa un contraste con la prolongación más occidental de la sierra, cuyo inmediato pico de Moncabrer se eleva a 1400 metros, mientras el pico de la Cadiella alcanza solo 1100.

Debajo del elevado pico de Benicadell había un importante castillo, que el Cid reconstruyó con ayuda de maestros de obras, operarios y dineros que le dio el rey de Valencia, y lo basteció de toda clase de armas, amontonó allí provisiones de pan, vino y ganados en gran cantidad, y estableció en él una numerosa guarnición de caballeros y peones mandados por Martín Fernández, el cual se apoderó también de todos los castillos de alrededor. El gran valor estratégico de estas posiciones consistía en guarnecer con ellas la sierra de Benicadell, la cual, como un muro gigante, cierra por el Sur la región de Valencia, quedando solo a los dos extremos de la extensa mole dos únicos pasos que desde la región montañosa del Sur dan acceso a la llanura valenciana.

Dueño, pues, de Peña Cadiella, el Cid, como dice exactamente el poema primitivo, tenía «las exidas y las entradas» de Valencia, para resistir una invasión que viniese del Sur. Y tranquilo con estas medidas tomadas, el Campeador descendió de la sierra de Benicadell a los llanos de la ciudad.

Rodrigo el godo y Rodrigo el castellano

El Cid en sus tierras de Levante se hallaba más que nunca rodeado de peligros.

Las pretensiones que sobre Valencia tenía el rey de Zaragoza eran poco temibles por sí solas; pero la vecindad de los soldados de Yúsuf (cada vez se acercaban más) alentaba en los corazones musulmanes el espiritu de insumisión al dominio cristiano, y en cada ciudad, en cada castillo, podía levantar la cabeza el partido almoravidísta,

al que se afiliaban todos los descontentos en política y los fervorosos en religión; ellos habían entregado ya a Yúsuf todo el sur de la Península y querían entregarle el Levante.

Por otra parte, en todo el Andalus el momento era de la mayor gravedad: a la vieja disgregación de las taifas, sucedía la solidaridad del África y España bajo un común espíritu muslímico. La invasión almorávide venía a dar su máxima acritud a la lucha de las dos civilizaciones peninsulares. Antes, las poco densas diferencias de raza entre el califato y los reinos del Norte habían llegado a atenuar en extremo las diferencias de las dos culturas: españoles cristianos o islamizados mantenían una lucha casi civil que se resolvía en convivencia; el infante Sancho, hijo de Alfonso y de Zaida, único varón de la descendencia imperial, es el último símbolo de esa confraternidad tolerante. Pero ahora la invasión de razas del desierto y el recrudecimiento del fanatismo islámico abría de nuevo un abismo entre los contendientes. Y el Cid fue, por parte de los cristianos, el que, asumiendo la resistencia contra los victoriosos invasores, sintió más enérgicamente la guerra con estos como guerra sin pactos, guerra de repulsión irreconciliable; fue quien con creciente rigor hizo comprender a los musulmanes españoles que toda alianza con los africanos era imperdonable.

Y aunque el emperador, perdiendo la Andalucía, se mostraba impotente contra el avance almorávide, aunque lo mismo Alvar Háñez que los Beni-Gómez fracasaban ante la táctica nueva de los invasores, el Campeador tuvo que pensar en resistir por su parte a toda la fuerza del islam, y en ello no vaciló.

Vencedor de sus más altos competidores cristianos (García Ordóñez, el rey de Aragón, los señores de la Marca); acatado por el poderoso conde de Barcelona; avasallador de varios reyes moros que le entregaban cuantiosos tributos, se hallaba el Cid, hacia sus cuarenta y cinco años, dueño de un vasto señorío sobre las tierras de la Península más codiciadas por todos. Podía sentirse confiado en su fuerza, seguro de su reconocida superioridad sobre cuantos hombres de armas había en aquel tiempo, como expresa Ben Alcama. Su corazón rebosaba en lozanía. La hora del soñar las grandes cosas llegaba; y el desterrado, que vivía bajo la preocupación de domeñar el tumulto de las realidades hostiles, apremiantes, de cada día, se levanta sobre ellas, no puede reposar en lo mucho que iba logrando ya, y siente desencadenado en su mente el huracán de las ambiciones magnas: él pondría fin a la agresión almorávide, no solo en el Este sino en España toda; él apremiaría a cuantos emires había en el Andalus, que todos le serían súbditos. Un musulmán había oído decir al Campeador, en uno de esos momentos de más ardor en el deseo y de mayor ímpetu en la acción: «Un Rodrigo perdió esta Península, pero otro Rodrigo la salvará», y la frase amenazadora, según Ben Bassam escribe, se derramó sobre todos los pechos y llenó de espanto a los muslimes, haciéndoles pensar que las calamidades que recelaban iban a sobrevenir bien pronto. Los almorávides habían detenido la Reconquista; Alfonso había perdido toda su fuerza frente a ellos; pero el Cid declara que asume la empresa

nacional en su totalidad, y su frase famosa estuvo muy lejos de parecer a los moros una vana amenaza.

El rey de Aragón ayuda a guarnecer Valencia

Desde luego, el Cid era ya mirado por los otros príncipes españoles como el único que podía realizar una acción contra los africanos.

Estando el Campeador en Valencia, de vuelta de Benicadell, llegó allí un mensajero del rey Sancho Ramírez de Aragón para tratar con el castellano (1901, noviembre?). Sancho, como Berenguer, era otro antiguo rival del Cid por las parias de los moros, pero al fin seguía el camino del conde barcelonés, que, aunque siempre más hostil y más tenaz, había hecho ya sus paces con el desterrado.

El mensajero venía despachado para que sirviese de auxiliar al Cid, y traía consigo cuarenta caballeros aragoneses, a quienes Rodrigo aposentó en el arrabal de la Alcudia de Valencia, donde residían los castellanos con el obispo de aquella diócesis, el *said Almatrán*, puesto por el rey Alfonso. En esta corta hueste de aragoneses que así confraternizaban con la guarnición castellana y con el recaudador de deuda aquel «Galind García, el bueno de Aragón», que el antiguo juglar menciona con cariño entre las mesnadas del héroe. Los diplomas auténticos nos certifican que en tiempos del Cid existió un personaje histórico, Galindo García, que era señor de Estada y de Laguarres, en el Occidente de Aragón. Y la exactitud de los recuerdos que el juglar maneja resalta más cuando nos dice que ese Galindo García es, juntamente con el castellano Alvar Salvadórez, el encargado de la1 guarda de la gran ciudad levantina cuando el Cid se ausenta de ella. En efecto, sabemos que a fines de 1091 abandonó el Campeador a Valencia, dejando en la Alcudia al mensajero aragonés con la guarnición cidiana de Valencia, figuraba sin los tributos, y se dirigió a las montañas de Morella, donde celebro solemnemente la fiesta de Navidad.

Nueva alianza del Cid con los reyes de Zaragoza y de Aragón

Desde Morella fue el Cid a acampar cerca de Zaragoza, donde le visitó el rey Mostain para firmar un tratado de paz. Importaba a los dos amigos de antes restaurar la quebrada amistad, en vista del peligro que suponía para ambos la actividad de las tropas almorávides que desde el Oeste de la Península se corrían ya hacia el este, ocupando a Murcia y Aledo. Importaba sobre todo al moro. Los soldados africanos acechaban la frontera de Zaragoza desde las montañas del Sur, desde las almenas de muchos castillos; la dinastía de los Beni Hud seguiría pronto la suerte de los ziríes de Granada, de los Beni Abbed de Sevilla, de los Beni Somádih de Almería; y Mostain, bien miradas las cosas, no podía buscar salvación sino en afianzar a Rodrigo en el Levante para que sirviese de antemural entre las avanzadas almorávides y el reino de

Zaragoza; así que, lejos de disputar como antes con el Campeador sobre la posesión de Valencia, le ofreció apoyo para sostenerse allá.

Hecha la paz con Mostain, el Cid caminó hasta Zaragoza y, pasando el Ebro, acampó en lugar próximo. Mas entonces Sancho Ramírez, noticioso de la presencia allí del castellano y necesitando aclarar el alcance de ella, convocó por todo Aragón y Navarra una extraordinaria hueste, auxiliado de Pedro, su hijo, con quien tenía dividido el reino; luego, adentrándose en tierras de Mostain, Sancho y Pedro enviaron sus mensajes al Campeador con ánimo de continuar los tratados de alianza iniciados ya en Valencia, y avistándose los tres convinieron de ambas partes amistad con pacto de ayuda mutua, pacto que en adelante no hizo sino afirmarse y hacerse indisoluble. Además, el Cid medió muy eficazmente y consiguió que también hiciesen las paces Sancho Ramírez y Mostain.

Estas paces, de que Rodrigo era el alma, confirmaban la solidaridad española entre musulmanes y cristianos frente a la invasión de África; constituían una coalición cuyo objeto era sustraer el Levante a la ambición de Yúsuf, que ya se había apoderado primero del Suroeste y recientemente del Sureste de la Península. No solo Mostain daría recursos al Cid para la empresa; Sancho Ramírez tomó también una parte, si bien secundaria, en esta defensa del Levante, ya con los cuarenta caballeros aragoneses que estaban en la guarnición de Valencia, ya estableciéndose en una pequeña comarca de la costa, en Castellón y Oropesa, como un apoyo en retaguardia para la acción del Campeador en la región valenciana.

Acabados estos tratos, Sancho Ramírez se volvió a Aragón, pero Rodrigo permaneció en Zaragoza, muy honrado por Mostain, arreglando las cosas de aquel reino, hasta que de sus trabajos organizadores le vino a sacar una amenaza que no venía, por cierto, de parte de los almorávides.

Alfonso, aliado de Génova y Pisa

El rey Alfonso convocaba entonces gran hueste y prevenía bastimentos. Contaba como emperador con el concurso del rey de Aragón y del conde de Barcelona. Iba a hacer un gran esfuerzo bélico, y para ello buscó además la ayuda de las dos repúblicas de Génova y Pisa; la flota de estas dos ciudades aliadas constituían entonces la principal fuerza marítima cristiana del Mediterráneo; genoveses y pisanos habían hecho ya una expedición a Siria, en 1001 y otra a Túnez en 1088. Ahora Alfonso había convenido que la flota de ambas ciudades le auxiliase en el objeto principal de la campaña, que era apoderarse de Valencia, y que además apostase frente a Tortosa (también tributaria del Cid), y atacase la villa con la cooperación de Sancho Ramírez y Berenguer. El rey aragonés sin duda no creía faltar a su alianza con el Cid al querer apoderarse de Tortosa; acabamos de decir que más cerca de Valencia poseía a Castellón y Oropesa en perfecta armonía con el Campeador.

Comenzando la ejecución de este plan, Alfonso se dirigió sobre Valencia, clavó

sus tiendas a la vista de la ciudad, en el apoyo de Juballa, y conminó a los alcaides de los castillos dependientes de la capital para que le diesen a él el tributo que habían de pagar al Cid por cinco años. Esta exigencia tan vejatoria para el porvenir del Cid entre sus tributarios mostraba bien una actitud hostil al desterrado y a su gran obra.

El Campeador, ausente en Zaragoza, supo de qué manera el emperador, no satisfecho con las confiscaciones, con la prisión de Jimena, con las injurias en la noche triste de Úbeda, quería ahora a toda costa desbaratarle los resultados tan felizmente conseguidos y despojarle de sus tierras tributarias.

Aquella zona levantina tenía él concedida por el mismo emperador hacía tres años, y en ella sostenía él al obispo puesto por el mismo Alfonso; comprendía que Alfonso no podía someterla, como los sucesos demostraron enseguida; ahora bien, podía él asegurar para si esas tierras por dos caminos legales. El primero era presentarse al rey, auxiliarle en la guerra y suplicarle; pero esto ya lo había hecho en Rueda y en Granada, sin haber logrado reconciliación; sería necedad un tercer intento. El segundo camino legal era la fuerza: cuando un infanzón desterrado ofrecía su auxilio al rey en guerra y no era perdonado (el auxilio del Cid rechazado en Úbeda bacía un año), debía él, según fuero, hacer cuanto daño pudiera en la hueste, en los castillos y en la tierra del rey; mas tampoco esto hará el Cid, que nunca quiso usar el derecho de guerrear a su soberano. Y, sin embargo, necesitaba un escarmiento.

El Campeador despachó su mensaje al real de Juballa para manifestar al emperador cuánto se maravillaba de Su Merced quererle deshonrar así; fiaba en Dios que muy presto habría el rey de conocer el mal consejo que le daban sus allegados; no haría él nada contra su señor, aunque de este recibía afrenta sin merecimiento ninguno; pero no podía quedar con aquella deshonra sobre sí, y habría de vengarla, echándola sobre los malos consejeros, a ver si estos se le defendían con las armas en el campo tan bien como le atacaban con la lengua en la corte.

Malogro de la expedición de Alfonso

Cuando el emperador recibió tal aviso, como conocía bien al Cid, temió por los enemigos de este, el bando de García Ordóñez con el de los Beni-Gómez, y envió a prevenirles del peligro que corrían.

Esto se unía con que las operaciones militares de Levante iban muy mal. La flota de Génova y Pisa tardaba en llegar más de lo convenido, y Alfonso, no habiendo calculado bien sus recursos, se encontró falto de provisiones de boca; al fin no pudo esperar más, y tuvo que levantar su campo, con sorpresa de los angustiados valencianos. Cuando ya el gran ejército se había ausentado, llegó la flota italiana en número de cuatrocientas naves, y frustrado el primer intento que traían, combatieron por mar a Tortosa, mientras Sancho Ramírez y Berenguer la atacaban por tierra; pero no pudieron tomarla, teniendo que retirarse con muy graves pérdidas. El dominar aquellas poblaciones de Levante no era empresa hacedera para otro que no fuera el

Cid; Valencia y Tortosa lo mostraban ahora claramente.

La venganza del Campeador

Entretanto, Rodrigo juntó sus mesnadas con caballeros y peones moros que le dieron los reyes de Zaragoza y Lérida, y no queriendo combatir a Alfonso sino a los malos consejeros, escogió por blanco de su venganza a García Ordóñez, el mayor enemigo de siempre. Invadió las tierras de Calahorra y Nájera, dejando tras si llamas, asolamiento y estrago; tomó por asalto Alberite, herencia regia de la mujer de García Ordóñez; saqueó a Logroño, y todo a su paso lo devastó de la manera más dura e inmisericorde, sin que el conde acudiese a defender su condado y sus heredades propias.

Volviéndose ya el Cid a Zaragoza, terminaba su venganza con el asalto y toma de Alfaro, cuando por fin recibió mensaje de García Ordóñez que le esperaba allí siete días, pues él prometía llegar a presentarle batalla. El Campeador otorgó el plazo y esperó.

García Ordóñez había reunido un gran ejército de todos sus parientes y gentes de su bando; eran estos los ricos hombres y potestades que dominaban desde Zamora, Carrión y Saldaña, gobernadas por Pedro Ansúres, cabeza de familia de los Beni-Gómez, hasta los montes de Oca, donde regía Alvar Díaz, cuñado de García, y hasta la misma Pamplona. Con tan descomunal hueste: llegó animoso García Ordóñez a la devastada Alberite, pero allí, al ver la desolación de la tierra, al sentirse cerca del Cid, se llenó de temor, y aquel «ínclito don García, honrado de Dios y de los hombres, sostén de la gloria del reino», según le magnificaba oficialmente Don Alfonso, no se atrevió a dar un paso más.

El Cid, que ansiaba el choque, esperó en Alfaro los siete días, «inmóvil como roca», al decir de su cronista; pero fue cerciorándose con disgusto de que el conde y sus parientes no cumplían la promesa de atacarle, que iban tornando a sus tierras, y al fin supo que Alberite había quedado ya sin un soldado, desierto y vacío.

Impresionado con el malogro de la expedición levantina, Alfonso, como después del desastre de Sagrajas, dejó renacer en su ánimo sentimientos de benevolencia para con el Cid. Ahora tenía para ello una causa más, al ver como sus principales ricos hombres no se habían atrevido a aceptar la batalla de Alfaro. Tanto fue su arrepentimiento, que escribió al Campeador (acaso mediaría otra vez la reina Constanza) perdonándole, reconociéndose culpable de lo pasado y asegurándole que cuando quisiese volver a Castilla encontraría desembargadas y libres las heredades propias. El Cid envió a Alfonso respuesta de grandes comedimientos, teniéndolo a gran merced el perdón, y suplicándole no creyese a malos consejeros, pues él siempre viviría en servicio de su rey[1].

Así Alfonso, por fin, acabó de comprender que su dificultoso vasallo le era fiel, y que solo él conseguiría en el Levante lo que ni comenzar pudieron los cuatro poderes

cristianos recién coligados.

El sol imperial se eclipsa

Alfonso veía también claramente cómo su fuerza militar había quedado reducida a la ineficacia; en pocos meses había probado su impotencia para intervenir en Sevilla y en Murcia y para socorrer a Aledo. Una hueste que fue ahora contra el castillo de Almodóvar, para rescatar de sus mazmorras los cautivos que allí yacían desde el desastre del año anterior, fue a su vez rechazada. El mismo Alfonso en persona, después del fracaso de Valencia, padecía en Jaén ese mismo año aciago de 1092 una derrota casi tan mortífera como la de Sagrajas, nuevo éxito almorávide al cual los poetas musulmanes aludieron frecuentemente en sus versos.

Bien se veía que las cosas habían cambiado del todo sobre el suelo de la Península. Antes, la debilidad de las taifas había permitido a Fernando I, Sancho II y al mismo Alfonso VI desarrollar y beneficiar libremente la vieja concepción imperial leonesa, avasallando y explotando a los reyes moros. Entonces el Campeador había ayudado a Sancho y se había retirado ante Alfonso o había acatado como vasallo las direcciones de este. Pero ahora, el gran Emir de los muslimes había surgido y, según frase de Ben Bassam, había hecho desaparecer de sus tronos a los reyes de taifas «como el sol extingue las estrellas delante de sí»; los ejércitos almorávides, con su entusiasmo religioso, con su espíritu guerrero, fuerte y cohesivo, con su nueva táctica de grandes masas ordenadas a tambor batiente, paralizaron la acción de los cristianos en el Sur. Las huestes de Alfonso, habituadas a recorrer en todas direcciones la Andalucía como en paseo militar, no volvieron más, después del desastre Jaén, a hacer aquellas correrías que antes de Sagrajas emprendían una o dos veces por año. La presencia de los almorávides exigía del emperador el empleo de valores más firmes que no los representados por la excelsitud oficial de los García Ordóñez. El Cid se hacia necesario cada vez más sobre el secular campo de batalla. Pero Alfonso era uno de tantos de los que, rigiendo por oficio, no tienen la grandeza suficiente para ceder el paso a los que mejor saben dirigir por su capacidad; prefería obrar cómodamente, rodeado de los que reprimen sus iniciativas, y se obstinó en prescindir del Campeador. Así su buena estrella se apagó también para siempre delante del Emir al-muslimín. Cierto que disponía de otro excelente capitán, Alvar Háñez, el sobrino del Cid y, después de este, el segundo en talento; cierto que el mismo rey continuó peleando con admirable energía contra los invasores; mas los ejércitos imperiales no lograron ya otros méritos que los de la heroica tenacidad ante la desgracia. La invasión africana venía provista de una fuerza incontrastable para todos. Para todos, excepto para el Campeador.

Alfonso intentó aún operar en el Levante, y dos veces más el fantasioso García Ordóñez defraudó las ambiciones de su señor; una, en 1094, contra el Cid; otra, contra el aliado de este, el rey de Aragón, en 1096. Respecto de los almorávides,

Alfonso, ya lo dijimos, renunció a la ofensiva, limitándose a defender las propias fronteras de Toledo o de Coimbra, y en estas sus tierras padeció todavía grandes reveses.

De este modo Alfonso quedó en adelante oscurecido por la actividad del Cid. La historiografía antigua, representada por el Arzobispo Toledano, revela con la mayor viveza este oscurecimiento del emperador, pues no menciona de él hecho ninguno en los veintidós años que van desde la derrota de Sagrajas a la de Uclés.

Para nosotros, desde ahora el rey no nos interesará ya tampoco más que por los desastres que sufre. Recordemos por de lado que la reina Constanza murió a principios de 1093. Ella muerta, ya no le quedó al Cid en la corte un intercesor de valía.

Trabajos antialmorávides del Cid

El oscurecimiento de Alfonso concentrará en adelante toda nuestra atención sobre el Cid.

Cuando el emperador se retiró de sobre Valencia, las dos zonas en que se dividió el Andalus al día siguiente de Sagrajas quedaron más deslindadas que nunca. La parte suroeste se halló sometida por completo a los almorávides, sustraída a toda acción del emperador y cada vez más agresora contra los cristianos. La parte oriental quedó sometida únicamente al Cid; este, lleno de confianza en sí, había unificado y robustecido esa zona, apartando las ilusas aspiraciones de Sancho Ramírez, de Berenguer y de Alfonso.

La figura del Campeador queda, pues, sola, majestuosamente aislada, frente al inmenso imperio almorávide, desafiando al vencedor de Alfonso y a los irresistibles generales lamtunas, conquistadores de tantos reinos de taifas.

Y así el Campeador, después de constituir tan trabajosamente su protectorado, se hallaba ante la más difícil tarea de conservarlo, suprimiendo en él cualquier influjo almorávide. Ya dijimos que todos los descontentos que hubiese en los reinos de esa zona oriental eran inevitablemente otros tantos adeptos del partido almoravidista, y en tierras de Zaragoza había rebeliones declaradas, esperando, sin duda, apoyo de algún general de Yúsuf. Por esto el Cid creyó acudir a lo más urgente, aplazando su vuelta a Valencia (de donde hacía ya seis meses que faltaba) y quedándose a continuar la reorganización del reino de Zaragoza en defensa contra los inminentes invasores.

Mostain, que temía para sí la misma suerte que los otros reyes de Taifas, colmó de honores y de recursos al Campeador, y este empleó tres meses, o más, en guerrear a los rebeldes del partido almorávide. Todas las tierras no sometidas a Mostain fueron metódicamente escarmentadas, y en ellas el Cid alzó para sí las cosechas e hizo las vendimias, hasta fines de septiembre y comienzos de octubre de 1092.

La estancia del Campeador en Zaragoza tocaba ya a su fin. Cuando el Cid se

ocupaba, como decimos, en domar las tierras contaminadas de almoravidismo, llegó él un mensajero de Alcádir con muy malas noticias, que le movieron a disponer cuanto antes su vuelta a Valencia.

CAPÍTULO IV

EL CID FRENTE AL EMIR AL-MUSLIMÍN

1. LOS ALMORÁVIDES Y EL CID SOBRE VALENCIA

Ben Jehhaf conspira en Valencia

Hacía nueve meses que el Cid faltaba de Valencia, y las cosas de esta ciudad tomaron muy mal sesgo con tan largo alejamiento en momentos de tanto peligro.

Cuando el Cid se había ausentado a Morella y Zaragoza, Valencia quedaba como ciudad sometida y medio cristiana. Al sur de sus murallas estaba el barrio mozárabe de Rayosa, donde alrededor de la iglesia de San Vicente mártir vivían los cristianos, de antiguo sometidos a los moros; en el arrabal de Ruzafa había también muchos mozárabes; al norte se extendía el arrabal de Alcudia, habitado por las mesnadas del Cid con los cuarenta caballeros del rey de Aragón, y residencia también del obispo del rey Alfonso; dentro de la ciudad los musulmanes del partido español dominaban tranquilos; el almojarife Ben Alfaraj, nombrado por el Campeador, cobraba los tributos de este, y como visir del rey Alcádir mandaba y disponía todo; fuera, en el campo, varios caballeros del Cid gobernaban y tenían en justicia las aldeas de la comarca. Mas toda esta sumisión era bastante difícil, y dependía de las dotes organizadoras de Rodrigo; así que la ausencia de este era peligrosa, sobre todo en el momento que los almorávides se acercaban allí.

En efecto; al aparecer en el sureste de la Península Ben Ayixa, como conquistador de Murcia y de Aledo, despertó el entusiasmo de todos los fervientes musulmanes. Este hijo de Yúsuf era hombre docto, justiciero, temeroso de Dios, muy decidido a luchar con los cristianos; así que se mostró como esperanza salvadora para los del partido intransigente y africanista de Valencia, y para todos los disgustados de Rodrigo y de su tributario el débil, y ahora enfermo, rey Alcádir: ellos «anhelaban ser de Ben Ayixa como el doliente ansía la salud», y tan solo les contenía el miedo al Campeador.

El centro de reunión para los descontentos era la casa del cadí Jáfar Ben Jehhaf, «el Zambo». Pertenecía este a la primera nobleza valenciana; su familia era de puro origen árabe, del Yemen, y se hallaba establecida en Valencia desde los tiempos de la conquista musulmana, gozando siempre del mayor prestigio. En la tertulia de este

cadí se hablaba libremente contra el Campeador, atreviéndose en la prolongada ausencia del cristiano; se murmuraba sobre todo del visir Ben Alfaraj, como de personaje insufrible que desde la grave enfermedad del rey Alcádir era el único que mandaba en Valencia.

El visir, ciertamente, sabía lo que allí se hablaba, y, sin embargo, no se decidía a castigar a un hombre de tanto arraigo como Ben Jehhar, esperando que no tardaría en regresar el Cid de Zaragoza, y que entonces todo aquel bullicio de descontento se apaciguaría al instante.

Pero la tertulia del cadí pasó muy pronto a ser verdadera conspiración. Ben Jehhaf, temiendo al visir, escribió a Murcia a Ben Ayixa, asegurándole que, si viniese a Valencia, él se la entregaría; y a la vez indujo al cadí de Alcira para que hiciese por su parte una oferta análoga al príncipe almorávide.

Ben Ayixa, no desperdiciando la ocasión, se puso en camino, y por cuantas fortalezas pasaba todas se le entregaban. El alcaide de Denia, a la sola noticia de que se acercaba el conquistador de Murcia, le abandonó el castillo. Más adelante, Alcira, según lo prometido, se entregó también a Ben Ayixa. Por último, al saberse en Valencia todo esto y que los almorávides estaban ya en Alcira, a cinco leguas no más, aquellos caballeros del Cid, con los de Sancho Ramírez y con el obispo del rey Alfonso, abandonaron la ciudad como gente descaudillada, llevándose cuanto pudieron de lo suyo.

Los almorávides ante Valencia

El visir Ben Alfaraj, al verse así desamparado de los cristianos, tembló. No hacía sino ir y venir al alcázar para informar de todo al pobre rey Alcádir, que, aunque ya estaba convaleciente de su prolongada enfermedad, aún no cabalgaba ni se mostraba en público. Los dos acordaron las más urgentes providencias; pusieron en salvo el tesoro real, enviando largas recuas de bestias cargadas con dinero y cosas preciosas a los castillos de Segorbe y Olocau, en encomienda a los fieles alcaides que tenían estas fortalezas; reforzaron las guardias de peones y ballesteros en el alcázar y escribieron al Cid a Zaragoza para que viniese cuanto antes.

Mas, por desgracia, iban ya pasados veinte días en estos apuros y el Cid no venía aún, cuando un amanecer se oyó el ensordecedor redoble de los tambores almorávides que sonaba hacia la puerta de Boatella. El estruendoso instrumento militar, nunca oído hasta entonces en Valencia, sobresaltó al vecindario: a unos de temor y a otros de esperanza; luego corrió por toda la ciudad el notición de que 500 jinetes almorávides se hallaban al pie de los muros; pero en realidad solo eran 20. Ben Ayixa, no queriendo abandonar a Denia ni aventurarse mucho, había encargado al alcaide almorávide de Alcira, Abú Násir, que secundase los planes de Ben Jehhaf en Valencia, y el alcaide se había atrevido a dar el golpe con solo 20 jinetes de los suyos y otros 20 de Alcira, vestidos al uso almorávide; tanto era el terrible prestigio

que los africanos gozaban.

Ben Alfaraj, lleno de miedo, corrió al alcázar, y después que se hubo aconsejado con el rey Alcádir, mandó defender las puertas, hizo subir al muro peones y ballesteros, a la vez que enviaba hombres de la guardia del rey que llamasen a Ben Jehhaf. Pero este, recelando las intenciones del visir, no abrió a los mensajeros las puertas de su palacio hasta que acudieron en masa sus fieles y partidarios, y cuando se halló bien rodeado de estos, tomó el camino del alcázar, donde, encontrándose con el visir Ben Alfaraj, se apoderó de él y lo echó en prisión.

Entretanto, los revolucionarios se agolpaban en las puertas de la muralla, desalojaban de las torres a los soldados de Alcádir, y como no podían subir los portones, les pusieron fuego, mientras los más impacientes lanzaban sogas a la parte de afuera del muro y subían los almorávides a brazo.

Triunfo de la revolución

El tumulto crecía y los almorávides combatían ya el alcázar. El rey Alcádir, cuyo endeble corazón se hallaba ahora aún más apocado por la enfermedad de que convalecía, no pensó sino en huir disfrazado entre las mujeres de su harén que iban a desalojar el palacio para no ser víctimas de los desmanes de la turba. Querría el rey también salvar, como su vida misma, algunos tesoros; las riquezas principales estaban ya en los castillos más seguros de su reino, pero ahora recogía precipitadamente en una arqueta sus alhajas más personales e íntimas, a las que más apego tenía, tesoros funestos cuya historia es la de muchas famosas catástrofes de los tiempos de antes y de los que van a llegar. Cubrióse el rey con un traje mujeril y rodeóse a la cintura la joya más preciada, joya que los historiadores árabes describen con morosa admiración, un maravilloso ceñidor, cuajado de perlas y diamantes, cuyos irisados destellos titilaban entre las notas fijas de alegre color que daban miles de lentejuelas, de zafiros, de rubíes y de esmeraldas. Nunca brilló en los palacios otra tal joya como aquella: había sido la más preciada que ostentó, tres siglos hacía, la sultana Zobeida, la mujer del renombrado Harún Ar-Raxid, la sultana de las *Mil y una noches* que deslumbró a Bagdad con sus geniales modas y su fantástico lujo. Y según vuela el pensamiento en unos segundos de peligro, Alcádir pensaría en el saqueo de los alcázares de Bagdad, cuando el sultán Alamín, el hijo de Zobeida, fue asesinado y sus riquezas robadas y traídas al califa de Córdoba. ¿No le esperaba a él la misma suerte, ahora que el pillaje se iba a desencadenar de igual modo en el alcázar de Valencia? Cuando se derrumbó el califato de Córdoba, aquel codiciado ceñidor había ido a parar al rey Mamún de Toledo y a su nuera, la madre de Alcádir; un valor de afección se unía a la aingularísima joya; por eso Alcádir la ponía bien allegada a su cuerpo: quería salvarla o morir con ella.

Así huyó Alcádir de su palacio, confundido entre las mujeres, yéndose a refugiar con algunas de ellas en una casita retirada junto a un baño.

Enseguida los amotinados lograban asaltar el alcázar; mataron a dos cristianos que guardaban la puerta y una de las torres, entregaron la fortaleza al alcaide almorávide de Alcira, y se dedicaron a saquear cuanto hallaban por los aposentos regios.

Ben Jehhaf, cuando tornó a su casa y vio cuán bien había salido todo, se infatuó con desdén hacia sus demás conciudadanos: el pueblo entero estaba de su parte; encarcelado el visir del Cid; el rey, huido. Ambiciones y codicias se multiplicaron de pronto en el corazón del cadí después del éxito, como pululan los hongos después de la lluvia otoñal. Averiguó que Alcádir no había salido de Valencia; indagó y supo que se ocultaba en la casita del baño y que tenía consigo la arqueta de las alhajas y el ceñidor de la sultana Zobeida; ya no pensó sino en cómo apoderarse de esos tesoros en secreto. Para ello buscó por cómplice a un joven cuya familia había recibido grandes agravios de Alcádir en Toledo hacia trece años; este joven, en su añeja sed de venganza, se encargó con algunos suyos de espiar durante todo el día al fugitivo rey en su escondite, y cuando fue la noche, le asaltó, le degolló y, despojando su cadáver, llevó las alhajas ocultamente a Ben Jehhaf (noche del jueves al viernes, 28-29 octubre 1092). La cabeza de Alcádir, sacada como trofeo ante las turbas, fue clavada en una pica y paseada por las calles, hasta que Ben Jehhaf mandó arrojarla en una alberca que había cerca de su casa.

El tronco del rey Alcádir quedó encharcado sobre su sangre en la casucha, hasta la mañana, en que unos desalmados lo lanzaron a un muladar próximo donde enterraban los camellos. Nadie se atrevió a expresar compasión por el asesinado, ni menos a inculpar al regicida. Solo un hombre caritativo, un mercader, recogió el descabezado cadáver, lo puso en un lecho sobre las sogas sin colchón, y cubierto con una estera vieja, lo sacó fuera de la ciudad y lo enterró sin mortaja, «sin que moro ni mora llorase por él», como si fuera hombre vil.

Era el mes de ramadán, mes de ayuno y de penitencia, cuando Ben Jehhaf se encumbraba con tales acciones.

Ben Jehhaf, usurpador

Valencia quedaba entregada a un gobierno municipal, especie de república, gobernada por la Aljama o Senado de los notables, bajo la presidencia del cadí; esto era lo corriente en las ciudades musulmanas de España al vacar un trono. Pero Ben Jehhaf, una vez desembarazado de Alcádir y dueño de muchas de sus riquezas, empezó en seguida a darse aires de rey, esperando que llegarla a serlo. Labró con más lujo los edificios de su palacio, los rodeó de guardias de día y de noche; cuando se mostraba en público cabalgaba por las calles rodeado de jinetes y monteros que guardaban su persona; los vecinos se asomaban a admirarle y las valencianas le aclamaban dando albuérbolas de alegría, ese melodioso grito «¡lu, lu, lu!…» que las mujeres musulmanas deslizan en sus cantos y en sus fiestas. Él se pagaba mucho de

tales vanidades y se portaba siempre como rey, pero le faltaban dotes de gobierno.

A falta de cualidades superiores, Jáfar Ben Jehhaf, «el Zambo», era bastante artero y dominador para salir, trampa adelante, de las dificultades del momento, aprovechándose de los hombres y menospreciándolos a la vez. No estimaba en nada al alcaide almorávide Abú Násir, que vivía en el alcázar y a quien debía el éxito de la revolución; no le dejaba meterse en ningún asunto, y solo de mal talante y con aspereza libraba las cantidades necesarias para el gasto de la alcaldía y de la tropa.

Su orgullo pesaba especialmente sobre los amigos del difunto monarca. Ben Táhir, ex rey de Murcia, que siempre había mostrado generosa amistad a Alcádir, recibía insoportables desaires del infatuado, que en todo hombre prestigioso veía un posible rival. Ben Táhir se desahogaba en versos, donde recogía la voz pública acusadora de Ben Jehhaf: «Vete despacio, oh Zambo, pues has llegado a trance peligroso cuando has muerto al rey Alcádir y te has revestido su túnica. Día vendrá en que recibirás la paga merecida y no hallarás refugio para escapar».

Y, en efecto, la amenaza del castigo vino muy pronto a turbar el vano disfrute de la pompa regia usurpada por Ben Jehhaf.

El Cid llega ante la ciudad

Al comienzo de la revolución de Valencia, cuando el Cid recibió aviso de que sus castellanos habían evacuado aquella ciudad, que los almorávides se desbordaban subiendo por la costa levantina y que el rey Alcádir estaba lleno de temor, dio por terminados los trabajos de reorganización antialmorávide en el reino de Zaragoza y resolvió correr a conjurar el peligro de allá, más inmediato. Mostain, muy interesado en ello, dispuso ayudar al Cid con hombres y dinero para la expedición.

Puesto en camino con sus huestes, el Cid, cuando ya estaba cerca de Valencia, recibió la noticia de la muerte de Alcádir y de la entrada de los almorávides en la ciudad.

¿Qué podía hacer ya el Campeador? Yúsuf era, realmente, el emir de todos los musulmanes del Níger, del Sahara, de Marruecos, del Andalus; su imperio ocupaba cinco zonas o climas del globo; su nombre era pronunciado en la oración cotidiana sobre los almimbares de 1900 mezquitas aljamas; habían caído en su poder los reinos de Granada, Málaga, Sevilla, Almería, Murcia, Denia; Valencia acababa también de caer. ¿No era una locura pretender el Cid arrebatar a los almorávides su presa, cuando el mismo emperador y Alvar Háñez no pudieron conseguir otro tanto, a pesar de sus esfuerzos reiterados en favor de Granada, de Sevilla y de Murcia?

El Cid, al saber la ruina de su señorío de Levante, se dirigió sin vacilar contra el magno enemigo. Acuitó la marcha cuanto más pudo y, sin detenerse por dificultades de aprovisionamiento, llegó a toda prisa a plantar su real frente al poyo de Juballa, cercano a Valencia; él solía decir que el día que acampó ante el poyo valenciano no disponía sino de cuatro panes.

Allí, en su campo, se le presentaron todos los huidos de Valencia a Juballa, los del partido español con los servidores del rey Alcádir, pidiéndole venganza y prometiéndole obedecerle y seguirle a muerte o a vida. Pero el alcaide, que tenía aquel castillo por el señor de Alpuente, Ben Cásim, no se decidió a acoger al Campeador, juzgándole perdido.

El Cid comenzó inmediatamente el cerco de Juballa y su acción contra Valencia. Como primera conminación envió a Ben Jehhaf una carta desdeñosa: «Loado sea Dios que te ayudó a ayunar este mes de ramadán; ¡santamente has completado tu ayuno con el buen sacrificio de matar a tu señor!». El Cid se hacía eco del rumor público que achacaba el asesinato de Alcádir a Ben Jehhaf, y continuaba su carta reprochando a este el haber arrojado la cabeza del rey al estanque y el cuerpo al muladar de los camellos; Ben Jehhaf, en otra carta, respondió incongruentemente, afirmando que la ciudad pertenecía a Yúsuf, emperador de los almorávides: si el Cid quisiera ponerse al mandato de estos, Ben Jehhaf le ayudaría muy de buen ánimo a ganarse la gracia del Emir de los muslimes.

Rodrigo envió una segunda carta a Ben Jehhaf, llena de amenazas, retándole de traidor a él con todos los de Valencia que estaban de su parte, y jurando con los más solemnes y sagrados juramentos que vengaría la muerte de su protegido el rey Alcádir, y que, hasta obtener tal venganza, no cesaría de perseguir a los traidores.

Así quedó declarada la guerra (1 noviembre 1092) con el carácter de vindicación del regicidio.

Enseguida el Cid, desde Juballa, empezó a enviar incursiones para asolar los alrededores de la capital, y mandó decir por todos los castillos del territorio valenciano que inmediatamente abasteciesen de víveres la hueste cristiana; el alcaide que se mostrase moroso en cumplir esta orden sería desposeído de su puesto.

Viendo al Campeador resuelto en la guerra, nadie le osó desobedecer, y así pudo comenzar a combatir a Valencia enviando desde Juballa dos algaras cada día, a talar la huerta de la ciudad, las cuales hacían continua mortandad en los jinetes valencianos y almorávides que salían a impedir el daño.

Dentro de Valencia, el partido mudéjar o español deseaba un arreglo de paz, para que cesara la matanza diaria, pero el Cid manifestaba que no habría paz mientras no expulsasen a los almorávides, Y a esto se oponía en absoluto el partido intransigente o africanista, dirigido por la familia de los Beni Uéjib, enemiga antigua de la familia de Ben Jehhaf.

La decisión de todo estaba, por último, en manos del tercer partido, el gobernante, partido personal de Ben Jehhaf, gran oportunista.

Las raposerías de Ben Jehhaf

Ben Jehhaf no ambicionaba sino hacerse rey, y para llegar a serlo intentó amigarse con el Campeador. Conociendo la aversión del castellano por los

almorávides, quiso venderle el favor de echar de Valencia a esos molestos huéspedes. El Cid admitió el trato del cadí, sin acusarle como al comienzo de la guerra, pero haciéndole expresa protesta de fidelidad al rey asesinado.

Sin reparar en esta advertencia, Ben Jehhaf creyó muy llano su camino, y empezó a menguar los libramientos que hacía a Abú Násir, el alcaide almorávide, pretextándole no encontrar recursos para tanto gasto; esperaba así obligarle a abandonar la ciudad por este medio indirecto y poco comprometido. Antes había logrado deshacerse de Alcádir y desentenderse del Cid con ayuda de los almorávides; ahora quería librarse de los almorávides con auxilio del Cid, sin que el alcaide de Yúsuf se disgustase demasiado; las acusaciones y amenazas del Cid ya parecían olvidadas al favor de las nuevas circunstancias. Con razón dice Ben Bassam que el astuto Ben Jehhaf, en su doble trato para aprovecharse de unos y de otros, olvidaba una conocida fábula: la zorra, al ver toparse con furia dos carneros, se puso a lamer la sangre que empapaba el lanudo testuz de una y otra bestia combatiente; iba todo muy bien, hasta que una vez los carneros cogieron en medio de sus cabezas a la zorra y la mataron. El cadí de Valencia no estaba en situación más segura entre el Cid y los almorávides, que empezaban ahora sus encuentros y choques.

En el mes de julio de 1093, pasados ocho meses de guerra, esta pareció llegar a su término. El rebelde castillo de Juballa se rindió, y el Cid, al pie de aquella fortaleza, construyó en pocas semanas, con asombro de todos, una ciudad con sus murallas, sus iglesias, sus almacenes y sus mercados, anunciando así su propósito de jamás retirarse de allí. A la vez, en el mismo mes de julio, tomó por asalto los dos arrabales del norte de Valencia, el de Villanueva y el de la Alcudia, y los valencianos, viéndose encerrados, cortadas las salidas y entradas de la ciudad, se resolvieron a capitular.

El Cid les replicó como condición previa la expulsión de los almorávides, cosa que, hallándose Abú Násir muy disgustado con Ben Jehhaf, no hubo dificultad en aceptar; Valencia volvería a pagar lo que Alcádir pagaba, los 1000 dinares semanales, con todos los atrasos desde que la revolución había empezado; la hueste cristiana se retiraría a Juballa y allí viviría mientras el Campeador morase en aquella tierra. Bajo estas condiciones se firmó la capitulación, por la cual volvió Valencia a ser tributaria de Rodrigo como en tiempos de Alcádir.

En cumplimiento del tratado, los almorávides salieron de Valencia, y el Cid envió con ellos caballeros que los pusieron a salvo en Denia. Enseguida el ejército sitiador se retiró al poyo de Juballa.

2. EL CID DESAFÍA A YÚSUF

Cartas de Yúsuf y del Cid

La rendición de Valencia era intolerable para Yúsuf, Emir al-muslimín, príncipe de los muslimes. Él se consideraba, y era considerado, señor de todo el Andalus; había reconocido la supremacía del califa abbasí de Bagdad, Emir al-muminín, Príncipe de los creyentes, y este le había declarado soberano de España, del Mogreb y demás tierras dominadas, declaración publicada en las mezquitas del islam. No podía consentir que un cristiano intentase quitarle una gran ciudad en las tierras de que estaba investido por la suprema autoridad musulmana.

Poco antes de firmarse la capitulación de Valencia, Yúsuf había enviado desde Marruecos sus cartas al Campeador, intimándole que de ningún modo osase permanecer en tierras valencianas. Pero Rodrigo le contestó con una carta de indignación y desprecio, y además dirigió misivas a todos los emires del Andalus, publicando que por miedo a él no se atrevía Yúsuf a pasar el mar en socorro de Valencia.

Y estas palabras del Cid no sonaban a hueca baladronada. Yúsuf, para castigar la insolencia del Campeador, tenía preparado un poderoso ejército; pero su embarque se difería porque el Emir al-muslimín dudaba ponerse al frente y venir en persona, según Ben Alcama oía decir en Valencia.

Los dos orbes históricos, el islámico y el cristiano, aparecen ahora cada uno representado por una personalidad extraordinaria: Yúsuf y el Campeador; el hombre del Sahara y el castellano quedan el uno frente al otro, concentrando en torno suyo todo el interés de la contienda entre ambas civilizaciones en Occidente.

Y el retraimiento del poderoso Emir al-muslimín pudo ser comprobado cuando el ejército preparado en África pasó al fin el Estrecho, quedándose allá Yúsuf. Era este hombre muy temeroso de marchitar sus laureles de Sagrajas, pues recordando este glorioso combate solía envolver sus recelos en un sentimiento religioso: «Las victorias —pensaba— son dones muy señalados de Dios, y yo he obtenido ya una demasiado grande».

Rodrigo prepara la resistencia (julio-agosto 1093)

Pero si Yúsuf, temiendo la inconstancia de la Fortuna, abandonaba los azares de la guerra como jugador ganancioso y cauto, para Rodrigo el combatir no era acaso y suerte, sino necesidad vital. Cuando el Cid oyó que el ejército almorávide había desembarcado en la Península, comenzó una amplia preparación de resistencia. Mas lo primero que dispuso fue la sorprendente decisión de relajar los términos de la

capitulación recién firmada con los valencianos, para asegurarles que no temía a Yúsuf, y así les concedió espontáneamente un plazo que satisficiese la nueva esperanza de los sitiados: «Hombres buenos de Valencia —les dijo—, os doy tregua todo el mes de agosto; si entretanto viniere Yúsuf a socorreros y me echare vencido de estas tierras, sed suyos y servidle; pero si no puede hacer esto, quedaos bajo mi dominio». Los intransigentes de Valencia aceptaron gustosos y despacharon en seguida cartas a Yúsuf y a todos los emires almorávides que había en el Andalus, para que no dejasen de venir a socorrerlos dentro del mes de agosto y que contasen con el apoyo de la ciudad, pues esta no quería el señorío de Rodrigo.

Hoy parece chocante este acto del sitiador, pero el dar un plazo a los sitiados para que buscasen auxilio era costumbre antigua, atestiguada desde los tiempos bíblicos; la observó Alfonso en el cerco de Toledo, y el Cid la observará otras veces después. Con ello se buscaba, por cima del vencimiento del enemigo, el evidenciar su completa impotencia, o lo que era igual, su manifiesta sinrazón. Una indiscutible superioridad en el combate probaba el derecho, lo mismo por medio de la guerra que del duelo judicial; y como todo el que guerrea quiere tener la justicia de su parte, se concedía el plazo a un sitiado con el mismo fin que hoy se gasta tanto papel en alegatos para justificar la causa de un beligerante.

El Cid, pues, cumpliendo su promesa, dejó a Valencia en paz durante el mes de agosto. Entretanto, procurando fortalecer su partido dentro de la ciudad para cuando viniesen los africanos, interesó por segunda vez el egoísmo de Ben Jehhaf en una alianza secreta antialmorávide, y hechos los tratos necesarios ordenó a sus gentes que se preparasen a trasnochar, a fin de ponerse inmediatamente en camino, sin decirles para dónde. Y cuando cayó la noche, los guio hacia las montañas del interior.

Una incursión de castigo

Iba Rodrigo a sorprender las tierras de Santa María de Oriente o de Albarracín, porque el señor de ellas, Abú Meruan Ben Razín, faltando a los pactos de vasallaje confirmados aún no hacía diez meses, no pagaba el tributo concertado y había ofrecido al infante-rey Pedro de Aragón fuerte suma de dinero. Valencia revolucionaria no quería ser del Cid y despertaba otra vez las codicias; Ben Razín, dueño ahora de Murviedro, se juzgaba con excelentes títulos; Pedro de Aragón no creía faltar en nada a la alianza firmada con Rodrigo el año anterior.

Pero esta infidelidad del moro vasallo fue duramente reprimida por el Campeador con metódicas incursiones de castigo. En ellas corrió el Cid un peligro muy grave. Estando un día apartado con cinco caballeros, se vio sorprendido por doce jinetes de la ciudad de Santa María, Rodrigo los acometió, mató a dos y ahuyentó a los otros, pero recibió una tremenda lanzada en el cuello y mataron los moros otros dos de los caballeros cristianos. Aquella lanzada fue tal que amigos y enemigos se preparaban ya para la muerte del Cid. Mas la herida mejoró, y el plazo de agosto transcurrió sin

que los almorávides apareciesen por Valencia; así que el Campeador pudo no solo convalecer de su lanzada, sino continuar guerreando en aquellas tierras durante los meses de septiembre y octubre de 1093, confiado en que los valencianos, cumpliendo la condición del plazo, le estarían ya sumisos.

Esos meses los empleó en fortificar el camino de Valencia a Zaragoza por el sur del territorio de Albarracín.

Sometido Ben Razín con la devastadora guerra y robustas posiciones militares, tuvo, por último, que volver al vasallaje que había roto, y tanto el moro como el príncipe aragonés suministraron a Rodrigo recursos para dominar a Valencia, cuya sumisión corría entonces un temible riesgo.

Las nuevas de esta ciudad vinieron a sacar al Cid de Albarracín cuando aún no había terminado allí completamente su obra de seguridad, porque recibió un recado confidencial de Ben Jehhaf para que regresase a toda prisa.

El Cid vuelve a Valencia: ocupación de Villanueva

Los valencianos africanizantes habían tenido, al fin, noticia cierta de que el ejército desembarcado de África estaba ya en Lorca y que lo mandaba Abú Béker, yerno de Yúsuf, pues el Emir de los muslimes, a causa de su salud, no podía venir en persona. Tales nuevas habían engreído a los Beni Uéjib y demás enemigos de Ben Jehhaf de tal manera que este se veía muy en peligro de perder el poder, si el Cid no volvía a infundir temor a los descontentos.

Ante la gravedad de estas noticias, el Cid regresó en seguida a Juballa, donde le visitó Ben Jehhaf con algunos alcaides moros, para confirmar ante él su alianza; pero, viniendo a los hechos, los moros no acordaron ninguna actitud resuelta frente al ejército almorávide, sino solamente escribir al caudillo Abú Béker a ver si le intimidaban con pretexto de informarle, diciéndole que el Campeador tenía pacto con el rey de Aragón y sería por este auxiliado; que le aconsejaban se previniese bien, pues si llegase a Valencia tendría que lidiar con 8000 caballeros cristianos cubiertos de hierro, de los mejores guerreadores del mundo; si se atrevía a encontrarse con ellos, bien; si no, que no viniese y pensase qué podría hacerse.

La actitud de los valencianos era, pues, muy insegura. Aun los más avenidos con el Cid no se atrevían a oponerse abiertamente a la venida del ejército almorávide, olvidados de la capitulación de julio y a pesar de haber transcurrido sin almorávides el plazo de agosto. Por esto, no podía el Cid permanecer en Juballa; se fue a habitar en el arrabal al norte de Valencia, llamado Villanueva, a la otra orilla del Guadalaviar, y su hueste la acampó al sur de la ciudad, en el arrabal mozárabe de Rayoaa.

Este acercamiento de los cristianos irritaba contra Ben Jehhaf a los Beni Uéjib y demás africanizantes, siempre confiados en que pronto vendrían los almorávides. Sin embargo, ya tardaban mucho, si bien su esperanza se mantenía cual confortante rescoldo en la ciudad: «¡Aquí están, por fin!», decían los valencianos un día, aunque

al siguiente hubiesen de repetir la descorazonadora contranoticia: «¡No; todavía no vienen!».

Los Beni Uéjib en el poder: rompen la capitulación de julio (noviembre de 1093)

Una vez, al cabo, la tan desmentida noticia se confirmó. Llegaron avisos ciertos que la hueste almorávide, tanto tiempo inmovilizada en Lorca, avanzaba ya hacia Murcia, y que la tardanza no había sido sino por enfermedad del caudillo, Abú Béker. Podía pensarse acaso que la advertencia relativa a los 8000 enlorigados caballeros del Campeador no era para dar al yerno de Yúsuf mejor salud que la que había impedido al suegro salir de Marruecos; pero, en fin, Abú Béker estaba ya sano y venía a más andar sobre Valencia.

Con esta anhelada noticia cobraron tal atrevimiento los Beni Uéjib, que Ben Jehhaf anunció su abandono del poder, pues que él no quería ocuparse más en cumplir la capitulación de julio.

Los del partido africano aclamaron a Abul Hasán Ben Uéjib, presidente de la Aljama, y acordaron cerrar las puertas de la ciudad y defender los muros, rompiendo todos los pactos hechos con el Cid.

Los del partido español enmudecieron: Ben Jehhaf se retiró a su casa y reforzó allí la guardia de su persona.

Llega el socorro almorávide

El Campeador renovó en seguida la guerra contra la ciudad; pero luego le trajeron noticias alarmantes: el ejército africano había rebasado los pasos defendidos por las fortalezas de Benicadell y se encontraba ya en Játiva. Las alegrías de los aJmoravidistas valencianos fueron estruendosas; al fin se tenían por libres de las guerras del cristiano.

Ante el peligro que se echaba encima, Rodrigo dejó loe jardines de Villanueva y se fue a unir con su vanguardia al arrabal de Rayosa. Apreció bien lo muy difícil de la situación y dudó si debía retirarse; mas por último resolvió esperar allí el choque; para lo cual mandó derribar los puentes de las calzadas e inundar con el agua de las acequias la huerta valenciana, a fin de que no pudiesen los enemigos llegar a él sino por lugar estrecho.

Pronto se supo que los africanos estaban ya en Alcira. El júbilo de los almoravidistas valencianos se desbordaba; las turbas subían por los muros y a las torres para darse el placer de escudriñar en las lejanías del horizonte el avance del ejército salvador; y al caer la noche, con la gran oscuridad que hacía, veían brillar más la lumbre de las infinitas hogueras que iluminaban el campamento de los

almorávides, extendido por la llanura, en Almuzafes, no más de tres leguas de Valencia. Los africanistas valencianos no cesaban de elevar oraciones a Dios, que les diese bienandanza contra el Cid, y tenían ya acordado en su consejo que cuando la batalla se trabase frente a los muros, ellos caerían sobre el campo cristiano para robar las tiendas y las posadas del arrabal. De su parte, en Rayosa, los del Campeador pasaban también la noche en vigilia religiosa y en preparativos militares para el combate venidero.

Mas la noche fue borrascosa. Empezaron a descargar turbiones torrenciales, y el aguacero se hizo tan imponente que nunca hombres vieron diluvio como aquel. Al amanecer, cuando el día pudo clarear en el cielo, aún tormentoso, ya los moros valencianos habían subido a las torres para otear dónde venían las enseñas almorávides o dónde se aposentarían; pero miraban y más miraban, sin ver cosa alguna, y no acertaban cómo podría ser que así hubiese desaparecido el gran ejército. En esta ansiosa angustia quedaron hasta media mañana, cuando les llegó un mensajero anunciando que los almorávides no vendrían, ya que desandaban el camino hecho. El miedo del Cid les había ahuyentado en medio de las diluviales tinieblas de aquella noche. «La voluntad divina —dice Ben Alcama— decidió que la formación cerrada en que el Cid mantenía su ejército hiciese a los muslimes retroceder».

El partido valenciano africanizante cayó en el desaliento más abatido. «Tuviéronse por muertos —dice su historiador—, y andaban cual si fuesen ebrios, sin entenderse el uno al otro; sus rostros denegrecieron como la pez y perdieron la memoria, así como el que cae en las ondas de la mar». Oían aterradoras como relámpago y trueno las amenazas de los cristianos que se llegaban a los muros de la ciudad para gritarles la huida de los almorávides y denostarles el perjurio de haber roto la capitulación: «¡Falsos, traidores, renegados, dad la villa al Cid Ruy Díaz, que no podéis escapar con ella!». Y los de adentro ni para responder tenían ánimos.

3. EL CID SOMETE A LOS ALMORAVIDÍSTAS VALENCIANOS

El Cid estrecha el cerco

Con la desaparición del ejército almorávide, Valencia quedó sin esperanza alguna fuera de sí misma. La carestía de los víveres empezaba a sentirse (fines de noviembre 1093). Y los rigores del cerco aumentaban continuamente, acercando el Cid más sus gentes a la ciudad.

Algún aliento recibieron los sitiados con cartas que Ben Ayixa, el hijo de Yúsuf, adelantado almorávide de Murcia, escribía desde Denia a los Beni Uéjib diciendo que el ejército de socorro no se había retirado por cobardía ni huyendo, sino por falta de víveres y por las grandes lluvias que dificultaban los caminos: lejos de huir, se preparaba de nuevo para volver contra el Campeador. Pero muy pronto se recibió la contranoticia de Denía: que el ejército de Yúsuf no se había retirado provisionalmente, como Ben Ayixa explicaba, sino que se había reembarcado para Marruecos; así que no tuviesen esperanza ninguna de socorro.

Con esto el partido almoravidísta perdía terreno, y tanto lo fue ganando el partido mudéjar español, deseoso de rendirse cuanto antes al cristiano, que al fin logró dar de nuevo el poder a Ben Jehhaf para que entablase negociaciones de paz (enero 1094).

El Cid, no queriendo ser engañado otra vez, exigió como garantía previa la prisión y entrega de los Beni Uéjib, principales partidarios de los almorávides cosa que Ben Jehhaf cumplió muy gustoso.

Después recibió el Cid la visita de Ben Jehhaf, a quien fijó las condiciones de las paces: las rentas de la ciudad y de su término habrían de ser administradas, no por Ben Jehhaf, sino por un almojarife que el Cid nombrase, según se hacía en tiempos del rey Alcádir; además, para evitar que se repitiesen las infracciones de lo pactado, Ben Jehhaf debería entregar su hijo en rehenes. Bien comprendía el cadí que Rodrigo tenía motivos para desconfiar; así que otorgó todo, quedando en volver al día siguiente a firmar el tratado, que se redactaría según lo convenido.

Nueva actitud de Ben Jehhaf

Tornó Ben Jehhaf para Valencia muy preocupado. Su única política, la de aprovecharse de los dos contendientes, como el zorro de la fábula recordada por Ben Bassam, se estrellaba ahora contra la resolución del Cid de no dejarse engañar otra vez. No se sentía con fuerzas bastantes para dejar de engañar, así que decidió no dar su hijo en rehenes, por más que fuese tan notoria para todos los valencianos, aun para los almoravidístas como Ben Alcama, la escrupulosa justicia con que el Cid obraba

respecto a los moros sometidos.

Cuando al día siguiente en vez de ir a firmar el tratado, Ben Jehhaf envió a decir que se volvía atrás de su palabra y no consentía en dar la garantía del rehén convenido, el Cid, rebosando aversión hacia aquel hombre, le escribió una carta de fuertes amenazas, rompiendo trato con él y diciéndole que en adelante jamás creería en ninguna cosa (mediados de enero 1094).

Pero poco importaba al cadí la actitud del Campeador. Rompió muy resueltamente las negociaciones, porque había sacado del Cid todo el provecho que podía ambicionar: el de deshacerse antes de los almorávides y ahora de los Beni Uéjib, quedando por señor de Valencia sin nadie que se le opusiese. Conseguido esto, le parecía innecesaria la sumisión al cristiano, y así decidió continuar la resistencia, insensible a los sufrimientos de la población.

Las bocas inútiles

El hambre de los sitiados llegó a ser espantosa a fines de abril de 1094. La libra de los nervios de las bestias se vendía a precios elevados, e igual las hierbas y raíces, y solo los vecinos acomodados podían alimentarse con cueros de vaca cocinados, o con los ungüentos y electuarios de los especieros. Los pobres tenían que valerse de la carne de los cadáveres humanos.

Muchos hambrientos, hombres, mujeres, niños, acechaban cualquier momento en que se abriesen las puertas de la muralla y salían sin importarles lo que les acaeciese; unas veces los sitiadores los dejaban partir, otras veces los cautivaban y los vendían a los moros.

El Cid, aunque creía que los fugitivos eran expulsados como bocas inútiles por los defensores, para poder resistir más tiempo, sin embargo los dejaba salir, si bien muy contrariado. Pero al fin, temiendo nuevo socorro de los almorávides, decidió aplicar con más rigor los recursos del después llamado derecho internacional. Hizo gritar pregones, que los oyesen los valencianos desde los muros, ordenando que los que habían salido de la ciudad se volviesen a ella, y que en adelante todo el que saliese de Valencia sería quemado.

Ben Jehhaf se decide a capitular

Varios vecinos principales fueron a persuadir al tirano de que toda esperanza estaba perdida; a la vez, las manifestaciones populares del hambre y la desesperación eran tales que Ben Jehhaf, penetrado al fin de las calamidades del vecindario, y convencido de que nadie vendría a socorrerle, permitió que se entablasen negociaciones.

Tratado de rendición

Las bases convenidas con el Cid fueron estas: los sitiados podrían enviar mensajeros al rey de Zaragoza y al hijo de Yúsuf, Ben Ayixa, gobernador almorávide de Murcia, para que viniesen a socorrer a Valencia en el plazo de quince días; si dentro de aquellos quince días no venía socorro, Valencia se entregaría al Cid, bajo ciertas capitulaciones o seguridades que el vencedor les concedía, a saber: Ben Jehhaf conservaría su puesto de cadí y gobernador de la ciudad, como antes, pero no administrarla él las rentas de la villa, sino los moros adictos al Cid y al difunto rey Alcádir, los cuales también tendrían las puertas de la ciudad, guardándolas con almocadenes y peones escogidos de entre los mozárabes; Rodrigo no cambiaría a los moros ninguna cosa de sus fueros, tributos, medidas ni monedas. Estos preliminares de la rendición fueron firmados de una y otra parte (18 de mayo de 1094).

Ben Jehhaf infringe el tratado; se rinde a discreción

En esto expiraban los días de plazo (13 de junio) y los mensajeros no habían, tornado de Zaragoza ni de Murcia. El iluso Ben Jehhaf proponía aún a los vecinos que esperasen todavía tres días, pero ellos declararon que no podían resistir más. Por otra parte, el Campeador les envió a advertir con grandes juramentos que si una hora pasase después del plazo sin que se rindiesen, él no estaba obligado a guardar los conciertos que habían convenido. Mas a pesar de todo se pasó un día sin que la rendición se hiciera.

Entonces, cuando los negociadores de la rendición salieron a entregar la ciudad al Cid, este les manifestó que no la recibía, pues no estaba obligado a las condiciones fijadas, ya que había pasado un día más del plazo. Ellos, no pudiendo ya continuar la guerra ni por un momento, se pusieron en sus manos para que hiciese de ellos lo que tuviese por bien. Mas aunque se rendían a discreción, el Cid, movido a piedad hacia tan tenaces defensores, y fiel a su política de benigna convivencia con los moros vencidos, les declaró que después que la ciudad le fuese entregada, él les iría haciendo concesiones semejantes a las que antes habían convenido en el pacto anulado, y les mandó volver al día siguiente para firmar y hacer la entrega.

Capitulación y entrega de Valencia

Al otro día, por la mañana, salió Ben Jehhaf con muchos de la villa y se formalizó el acta de capitulación o entrega, firmada por los hombres principales de las dos religiones, cristianos y musulmanes. Las condiciones principales fueron que los vencidos obtuviesen el amán para ellos y para sus bienes, y que Ben Jehhaf entregase al Campeador todas las riquezas de Alcádir, como tesoro regio detentado por el cadí.

Las puertas de la muralla fueron abiertas y los cristianos entraron a ocupar todas las torres del muro (15 de junio de 1094).

Primeras concesiones que el Cid hace a los vencidos

Al día siguiente hizo el Campeador su entrada solemne en la ciudad con gran gente de los suyos, y luego subió a la más alta torre de la muralla, desde donde escudriñó toda la villa, lo de dentro y lo de fuera.

A aquella torre acudieron los moros principales para besar la mano al vencedor y darle la bienvenida; él los recibió con bondadosa cortesía. Les dijo, respecto a la ocupación militar, que mandaba tapiar en las torres todas las ventanas que daban al interior de la villa, para que la mirada curiosa de los soldados cristianos no importunase la recatada intimidad de las casas moras; añadió que había puesto cristianos mozárabes por guardas de las torres, no porque las gentes castellanas de su casa no fuesen discretas y prudentes para todo, sino porque, habiendo sido los mozárabes criados entre musulmanes, sabían bien la lengua y las costumbres del país; y a estos guardas ordenaba y rogaba que respetasen en todo a los vecinos.

Todos los moros dieron al Cid, con las zalemas de bienvenida, muy repetidas gracias, y se congratulaban en comentarios de nunca haber visto un hombre más noble ni que trajese consigo gentes tan bien disciplinadas. En efecto; Rodrigo concedía ahora a la ciudad rendida más de lo que se había establecido en la capitulación anterior anulada; allí se estipulaba que la guarda de los muros estuviese a cargo de mozárabes; ahora el Cid añadía precauciones para garantizar el sosiego de las viviendas moras.

Juramento de Ben Jehhaf

Arreglada así la ocupación militar de Valencia, el Campeador iba también a conceder algo semejante a lo contenido en aquella cláusula de la anulada capitulación, relativa al gobierno civil de la ciudad: Ben Jehhaf quedaría reconocido como cadí, y seguro en su persona, bienes y familia; pero el Cid exigía ahora una averiguación previa.

Él había entregado al Campeador, según lo estipulado, las riquezas de Alcádir, esto es, los caudales del reino usurpado, pero había ocultado para sí un tesoro de gran valor (sin duda el que había sido robado sobre el cadáver del monarca), y esta ocultación había llegado a oídos del Cid.

Pues bien; el Cid había comenzado aquel larguísimo y penoso cerco jurando por escrito vengar el asesinato de Alcádir; él había acusado del crimen a Ben Jehhaf, como le acusaban muchos; he aquí por qué ahora, para reconocer a Ben Jehhaf como cadí, se creyó obligado a preguntarle antes si no ocultaba aquel tesoro particular del

asesinado. El Campeador quiso dar a este acto la misma importancia que a la capitulación de entrega de la ciudad, y exigió a Ben Jehhaf un juramento en presencia de los hombres principales de las dos religiones. Ben Jehhaf juró delante de todos que no poseía tal tesoro, aseverando solemnemente su inocencia; Rodrigo entonces prometió mantener a Ben Jehhaf en el puesto de cadí y respetar su persona y bienes, pero salvando expresamente que si en adelante él, Rodrigo, hallaba aquel comprometedor tesoro en poder del cadí, retiraría a este su protección y podría verter su sangre como la de un regicida. Esta convención fue firmada por los más altos hombres de los cristianos y de los musulmanes. Con ella, el Cid anunciaba que el asesinato del rey vasallo y protegido sería inevitablemente castigado en cuanto los culpables fuesen descubiertos.

No reflexionaba el cadí, escribe Ben Bassam, cuántas desgracias y pruebas le reservaba el destino a causa de ese temerario juramento que ahora prestaba.

Discurso del Cid sobre el gobierno de la ciudad

Pasados cuatro días de la ocupación, mandó el Cid pregonar por la ciudad y su término que se juntasen los honrados hombres en el arrabal de Villanueva, en el palacio de los jardines reales, donde él entonces moraba (lunes 19 junio). Allí acudieron los de la villa, así como los castilleros de las fortalezas de en derredor, y cuando todos estuvieron juntos, salió el Cid a ellos, a un estrado ricamente guarnecido de tapices y de alfombras, y haciendo sentar a todos, comenzó un importante discurso. Ben Alcama lo recogió cuidadosamente, porque, a falta de las anuladas capitulaciones de rendición, ahora los pactos y ordenamientos que el Cid iba concediendo después de ser dueño de la ciudad formaban el estatuto por que esta había de regirse.

«Yo soy hombre que nunca tuve un reino les dijo el Cid, ni nadie de mi linaje lo ha tenido; pero desde el día en que a esta villa vine siempre me pagué de ella, la codicié y rogué a Nuestro Señor Dios que me la diese. Y ved cuál es el poder de Dios: el día que yo llegué para sitiar a Juballa no tenía más que cuatro panes, y me ha hecho Dios tal merced, que gané a Valencia y soy de ella dueño. Pues ahora, si yo obrare en ella con justicia y encaminare a bien sus cosas, Dios me la dejará; mas si obro mal, con soberbia y torcidamente, bien sé que me la quitará.

»Por esto, desde hoy, cada uno de vosotros vaya a sus heredades y poséalas como solía: que yo ordeno a los que han de recaudar los tributos de la villa que no cobren más del diezmo, según dispone vuestra ley».

El rebajar los tributos era política que también intentaba seguir Alfonso para inclinar a sumisión los pueblos moros, tan vejados por sus reyes de taifas; el Cid se ajusta ahora religiosamente al diezmo, ya que los almorávides lo habían reafirmado como un deber islámico.

El Campeador prosiguió así su discurso, protestando que se ocuparía asiduamente

de las cuestiones del gobierno y les oiría siempre que les ocurriese alguna urgencia. «Porque yo no me aparto con mujeres a beber y a cantar, como hacen vuestros señores, a quienes no podéis ver cuando los necesitéis. Yo deseo por mi mismo entender en todas vuestras cosas, ser para vosotros tal como un compañero, guardaros así como el amigo guarda al amigo y el pariente al pariente.

»Deseo remediaros y curar vuestros males, pues lamento la miseria que habéis sobrellevado, me duelo de la gran hambre y mucha mortandad que padecisteis. Si lo que al fin hicisteis lo hubierais hecho antes, no habríais llegado a tanta lacería, no habríais pagado el cahiz de trigo a mil dinares; mas yo he de hacer que por un dinar lo tengáis. Y ahora quedaos en vuestra tierra muy seguros: he prohibido a mis gentes que nadie meta cautivo moro ni mora en Valencia, y si alguien faltase a esto, tomad el cautivo, soltadle y matad al que lo metiere, sin que por ello se os siga pena alguna». Al prohibir así dentro de la ciudad conquistada la servidumbre de los vencidos cautivados en la guerra, el Cid da una muestra más de respeto al musulmán.

Terminado su discurso, el Cid mandó a los oyentes retirarse, y todos se dispersaron hacia Valencia y hacia los castillos de su término, muy satisfechos con las promesas que acababan de escuchar. Los más recelosos iban perdiendo el gran temor que tenían en su corazón. Solo los almoravidístas más exaltados presentían que tan buenos anuncios no podían, no debían prosperar.

Resumen del primer estatuto de Valencia

Estos y otros estatutos que para el gobierno de la ciudad conquistada fijó el Cid en su discurso y en su pacto con Ben Jehhaf tienen importancia histórica, porque dan un tipo de régimen de conquista más benigno que el usado antes, por ejemplo, en Coimbra por Fernando I y en Toledo por Alfonso VI, tipo que, fijado ahora por primera vez, sirvió en parte de norma para los reconquistadores inmediatos al Cid, como adelante explicaremos.

Pero, por otra parte, el régimen bosquejado por el Cid en estos cuatro primeros días de dominio ofrecía dos puntos muy difíciles. La gran división que había en Valencia entre los partidos español, almorávide y oportunista fue, sin duda, la causa de que el Cid, para calmar la animosidad de los unos contra los otros, se constituyese en cadí y juez supremo; esto al fin tenía que desagradar mucho a los vencidos. Además, el Cid, extremando la política de benevolencia, deja a los valencianos en posesión incondicional de su ciudad y de su mezquita; esto tenía que parecer excesivo a los conquistadores.

Progresos almorávides a pesar de Alfonso. Cerco de Huesca

Ahora, para apreciar bien el valor de la conquista de Valencia, comparemos con lo

que sucedía al emperador.

Alfonso no cejaba en su política imperialista. Había visto frustrados sus intentos de oponerse al avance almorávide en los reinos de Granada, Málaga y Sevilla, así como en Murcia; pero ahora conseguía un éxito fácil, debido a la buena estrella que tantas veces le favoreció: el rey Motawákkil de Badajoz, sintiéndose en peligro ante el aumento de las ambiciones de Yúsuf, no buscó otra salvación sino confiarse a Alfonso, para lo cual le cedió tres importantes plazas: Santarem, Lisboa y Cintra, que le entregó sucesivamente en abril y mayo de 1093, y fueron confiadas a la custodia del yerno del emperador, Ramón de Borgoña. Mas, a pesar de tan valiosa prenda, la protección de Alfonso resultó, una vez más, impotente: pocos meses después, a principios de 1094, los africanos, mandados por Cir Ben Abú Béker, el ilustre conquistador de Córdoba y Sevilla, se apoderaban de Badajoz y mataban a Motawákkil. No tardó mucho Cir en conquistar a Lisboa, frente a cuyos muros derrotó, con espantosa matanza y cautiverio de cristianos, al conde Ramón, que acudió en socorro de la plaza (noviembre 1094).

Con la extinción del reino de taifas de Badajoz, único que quedaba en Occidente, el Andalus quedaba bajo el dominio almorávide, salvo la parte de Oriente sometida al protectorado del Cid, esto es, Valencia y los tres reinos de Zaragoza, Tortosa y Albarracín.

Otra comparación nos ofrecen los sucesos coetáneos. Ahora, en mayo de 1094, el rey de Aragón Sancho Ramírez empieza el cerco de Huesca; y mientras el cerco de Valencia duró solo diecinueve meses, el de Huesca durará treinta y uno, y eso que Huesca era población menor y no tuvo socorro ninguno de almorávides.

4. LA PRIMERA DERROTA DE LOS ALMORÁVIDES

Pacto entre Pedro I de Aragón y el Cid

El rey de Aragón Sancho Ramírez murió a los pocos días de haber comenzado el cerco de Huesca; falleció de muerte natural (4 de junio de 1094).

En la misma corte general que se reunió para jurar al nuevo rey Pedro I, este, que había tomado parte activa en la alianza hecha por su difundo padre con el Campeador dos años antes, recibió de los magnates navarros y aragoneses el consejo de renovar la amistad con el castellano. El Cid preocupaba entonces la atención de todo el mundo, pues precisamente en aquellos días mismos acababa de conquistar a Valencia. La amistad del caballero burgalés con Sancho Ramírez y con su hijo había tenido alguna vacilación; era prudente y útil, pensaban los magnates, reafirmar los pactos con Rodrigo, sin duda para continuar el asedio de Huesca contra el rey de Zaragoza, toda vez que este era aparente amigo del Cid.

Comunicado al Campeador este deseo, el rey Pedro descendió a las playas del Mediterráneo, a su castillo de Montornés, y el Cid fue a Burriana, donde ambos se reunieron y concertaron pactos de mutua ayuda contra todo enemigo. Hecho lo cual regresaron uno y otro a sus tierras, que con la nueva alianza trataban de proteger.

Yúsuf resuelve recuperar a Valencia

La noticia de la toma de Valencia por el Cid llenó de dolor y humillación a todos los musulmanes, según Ben Bassam. Varias cartas apremiantes fueron enviadas al Emir al-muslimín quejándose una vez más de Rodrigo, de sus continuas algaras, que tenían todo el Levante del Andalus en situación de inseguridad y alarma, Yúsuf cayó en iracunda tristeza; necesitaba recobrar la gran ciudad. Se trasladó a Ceuta para reunir rápidamente tropas regulares que iba embarcando para la Península, puesto al mando de su sobrino Mohámmad Ben Texufín. A la ves escribía al gobernador almorávide de Granada, al señor de Albarracín y a otros muchos para que uniesen sus fuerzas a las del príncipe Mohámmad a fin de dar el golpe decisivo sobre Valencia y sobre el Campeador.

Las primeras noticias llegaron a Valencia a fines de agosto de 1094 (¡solo hacia dos meses de la rendición!) que un ejército almorávide se concentraba en Murcia. La alarma cundió entre los cristianos y el Cid comenzó a disponer la defensa.

El grueso del ejército africano desembarcó en España el 13 de septiembre, el día antes del ramadán, el mes del ayuno, y cumpliendo la orden de Yúsuf se le unieron multitud de tropas andaluzas, yendo todos a acampar en un extenso llano más de una

legua al oeste de Valencia.

Todos los moros de aquella región acudían con cebada y víveres, que ora vendían, ora donaban a los almorávides libertadores. El Cid nunca podía contar con la sumisión leal del partido intransigente, y el peligro en que se veía era extremo. Ben Alcama cuenta que, aterrados los cristianos ante la enorme masa de los enemigos acampados a su vista, semejante a un mar que iba a engullir la ciudad, querían abandonar a Valencia, pero que solo el Campeador no mostró la menor inquietud ante aquel inmenso ejército e impuso la serenidad entre sus compañeros augurándoles victoria. Sin embargo, los mozárabes valencianos veían inminente la fuga de los conquistadores y se esmeraban cuanto podían en ganarse la benevolencia de los musulmanes. La arrogancia de los almoravidístas desbordaba; un poeta valenciano escribía: «Decid Rodrigo que la verdad va a triunfar. ¡Miradle cómo consulta sus agüeros! Los sables de los almorávides desmentirán los presagios que le dan sus aves».

Sin duda, el Cid había propagado la noticia de tener prometedores pronósticos, como famoso que era en la ciencia de los agüeros, entonces muy acreditada entre la gente de guerra. Pero había algo más positivo que los augurios; el Cid envió a pedir auxilio a Alfonso VI y a Pedro I de Aragón, y aunque sabía que las dificultades internas de ambos reyes podían ser grandes (Pedro estaba empeñado en el cerco de Huesca), hacia llegar a los sitiadores frecuentes noticias de los socorros pedidos.

Batalla del Cuarte

El descomunal ejército de Mohámmad acabó en el Cuarte los ayunos del ramadán. La aparición de la luna nueva del mes de sawwal, al atardecer del 14 de octubre, fue saludada por las tropas almorávides, saharianas, mogrebinas y andaluzas que celebraban en común la oración y la fiesta de la ruptura del ayuno.

Enseguida se dispusieron los ataques contra Valencia. Cada día rodeaban los muros de la ciudad; los combatían furiosamente, con alaridos ensordecedores; llegaba en su arrojo hasta asaetear las casas de los caballeros cristianos. El Campeador, con la fortaleza natural de su corazón, según el historiador latino, confortaba a los suyos, inspirándoles confianza en las incesantes preces con que ordenó invocar el favor de Cristo.

Pasaron así diez días en continuas agresiones. Mohámmad, lleno de desprecio por los sitiados, creía indudable el éxito del cerco y no se enteraba de que en su gran ejército había miedo al invencible Campeador. Desfallecimiento y deserciones. Noticioso de esto el Cid, decidió no esperar la llegada de los socorros de Castilla y Aragón. Salió por la noche del 25 de octubre con sus caballeros, encubierto entre las espesuras de las huertas, y envió en celada parte de ellos a unos vasallos cercanos al campamento de Mohámmad. Con los otros, él, al amanecer, acometió en orden de batalla; y tan ajenos estaban los sitiadores a la audacia de los sitiados, que la alarma

fue de tumulto y gran desorden. Los jinetes tomaron sus caballos y salieron del campamento a rechazar la acometida, y como el Cid cedía, retirándose hacia la ciudad, ellos, persiguiéndole, dejaron el campamento desprovisto de las mejores tropas. Entonces los cristianos de la celada cayeron sobre las tiendas moras con tal empuje, que el sobrino de Yúsuf, que en ellas había quedado indispuesto, fue el primero en echarse a huir. Un prolongado griterío se esparció entre los musulmanes: el campamento estaba invadido, el socorro pedido a Castilla había llegado. Todos corrían en cualquier dirección; aquello fue locura de espanto, dice Ben Alcama; los muslimes ya no peleaban, no hacían sino huir. Y este terror pánico, descrito por el historiador árabe, es confirmado por los clérigos del Cid en un diploma donde se recuerda esta victoria, diciendo que fue alcanzada con increíble rapidez y con escasas bajas por parte de los cristianos.

Innumerables debieron ser los prisioneros en la batalla, en la persecución y en las tiendas del campamento, donde se rindió parte del ejército. Un documento otorgado en Aragón dentro del año siguiente asegura que el Cid apresó toda la mehala o ejército almorávide; así nos lo dice medio en latín medio balbuceando el dialecto aragonés: «Facta hec carta in anno quod venerunt illos almorábides ad Valencia, et arrancavit illos Rodiric Didaz, et présot tota lur almehalla».

Con el botín de esta derrota, todos los del Cid se hicieron ricos; tal cantidad recogieron de caballos, mulos, armas de extraños tipos, víveres, ropas preciosísimas, oro, plata y tesoros inenarrables.

Alfonso VI en auxilio del Cid

La noticia de la gran victoria fue velozmente llevada a Alfonso VI, dice Ben Alcama, alcanzándole cuando ya tenía andado gran parte del camino que seguía para socorrer a Rodrigo, y añade el historiador árabe que el emperador recibió su quinta parte del botín ganado. Esto confirma el verismo del *Poema del Cid* cuando dice que al día siguiente del combate envió mensaje al rey Alfonso con la gran tienda del rey de Marruecos y con doscientos caballos de su quinta, todos provistos de frenos y sillas y de sendas espadas colgadas a los arzones.

Alfonso, aprovechando el desconcierto de los almorávides tras esta primera derrota que sufrían después de ocho _años de éxitos continuos, no quiso licenciar la hueste reunida y se dirigió con ella a la región de Granada, devastando el territorio de Guadix, de donde recogió varias familias mozárabes para establecerlas en tierra de Toledo.

Por lo que a los vencidos se refiere, Yúsuf concibió una implacable irritación contra su sobrino; los demás generales, huidos a Játiva y a Denia, le escribieron en vano muy razonadas excusas; él ni contestarles quiso. Tardó mucho en resignarse a la explicación de la derrota como predestinada por Dios, y tardó en enviar dinero a Mohámmad para que se mantuviera en Játiva.

Notemos como epílogo a esta batalla del Cuarte: la invidencia moderna ha dicho que el Cid fue un desterrado anárquico y que los poderes orgánicos, los reyes cristianos, no se interesaron por la obra del expatriado. Puro desconocimiento de las noticias que nos da Ben Alcama sobre el socorro de Alfonso VI y sobre el quinto del botín debido al superior jerárquico; pura ignorancia también de la estrecha amistad del rey Pedro I de Aragón, que veremos pelear al lado del Cid en 1096, ignorancia de muchos otros hechos aquí ya referidos, y que luego referiremos, sin que debamos omitir ahora que Ramón Berenguer III se interesó tanto por la conquista de Valencia que se casó con la hija del conquistador, haciéndola condesa de Barcelona.

5. ALCÁDIR VENGADO

Pesquisa sobre la muerta de Alcádir

Luego que el Cid se vio libre del peligro almorávide, pensó en el imperioso deber político de no prolongar la impunidad de los asesinos de Alcádir. El partido español musulmán, sobre todo los muchos que habían tenido que abandonar la villa cuando la revolución de Ben Jehhaf; los que habían auxiliado al Cid desde el primer día del cerco y habían presenciado el juramento contra los regicidas pronunciado por Rodrigo, todos necesitaban que tal juramento se cumpliese; necesitaban ese apoyo moral frente al partido del cadí y frente al de los Beni Uéjib, ya que de parte de ambos habían sufrido persecución y vejaciones.

Además, muchos sospechaban de regicidio a Ben Jehhaf, entre ellos el Cid. Si Rodrigo conservaba en su puesto al cadí era con notorio desagrado; le molestaba la compañía de tal hombre. Ya sabemos que le tenía por un mentecato, muy inferior al puesto que ocupaba, y no podía descansar en la protesta de inocencia hecha por el cadí sin hacer patente quién otro había sido el asesino de Alcádir.

Para iniciar el proceso del asesinato había que descubrir el cuerpo del delito, el famoso ceñidor de la sultana Zobeida y las demás alhajas que se decía haber sido robadas sobre el cadáver del rey asesinado. Ben Jehhaf, al ser confirmado en su cargo de cadí, había jurado no poseer ese tesoro, por lo cual todas las dudas acerca del mismo se concentraban ahora fuera de Valencia, en el castillo de Olocau, uno de los dos adonde Alcádir, cuando vio acercarse la revolución, había enviado gran parte de sus riquezas; ese castillo se había rebelado contra el Cid, y en él podían estar las valiosas alhajas personales de Alcádir que se echaban de menos. Así, para esclarecer el asunto y para recobrar aquella parte del tesoro regio que le pertenecía según la capitulación, el Cid atacó el castillo de Olocau y lo tomó; repartió equitativamente con los suyos los bienes de Alcádir allí encontrados, pero entre aquellas riquezas no pareció el tesoro personal objeto de la pesquisa. Y una vez desvanecida esta duda, el Cid no tardó en descubrir que el tesoro en cuestión se hallaba escondido en poder de Ben Jehhaf.

El Cid decreta la prisión del cadí

Entonces, un día que los moros valencianos acudieron a la audiencia habitual, en el palacio del arrabal de Villanueva, ante el Cid, este les pidió que le entregasen preso a Ben Jehhaf; «pues ya es notorio —les dijo— cómo mató al rey vuestro señor, y no conviene que ningún traidor viva entre nosotros, porque su traición confundiría vuestra lealtad; ved, por tanto, en qué modo se cumpla este mandato mío».

Según el pacto firmado por los hombres principales de las dos religiones, el perjurio de Ben Jehhaf sobre el tesoro particular de Alcádir traía consigo que el Campeador no tuviese que seguir respetando al cadí y procediese a enjuiciarle; así varios magnates valencianos tomaron muchos hombres de armas y fueron a las casas de Ben Jehhaf. Hallaron resistencia; combatieron, quebrantaron las puertas, entraron violentamente, prendieron al cadí con su hijo y con muchos de sus partidarios y los llevaron todos ante el Campeador. Esto ocurría el 10 de febrero de 1095. Ben Jehhaf había conservado el puesto de cadí al lado del Cid durante ocho meses.

Rodrigo puso en estrecha prisión a Ben Jehhaf y mandó, además, prender a cuantos entendió que habían tomado parte en el asesinato de Alcádir.

Todas estas prisiones hechas por los moros adictos al Cid hubieron de producir, sin duda, episodios tumultuarios, ante la resistencia de los otros partidos. Lo cierto es que el Cid necesitó mayores garantías de seguridad, y cuando los prohombres valencianos acudieron otra vez al arrabal de Villanueva, ante él, les manifestó su decisión de ir a morar dentro de la villa, al Alcázar, y ocupar con sus cristianos, y no con los mozárabes de antes, todas las fortalezas; por lo demás, él les mantendría todas las costumbres y usos de la región musulmana, y ellos podrían labrar y criar libremente en sus heredades, pagándole solo el diezmo de los frutos.

Los moros se sintieron satisfechos e hicieron las peticiones que creyeron oportunas, las cuales les fueron otorgadas.

El Cid hizo luego su entrada en Valencia con su seña tendida delante de él y todas sus armas en pos de sí, llevadas en acémilas tras su caballo; le rodeaban todos los suyos con sus lanzas enhiestas, muy ordenadamente, haciendo grandes alegrías. Rodrigo se apeó en el Alcázar; los suyos en buenas casas alrededor, y en seguida la enseña cidiana ondeó en la más alta torre que el palacio tenía.

El Cid era así al presente tan dueño de Valencia como Alfonso lo era de Toledo: según las capitulaciones de la ciudad imperial, los moros conservaban sus casas, heredades y mezquita mayor, mientras Alfonso tenía el Alcázar (*praesidium civitatis*) y la Huerta del Rey, al otro lado del puente; de igual modo el Cid ahora tenía el Alcázar valenciano, y de antes tenía los jardines reales de Villanueva, al otro lado del río.

Así, a los ocho meses, el primer estatuto que el Cid concedió a Valencia, más liberal que el de Toledo, empezaba a ser restringido por la fuerza de las circunstancias.

Los prisioneros. Ben Jehhaf convicto

El Cid mandó que Ben Jehhaf fuese llevado a Juballa, donde le dieron tormento hasta hacerle confesar su crimen y su ocultación perjura. A los dos días volvieron a la prisión de los jardines de Villanueva, y allí el Cid le hizo escribir de propia mano un inventario de cuanto poseía, a fin de obligarle a declarar el tesoro más personal de

Alcádir, que no parecía entre los bienes del difunto rey. Ben Jehhaf asentó por escrito los preciosos sartales (uno de ellos el de la sultana Zobeida, como comprobaremos adelante), las sortijas y las demás riquezas que había tomado a su señor Alcádir cuando lo mató. El cuerpo del delito estaba allí declarado; Ben Jebhaf confesaba su regicidio. El Cid, según la solemne capitulación del año anterior, debla hacer morir al excadí.

Pero el Cid necesitaba más. Necesitaba todas las riquezas del rey, y Ben Jehhaf anotó también en aquel fatal inventario sus bienes particulares, ocultando muchos, que el Cid, muy irritado contra el prisionero, hizo buscar por las casas de los cómplices, descubriendo importantes escondrijos de oro, pedrería y toda clase de riquezas.

Ardía entonces en el alma heroica del Cid un resto del fuego que abrasaba a los antiguos héroes bárbaros, a Wálter, a Sigurd, en codicia violenta de tesoros; esta codicia era un carácter de los tiempos. La guerra no se hacia antes, principalmente, como hoy, para apoderarse de las regiones industriales, de las colonias que producen las primeras materias, de los mercados consumidores, en suma, para ganar medios de crear riqueza indefinidamente, sino que se hacía más que nada para poseer la riqueza ya producida y acopiada: valores que el ejército adversario llevaba consigo para su sostenimiento, tributos sobre pueblos de fácil esquilmo, castillos repletos de tesoros, como el de Olocau. Los acopios de riqueza hechos por el vencido eran el principal fin de la guerra para el vencedor, y el Cid no podía renunciar a los tesoros de Alcádir ni a los de Ben Jehhaf, después que este, convicto de regicidio y perjurios, no era sino un enemigo apresado; sus enormes riquezas debían repartirse entre los cristianos. Y el Cid las repartió equitativamente entre los suyos.

Ejecución de Ben Jehhat

Una vez que Ben Jehhaf estuvo convicto de su crimen, fue llevado juntamente con los otros presos al Alcázar.

Allí estaba reunida la corte de los cristianos y de los moros, en especial aquellos ante quienes el rey había jurado con falsedad, y el Cid, sentado en su estrado muy noblemente, mandó al nuevo cadí de la ciudad y a los moros principales que juzgasen según su ley la pena de quien había matado a su señor y había sido perjuro. El cadí juzgó que fuese apedreado, y los moros dijeron al Cid: «Esto fallamos en derecho; mas vos, señor, haced lo que tuviereis por bien; empero os pedimos merced por su hijo —pues niño es y sin culpa en lo que su padre ha hecho— que lo mandéis soltar». El Cid, por amor de ellos, perdonó al muchacho con tal que saliese de la ciudad, pues no quería que en ella morase hijo de traidor. «En cuanto a Ben Jehhaf añadió, nuestra ley de los cristianos prescribe que sea quemado». La sesión terminó levantándose los principales patricios moros para besar los pies y las manos del Campeador por la merced hecha al hijo del reo. Era de agradecer tal clemencia, dado el reinante

principio de solidaridad familiar en delitos y penas; las leyes y costumbres de aquel tiempo, cuando el fundamento más firme de la vida social venía a ser la fidelidad en el vasallaje, se encruelecían de tal modo contra los vasallos traidores, que toda pena parecía poca: no solo toda la familia del que conspiraba contra su rey era condenada a muerte, sino las mismas cosas inanimadas sufrían castigo: la casa del traidor debía ser destruida hasta los cimientos. El regicida (según nos dice el Fuero de Cuenca) debía ser quemado «con toda su familia»; y, según práctica de los antiguos pueblos mediterráneos, el reo era enterrado de medio cuerpo abajo antes de la cremación; en esta forma aplicaron el suplicio el cónsul Metelo en África el año 107 a. C., y el cuestor Balbo en Cádiz, año 43 a. C.

Ben Jehhaf fue llevado a ajusticiar a las afueras de Valencia. Allí se cavó un hoyo, donde el excadí fue enterrado hasta el pecho; los haces de leña puestos alrededor fueron encendidos, y cuando el fuego se propagó, el reo, exclamando «En el nombre de Alah, el clemente, el misericordioso», acercaba con sus manos los tizones llameantes, a fin de acelerar el momento en que el alma abandonase los atormentados miembros.

Esta justicia fue ejecutada en el mes de mayo de 1095.

He aquí el acto del Cid que ha tenido más desdichada suerte en manos de la historiografía árabe y de la arabista moderna.

El almoravidísta Ben Alcama acusa al Campeador por la muerte de Ben Jehhaf diciendo que la única causa de ella fue el odio del cristiano al cadí que había prolongado tanto el cerco de la ciudad. Es una defensa puramente retórica y superficial, pues olvida Ben Alcama lo que él mismo ha dicho antes, que el proceso contra Ben Jehhaf era «por haber matado a su rey» y que el Cid había jurado vengar el regicidio. Modernamente Dozy acusó al Cid de perjuro en no cumplir lo capitulado en la rendición de Valencia; para ello el docto arabista necesita falsear en tres puntos el relato de Ben Bassam que le sirve de base: l.º, quita al juramento exigido por el Cid a Ben Jehhaf el carácter de trámite previo para conservar al cadí en su cargo; 2.º, hace versar el juramento sobre riquezas en general, y no, según dice Ben Bassam, sobre un tesoro particular del rey asesinado, a quien Dozy no nombra ahora para nada; 3.º, coloca ese juramento *después* de la prisión de Ben Jehhaf, mientras Ben Bassam lo coloca *antes*, y precisamente el descubrimiento del perjurio fue causa de la prisión. A pesar de todo esto, nos sorprende Leví-Provencal repitiendo que la condenación del cadí fue «injusta e inhumana», cuando el mismo ilustre arabista descubrió y dio a conocer varios textos que le quitan la razón: l.º, una Historia de los Reyes de Taifas donde se dice que Ben Jehhaf, al entregar al Cid todos los tesoros de Alcádir, ocultó uno (el cuerpo del delito) y juró no tenerlo, descubriéndose más tarde su perjurio; 2.º, extractos de Ben Alcama afirmando que Ben Jehhaf mató a Alcádir, que fue procesado «porque mató a su rey», y que fue condenado según la ley de los cristianos a ser quemado vivo. El Cid estaba, pues, obligado a quemar al regicida y no fue en ello cruel. No llevemos ideas modernas a tiempos antiguos; al Cid no podía

ocurrírsele electrocutar a Ben Jehhaf.

El Cid cumplió su deber señorial de vengar la muerte de un fiel tributario. Pero el rigor que empleó, aunque legal, fue impolítico. Los sufrimientos y la muerte habían dignificado al reo, y la que el pueblo llama irónicamente «hora de las alabanzas» trajo para el desacreditado cadí elogios compasivos hasta de parte de sus mayores adversarios; el mismo Ben Táhir, el viejo ex rey de Murcia, olvidando sus antiguos deseos de castigo para el Zambo usurpador, le lloró retóricamente ahora, llamándole amparador de desvalidos, perdonador de ofensas y gobernante bondadoso.

Ya nadie quería recordar el egoísmo y la inepcia del difunto. Los más hostiles admiraban la resignada muerte de aquel a quien habían despreciado en vida; «quiera Dios —decía Ben Bassam— escribir los últimos sufrimientos del cadí en la página de sus buenas acciones y mirarlos como bastantes para borrar sus anteriores pecados».

Ben Jehhaf muerto pudo ser más dañoso al Cid que Ben Jehhaf vivo. El espíritu de rebelión musulmana disponía ya del alentador recuerdo de un mártir.

6. EL CID SE AFIRMA EN VALENCIA

Nuevas tentativas de Yúsuf. Rebelión de los valencianos

Los muchos que en Valencia habían medrado con las arbitrariedades de Ben Jehhaf, unidos a los intransigentes secuaces de los Beni Uéjib, mantenían su esperanza de liberación fija en los almorávides, mientras estos, por su parte, aprovechaban cualquier ocasión para intervenir en las dos grandes ciudades recién caídas en poder de los cristianos: Toledo y Valencia.

Según dice poéticamente Ben Bassam, «Valencia era para Yúsuf como una mota en el ojo, que estorbaba todo su vivir: no podía pensar sino en ella; ella ocupaba su lengua y sus manos; envió tropas, envió dinero para recobrarla, y los resultados de estas tentativas fueron muy desiguales». Parece que, apoyando una reacción almorávide cualquiera, hubo en Valencia una rebelión el año 1095. El Cid, después de reprimirla, dejó estar en sus casas a todos los moros leales, pero hizo que los rebeldes fuesen a vivir a los arrabales donde estaban los cristianos y que estos entrasen a morar en la ciudad.

Esta población cristiana trajo pronto un nuevo cambio: la ocupación de la mezquita mayor y su dedicación al culto cristiano. Esto lo hizo el Cid enseguida, en el año 1096. El emperador Alfonso había también cristianizado la mezquita mayor de Toledo unas semanas después de la rendición, a pesar del pacto de respetar el santuario moro.

Valencia del Cid, sometida al Imperio hispano

Ocupados el Alcázar, parte del caserío y la mezquita mayor, a los dos años de la rendición, los cristianos son verdaderos dueños de Valencia, y lo primero que hace el Cid como señor absoluto de la ciudad es reiterar la declaración de su vasallaje respecto del emperador, reconociendo ante los moros «el señorío del rey Don Alfonso de Castilla, mi señor, a quien Dios mantenga por muchos años»; declaración recogida por el historiador Ben Alcama, que se corresponde con la expresada en el antiguo *Poema*, donde Alvar Háñez, por mandato del Cid, ofrece la recién ganada Valencia al rey:

«razónase por vuestro vasallo e a vos tiene por señor».

El Cid, que había renunciado al derecho de guerrear al rey que le destierra, se había obstinado siempre en ser su vasallo. Ahora le ofrece un soberbio antemural contra los almorávides, desde donde le servirá con sus huestes y con la vida misma de su hijo.

El estatuto definitivo de los moros

Los primeros ordenamientos o pactos que el Cid fue estableciendo con los vencidos valencianos en los días inmediatos a la rendición están inspirados en una política nueva de la mayor benevolencia, muy característica del conquistador castellano: el Cid quiere que los moros de la ciudad y los cristianos establecidos por los arrabales convivan, sin despojo alguno, en un régimen de vasallaje, dentro de la escrupulosa justicia que él practicaba.

Ahora bien, esta primera política del Cid, la convivencia sin despojo, se estrella al sobrevenir un cambio de circunstancias. Los almorávides, al señorear a los moros españoles, ahondan el carácter racial de la lucha entre moros y cristianos, y persiguiendo a los mozárabes, excitan el odio religioso. El régimen de vasallaje sin despojo tiene que sufrir restricciones.

Aleccionadas con tales experiencias, las capitulaciones del siglo XII, implantadas por Alfonso el Batallador, para Tudela en 1115, para Zaragoza en 1118, e imitadas por el conde de Barcelona para Tortosa en 1148, vienen a ser un trasunto del definitivo estatuto de Valencia y en parte del de Toledo. Así, dejan a los moros vencidos su cadí y demás magistrados, exigiéndoles fidelidad; les dejan sus heredades, tributarias del diezmo; les respetan sus leyes y usos; prohíben la existencia de cautivos dentro de la ciudad; todo como el Cid hizo en Valencia. Pero, además, si bien dejan que los moros continúen viviendo en sus casas y orando en su mezquita mayor, como hicieron al comienzo de su conquista el Cid y Alfonso en Toledo, no esperan que la expulsión de los moros a los arrabales y la consagración de la mezquita se produzca anormal y tumultuariamente, como se produjo en Valencia y en Toledo, sino que esas capitulaciones, adelantándose a los sucesos, los prevén y los regulan dentro de un plazo: pasado un año después de la rendición, los moros deberán abandonar sus casas y su mezquita, y se irán a vivir a los arrabales de fuera de los muros. Según estas capitulaciones del siglo XII, los moros de Tudela, Zaragoza y Tortosa, después de un año de su rendición, quedaban en situación igual a la que tuvieron los moros de Valencia a los dos años de haberse rendido; pero con esta ventaja: que tal situación sobrevenía en Tudela, Zaragoza y Tortosa de un modo pacífico, gracias a la experiencia y a la previsión consiguiente, mientras que en Valencia había sido resultado de disturbios.

Para explicar la influencia cidiana que descubrimos en estas capitulaciones del siglo XII, debe advertirse que el implantador de ellas, Alfonso el Batallador, cuando joven estuvo con el Cid en Valencia, según vamos a ver; allí debió de hablar con el castellano acerca de la condición de los moros vencidos, y en esas pláticas se hubieron de inspirar las capitulaciones de Tudela y Zaragoza; luego, estas últimas fueron copiadas para Tortosa por Ramón Berenguer, hijo de un yerno del Campeador.

7. NUEVAS VICTORIAS Y CONQUISTAS

Pedro I va en auxilio del Cid

Muy íntimas fueron las relaciones que con el Cid mantuvieron siempre el rey Pedro de Aragón y su hermano el infante Alfonso.

Pedro acababa de apoderarse de Huesca (26 noviembre 1096) después de un larguísimo cerco y después de la batalla de Alcoraz, en que venció al rey de Zaragoza y al auxiliar de este, el conde García Ordóñez, que venían a socorrer a la ciudad sitiada. Cuando todos estaban ocupados en organizar la ciudad recién ganada, llegó a Huesca un mensajero del Cid que venía a pedir socorro contra una nueva amenaza de los almorávides por el sur de la región valenciana. Los ricos hombres navarros y aragoneses, cansados del larguísimo cerco y de la reciente batalla que habían tenido que soportar, no querían ir a Valencia; pero el rey Pedro, hombre sin pizca de egoísmo, más admirable aún por la sencillez del ánimo que por su inquebrantable esfuerzo, aborrecía la idea de faltar al pacto hecho con el Cid y repugnaba esquivar tan gran servicio de Dios cual sería ayudar a que no se perdiese el mejor caballero cristiano; así que en presencia de toda su corte prometió al mensajero del Campeador que dentro de doce días estaría en Valencia. Y diciendo y haciendo, dispuso cómo Huesca quedase bien guarnecida, y con parte de las gentes de Navarra y Aragón que acababan de vencer la batalla contra Mostain se encaminó hacia las costas de Levante. Con él iba también su hermano Alfonso. Este infante Alfonso, futuro rey *Batallador*, futuro conquistador de Tudela y Zaragoza, el que había mandado la vanguardia en Alcoraz, iba ahora a aprender al lado del Cid cómo había que tratar a los moros sometidos y lo que era la táctica almorávide, que tan funesta le había de ser en Fraga andando el tiempo.

El socorro llegó a Valencia antes de loe doce días prometidos. Los aragoneses, al ayudar al Campeador, prevenían el peligro que a sus propias fronteras había de traer la invasión africana.

Socorro de Peña Cadiella

El Cid recibió en Valencia con los mayores honores a su regio huésped, y juntos ambos, llevaron sus huestes a socorrer el castillo de Peña Cadiella. Este castillo, que el Cid, en 1091, había reedificado para guardar los dos únicos pasos, el de Játiva y el de Gandía, que dan entrada a la llanura de Valencia por el Sur, se hallaba entonces sin recursos para sostenerse si los almorávides de Denia rebasaban la sierra de Benicadell, que el castillo defendía.

Para llegar a Peña Cadiella escogió el Cid el camino más corto, el de Játiva. Pero

al acercarse a esta ciudad halló que había salido a cerrarles el paso el sobrino de Yúsuf, Mohámmad, el vencido en el Cuarte, que guarnecía a Játiva y tenía preparado un considerable ejército de 30 000 jinetes, almorávides y andaluces, muy bien equipados de todas armas. Al sur de Játiva, los montes oprimen el valle, y en un espacio como de media legua apenas dejan entre sí más anchura que la meramente precisa para que pasen casi juntos el río y la calzada romana; los almorávides estaban apoderados de las alturas que dominan el camino, y el avance de loe cristianos era arriesgado por demás.

Pero el Cid avanzó. Los moros, desde los montes, ululaban estruendosamente sus alaridos guerreros, mientras los cristianos desfilaban; y, sin embargo, en todo aquel día no bajaron a trabar combate, sea que el Cid se hubiese asegurado ocupando alguna posición, sea acaso que los moros creyesen preferible no atacar entonces, para que el Cid no se volviese atrás y pasase a la región montañosa, donde fácilmente le encerrarían y aniquilarían.

Así, el Campeador y el rey Pedro llegaron ilesos al valle de Albaida. Enviaron cabalgadas a un lado y a otro, recogieron ganado y víveres por la comarca y lo metieron todo dentro de los recintos murados de Peña Cadiella, dejando sus fortalezas copiosamente abastecidas.

Batalla de Bairén

Pensando volver a Valencia, el Cid escogió el camino más largo para evitar las angosturas de Játiva, donde quedaba el ejército enemigo. Guio, pues, hacia el mar y asentó su campo, con el del rey Pedro, frente a las alturas de Bairén.

Allí también el paso era difícil. El castillo arruinado de Bairén ocupa hoy las cumbres con tres cuerpos de fortificaciones y luego envía sus murallas y sus torres hacia abajo, hasta bordear el camino, el cual pasa estrechado entre el monte, por un lado, y la tierra pantanosa, por el otro; toda aquella costa es hoy una llanura de encharcados marjales, donde crecen las cañas y se cultiva el arroz; pero, en tiempos del Cid, el mar (que se va retirando de toda la costa valenciana visiblemente cada año) debía de llegar casi hasta el dicho camino, pues todavía en el siglo XIII las galeras podían arribar a la rábida de Bairén. El paso tan difícil para el Cid es hoy bastante ancho, aunque no tanto como el de las Termópilas, tan difíciles para Jerjes, que son hoy irreconocibles por el ensanche que les trajeron los aluviones.

Puestos en las dificultades de este paso, los cristianos del Cid y del rey Pedro se dirigían hacia el cabo y las fortificaciones de Cullera, que veían a lo lejos blanquear en el horizonte, prometiéndoles allá el camino despejado para Valencia; pero antes de salir de las estrechuras, en lo más peligroso de ellas, encontraron a Mohámmad, con todo su ejército preparado al combate. Las tiendas de los musulmanes se hallaban al pie del gran monte Mondúber, que próximo a la costa se eleva hasta 840 metros y cuyas estribaciones bordean la calzada por Occidente; desde las alturas los moros

hostilizaban a los expedicionarios con toda clase de armas, mientras por Oriente, en los esteros del mar, había apostados muchos navíos africanos y andaluces, que dominaban el camino con tiros de ballesta. El paso estaba así cerrado de mucha peor manera que a la venida por Játíva, a causa de la cooperación de la flota enemiga, y entre los cristianos cundió el desaliento o el terror. Pero Rodrigo acertó a vislumbrar en aquella negra realidad la victoria; vistió la loriga, montó sobre su caballo de guerra y empezó a recorrer los escuadrones reacios. Una vez más el prodigio cidiano se obró; la confianza en los planes infalibles del caudillo sustituyó al desconcierto anterior, y todos fueron entrando en batalla. Al mediodía, el rey Pedro y Rodrigo, con el grueso de las tropas, acometieron tenazmente, y al fin los musulmanes comenzaron a retroceder, luego a huir. Su derrota fue increíble, como la del Cuarte; muchos perecieron a espada, muchos murieron al querer pasar el río Jaraco, y la gran mayoría de ellos, tratando de refugiarse en la flota, se anegaron en los marjales y en las aguas del mar.

Los cristianos recogieron el abundante botín; la parte más notable de él eran los caballos, los mulos y las armas del bien equipado ejército musulmán.

Vueltos a Valencia los cristianos, ya en seguridad, descansaron allí pocos días. Tocaba ahora al Cid auxiliar al rey Pedro, y los dos juntos se dirigieron al norte, a las playas de Castellón, donde el rey aragonés ya sabemos que mantenía algunos castillos como puestos de retaguardia contra los almorávides, y donde uno de ellos, el de Montornés, se había rebelado. Los aliados sitiaron ese castillo, lo tomaron y redujeron a sumisión. Hecho lo cual, el rey Pedro se dirigió a sus Estados, y el Cid se tornó a Valencia (enero 1097).

Desastre de Alfonso en Consuegra

El emperador Alfonso, entretanto, reducido a una defensiva, se veía otra vez en peligro.

Yúsuf había pasado el estrecho por cuarta vez, y se hallaba en Córdoba, dispuesto a hostilizar la comarca toledana. Alfonso acudió al encuentro. El Campeador le envió su hijo Diego (joven como de veintidós años), acompañado de una hueste; él no podía abandonar a Valencia, según se revela su pensamiento en versos del antiguo juglar, escritos con otro motivo:

> *e yo fincaré en Valencia, que mucho costado m'ha:*
> *grand locura serie si la desemparás.*

Por su parte, el Emir al-muslímín, esquivando encontrarse otra vez en persona con el emperador cristiano, encargó la expedición al general Mohámmad Ben Alhay, a quien confió un fuerte ejército de almorávides y andaluces de toda la Península: «Si Dios ha decretado que sean vencidos —decía el piadoso y cauto Yúsuf—, yo quedo

detrás de ellos como un manto para cubrir su retirada».

Apenas los musulmanes invadieron la frontera de Toledo, se encontraron a Alfonso delante de Consuegra. También ahora la táctica almorávide fue desastrosa para los cristianos; «en la vanguardia de estos —según el *Kitab al iktifá*— arrojó el Todopoderoso la confusión», y los musulmanes los desbarataron completamente. Allí quedó muerto el hijo del Campeador. Este desastre ocurrió el sábado 15, día de la Virgen de agosto, de 1097; el rey Alfonso entró fugitivo en Consuegra, y los almorávides le cercaron durante ocho días, al cabo de los cuales se retiraron.

Un nuevo revés sobrevino en la comarca de Toledo. Yúsuf, antes de regresar al África, envió a su hijo Ben Ayixa, el gobernador de Murcia, hacia las proximidades de Cuenca; el general almorávide peleó con Alvar Háñez, que tenía el mando de aquella región desde las fortalezas de Zorita y Santaver, y le derrotó saqueando el campo cristiano y cogiendo un cuantioso botín.

Nueva invasión almorávide en Valencia. Derrota de Alcira

Después de vencer en Cuenca, Ben Ayixa se dirigió contra el dominio del Cid. A pesar de la derrota de Bairén, los almorávides no podían olvidar a Valencia, «la mota en el ojo de Yúsuf». Ben Ayixa se encaminó a Alcira; allí encontró una división del ejército del Campeador, a la cual causó pérdidas casi exterminadoras.

Cuando los fugitivos de Alcira llegaron a Valencia, la aflicción del Cid fue cercana a la muerte. El desastre sufrido por los vasallos, la pérdida del hijo, unida a las derrotas del rey y de Alvar Háñez, se amontonaban pesadamente en su ánimo como excesivo rescate de dolor que ahora le era exigido por la ventura de toda una vida de prodigiosas victorias. La muerte del hijo único no era entonces solo la falla de la propia eternización a través de las generaciones futuras, ese extremo dolor de desesperanza se ensanchaba aún por representar, además, una irreparable quiebra de fuerza social: la familia era sentida entonces no solo en su intimidad doméstica, sino como necesaria organización en apoyo mutuo de sus individuos contra los ataques de los demás, y sobre todo como garantía de la venganza, obligada sanción de cualquier ultraje, y cuya carencia absorbe en el Romancero todo el pesar del viejo padre que busca por el campo de batalla el cadáver querido:

maldita sea la mujer que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan, no tiene quien lo vengare.

El Cid toma a Almenara

Pero el Cid estaba aún en edad de vengar sobre los almorávides a su hijo.

Explorando una vez el Cid la comarca de Valencia para guardarla de sus enemigos, supo que el alcaide almorávide de Játiva había sido acogido por los

alcaides de Murviedro y de Almenara. Tras él fue el Cid; puso cerco a la villa desleal de Almenara, la tomó al cabo de un sitio de tres meses, y a todos los que dentro de ella se rindieron les hizo desalojar, permitiéndoles marcharse libremente (diciembre de 1097?).

Allí empezó a edificar una iglesia, consagrada a la Virgen, en acción de gracias por la victoria, y luego salió de Almenara diciendo a todos que iba a descansar en Valencia.

Ante Murviedro

Mas cuando la hueste cristiana llegó a la sombra de Murviedro y pasaba por bajo de aquella cumbre coronada de inmensas fortalezas, espesas torres y muros milenarios («Muro Viejo»), testigos ya de luchas ibéricas y cartaginesas, el Campeador levantó la mano, deteniendo a sus caudillos: no entrarían en Valencia hasta no apoderarse de Murviedro y hacer allí celebrar la misa.

Inmediata, repentinamente, la villa y la fortaleza de fidelidad tan poco firme fueron sitiadas por los del Cid, y ya sin cesar fueron combatidas en asaltos a espada y con máquinas de asedio. Los sitiados vieron cerrada toda entrada o salida; y sufriendo ya el hambre, entraron en negociaciones con el Cid para impetrar de él un plazo durante el cual ellos enviarían a pedir socorro a cuantos les podían ayudar: «Si en ese plazo nadie viniese a librarnos de tus manos, seremos tuyos y a ti serviremos; pero ten entendido que siendo la fortaleza de Murviedro de gran nombradía en el mundo, no la podemos entregar desde ahora; antes que rendirnos sin que se nos conceda un plazo, todos nosotros moriremos, y solo después de muerto el último podrás tú entrar en ella». El Cid, siempre dispuesto a conceder a sus enemigos los medios de convencerse de su impotencia, reconoció que Murviedro, por su importancia militar, que la hacia capital de todo el distrito musulmán valenciano, merecía un plazo, y, seguro de que nada les había de valer, les concedió treinta días, esto es, del 1 al 30 de abril de 1098.

El plazo de auxilio

Los moros de Murviedro despacharon acuitadamente mensaje tras mensaje: al emperador africano Yúsuf; al hijo de este, alcaide de Murcia, y a otros emires almorávides; al rey Alfonso; a Mostain de Zaragoza; al rey Ben Razín, más obligado que nadie por ser suyo el castillo; al conde de Barcelona. Y mientras el plazo se iba pasando, los mensajeros tornaban a Murviedro con estas respuestas: Alfonso les enviaba a decir, sin más, que no contasen con él, pues más quería que Murviedro fuese de Rodrigo que de cualquier rey moro. Mostaín, a quien el Cid había tenido la precaución de apear de sus constantes ambiciones, amenazándole de muerte si se

movía en auxilio de los sitiados, les contestó que se animasen y se mostrasen dignos combatientes contra el fuerte enemigo que tenían, pero que él por su parte no estaba dispuesto a dar batalla a un guerrero invencible. Ben Razín les enviaba también muy estimables consejos para que resistiesen cuanto más pudiesen, pero que él no podía auxiliarles. Los alcaides almorávides respondieron mejor: irían todos, se hallaban muy animosos para socorrer a Murviedro… mas era preciso esperar que Yúsuf, el Emir de los muslimes, pasase el mar, pues sin él estaban convencidos que no podían aventurar un combate con el Campeador. De Yúsuf ignoramos lo que contestó; pero, según fue público cuando el socorro de Valencia, de lo que menos tenía gana el poderoso emir era de encontrarse con el tirano Rodrigo, para quien imploraba devotamente las maldiciones de Alah. Por último, el conde de Barcelona respondió cosa mejor a los sitiados. Ya no era conde el amistado enemigo del Cid que tanto nos ha preocupado: Berenguer hacia poco que, acusado del asesinato de su hermano, según ya indicamos, había sido retado ante la corte del emperador Alfonso y, convicto allí como traidor, se había expatriado a Tierra Santa; al presente era conde su sobrino, el hijo de la victima, llegado ya a mayor edad, el que fue llamado Ramón III *el Grande*. Este, correspondiendo al entusiasmo de sus dieciséis años y a un cuantioso tributo que había recibido de los de Murviedro, les envió a decir algo sinceramente alentador: «Sabed que, aunque no me atrevo a pelear con Rodrigo, iré a cercar su castillo de Oropesa, y cuando él venga a combatirme, vosotros podréis abasteceros de víveres abundantemente».

Y el conde, bajando a las playas de Castellón, cumplió su palabra. Solo que el Cid tomó a broma aquella agresión, y no pensó en ir a socorrer a los de Oropesa: bastó que un caballero diese un día en el campo del marqués-conde la falsa noticia que Rodrigo venía a combatirles, para que el joven Ramón, sin pararse a averiguar la verdad, levantase a escape el cerco y se volviese a su tierra, muy creído de que ya había ayudado bastante a los sitiados.

Nuevos plazos. Murviedro se rinde a discreción

Pasados así los treinta días de plazo, el Cid pidió a los de Murviedro la entrega del castillo, pero ellos, mintiendo, le dijeron que aún no habían vuelto los mensajeros enviados a pedir socorro, y por eso le suplicaban nueva tregua. Aunque bien sabía el Cid que hablaban falsedad, les otorgó lo pedido: «Os concedo otros doce días más de plazo, para que a todos sea manifiesto que no temo a ninguno de vuestros reyes; ninguna excusa tendrán así para no venir a socorreros. Pero en verdad os digo que si pasados los doce días no me entregáis el castillo inmediatamente, a cuantos de vosotros pueda haber a las manos os haré quemar vivos o degollar sin compasión».

De poco sirvió la amenaza, pues cuando, pasado el segundo plazo, exigió el Cid la entrega (12 mayo), los de Murviedro, abrigando una última esperanza de socorro, dijeron que pues estaba tan cerca la Pascua de Pentecostés (aquel año caía en 16 de

mayo), en ese día tan solemne para los cristianos rendirían ellos su castillo a discreción y arbitrio del vencedor, cuando ningún rey moro quisiera venir en su ayuda. El Cid asintió, porque les iba a fijar condiciones que necesitaban más tiempo: «Bien está, yo no entraré en vuestro castillo ni aun el día de Pentecostés; os añado otros cuarenta días, hasta la fiesta de San Juan, pero este plazo será ya no solo para que me rindáis las fortalezas, sino para que me vaciéis la ciudad: durante él, tomad vuestras mujeres e hijos y todas vuestras riquezas e idos en paz con todo lo vuestro adonde bien quisiereis; de igual modo me vaciaréis el castillo, donde yo, con merced de Dios, entraré el día de San Juan». Los moros, al escuchar que podían llevarse sus riquezas muebles, dieron al Cid rendidas gracias por la misericordia que con ellos usaba.

Llegado el día de la Natividad del Bautista (24 de junio de 1098), el Cid envió delante sus caballeros para que subiesen al monte del castillo y ocupasen las extensas fortificaciones. Cuando en las torres más altas resonaron los gritos de alegría y las acciones de gracias que al cielo elevaban los ocupantes cristianos, el Campeador en persona entró con sus capitanes a la fortaleza, y en una de sus grandes plazas hizo cantar la misa y ordenó construir allí una buena iglesia, dedicada a San Juan.

Dueño el Cid en absoluto de la excepcional fortaleza de Murviedro, el territorio valenciano quedaba en completa seguridad.

CAPÍTULO V

MÍO CID EL DE VALENCIA

1. EL CID RESTAURADOR DE CRISTIANDAD Y EUROPEÍSMO

El obispo mozárabe

En cuanto el Cid hubo consolidado su dominio levantino con la ocupación de Murviedro, pensó en completar la organización cristiana de Valencia, restaurando en ella el Obispado.

Desde antiguo los mozárabes valencianos conservaban un obispo al frente de su clero. Hemos visto que el Cid, en 1090, cobraba un tributo para el obispo mozárabe, y que este abandonó Valencia cuando sobrevino la revolución de Ben Jehhaf.

El arzobispo de Toledo y don Jerónimo

Como la cristiandad mozárabe estaba muy decaída, el Cid pensaba ahora en levantar su nivel, y lo mismo que el rey Alfonso, aun con más motivo que este, volvía sus ojos a los cluniacenses. Pidió consejo a Bernardo de Sédirac, aquel cluniacense a quien, en el Concilio de Burgos de 1080, había conocido como abad de Sahagún, y a quien había tratado después, en Toledo, como arzobispo. A este debía dirigirse el Campeador, siendo Valencia una diócesis sufragánea de Toledo desde los tiempos romanos y visigóticos.

Ese don Bernardo, volviendo de un viaje por su tierra del sur de Francia, trajo consigo una porción de clérigos jóvenes y doctos que allí pudo escoger, para llenar con ellos varios puestos de la Iglesia toledana, de la cual salieron después a ocupar las más importantes sedes. De Moïsac (monasterio muy hispanizante) trajo a Giraldo, que luego fue arzobispo de Braga y llegó a ser canonizado; de Bourges trajo a Pedro, que más tarde ocupó la sede de Osma y fue también santo; de Agen, a Bernardo, a Pedro y a Raimundo, que luego ocuparon respectivamente las sillas episcopales de Santiago, Segovia y Toledo; de Périgord trajo a Jerónimo, quien, más aventurero y más lleno de las ideas de cruzada, prefirió ir a Valencia a compartir los peligros con el Campeador.

El historiador Rodrigo Toledano da fama a estos monjes franceses como «viros litteratos», y el juglar del Cid ensalza también a don Jerónimo como «bien entendido

en letras», pero además añade que era «mucho esforzado» y que pedía al Campeador la honra de herir los primeros golpes en las batallas:

por esso salí de mi tierra e vin vos buscar,
por sabor que avía de algún moro matar:
mi orden e mis manos querríales ondrar.

Así, es de creer que combatió realmente don Jerónimo en los cercos de Almenara y de Murviedro, toda vez que debió llegar a Valencia en el año 1097, enviado por el arzobispo de Toledo.

El Cid acogió bien, desde luego, a don Jerónimo y le hizo alguna donación personal: sabemos que le dio una almunia o huerto en el territorio de Juballa.

Dotación de la catedral valenciana

En el año 1098, después de la ocupación de Murviedro, se dedicó el Cid a reformar magníficamente la mezquita mayor de Valencia, cristianizada en 1096, para hacerla iglesia catedral con advocación de Santa María, destinándola al clérigo francés.

En esta iglesia fue don Jerónimo elegido por el clero y el pueblo, aclamado canónicamente obispo, según los usos de entonces. Ordenado después por el papa Urbano II con especiales exenciones, celebró en la mezquita-iglesia la misa episcopal. El historiador cidiano describe la memorable ceremonia recordando «las melodiosas laúdes y el dulcísimo canto de los coros que a todos enfervorizaban y hacían bendecir con devota exaltación a Cristo, a quien pertenece el honor y la gloria por los siglos de los siglos».

En tan solemne fiesta, el Cid («Ego Rodericus Campidoctor et Princeps») dotó la nueva sede episcopal con ricas alhajas para el culto y con muchas heredades, villas y almunias en los términos de Valencia, Alcira, Juballa, Murviedro, Almenara y Burriana; concedió, además, facultad a todos para que pudiesen donar heredades a la iglesia, aunque al convertirlas en exentas de tributo perjudicasen las rentas del Cid como señor del territorio. El diploma de esta donación va ornado con un exordio que comparte y emula el grandilocuente espíritu de reconquista cristiana expresado en los diplomas regios relativos a la restauración de las catedrales de Toledo (1085) y Huesca (1096). En ese exordio, declaración solemne del alto ideal de cruzada que el Cid se proponía en sus empresas, se refiere cómo España, por sus grandes pecados, cayó en servidumbre bajo la cruel espada de los hijos de Agar, hasta que, pasados cerca de cuatrocientos años de tanta calamidad, el Padre Eterno, apiadado de su pueblo, suscitó al invictísimo príncipe Rodrigo Campeador como vengador de tanto oprobio y propagador de la religión cristiana; el cual, tras muchas y eximias victorias que el Cielo le concedió, pudo conquistar la opulentísima y populosa ciudad de

Valencia, y después de vencer rápida y prodigiosamente un innumerable ejército de almorávides y de bárbaros de toda España, consagró la mezquita en iglesia y la dotó para el obispo Jerónimo.

Lleva el diploma una confirmación de puño y letra del Cid, tanto más preciosa cuanto es casi total la falta de autógrafos de la época. Aunque no creamos aún en la grafología, ese par de líneas evocan imperiosamente para nosotros el espíritu del autor de ellas, y la jubilosa solemnidad en que fueron escritas: los recios trazos de la pluma del guerrero, muy desiguales en tamaño, caen sobre el pergamino con creciente vigor y seguridad de pulso, rebeldes a la línea del renglón, en dirección ondulante, misteriosamente dóciles a las inquietudes del pensamiento que mueve la mano: *Ego Ruderico, simul cum conjuge mea, afirmo oc quod superius scriptum est*; la sencilla fórmula, trazada en momento de religiosa tensión de un alma heroica, nos produce la honda impresión de inestimable reliquia, huella inmediata, la única que subsiste a través de los siglos, de aquella mano invencible que detuvo la inundación almorávide, que moldeó fronteras y reinos, que impuso justicia a desafueros regios y nobiliarios.

2. LA CORTE DEL CAMPEADOR

Los caballeros castellanos, leoneses, portugueses y aragoneses

No se conserva otro diploma otorgado por el Cid en Valencia sino este, y en él firman únicamente unos desconocidos, Muño, Martín, Fernando, que sin duda todos son clérigos, ya que ninguno usa el patronímico caballeresco. La *Historia Roderici*, por su parte, se guarda muy bien de nombrar a ninguno de los capitanes del Campeador, pues sigue el estilo de las viejas crónicas reales, que, para concentrar servilmente el interés en la persona del monarca historiado, no mencionaba a ningún otro personaje del reino. Y siendo esto así —digámoslo de pasada—, el hecho de que la *Historia Roderici* no mencione jamás a Alvar Háñez no puede ser argumento, como alguien ha podido creer, para pensar que el sobrino del Cid no asistió en el destierro a su tío, ora al comienzo, ora alguna vez en Valencia.

Debemos una vez más acudir al viejo *Poema* para buscar en él una información supletoria, como casi coetáneo que es al héroe. En él hallamos que la *cort* de Mio Cid en Valencia, esto es, la reunión de los vasallos que acompañan más de continuo al señor en las salas del alcázar, está formada por el obispo don Jerónimo, por Alvar Háñez y por «muchos que crio el Campeador». La parte esencial de la corte era, pues, la mesnada familiar, que ya hemos descrito gracias al mismo poema, compuesta de parientes, como el alférez de la hueste cidiana Pedro Vermúdez, o de criados, como Muño Gustioz («en buen ora te crie, a ti en la mi cort»), noble asturiano casado con una hermana de Jimena. Se componía también de vasallos allegados desde antiguo, como el burgalés Martín Antolínez o Alvar Salvadórez, el hermano del conde Gonzalo, traicionado en el desastre de Rueda.

Esta corte, más intima, centro de la fidelidad vasallal, comparte cordialmente todos los sentimientos de su señor: el éxito de la guerra, una afrenta recibida, la responsabilidad de una decisión. El matrimonio de sus propias hijas antes lo consulta el Cid con sus sobrinos Alvar Háñez y Pedro Vermúdez que con Jimena.

A estos personajes, de que nos da noticia la poesía coetánea, podemos asociar otro que conocemos por documentos históricos: Martín Fernández, alcaide de Peña Cadiella, el cual, a juzgar por su apellido, también debía de ser castellano como los de la mesnada.

Pero la corte del Cid no era cerradamente castellana, ni mucho menos. Por Ben Alcama sabemos de los cuatro caballeros aragoneses que guarnecían a Valencia con los castellanos, cuando la revolución de Ben Jehhaf, y el viejo *Poema* nos dice que el aragonés Galind García, señor de Estada, compartía con el castellano Alvar Salvadórez la guarda de la ciudad. Coincidencias así nos dan gran fe en el verismo de ese poema, que de veintiocho caballeros cristianos por él puestos en juego,

veinticuatro está comprobado que existieron realmente en tiempos del héroe, y de los otros cuatro nada consta en contrario. Ese verismo nos prueba la gran antigüedad del *Poema*, su casi coetaneidad con el Cid.

El *Poema* debe, pues, acertar por igual cuando nos dice que también estuvo con el Cid el caballero portugués Martín Muñoz de Montemayor. Los diplomas nos aseguran que existió efectivamente Martín Muñoz, y nos dan a conocer algo de su vida. Fue yerno del aluazir mozárabe Sisnando, primer conde de Portugal, y a la muerte de este, en 1091, fue él hecho conde de Coimbra. Mas luego, ya en febrero de 1094, encontramos a Martín sustituido en Coimbra por el conde Ramón de Borgoña, el yerno del rey, que gobernaba toda Galicia y Portugal. Martín Muñoz entonces no figura sino como gobernador de Arouca, en agosto de 1094, y después abandonaría Portugal para ir al lado del héroe que llenaba a España con la fama del obstinado asedio y de la conquista de Valencia.

La expatriación, el apartamiento de la Castilla cortesana, amplía la acción del Cid, extendiendo el poder atractivo de su fama sobre gentes de todas partes: «Allegóse a él —dice Ben Alcama— muy grand gentío, porque soían decir que quería entrar a tierra de moros». Alcanza entonces su carácter plenamente hispánico. Es esencial que en la hueste del desterrado cooperen, para la empresa común, al lado de los castellanos, al asturiano Muño Gustioz, los caballeros aragoneses de Sancho Ramírez y de Pedro I, y los portugueses del conde de Coimbra y Montemayor. Ya lo comprende así el primitivo *Poema*:

¡Cuál lidia bien sobre el dorado arzón
mio Cid Rui Díaz, el buen lidiador;
Martínez Antolínez, el burgalés de pro;
Muño Gustioz, que so criado fo;
Galin Garciaz, el bueno de Aragón;
Martín Muñoz, que mandó a Mont Mayor!

Estos heroicos versos, con brevedad de lema heráldico, pudieran ser para los españoles lo que el homérico catálogo de las naves para los helenos. Las empresas cidianas, en que cooperan caballeros de tantas regiones, representan, aunque de iniciativa particular, el primero de esos amplios movimientos de solidaridad hispana que después se produjeron en los momentos más difíciles de la Reconquista, asociado entre sí a los diversos Estados peninsulares.

Los de Carrión y las hijas del Cid. Poesía y realidad

La *Historia Roderici* ni siquiera nombra a las hijas del héroe. En cambio, los matrimonios de esas hijas son el asunto del primitivo *Poema*, al cual por fuerza hemos de volver siempre los ojos cuando deseamos conocer algo de la vida intima

del Cid.

Pero es el caso que, siendo el poema tan verista en su fondo y en su trama general, fluyendo todos sus episodios por entre personajes que realmente han existido y que han vivido poco más o menos como el poema dice, no obstante, en la parte referente a dichos matrimonios es donde nos parece que se aparta francamente de la realidad verdadera, relatando cómo los infantes de Carrión, los hermanos Diego y Fernando González, se casaron con las hijas del Cid, cómo las abandonaron luego y fueron por ese abandono infamados en la corte del rey Alfonso. Mas el carácter de ficción que este relato ofrece acaso sea más bien aparente que fundado; por de pronto, los dos infantes de Carrión, que los historiadores calificaron de tipos anacrónicos o inexistentes, he hallado que son personajes reales y coetáneos de las hijas del Cid.

Dos jóvenes Diego y Fernando González aparecen a menudo juntos, como hermanos, en las suscripciones de los diplomas, siguiendo muy asiduamente la corte del rey Alfonso entre los años 1094 y 1105; van por lo común en compañía de Pedro Ansúrez, conde de Carrión, y de García Ordóñez, conde de Nájera, y de Alvar Díaz, tres ricos hombres que, según el *Poema*, eran los principales del bando de Carrión. Esos dos jóvenes hermanos son llamados en los diplomas «hijos de conde», y se dice de ellos que son «de schola regís», o sea del séquito del rey; no hay duda que son los mismos hermanos Diego y Fernando González de quienes el antiguo poeta nos dice que «han part en la cort» y que son «de natura de condes de Carrión», como «hijos del conde don González Ansúrez» y, por tanto, sobrinos de Pedro Ansúrez, en cuya compañía andan por los diplomas. El poeta del Cid los llama *infantes de Carrión*, porque la denominación de infante se aplicaba entonces a todos los jóvenes de familia noble.

Qué puede haber de histórico en lo de Corpes

El abandono de las hijas del Cid en el robledo de Corpes lo sabía el poeta, cuarenta años después de muerto el héroe, por una tradición local de San Esteban de Gormaz; no es creíble que sea totalmente falsa. La menor veracidad que es prudente reconocer a la afrenta de Corpes será admitir que el Campeador sufrió en su familia un gran desprecio por parte de los Beni-Gómez. Acaso se entablarían tratos matrimoniales entre las hijas del Cid y los infantes de Carrión, sobrinos de Pedro Ansúrez. Sabemos de cierto que este noble leonés fue un tiempo amigo del caballero castellano, cuando en 1074 salía fiador de las arras que el Cid señalaba a Jimena, y sabemos también que hubo otro tiempo, cuando el Cid atacó la Rioja, el año 1092, en que el mismo Pedro Ansúrez era aliado de García Ordóñez en su enemistad contra el desterrado burgalés, y así aliados nos los presenta el juglar en la escena de las cortes de Toledo. En esto y en otros pormenores, la veracidad esencial del poema queda ampliamente comprobada en cuanto a las relaciones intimas de sus personajes y a las alternativas de amistad o de odio que tuvieron con el Campeador.

Ahora es de suponer que el trato matrimonial de los Beni-Gómez y el Cid, si es que existió, como creo, no ocurrió cuando el Cid estaba apoderado de Valencia y cuando su buena fortuna y su amistad con el rey fue ya estable, sino antes, cuando las veleidosas alternativas de favor y desgracia de parte de Alfonso hacían que el héroe fuese tenido tan pronto en honor como en desprecio por los García Ordóñez y los Pedro Ansúrez de la corte; entonces, en un momento de auge para los negocios del Cid, seguido de otro momento de desgracia, figurémonos entre 1089 y 1092, pudo haber un trato matrimonial ruidosamente fracasado, más bien que un matrimonio ultrajado y roto.

Cristina y Ramiro de Navarra

En cuanto a los matrimonios seguramente históricos de las dos hijas del Cid, la hija mayor, Cristina Rodríguez, casó con Ramiro, infante de Navarra, nieto del rey García de Atapuerca, hijo del otro infante Ramiro, muerto traidoramente en el desastre de Rueda. Era lo más frecuente en los matrimonios que la mujer fuese de clase social más noble que el marido (el caso de Jimena); aquí vemos lo contrario; consecuencia del gran poder y alto prestigio alcanzados por el Campeador.

Como los reinos de Navarra y Aragón estaban entonces unidos, ese infante Ramiro era señor de Monzón en tierra aragonesa. Su casamiento debió ser tratado por el rey Pedro, el fiel amigo del Cid.

El hijo de Cristina llegó a ser rey de Navarra: García Ramírez, que reinó de 1134 a 1150. Por la hija de este García, Blanca, bisnieta del Campeador, casada con el rey de Castilla Sancho III, la descendencia del Cid no solo se continuó con san Fernando en el trono de Castilla y León, sino que entró en la casa real de Francia con san Luis, y en la de Portugal con Alfonso III.

Cuando estos parentescos cidianos se iniciaron, cuando el trono cidiano era, como inmediato, patente a todos, con ocasión del desposorio de Blanca y Sancho en 1140, el autor del primitivo poema escribía:

> *Ved cual ondra crece al que en buen hora nació…*
> *hoy los reyes d'España sos parientes son.*

María y Ramón Berenguer el Grande

La segunda hija del Cid, María Rodríguez, casó con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III *el Grande*, a quien en 1098 vimos hostilizando al Campeador en Oropesa. Tenía entonces el conde dieciséis años, y la hija del Cid podría tener dieciocho o diecinueve.

Poco después de esa hostilidad de Oropesa, Ramón *el Grande*, «varón dulcísimo, liberalísimo y muy renombrado en armas», debió tratar su casamiento con María, ya

que el Cid murió al año siguiente y no es de suponer que la boda se celebrase más tarde. Sin duda el marqués-conde buscaba con su matrimonio lograr las pretensiones sobre las tierras moras que su tío el conde Berenguer había tenido que renunciar en favor del Cid, pretensiones que él renovaba cuando recibió el tributo de Murviedro para hostilizar al Campeador. Por lo demás, los enlaces matrimoniales entre los príncipes catalanes y los castellanos o leoneses eran frecuentes.

Los diplomas barceloneses nos presentan en 1108 a María Rodríguez, condesa de Barcelona, casada con Ramón *el Grande*, y nos dan noticias de dos nietas del Campeador nacidas en la casa condal barcelonesa. Una de ellas, llamada Jimena (Eissemena) como su abuela, casó en Francia con Roger III, conde de Foix.

3. LA VIDA PRIVADA

Los trajes y el lujo

Gracias al gusto pintoresco que a veces muestra el autor del *Carmen* cidiano, ya hemos señalado al héroe en el campo de batalla, entre los demás guerreros, por su yelmo diademado de electro y por su escudo bajo la enseña del dragón furente; gracias al otro poeta viejo, al del *Poema*, conocemos también el traje cortesano del héroe. Entre los caballeros que visten «de colores», magníficos pellizones y lujosos mantos, para comparecer ante el rey Alfonso, descuella la figura eminente del Campeador, «el de la barba grant», cuyo traje se describe por completo: calzas de buen paño; zapatos con extraordinarias labores; camisa de finísimo ranzal, bordada en oro y plata por el cabezón y por los puños; brial primoroso de ciclatón, labrado con oro; sobre el brial, destácase arrogante la prenda distintiva de Rodrigo, una pelliza bermeja con bandas doradas: «siempre la viste mio Cid el Campeador»; luego, encima de todo, el manto de valor incomparable.

En estos vestidos no se ve carácter alguno oriental. La tela del ciclatón, tejida con oro, solía venir de Oriente, pero su uso estaba difundido por el resto de Europa lo mismo que en España.

Donde el orientalismo aparece es en el mobiliario del alcázar valenciano, como es forzoso suponer. Nuestras crónicas hicieron famoso por muchos siglos el escaño del Cid, de marfil torneado, que había pertenecido al nieto de Mamún el de Toledo. El poema antiguo, a su vez, nos describe las salas del alcázar adornadas para las solemnidades con «preciosos escaños», y encortinadas o cubiertas de tapices muy ricos de púrpura y jamete; la esplendidez de estos preparativos de fiesta arranca al juglar una exclamación:

Sabor habríades de sentaros y de comer en el palacio.

Esos tapices nos advierte no solo cubrían los muros, sino el suelo. El tapiz de pared era muy usual en Occidente, pero el tapiz en el pavimento era costumbre musulmana y peninsular que solo por efecto de las Cruzadas se propagó en el resto de Europa; todavía en el siglo XIII los tapices por el suelo, que usaba un prelado toledano viajero en Londres, eran allí admirados como una pompa exótica.

El lujo de la tapicería acaso era predilecto del Cid. Ben Alcama también se detiene a notar que el estrado donde el Campeador recibe a los nobles de Valencia estaba adornado «con tapetes y estolas», y el cronista latino aparta, entre los dones ofrecidos por el héroe a la catedral valenciana, dos extraños tapices de seda, brocados de riquísimo oro, que, según se decía, nunca otros tales se habían visto en la opulenta y comercial Valencia; sin duda eran paños orientales del tesoro de Alcádir, quizá

adorno antiguo del alcázar de Toledo, traídos a España cuando el saqueo del palacio abbasí de Bagdad, como el conocido ceñidor de la sultana Zobeida.

El ceñidor de la sultana

La más insigne muestra del lujo oriental en la corte del Campeador es el sartal de la sultana Zobeida, cuyas trágicas peripecias son conocidas desde el siglo VIII al XV; en parte ya las hemos expuesto, pues esa joya, que llevaba sobre sí Alcádir cuando fue muerto, tuvo que ser prueba principal en el proceso de Ben Jehhaf. Resumamos sus aventuras subsiguientes, como necesario complemento.

Cuando se repartió entre los cristianos el ingente montón de riquezas que el ajusticiado había reunido con regicidio y exacciones, correspondieron al Cid las alhajas personales del difunto Alcádír; por lo menos aquel sartal, prodigio de la joyería asiática, que en las fiestas de Bagdad rodeó con la sensual belleza de sus cambiantes el cuerpo de la sultana Zobeida, hubo de servir en Valencia ahora para halagar los momentos de vanidad femenina de Jimena, la noble asturiana.

Más tarde, cuando Jimena abandonó la ciudad del Mediterráneo, llevó consigo a Castilla la famosa joya, la cual, no sabemos cómo, después de haber deslumbrado los alcázares de los Abbasíes de Bagdad, de los Omeyas de Córdoba, de los Beni Dsi-l-Nun de Toledo y Valencia, fulguró en el palacio de las reinas castellanas, y así como sobreexcitó la codicia de Ben Jehhaf, sedujo también la ambición de otro gran allegador de tesoros, el condestable Álvaro de Luna. Al ser este degollado, en 1453, el rey Juan II rebuscó a su vez, como el Cid, las riquezas ocultadas por el ajusticiado condestable, y en el escondrijo último descubierto, el más secreto de todos, soterrado en medio de dos pilares del alcázar de Madrid, apareció el gran tesoro de los reyes viejos de Castilla, entre cuyas preciosidades emergía como cosa principal la «cinta de caderas, toda de oro o de perlas e piedras preciosas que fue del Cid Ruy Diaz». Esta noticia, referida por la *Cuarta Crónica General*, nos viene a comprobar inesperadamente que el Cid halló en poder de Ben Jehhaf la espléndida joya de la sultana Zobeida, que Alcádir se ciñó momentos antes de su asesinato, hallazgo que ya se deja suponer en los textos de Ben Alcama y de Ben Bassam, cuando nos hablan del tesoro buscado como prueba del regicidio.

Ese revelador registro de los soterraños del antiguo alcázar madrileño es la última ocasión en que hiere nuestros ojos el relámpago de hermosura y de sangre con que siempre aparece en la Historia esta fascinadora cinta, cuyo recuerdo tantas tragedias evoca: el cadáver del califa Amín, profanado en los palacios de Bagdad; la cabeza del rey Alcádir, flotando insepulta en la alberca de un jardín valenciano; el suplicio de Ben Jehhaf; el tronco del poderoso don Álvaro de Luna, revolcado en su sangre sobre el cadalso de Valladolid. Nada sabemos después. El siniestro encanto de la incomparable joya oriental debió tener fin muy pronto, y acaso lo tuvo muy noble. Quizá la hija de Juan II, Isabel la Católica, que sabemos era aficionada al lujo en sus

ceñidores, lució «la cinta de caderas que fue del Cid» en alguna ostentosa solemnidad; quizá, como esa gran reina empeñó repetidas veces collares, coronas y vajillas para la conquista de Baza y para otros apuros del erario, el ceñidor de la sultana de Bagdad hubo de ser aplicado a necesidades de la guerra católica, siendo, para su fácil venta, desmembrado como joya exótica y de excesivo precio.

¿Se arabizó el Cid?

El Campeador no solo escuchaba a poetas o juglares en romance y a clérigos en latín, sino también a literatos musulmanes, y sin duda también oía a juglares moros.

Es verdad que, hombre de grandes anhelos de cristiandad, de dominio y de gloria, no se abandonó a la poderosa seducción de las cantoras árabes, como hicieron escandalosamente los conquistadores extranjeros de Barbastro en 1065; el Cid reprobó en la aljama de Valencia a los reyes andaluces su negligente pasión por la música: «Yo non me aparto con mujeres nin a cantar nin a beber, como facien vuestros señores».

En otros órdenes de la vida tampoco el Cid afectaba arabismo, según hacía, por ejemplo, su gran amigo el rey Pedro de Aragón, que siempre firmaba en árabe. Sin embargo, pues la cultura musulmana era entonces mucho más rica en saber y en arte que la cristiana, tenía esta que recibir necesariamente de aquella complementos y estímulos poderosos; y un hombre como el Cid, que pasó diecisiete años de su vida entre los musulmanes, si ne hubiese tomado de ellos más que exterioridades, como las del lujo de riquezas conquistadas, hubiera dado fuerte prueba de insensibilidad. Ben Bassam nos asegura que el Cid sentía entusiasmo por la literatura árabe; esta tuvo que penetrar en la inteligencia del castellano ya en Zaragoza, en las cortesanas academias de los Beni Hud. Después, en el alcázar de Valencia, hallaba el Campeador elementos literarios abundantes, pues Alcádir era gran bibliófilo, que extendía sus arbitrariedades de gobernante hasta confiscar para su palacio la biblioteca del sabio Mohámmad Ben Haiyán, en 143 cargas de libros.

Lecturas del Campeador

Pobre idea de la Edad Media tenía Masdeu cuando creía que el Cid había sido un almogávar ignorante. Nos consta que era sabedor en derecho y que podía manejar el código visigodo.

El citado Ben Bassam nos dice, además, que el Campeador se hacia leer las historias hazañosas de los árabes. Esta indicación es de gran valor, pues nos certifica cómo los altos caballeros del siglo XI practicaban ya la costumbre usual en los siglos XIII y XIV de hacer que durante la comida o los recreos se leyesen en su presencia las historias de grandes hechos de armas o que los juglares cantasen sus cantares de

gesta. Sin duda el Cid escuchaba también los cantares de Fernán González, de los infantes de Salas o del infante García.

El párrafo de Ben Bassam que acredita la actividad literaria en la corte del Cid dice así: «Cuéntase que en presencia del Campeador se estudiaban los libros; le leían los hechos y gestas de los antiguos valientes de la Arabia, y cuando llegó a oír la historia de Mohallab, se mostró extasiado, lleno de arrebato y admiración por tal héroe». El Cid veía mucho de la vida propia en aquellas historias del primer siglo del islamismo. También el caudillo de Básora, salvador del Iraq en angustiosa guerra de diecinueve años, sabía vencer cuando todo parecía perdido desesperadamente; también Mohallab había padecido la envidia de los gobernantes omeyas del Iraq, si bien al menos había contado con la estimación y el apoyo decidido del Califa.

4. EL FIN DEL SEÑORÍO VALENCIANO

Varias frases cidianas

Aquella amenazadora frase del Campeador, muy sonada entre los musulmanes, nos es conocida a través de dos autores. Según Ben Alcama la recogió en Valencia, el Cid decía: «Yo apremiaré a cuantos señores en la Andalucía hay, que todos habrán de ser míos; y pues el rey Rodrigo reinó, sin ser de linaje de reyes, también reinaré yo, y seré el segundo rey Rodrigo». El historiador valenciano, que siempre se regodea en aspectos de alguna malicia, anotó la frase del conquistador henchida de ambición personal, contra los varios testimonios que poseemos de haber siempre proclamado el Cid su vasallaje respecto del rey Alfonso. Pero en labios de Rodrigo de Vivar ocurría varias veces la comparación de si mismo con su homónimo rey godo, y ya vimos cómo Ben Bassam, espíritu más entusiasta y menos cáustico que Ben Alcama, recordaba esa frase de homonimia en forma más breve, que, en vez del orgullo personal, manifiesta grandiosos planes: «Un Rodrigo perdió esta Península, pero otro Rodrigo la salvará», palabras que resonaron terribles en todo el Andalus. El Cid aspira a la reconquista total del suelo patrio para suplir a Alfonso, que la tenía paralizada y en retroceso durante todo el largo periodo de los veintitrés años últimos de su reinado.

Otra frase de reconquista, aun más ambiciosa, nos transmite el juglar cristiano, como pronunciada en la misma corte de Valencia, ante el obispo Jerónimo y ante los caballeros de la mesnada: «Grado a Dios Señor del mundo dice el Cid, antes estuve pobre; ahora tengo tesoros, tierra y estado. Venzo las batallas como place al Criador, y todos tienen gran pavor de mí. Allá dentro en Marruecos, la tierra de las mezquitas, temen mi asalto cualquier noche; pero sin irlos yo a buscar, estándome en Valencia, ellos me pagarán parias a mí o a quien yo quisiere».

Los almorávides estaban, en efecto, detenidos y acobardados; el mismo Yúsuf había tenido que aguantar cartas altaneras del Campeador; pero la energía irresistible de este se iba a apagar antes de tiempo, sin cumplir los deseos en que ardía.

Muerte del Cid

Al año siguiente de rendir el Cid a Valencia, ya un moro valenciano se consolaba pronosticando que la vida del vencedor no sería larga. Entonces, aun cuando el Campeador había, en lo sucesivo, de trabajar todavía en sus más extraordinarias victorias, era ya visible para un ladino moro el quebranto de aquella existencia, desgastada en un acelerado operar, consumida en el ardor del propio entusiasmo, combatida por la envidia y hostilidad de los más poderosos de la tierra. Minaban,

además, la resistencia física del héroe la grave enfermedad padecida en Daroca, la mortal herida del cuello recibida en Albarracín, los otros accidentes padecidos en los peligros, frente a los cuales nunca había economizado el esfuerzo ni la osadía arriesgada.

Murió el Cid prematuramente cuando solo contaría unos cincuenta y seis años; murió en Valencia, la tierra de su conquista, un domingo 10 de julio de 1099. Faltaban unos días para cumplirse el año de la toma de Murviedro.

Las señales de duelo entre los deudos y vasallos por la muerte de su señor eran estruendosas y crueles. En aquellos siglos en que actuaba como fundamental la solidaridad fundada sobre el parentesco y el vasallaje, y en que los sucesos eran vistos con la mayor trascendencia como parte de un orden eviterno, la expresión del dolor revestía proporciones que hoy nos son inconcebibles: los hombres se golpeaban el pecho, rasgaban sus vestiduras, se descalvaban la cabeza; las mujeres ensangrentaban sus mejillas con las uñas, cubrían su frente de ceniza; las voces de todos rompían los cielos, y los llantos se prolongaban días continuos.

El cronicón del monasterio de Maillezais, en el Poitou en el centro de Francia, nos atestiguan cómo la muerte del Cid tuvo Ja resonancia de los grandes acontecimientos humanos; suceso que emocionaba a dos orbes históricos: «En España, dentro de Valencia, falleció el conde Rodrigo, y su muerte causó el más grave duelo en la cristiandad y gozo grande entre los enemigos musulmanes».

La Reconquista y las Cruzadas

El duelo de la cristiandad por la muerte del Cid se producía en medio del triunfo de la primera cruzada. Este gran movimiento guerrero en repulsión del islam oriental era en todo análogo y en parte consecuencia del iniciado por Alfonso VI y por el Cid contra los almorávides en Occidente, y atravesaba entonces un momento culminante. En el mismo mes en que moría el Cid moría el papa Urbano II, que tanto afán había puesto en promover la cruzada; y en este mismo año Godofredo de Bouillón fundaba el reino de Jerusalén, rodeado de musulmanes, como una repetición en Oriente del señorío de Valencia, que el Campeador había fundado años antes en Occidente.

Y si Jerusalén, apoyado por el entusiasmo y el esfuerzo de toda la cristiandad, había de ser un reino efímero, ¿cómo no lo sería el de Valencia, sostenido solo por el esfuerzo del desterrado castellano? No obstante, la organización que el Cid había dado a su difícil conquista fue tan sólida que, aun después de muerto el genial conquistador, pudo ser sostenida cerca de tres años por Jimena.

Desgraciadamente, no hubo respecto de España un movimiento de cruzada en apoyo de la obra del Campeador. La novedad de la moda y la poderosa devoción de los Santos Lugares arrastraba a los mismos caballeros españoles hacia Siria, haciéndoles olvidar su propia guerra contra los moros del Andalus, que era para ellos tema ya demasiado gastado. El mismo rey Pedro de Aragón tomaba la cruz pensando

ir a Jerusalén en 1101, mientras la viuda de su gran amigo necesitaba auxilio para defender la cristiandad de Valencia contra los ataques almorávides. El interés por los Santos Lugares era tan atractivo que reiteradas veces los papas tuvieron que prohibir a los caballeros españoles ir a Palestina, recordándoles que tan meritoria a los ojos de Dios era la secular cruzada de Occidente como la nueva cruzada de Oriente.

Jimena defiende a Valencia

Jimena tuvo, al parecer, algún auxilio de su yerno Ramón Berenguer de Barcelona, que la ayudó a tener a Valencia cierto tiempo. Pero ella, aun sola, se mostraba segura.

En 21 de mayo de 1101, Jimena, por el alma del Campeador y por la salvación propia y de sus hijas e hijos (esto es, el hijo difunto y los yernos, aunque no los nombra), confirmaba de su puño y letra a la catedral valenciana y a su obispo Jerónimo el diezmo que el Cid había donado, y añadía el diezmo de los honores, ciudades y castillos que ellos o sus descendientes tenían o de lo que en adelante ganasen por tierra o por mar con el auxilio de Dios. La viuda del Campeador está habituada a soñar en nuevas conquistas; pero en realidad esta donación acaso fue hecha en momentos angustiosos para implorar la protección celeste contra los peligros que rodeaban a Valencia. El diploma está otorgado en mayo, y antes del transcurso de cinco meses la ciudad era cercada por los almorávides.

El Emir al-muslimín Yúsuf, que siempre pensaba en recobrar la ciudad del Campeador, mandó contra ella, con un fuerte ejército, al general lamtuna Mazdalí, gran sostén de la dinastía de Ben Texufín. Mazdalí cayó sobre Valencia a fines de agosto de 1101, y la tuvo en apretado cerco durante seis meses, combatiéndola de todas partes.

Jimena sostuvo el cerco hasta ver agotados sus recursos, y entonces, no pudiendo pensar en el yerno barcelonés sino en el emperador, envió al obispo Jerónimo en busca de Alfonso para pedirle auxilio y entregarle Valencia. El rey, al oír el mensaje de su prima, acudió en persona a recibir la ciudad que tanto había codiciado y que había querido arrebatar a su vasallo diez años antes. A su llegada, los sitiadores se retiraron a Cullera.

Jimena besó los pies al rey su libertador, antes su enemigo, y le suplicó amparase a los cristianos de aquella región. Alfonso permaneció en Valencia todo el mes de abril de 1102; avanzó hasta Cullera; sostuvo varios encuentros con Mazdalí, y en vista de ellos resolvió abandonar la ciudad, no viendo entre sus capitanes ninguno que se atreviese a mantener aquella posición tan apartada del reino. Alfonso, libre al fin de la pasión invidente que en vida del Cid le atormentaba, comprende que ni siquiera puede retener aquel don que la viuda del gran vasallo le presenta.

Valencia, abandonada

Todos los cristianos de la ciudad cargaron con sus bienes muebles; Jimena y los caballeros del Campeador llevaban los tesoros de Alcádir y las enormes riquezas ganadas en la conquista, las cuales en gran número pasaron a poder del rey; sabemos que el cinturón de la sultana de Bagdad y las espadas del Cid se guardaron en el tesoro de los reyes castellanos. Todos los cristianos salieron de Valencia con el ejército de Alfonso (del 1 al 4 de mayo, 1102), y se dirigieron a Toledo; llevaban consigo el cadáver del Campeador, para darle descanso eterno en Castilla, de donde el héroe había vivido desterrado por el rey que ahora repatriaba sus restos.

Alfonso, al vaciar la ciudad, mandó incendiarla, y Mazdalí acudió en seguida a ocupar las carbonizadas ruinas (5 de mayo); tras él regresaron muchos ilustres musulmanes que habían huido de su patria por no poder convivir con los cristianos.

Acaso otras gentes del Cid resistieron en algunos puntos de la región, abandonadas a sus propias fuerzas. Ben Jafaja de Alcira, que antes había lamentado en sus versos la conquista del Campeador, canta ahora las calamidades de una guerra que pone término feliz a la odiosa época de los éxitos cidianos.

«La nube de la victoria se desata ya en raudales; el pilar de la religión se vuelve a erguir. El infiel se aleja por fuerza de Valencia, y la ciudad, que había renegado del islam, rasga los tristes velos que la cubrían. La hoja de la espada —brillante como un claro arroyo— purifica la tierra del contacto de un pueblo infiel. Solo esa ablución en el agua de la espada podía hacerla nuevamente pura y lícita. El combate es empeñado. ¡Cuántas mujeres desgarran de dolor sus túnicas! La doncellita de caderas deliciosas llora por un mancebo, antílope cuyos párpados no necesitan más afeite que su propio hechizo; ella en su gran duelo se arranca el collar de perlas; pero las lágrimas que derrama enjoyan su desnudo seno».

Dos meses después de la marcha de Alfonso y de Jimena, la capital no revivía aún entre las ruinas. El viejo ex rey de Murcia, Ben Táhir, desahogaba con un amigo su júbilo porque Dios había vuelto a inscribir a Valencia en el catálogo de las ciudades del islam: «La bella ciudad ha sido cubierta por los politeístas con los negros vestidos del incendio; su corazón late dolorido entre carbones ardientes».

EPÍLOGO

Mío Cid el de Valencia

Dozy, en un acceso de cidofobia, más pasajero que los otros, desestimó el valor de la conquista de Valencia: «El Cid —dijo Dozy— conquistó la soberbia ciudad, pero ¿qué ventaja sacaron los españoles con eso? Las bandas del Cid ganaron allí gran botín; pero España no ganó nada, pues los árabes recobraron a Valencia poco después de muerto Rodrigo». La insensatez de este juicio pareció evidente al mismo autor cuando lo suprimió al hacer la segunda edición de su trabajo.

La conquista de Valencia fue, en primer lugar, un alentador ejemplo de esfuerzo heroico. Fue la más extraordinaria empresa que en España se realizó por persona alguna que rey no fuese, al decir de Zurita, el doctísimo historiador aragonés, el cual reconoce además que aunque el rey de Castilla, el más fuerte de España, hubiese comprometido para ello todo su poder, fuera muy difícil que hubiese conquistado una ciudad tan adentrada en la morisma y de las más populosas que había. Nosotros ahora ya sabemos que Alfonso comprometió todo su poder, y nada consiguió.

Lo que da carácter heroico a una empresa, revistiéndola de la más alta ejemplaridad, no es el éxito, ni menos la duración de sus resultados. El héroe no lo es por la permanencia de sus conquistas o de sus construcciones. En esto le puede superar cualquier modesto general o magistrado, a quienes toca ejecutar empresas que, como por sí solas, se realizan de maduras. Alfonso VI, Alvar Háñez, los Beni-Gómez, los condes Enrique y Ramón de Borgoña, al conquistar a Toledo y conservarlo a pesar de grandes reveses, alcanzaron más duradero éxito que el Cid; y, sin embargo, aunque todos fueron piezas principalísimas del complicado organismo del Estado, ninguno de ellos pudo sobrevivir fuera del penumbroso limbo de la erudición histórica. En cambio, el Cid se adelanta a todos ellos, y esto precisamente desde el instante en que ese organismo oficial le despide de sí. El destierro, por lo mismo que quitaba al caballero todo apoyo regio, le confirió la plena fuerza individual, y la epopeya pudo ensalzar en el desterrado, tanto como un logro de seguridad contra el enemigo, el prodigioso esfuerzo personal desplegado en realizar esta y otras empresas sustanciales de la nación. Por eso Valencia, aunque perdida a la muerte del héroe, es llamada por la posteridad *Valencia del Cid*.

El héroe lucha por realidades lejanas, rebeldes, en perenne reiteración de conflictos que él no deja resueltos para siempre, y debe ser medido únicamente por el valor energético de su esfuerzo y por el guionaje que ejerce sobre los que han de afrontar esos conflictos en su futuro reaparecer. Esa es la duración de su obra, la duración de su ejemplaridad. El coetáneo más eminente del Cid, Gregorio VII, murió en el mayor abandono, viendo arruinados todos sus planes, y, sin embargo, es

también como un héroe, gran inspirador de los sucesores en la lucha por la reorganización de la cristiandad, lucha en que él estuvo muy lejos de quedar triunfante.

Después de la ejemplaridad hay que considerar los resultados prácticos.

A pesar de la muerte prematura del héroe, las consecuencias de su conquista fueron de la mayor importancia. Recordemos que el islam recobraba entonces un vigor extraordinario; los turcos en el Oriente derrotaban y aprisionaban al emperador de Bizancio y le quitaban provincias tan extensas como toda España; los beréberes en el Occidente derrotaban y rechazaban al emperador de España. Los dos extremos del Mediterráneo volvían a verse asaltados como en los días de la primera expansión árabe; pero Europa salvó la difícil situación, en Occidente con el Cid y en Oriente con las Cruzadas, dos acciones conjuntas hacia un mismo fin.

Refiere Guibert de Nogent que el papa Urbano II oía con inquietud las noticias de las invasiones almorávides en España, y atendiendo a esto, hay quien supone que las Cruzadas a Oriente fueron en su idea primera una diversión militar para atenuar el peligro africano, planeada por el Papa con un conocimiento imperfecto del estado de división en que se hallaba el islam. Pero aunque esto no resulte exacto, es lo cierto que mientras los turcos no preocupaban sino por lo que tocaba al Oriente, los almorávides eran desde bastante antes un peligro que se creyó podía rebasar los Pirineos, cuando se preparó la gran expedición francesa de 1087 y cuando el mismo Urbano II, en 1089, concedía indulgencias para la guerra en España, y también es claro que el Cid, al fundar su principado de Valencia en medio de la morisma, realizó, él primero, la misma idea que los cruzados realizaron en seguida con sus principados de Jerusalén, Antioquía, Edesa y Trípoli.

Cierto que este principado del Cid fue una construcción efímera que sobrevivió poco a su organizador; pero efímeros fueron también los principados del Oriente, y si duraron algo más fue porque los cruzados contaban con el apoyo de toda Europa, mientras el Cid no disfrutó ni siquiera el apoyo de su rey Alfonso. Los cruzados establecieron sus principados en lucha con emiratos pequeños, menores que nuestros reinos de taifas, y en cuanto se les puso delante un poder coherente, como ocurrió en la época de Saladino, sucumbieron, sin que un Ricardo Corazón de León y un Felipe Augusto, al frente de las fuerzas de Inglaterra, Francia, Alemania, pudieran restablecer el dominio de Jerusalén y Edesa. Por el contrario, el Cid edificó y mantuvo su obra, tanto frente a las taifas como frente a un imperio enorme, en todo su apogeo, frente a Yúsuf Ben Texufín, uno de los más grandes conquistadores del islam.

El señorío valenciano del Cid, por último, tiene más importancia inmediata para Europa, como rompeolas de la marea almorávide. Lo mismo Ben Bassam que la *Historia Roderici* están concordes en valorar la conquista de Valencia por el Campeador como hecho que detuvo la invasión africana y la impidió llegar hasta Lérida y Zaragoza, últimas fronteras musulmanas de entonces. La coincidencia del

historiador árabe con el latino, que no ha sido advertida, garantiza plena exactitud a esta apreciación. Era aquel momento el de más irresistible empuje en la invasión, y si esta hubiese alcanzado entonces la cuenca del Ebro, días mucho peores que los de Sagrajas habrían amanecido para Aragón y Barcelona, estados incomparablemente menos fuertes que Castilla. La amenaza que Alfonso VI hacia a los señores franceses, de que los invasores pasarían los Pirineos, acaso se habría cumplido. Sin tener noticia de esa amenaza del rey Alfonso, el historiador alemán V. A. Huber extiende la eficacia de las conquistas cidianas, considerándolas como un dique contra el peligro musulmán, que ponía en riesgo no solo a España, sino a la Europa occidental. Algo así debieron sentir los coetáneos, cuando, muy adentro de Francia, un cronicón, que ya hemos citado, registró la muerte del héroe español, calificándola de suceso emocionante para los dos mundos, el de la cristiandad y el del islam: «In Hispania apud Valentiam Rodericus comes defunctus est, de quo maximus luctus christianis fuit et gaudium inimicis paganis».

En resumen: la obra del Cid en Valencia salvó a España, acaso también al sur de Europa, de una crisis decisiva; dio lugar a que los cristianos se preparasen para resistir la nueva táctica militar creada por Yúsuf, y dejó venir el tiempo en que los nómadas del Sahara se envenenasen con la civilización sedentaria y perdiesen su fuerza nativa.

Frente a los almorávides

Las relaciones del Cid con los moros han sido mal apreciadas, por no haber descubierto en ellas dos normas claras de conducta. Con los musulmanes de raza española el Cid quiere convivir en justicia, respetándoles escrupulosamente religión, leyes, costumbres y propiedad. Conocedor del derecho musulmán como del cristiano, se asienta en su tribunal de Valencia para juzgar los pleitos de los vencidos. En su discurso a los moros valencianos, rendidos a discreción, manifiesta el Cid una moderación extrema; su única arrogancia frente a los humildes es la de ser más moral que los príncipes moros, esquilmadores de tributos ilegales, y disolutos en su vida privada: «pues si yo mantengo el derecho en Valencia, Dios me la dejará, y si hago mal en ella, con soberbia o con injusticia, bien sé que me la quitará». Y el mismo Ben Alcama, tan malévolo siempre, reconoce que el Cid en su trato con los valencianos sometidos «hacía tan gran justicia y derecho» que ninguno tenía la menor queja de él ni de sus oficiales. Pero los moros españoles abrieron el Estrecho a los almorávides, y ante este contubernio a que se entregan las razas hispánicas con las africanas, el Cid adopta una nueva actitud, opuesta y terminante: la guerra con los invasores no puede acabar en convivencia, sino en eliminación del africano invasor. Cada vez que los moros españoles se alían con Yúsuf, el Cid se niega a pactar con ellos sin que antes rompan todo vínculo con los extraños.

El episodio más notable que puso frente a frente estas dos normas de conducta

observadas por el Cid fue la revolución ele Valencia, con el asesinato del rey Alcádir, súbdito del cristiano, y con la entrega de la ciudad a los almorávides. El Campeador, mediante un juramento solemne, dio al cerco de Valencia la dignidad de una empresa justiciera en castigo del regicidio y para la expulsión de los intrusos africanos. Así, un principio de justicia y de política hispana da sentido ideal a la más grande empresa militar del héroe. Expulsados de la ciudad los almorávides, el primer trato que el Cid da a los valencianos rendidos es el de convivencia franca. Después, nuevas maquinaciones de los vencidos con los africanos fueron haciendo que el Cid abandonase la benevolencia. El Campeador cambió de conducta con los vencidos; este hecho evidente fue achacado por la cidofobia a la arbitrariedad, siendo así que tuvo fundamentos de alta política.

También frente a este enemigo Irreconciliable se realza particularmente el genio militar del héroe.

Ben Bassam precisa el carácter extraordinario de las victorias cidianas: «Rodrigo —maldígalo Dios— vio sus banderas favorecidas por la victoria…, y con un escaso número de guerreros aniquiló ejércitos numerosos». Y lo que más patentizó ese supremo arte del pequeño número, esa superioridad técnica del Campeador, fue la aparición de la nueva e insuperable organización militar de las grandes masas que Yúsuf traía con sus almorávides. Entonces, todos los príncipes, castellanos, leoneses o borgoñeses, que se batían en vanguardia sobre nuestro suelo, sufrieron durante veintitrés años continuos desastres en Sagrajas, Almodóvar, Jaén, Lisboa, Consuegra, Malagón, Uclés; se perdieron las tierras de Lisboa, Santarem, Cuenca, Uclés, Ocaña, Calatrava; solo el Cid halló inmediatamente la nueva táctica; solo él deshacía y cautivaba los ejércitos de los caudillos del Sahara en el Cuarte y en Bairén; solo él inmovilizaba de miedo a Yúsuf en África y hacía retroceder a Abú Béker antes de llegar al encuentro; solo él conquistaba contra los almorávides Valencia, Almenara y Murviedro. Esta comparación, por sí sola, destaca bien el genio del Campeador, cuya estrategia nunca padeció adversidad.

Energía heroica

En esos grandes encuentros con los almorávides es donde más aparece el Cid como catedrático de valentía, según le llama el apotegma de Juan Rufo, origen remoto del de *profesor de energía* aplicado a Napoleón, que también pudiera aplicarse al conquistador de Valencia. Las historias del Cid nos muestran la participación personal del héroe en todas las actividades a que andaba mezclado. En los campos de batalla expone su cuerpo al mayor peligro; en el gobierno toma sobre sí toda clase de atenciones.

Una actividad prodigiosamente tensa es la que logra dominar los complejísimos problemas del Levante, en los cuales trabajaron sin resultado el emperador, Alvar Háñez, los reyes de Aragón, de Zaragoza, de Denia y el conde de Barcelona. El Cid,

contra las ineficaces pretensiones de todos ellos, estableció su protectorado sobre la apetecida y fraccionada zona levantina, y lo mantuvo con el más tenaz esfuerzo; recomenzó pacientemente la difícil obra, arruinada dos veces, y cada vez aplastada por dificultades que parecían más insuperables: primero por la invidente ira de Alfonso, después por la ambición de Yúsuf.

El Campeador parece un insensato, cuando él, un hombre solo, no apoyado en ninguna organización estatal, se presenta delante de Valencia, sin recursos, hasta sin provisiones para el día, resuelto a reconstruir su dominio, segunda vez arruinado, y ahora arruinado por un enemigo que era irresistible para los mayores poderes de España: pretende, él solo, hacer lo que no pudo el emperador cristiano, y lo tiene que hacer en lucha con el emperador musulmán. Ese día de octubre de 1092 señala la culminación meridiana del heroísmo. La voluntad firme se sobrepone a los violentos cambios de la fortuna, clava la voltaria rueda, como si suprimiese el decurso arrollador de las mudanzas.

Ben Bassam nos da el mejor elogio del sobrehumano poder energético del Campeador. Entremezclando la admiración y el odio en vibración apasionada, escribía Ben Bassam diez años después de muerto el héroe: «El poderío de este tirano fue haciéndose cada vez más pesado; como grave carga se dejó sentir sobre las regiones costeras y sobre las mesetas altas, y llenó de pavor así a los de cerca como a los de lejos. Su ambición intensa, su ansia codiciosa de poder, hinchió de espanto los corazones. Pero este hombre, azote de su época, fue, por la habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro de los grandes milagros del Señor».

He aquí un musulmán enemigo que, como el Manzoni de la oda napoleónica, inclina religiosamente su cabeza ante la honda huella del espíritu creador estampada por Dios en el héroe.

Nemo propheta acceptus est in patria sua

Los comienzos del Cid fueron de perfecta identificación con la vida política y con las aspiraciones de Castilla contra León y contra Navarra. Él decidió un momento critico de la historia española: la hegemonía política, que tradicionalmente venía ejercida por León, pasa a Castilla merced a las victorias del Cid como alférez de Sancho II.

El rey Sancho y su alférez formaban un admirable par; el rey, la ambición animosa; el vasallo, la mesura y el acierto. Ambos iban disponiendo a su gusto el mapa de España. Y aunque la vida histórica es el resultado de lo inmenso colectivo y de lo poco individual, bien podemos presumir que si el asesinato de Zamora no hubiese deshecho ese afortunado par, la invasión africana hubiera sido atajada y la Reconquista se habría terminado mucho antes.

Pero esta identificación de Castilla con su Campeador cesó con la traidora muerte

de Sancho II y con el extrañamiento de su alférez. Cesó por grave culpa de Alfonso VI, según percibieron con claridad los coetáneos, y según expresa el antiguo *Poema* en su famoso elogio del desterrado:

¡Dios, qué buen vasallo, si oviese buen señor!

Pero el yerro no fue exclusivo del monarca. Cuando el rey leonés se entronizó en Castilla, la opinión castellana aduló al poderoso y se hizo adversa al Cid, desconociendo el valor del desterrado.

El Campeador, incomprendido y expatriado, tuvo que retirar de Castilla su acción y llevarla a regiones apartadas; buscó apoyo en los reinos extraños, y en ellos ganó penosamente sus alianzas: primero, con el conde de Barcelona; después, con el rey de Aragón, y así, los catalanes y los aragoneses, en el comienzo adverso, comprendieron al héroe antes que los castellanos de Alfonso.

Este desplazamiento de la actividad y de la fama cidianas se manifiesta en la literatura. Hace mucho observaron Du Meril y Milá que el primer canto conocido referente al Cid, el *Carmen Campidoctoris*, en sáficos latinos, no era de origen castellano, sino catalán. Después he probado yo (sin pensar en el *Carmen*) que el segundo documento poético, el *Poema del Mio Cid*, tampoco se escribió en lo que entonces se llamaba Castilla, sino en las Extremaduras o fronteras, en tierra de Medinaceli, por un poeta que ni siquiera hablaba como los castellanos de Burgos: hasta ni pronunciaba como ellos el diptongo *ue*. Ahora, al estudiar las fuentes históricas cídianas (sin acordarme de los dos casos anteriores) he descubierto con sorpresa que el primer texto histórico cidiano, la *Historia Roderici*, tampoco proviene de la antigua Castilla, región a la que el autor acusa de envidia e incomprensión para con el héroe, sino que proviene de las fronteras de Zaragoza y Lérida, esto es, de las regiones donde el Cid operó en la segunda parte de su vida.

Resulta de aquí muy clara esta consideración importante: el primero y más activo foco de admiración hacia el Cid no estuvo en Burgos, sino bastante alejado, por tierras de Zaragoza y de lo que después se llamó Cataluña, esto es, por las fronteras de Levante que el Cid defendía y aseguraba en los últimos años de su vida. Durante esos años, Castilla, teatro de las hazañas primeras de Rodrigo, había claudicado ante el carácter absorbente del emperador, y los burgaleses de temple poco plegadizo, como Martín Antolínez, se habían tenido que expatriar con el Cid. Así, Burgos, la Burgos oficial, solo comprendió el heroísmo de su hijo cuando de fuera se lo pregonaron. La verdad antigua que ninguno es profeta en su patria hasta que no viene consagrado de afuera, no tiene más excepción que las de los profetas lugareños, las eminencias caseras, famosísimas, desde luego, en su país, pero solo en él.

Alfonso VI y el Cid

El principal desconocedor del Cid, Alfonso VI, le desconoce muy en daño propio. Ya vimos sus infortunios frente a los almorávides en vida del desterrado. Después de muerto este, el papa Pascual II escribe en 1100 a Alfonso condoliéndose de las victorias de los africanos: en ese mismo año Enrique de Borgoña, el yerno de Alfonso, sufría una gran derrota en Malagón, y en 1108 sobreviene el mayor desastre de García Ordóñez en Uclés.

El «enemigo malo» del Cid, García Ordóñez, siempre sublimado por Alfonso con todos los honores oficiales, y siempre mostrándose la más alta eminencia de vulgaridad y de ineficacia, murió en ese desastre y con él murió el único hijo varón de Alfonso, el hijo de la mora Zaida. Efecto de esa derrota se perdieron Uclés, Huete, Ocaña, Cuenca; toda la tierra entregada a Alfonso por la mora Zaida fue ahora a poder de los almorávides, en oposición a los cuales había cedido esas fortalezas Motámid, cuando su nuera buscó el amparo de Alfonso. El rey murió de dolor un año después que su hijo único.

No fue, ciertamente, Alfonso un rey que solo tuviese el valor postizo de ocupar el primer puesto y de cargar a su nombre la ordinaria actividad de sus súbditos; dio en las batallas su sangre y la de su hijo único, lo cual basta para que comprendamos cuán noblemente sintió la responsabilidad aneja al trono. Como gobernante, se mostró decidido continuador de la renovación de España, iniciada por su padre y abuelo; como caballero, fue guerreador incansable; como hombre de mundo, tuvo el conjunto complejo de cualidades felices predisponentes para ser un habitual favorecido de la fortuna, que a menudo veía los corazones de las gentes inclinarse benévolos en beneficio propio: las grandes conmociones regicidas de Castilla o de Navarra, los desaciertos del rey de Toledo, el tardío e infructuoso arrepentimiento antialmorávide de los reyes de Sevilla y de Badajoz, todo sucedía para el mayor provecho de Alfonso. Mas, por otra parte, criado Alfonso como preferido de sus padres y hermanas, distinguido por ellos con injusticias enormes, fue egoísta, ególatra. Así se ensoberbeció con los reyes andaluces, tratándolos a puntapiés, hasta lanzarlos a la intervención almorávide; desagradeció repetidas veces a los reyes de Aragón sus constantes auxilios; y, sobre todo, tuvo el defecto habitual de los que dirigen sin generosidad: para comodidad y descuido del que manda, son siempre elegidos los impotentes, lo mismo en los palacios del harén que en los de camarilla. Alfonso prefirió al incapaz; y en la hecatombe de Uclés vio consumarse la serie de expiaciones con que hubo de pagar su incomprensiva antipatía hacia el Cid, siempre invicto, y su cómoda predilección por el siempre vencido García Ordóñez.

Esta predilección que Alfonso VI sintió por el inepto sumiso, con aversión hacia el héroe, no se explica bien por la presumible habilidad intrigante del conde de Nájera ni por los posibles defectos y genialidades del infanzón de Vivar. Las faltas de este debiera un buen gobernante refrenar o conllevar antes que prescindir de un capitán invencible, toda vez que el vasallo mostró siempre invariable sentimiento de subordinación respecto a su soberano, según afirman concordes Ben Alcama, la

Historia Roderici y el *Poema*. La principal explicación de la antipatía mostrada por Alfonso está en la incomprensión, en la invidencia, de que le tachan otros tres documentos coetáneos. Tal envidia parece inconcebible en un rey que con razón podía estar satisfecho de sus cualidades, tanto que un juicio ligero le pudiera creer quizá superior al héroe envidiado; pero positivamente existían causas por las que en este gran rey el legitimo orgullo de superioridad podía ir amargado por un resentimiento de inferioridad. Le apreciaremos dividiendo su largo reinado en tres épocas:

1.º 1065-1072. Siete años de actividad escasa, al fin de los cuales Alfonso, vencido varias veces por su hermano Sancho y por el Cid, pierde el trono. La *Apostilla Silense* afirma que Alfonso, por envidia hacia su hermano Sancho, fue causante de las guerras fratricidas y del asesinato de ese hermano. La historia oficial nos cuenta que Alfonso, en perjuicio de Sancho, no cumplió las condiciones establecidas antes de la batalla de Llantada, y que después prendió con engaño a su otro hermano García y lo tuvo aherrojado diecisiete años, asegurando para si el dominio de los reinos repartidos por su padre. Se diseña en actos como estos un carácter dominador que atropella por todo, carácter que brillará libremente en el período segundo.

2.º 1072-1086. Catorce años de gloria imperial. Eliminados Sancho y García, apoderado de las tierras de ellos, Alfonso puede desarrollar sobre los reinos de taifas una acción incesante y feliz que mereció ser coronada con la toma de Toledo. De esta acción afortunada excluye sistemáticamente al Cid: primero lo relega a la inactividad, luego lo destierra, después lo arrincona y anula en el destierro; la causa de ello fue la invidencia, según dicen concordes el *Carmen Campidoctoris* y la *Historia Roderici*. Por lo demás en el avasallamiento imperial de los reinos de taifas no fue Alfonso un iniciador, como tampoco lo fue en su obra de renovación cultural; fue un mero continuador de la obra de su padre y de su hermano, continuador diligentísimo, pero rutinario: no vio más de lo que su padre había visto. Pisó, triunfante, con los cascos de su caballo las arenas del Estrecho de Gibraltar y no se le ocurrió mirar hacia África. Desconocedor de la fuerza con que se producían entonces las reacciones islámicas en Asia y en África, provocó la desesperación de los moros, agravando el sistema tributario del padre y del hermano, y cuando apareció en Algeciras el peligro africano, que no existía para Fernando I, él no acertó a idear las soluciones que la novedad del caso requería. Si no hubiera sido refractario a la admiración del mérito ajeno, si hubiera dedicado su esfuerzo a poner como adelantado del Estrecho al Cid, este se hubiera mantenido allí mejor que en Valencia; los almorávides nunca hubieran pasado a España, y la Reconquista hubiera sido acabada entonces en breve plazo.

3.º 1086-1109. Veintitrés años de fracaso frente a los almorávides; veintitrés años silenciados por los cronistas oficiales. Más años que las otras dos épocas reunidas, comprueban claramente que Alfonso no era capaz de afrontar las nuevas condiciones que la invasión africana imponía en la lucha del islam con la cristiandad.

Derrota tras derrota, dejó perderse toda la parte del reino toledano al sur del Tajo, así como la tierra de Santarem y de Lisboa. No indica en esto ineptitud, sino solo falta de superior aptitud, ya que los almorávides eran también invencibles para Alvar Háñez, para los dos yernos borgoñones del rey y para los demás capitanes. Solo el Cid mostró perspicacia e inventiva; solo él halló inmediatamente las nuevas modalidades de guerra y de política precisas para vencer e intimidar a los almorávides, para hacer nuevas conquistas y para retenerlas; y los métodos afortunados de combate y de gobierno que el Cid inventó entonces fueron seguidos después por Alfonso I de Aragón y por Ramón Berenguer de Barcelona.

En esta tripartición del largo reinado, la gloria de Alfonso como conquistador de Toledo llena el cuadro central del tríptico, pero en los cuadros laterales sobresalen las figuras de Sancho II y del Cid. La eliminación de ambas por la muerte o el destierro fue condición exigida para aquella gloria. De ahí que la invidencia del emperador hacia esos dos personajes, denunciada por los textos aludidos, no es en el balance de las cualidades de Alfonso una cantidad prescindible, sino algo esencial. Este hombre descollante y energético no asentaba su fuerte personalidad sobre el razonable egoísmo, necesario para preservar la propia actividad altruista, sino que padecía un egocentrismo patológico que le melancolizaba con los éxitos ajenos. Esta egolatría no le fue obstáculo mientras solo tuvo que entendérselas con los reinos de taifas en estado de disgregación, pero le fue funesta cuando sobrevino la restauración del espíritu islámico por iniciativa africana. Prefiriendo un García Ordóñez a un Campeador, se inutilizó desde sus cuarenta y siete a los setenta años. Su opresión orgullosa e inconsiderada de los moros atrajo la invasión almorávide; su invidencia le privó del único que sabía vencer a los almorávides.

El emperador Alfonso fue, en suma, un insigne monarca; pero no creyéndose grande sin apartar de si a otros grandes, precisamente cuando destierra al Cid lo destaca a un primer plano, y la figura lateral del tríptico pudo brillar con luz más viva que la figura central. De ahí que la *Estoria de España* dispuesta por el Rey Sabio consagre al Cid cuatro veces más folios que a Alfonso VI. Alfonso aparece grande colocado sobre el pedestal de un gran reino, pero no ofrece un valor personal comparable al de Rodrigo, que se levanta a mayor altura en el destierro y la persecución.

Triunfo del Cid sobre sus invidentes

La glorificación coetánea del Cid tenía como uno de sus temas preferidos el de los condes enemigos y envidiosos. El *Carmen Campidoctoris*, escrito en vida del héroe, se dedica a cantar las victorias de Rodrigo en los combates de los condes, «comitum lites», contra el navarro, contra el castellano, contra el barcelonés: y el *Poema de la conquista de Almería*, escrito cincuenta años después de morir el Cid, da como asunto principal de los cantos cidianos la victoria sobre los condes, «comites

domuit». El *Carmen*, la *Historia Roderici* y el *Poema* atribuyen todas las contrariedades del héroe, empezando por el destierro, a la envidia de los magnates «maiores curiae», «castellani invidentes», los «malos mestureros».

El Cid, desterrado, representa un caso frecuente de quiebra en la cohesión social. El hombre superior y necesario para todos llega a producirse, pero se ve repelido del centro donde debiera operar. España había producido un capitán realmente invicto, pero este ve mermada su fuerza por la oposición de los condes de Nájera, de Oca, de Carrión; no consigue asociarse con los condes de Barcelona para dominar el Levante ni logra que el emperador de León le anteponga para evitar los desastres de Sagrajas, de Jaén, de Consuegra y de Lisboa.

Una desorganización semejante se produce más a menudo en España que en otros países, por abundar más entre los pueblos peninsulares la escasa comprensión de la solidaridad, con la envidia del que se siente inferior y la tumefacción del que se cree superior. Ya Estrabón caracterizaba a los iberos como orgullosos, torpes para la confederación, más insociables que los miamos helenos. Pero junto a este defecto colectivo de siempre, se ofrece con alentadora ejemplaridad el caso cidiano.

En este caso la envidia, como disolvente social, obró poderosísima. Envidiaron al Cid muchos de sus iguales, hasta sus parientes; le envidiaron los mayores de la corte, hasta el mismo emperador. Con resentido despecho le rechazaron de sí, aun a costa del propio daño, patentizado en graves derrotas. Claro es que la palabra *envidia*, tan repetida por el historiador latino, incluye toda incomprensión de valores: «castellani invidentes». Cualquiera que no tiene discernimiento o abnegación para abrir paso al mejor por delante del bueno o del mediocre es un *in-vidente*, que ve con malos ojos, un envidioso que estorba la irradiación de energía, es el emperador que, muy confiado en que cualquier persona le sirve para cualquier misión, no quiere distinguir entre Rodrigo y García Ordóñez, prefiriendo por más cómodo al menos destacado; es el conde de Nájera, que suplanta a uno mejor que él.

Pero, ante la incomprensión invidente, el Cid no reacciona con el desaliento ni con el rencor. Al ser desterrado, no busca venganza directa, por legal que fuese, ni siquiera se retira a las tiendas de la inacción, como Aquiles, el otro héroe heleno desestimado, ni, como Aquiles, desea el desastre de los que le desconocen. Muy al contrario, el Cid acude varias veces en socorro del rey que le desterró, y al verse siempre repelido por sus conterráneos se consagra a la acción apartado, único refugio del postergado: el cooperar, a pesar de ellos, con los que le desconsideran, retirando la propia actividad, como un tesoro, a lugar apartado, donde la carcoma y el ladrón no pueden llegar.

El Cid, despreciado por los condes de Carrión, de Nájera, de Barcelona como de clase inferior a la de ellos, afirmó la nobleza de las obras superior a la del linaje; buscó en las multitudes más alejadas el necesario apoyo de adhesión y entusiasmo; lo buscó en fraternal inclinación hacia esa turba oscura que le acompañaba, y llegó en su afecto para el humilde a la delicada cortesía, tan deferente con su cocinero como leal

y firme ante el emperador hostil. En medio de esa turba ejercitó su heroísmo, y cuando sus conquistas son ya un reino, las presenta a su injusto soberano, reconociendo «el señorío de su rey Don Alfonso». El Cid, que va a reconciliarse con su rey a la vega toledana y se humilla ante él, según una escena que la vieja poesía escogió como capital, da cima a su mayor heroicidad: la de matar en sí el bravío individualismo. Después de haber afirmado con grandes victorias su poder contra los envidiosos, no se hincha en egoísta desprecio; quiere anonadarse ante la mezquindad que no le comprende, reconociendo y anhelando esa existencia superior que el individuo, por descollante que sea, debe lograr dentro del cuerpo social. Muy lejos de creer que toda la vida ambiente no tiene otro fin sino preparar el advenimiento del superhombre, siente que nada es la más fuerte individualidad del hombre sin el pueblo para el cual vive. El pueblo, en su totalidad de mayores y mínimos, en su perduración, es el campo donde el heroísmo tiene su razón de ser y donde se perpetúa.

Los cantos más antiguos sobre los condes invidentes, lo mismo que la vieja *Historia Roderici*, nos dicen cómo al fin el Campeador logra el reconocimiento y la amistad de dos sucesivos condes de Barcelona, previamente vencidos; logra también la avenencia y la más eficiente alianza de dos reyes aragoneses, antes hostiles; consigue, por último, la comprensión benévola y la decidida cooperación de su emperador, siendo suposición evidente que, una vez amigado con el rey, también se le amigarían los cortesanos del bando de García Ordóñez. La victoria sobre sus adversarios fue, pues, tan lenta y penosa como completa.

Conclusión

Insistiendo en el juicio de los contemporáneos, hallamos que el citado *Poema de Almería* nos, transmite, en la brevedad de un inciso hecho de pasada, el concepto que los hombres de entonces se formaban sobre los fundamentos de la fama épica del Campeador nunca vencido, y señala dos direcciones de la invicta energía: domeñar a los moros y domeñar a los condes malevolentes:

> *ipse Rodericus, mio Cid saepe vocatus,*
> *de quo cantatur quod ab hostibus haud superatur,*
> *qui domuit mauros, comites domuit quoque nostros…*

Exalta primeramente al Cid de las victorias inauditas sobre los almorávides; después, al Cid vencedor en la contienda del ilustre contra el noble invidente, heroísmo no inferior al de las batallas campales.

La historia plenamente documentada y la poesía coetánea destacan concordes ese doble aspecto característico del Cid, quien en época de extremas crisis, tanto en lo interno de la nación como en lo externo, establece con Sancho II la hegemonía

peninsular de Castilla frente a la heredada supremacía de León, afirma la nobleza de las obras superior a la nobleza de la sangre, doma la invidencia ambiente logrando para su empresa valenciana la cooperación de todos los príncipes cristianos antes adversos, y rechaza el arrollador avance de la invasión africana estableciendo la superioridad de la España europea sobre la España islámica.

Estas son las nuevas de mio Cid el Campeador;
en este lugar se acaba esta razón.



RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL (La Coruña, 13 de marzo de 1869 – Madrid, 14 de noviembre de 1968) fue un filólogo, historiador, folclorista y medievalista español. Estudió en la Universidad de Madrid, donde fue discípulo de Marcelino Menéndez Pelayo y, en 1899, obtuvo la cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid, que habría de conservar hasta su jubilación, en 1939.

En 1925 fue elegido director de la Real Academia Española. Durante la Guerra Civil decidió salir de España y vivió en Burdeos, Cuba, Estados Unidos y París.

En 1939 cesó como director de la Real Academia Española en señal de protesta ante las decisiones que el poder político tomó sobre la situación de algunos de sus miembros; sin embargo, volvió a ser elegido director en 1947 y siguió en este cargo hasta su muerte, no sin conseguir, como pretendía anteriormente con su dimisión, que los sillones de académicos exiliados permanecieran sin cubrir hasta que fallecieran.

Menéndez Pidal incorporó a los estudios lingüísticos y literarios de su país los métodos comparatistas e historicistas europeos, con lo que sentó las bases de la moderna filología hispánica y se convirtió en uno de los más prestigiosos romanistas de la época. Con *La leyenda de los infantes de Lara* (1896) inició sus trabajos sobre épica española primitiva, labor continuada con una serie de ensayos sobre el *Poema del Cid*, cuidadosamente editado por él entre 1908 y 1911, y con obras como *La epopeya castellana a través de la literatura española* (1910) y *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo* (1959). Su aprecio por la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, en consonancia con los autores de la Generación del 98, lo llevó a escribir *La*

España del Cid (1929), en la que manifestó su dimensión de historiador.

Aportación fundamental a la ciencia filológica fue su *Manual elemental de gramática histórica española* (1904), reeditado numerosas veces, en el que despliega sus vastos conocimientos paleográficos con extraordinario rigor. Asimismo investigó los romances castellanos en *Flor nueva de romances viejos* (1928), *Romancero hispánico* (1953) y *Cómo vive un romance* (1954).

Otros textos notables son *Poesía juglaresca y juglares* (1924), *Orígenes del español* (1926), *La lengua de Cristóbal Colón y otros ensayos* (1942), *España, eslabón entre la cristiandad y el Islam* (1956) y *El padre Las Casas y su doble personalidad* (1963).

Notas

[1] Una reconciliación semejante se expone en la poesía épica cuando Alfonso III, oyendo a Bernardo del Carpio excusarse de haberle hecho larga guerra de desterrado, justifica al vasallo: «ca taciades en ello derecho y lealtad». Y lo mismo dicen del Cid, no Masdeu y Dozy, pero si todos los modernos que conocen las instituciones medievales, como E. Meyer: «fue la conducta del Cid desterrado señaladamente leal, ya que hubiera tenido derecho a guerrear al rey de Castilla, y solo combatió contra los infieles y los señorea cristianos enemigos suyos». <<